EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA.

Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEJAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos

Año,

1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Juan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor

Frente de Afirmación Hispanista, A.C.
México 2005

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA
(1608)

por

Miguel de Cervantes Saavedra

(Edición facsimilar)

Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México 2005

© **Frente de Afirmación Hispanista. A. C.**
Castillo del Morro 114
11930, México, D. F.
Email: ivanfah@prodigy.net.mx
Fax: 55 96 24 26

El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha

(1608)

EL QUIJOTE LIBERAL

Fue quizás Lord Byron (1788-1824), en el Canto Decimotercero, capítulo IV, de su **Don Juan**, el primero en criticar a Cervantes:

> Cervantes al ridiculizar la caballería española acabó con ella. Bastó su **burla** para abatir el brazo derecho de su patria; desde entonces han sido muy pocos los héroes que ha dado España. Fascinado por el encanto caballeresco, el mundo abría paso a su brillante falange. **La obra de Cervantes fue funesta, y la ruina de su patria ha sido el elevado precio que pagó por la gloria del escritor.**

Federico Nietzsche (1844-1900), en un texto inédito escrito en 1877, y consignado por Andrés Sánchez Pascual en el prólogo de la traducción a **Genealogía de la moral** (Alianza Editorial, 1972), siguió a Byron:

> Los poetas, de acuerdo con su naturaleza –que es cabalmente una naturaleza de artistas, de hombres raros y excepcionales– no ensalzan siempre lo que merece ser ensalzado por todos los hombres, sino que prefieren lo que justo a ellos, en cuanto artistas, les parece bueno. De igual modo, raras veces son afortunados sus ataques cuando cultivan la sátira. **Cervantes habría podido combatir la Inquisición**, mas prefirió poner en ridículo a las víctimas de aquélla, es decir, a los herejes e idealistas de toda especie. Tras una vida llena de desventuras y contrariedades, todavía encontró gusto en lanzar capital ataque literario contra la falsa dirección del gusto de los lectores españoles; combatió las novelas de caballería. Sin advertirlo, ese ataque se convirtió en sus manos en una **ironización** general de todas las aspiraciones superiores: hizo reír a España entera, incluídos todos los necios, y les hizo imaginar que ellos mismos eran sabios: es una realidad que ningún libro ha hecho reír tanto como el **Quijote**. Con semejante éxito, **Cervantes forma parte de la decadencia de la cultura española, es una desgracia nacional.**

José Ortega y Gasset (1883-1955), cuestionó lo dicho por Byron y Nietzsche en el capítulo XIII, **Integración** de su libro **Meditaciones del Quijote** (1914):

> Seamos sinceros: el **Quijote** es un equívoco. Todos los ditirambos de la elocuencia nacional no han servido de nada. Todos los rebuscos eruditos en torno a la vida de Cervantes no han aclarado ni un rincón del colosal equívoco. **¿Se burla Cervantes? ¿Y de qué se burla?** Lejos, sola en la abierta llanada manchega la larga figura de don Quijote se encorva como un signo de interrogación; y es como un guardián del secreto español, del **equívoco de la cultura española.** ¿De qué se burlaba aquel pobre alcabalero desde el fondo de una cárcel? ¿Y qué cosa es burlarse? ¿Es burla forzosamente una negación?

Analicemos, pues, el equívoco de la cultura española, del que se burló Cervantes en el **Quijote**:

Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) en **Carta XVI**: **Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales** (José Gaos. vol. V. **Obras completas**) trató de convencer a los escolásticos que no temieran la adopción de la física experimental:

> Porque abundamos de sujetos hábiles y bien instruidos en los **dogmas** que sabrán discernir lo que se opone a la fe de lo que no se opone y **prevendrán al Santo Tribunal que vela sobre la pureza de la doctrina, para que aparte del licor la ponzoña, o arroje la cizaña al fuego, dejando intacto el grano.** Este remedio está siempre a mano para asegurarnos aún respecto de aquellas **opiniones filosóficas que vengan de países infectos de la herejía**. Fuera de que es ignorancia de que en todos los reinos donde domina el error se comunique su veneno a la física. En Inglaterra reina la filosofía neutoniana. Isaac Neuton, su fundador, fue tan hereje como lo son por lo común los demás habitadores de aquella isla.

Arturo Schopenhauer (1788-1860) en el vol. I, cap. 65 de **El mundo como voluntad y representación**, declaró:

> El fanatismo, surge y gobierna no solamente a individuos excesivamente perversos y malvados, sino a naciones enteras, y finalmente se incorpora en occidente como **la Inquisición**, fenómeno que –para horror de la humanidad– sólo ha ocurrido una vez en la historia.

Dejemos que Mariano José de Larra (1809-37) en su ensayo **Literatura**, nos hable del "equívoco de la cultura española":

> **En España causas locales atajaron el progreso intelectual**, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que había llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las **Comunidades**, añadió a la **tiranía religiosa** la **tiranía política**; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fue más que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra, útil y progresivo.

Emilio Castelar (1832-99) en su discurso leído en la **Academia Española** el 25 de abril de 1880, dijo:

> El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del genio español. Sin desconocer nuestras **deplorables empresas contra gran parte de los progresos modernos**; sin olvidar la guerra insensata declarada por nosotros a la más necesaria de todas las libertades, a la libertad de conciencia; **maldiciendo y abominando, con toda nuestra alma, de la Inquisición y del absolutismo,** capaces de agotar fuerzas tan gigantes como las fuerzas de nuestra raza.

Miguel de Unamuno (1864-1936), dijo **En torno al casticismo**, capítulo V: **Sobre el marasmo actual de España** (1895):

> **La miseria mental de España** arranca del aislamiento en que nos puso toda una conducta cifrada en el **proteccionismo inquisitorial que ahogó en su cuna la Reforma castiza e impidió la entrada a la europea**; que en la intrahistoria vive con la masa difusa y desdeñada el principio de honda continuidad internacional y de cosmopolitismo, el protoplasma universal humano; que sólo abriendo las ventanas a **vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental**, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, **europeizándonos para hacer España** y chapuzándonos en pueblo, **regeneraremos esta etapa moral**.

Américo Castro (1885-1972), en **La realidad histórica de España**, informa sobre la metamorfosis de la Iglesia en España:

> No es, por consiguiente, una paradoja, sino una realidad elemental, mi idea de que la sociedad española iba fanatizando su cristianismo a medida que desaparecían y se iban cristianizando los judíos. **El catolicismo español del siglo XVI, totalitario y estatal**, no se parece al de la Edad Media, ni al de Europa, ni siquiera al de la Roma pontificia, la cual no tuvo escrúpulo en dar asilo a muchos judíos expulsados de España.

Salvador de Madariaga (1886-1978), en **España**, nos habla del monstruo creado por Fernando de Aragón:

> El Estado español, aun identificado en lo espiritual con la fe católica, no se sometió jamás a la Iglesia romana. **Era el propio Estado en España una Iglesia**, en cuanto la nacionalidad y la religión se fundieron en un solo interés espiritual.

Ortega tuvo que darse cuenta que las críticas de Byron y Nietzsche a Cervantes eran infundadas, puesto que Cervantes no se burló de la caballería española, ni de los herejes e idealistas, sino de la causa

principal de la ruina de España: **El Santo Oficio de la Inquisición**, institución creada por Fernando de Aragón para el ejercicio del control político de la Corona. Lo que en el siglo XX se reprodujo como la KGB, Gestapo, Stasi, FBI, etc. Por esta razón Ortega **llamó al pueblo español a la revolución**. Leamos:

> No, no podemos seguir la tradición; todo lo contrario: tenemos que ir contra la tradición, más allá de la tradición. De entre los escombros tradicionales **nos urge salvar la primaria sustancia de la raza, el módulo hispánico**. Aquel simple temblor español ante el caos, lo que suele llamarse España no es eso, sino justamente el fracaso de eso. En un grande y doloroso incendio habríamos de **quemar la inerte apariencia tradicional, la España que ha sido**, y luego, entre cenizas bien cribadas, hallaremos como una gema iridiscente la España que pudo ser. Entonces, si hay entre nosotros coraje y genio, cabría hacer con toda pureza el nuevo ensayo español.

¿Fue Nicolás Díaz de Benjumea, en **La verdad sobre el Quijote** (Gaspar Editores. Madrid 1878), el primero en observar el carácter simbólico de esa obra maestra?:

> Corresponde finalmente al comentario filosófico estudiar el sentido por excelencia, el sentido anagógico que es como la última tarea, lo que llamó Dante **sovra censo. El Quijote es obra de arte simbólico**, género a que pertenecen las más que arriban y se perpetúan en el templo de la fama. El símbolo, la alegoría, el emblema, las figuras, son de por sí elementos y materiales del arte por excelencia y cuando con esta forma se une un **gran fondo**, las obras literarias han avanzado ya la mitad de la senda de la inmortalidad, independientemente de la más o menos perfecta ejecución y talento del artista. El **misterio**, la nebulosidad en que aparece envuelto el pensamiento, es un acicate al interés y a la curiosidad. El Apocalipsis ha ocupado y ocupará la inteligencia de infinitos comentadores, sólo por esta incorregible sed de luz y de conocimiento de lo desconocido. **La divina comedia** es eterno pasto del espíritu por sólo esta razón.

Fue también Benjumea, quien observó la esencia antidogmática del **Quijote** en el capítulo XVII de dicha obra:

> Pensar que al cabo de cerca de tres siglos apenas han cambiado las bases y nociones fundamentales de la constitución y vida de los pueblos que merecieron la crítica de esa grandiosa alegoría representada en el **Quijote**, es levantar un pedestal y estatua a Cervantes, que desafía a los tiempos, cuando tan profundo y trascendental fue su designio y artificio. Y este artificio, sencillísimo por sí mismo, se deshace. Cuando hoy leemos el escrutinio de los libros, ninguno se acuerda de los de caballería, y sí nos acordamos del **índice expurgatorio de Roma**. Cuando leemos el imperio con que manda Don Quijote a los mercaderes, creer sin ver, en la hermosura de Dulcinea, o de lo contrario morir a los filos de su espada, nadie se acuerda de damas de la Mancha; pero sí viene a la memoria el procedimiento usado por los **fanáticos para imponer la fe en dogmas religiosos**, y no sólo en España, sino en todo el orbe, aunque más en nuestra patria, notable por su mariolatría. **Podría citar innumerables pasajes donde se vislumbra su pensamiento inter-líneas** pero es materia que trato por extenso en trabajos de otra índole, y que fuera imposible compendiar en este capítulo, **ni menos citar todas las frases en que Cervantes insinúa a los lectores su doble intención**, y los cuales se encuentran a cada paso, y **a veces envueltos en contradicciones, por si acaso se hubiese descubierto más de lo que convenía a su seguridad personal.** Mas para juzgar en estos conflictos es preciso conocer la genialidad de nuestro autor, y saber cuándo se expresa irónica y socarronamente y cuándo adopta el tono de cándido. Este dominio de la lengua y facilidad de dar matices a la expresión, es propio de un autor que enriqueció y fijó la castellana hasta el punto y extremo que él la hizo en sus obras, y los intérpretes que se dejan llevar de su candidez natural para explicar frases de artificial candor e inocencia, no adelantaron un paso en la comprensión de los finísimos y sutiles toques intencionales del más despierto e ingenioso de los escritores de todas las edades y naciones:

mucho más cuando la necesidad y el temor pusieron tan a prueba sus facultades.

Sigmund Freud (1856-1939), en **El chiste y su relación con lo inconsciente** (1905), analizó la ironía de los escritores:

> Su esencia consiste en expresar lo contrario de lo que deseamos comunicar a nuestro interlocutor, pero ahorrando a éste al mismo tiempo toda réplica, dándole a entender por medio del tono, de los gestos o, si se trata del lenguaje escrito, de pequeños signos del estilo, que uno mismo piensa lo contrario de lo que manifiesta. La ironía no puede emplearse más que cuando el oyente está preparado a oírnos contradecirle, de manera que existe en él **a priori** una tendencia a la contrarréplica. A consecuencia de esta condicionalidad, la ironía se halla muy expuesta al peligro de no ser comprendida, pero siempre procura al que la emplea **la ventaja de eludir fácilmente las dificultades de la expresión directa, por ejemplo, en las invectivas.**

Ya en **La interpretación de los sueños** (1900), había observado lo mismo que Benjumea en cuanto a la doble intención:

> **El escritor político que tiene verdades desagradables que decir a los que ostentan el poder**, se encuentra en una situación comprometida: si lo dice todo, sin reservas, el gobierno lo censurará retrospectivamente en el caso de expresiones verbales de opinión, o preventivamente si se van a publicar en la prensa. **El escritor teme a la censura, por lo tanto modera y disfraza la expresión de sus opiniones.** Se ve compelido de acuerdo con las supuestas sensibilidades del censor, ya sea a refrenar ciertas formas de ataque, o a expresarse mediante **alusiones en lugar de aserciones directas**; o bien debe esconder sus declaraciones hostiles bajo un disfraz aparentemente inocente. Puede, por ejemplo, hablar de un contratiempo entre dos mandarines chinos, aludiendo a dos políticos de su país. Cuanto más estricto sea el dominio de la

> censura, más irreconocible será el disfraz, y frecuentemente más ingeniosas las formas empleadas para inducir al lector por el camino de la verdadera significación.

Miguel de Cervantes nos ha legado un testimonio literario inmortal a través de la ironía alegórica presente sobre todo en la primera parte de el **Quijote**, del anhelo de libertad, que a pesar de todas las imposiciones, todavía existía en España. Es el **Quijote** el efecto de una causa. La causa fue la intransigencia inquisitorial, el efecto fue la fina burla que de los preceptos católicos hizo este genio universal, que no se conformó con aminorar la fuerza del dogma con su burla, sino que afirmó los valores existenciales que hicieran posible la reconquista del territorio peninsular, a los que Ortega denominó "el módulo hispánico".

En **Vida de don Quijote y Sancho** (1938), Miguel de Unamuno consigna un suceso que hace suponer que a la Iglesia en España le molestaban las ironías de Cervantes. Sabemos por Freud que la ironía es una de las tres partes en que se divide la comedia, o sea, de lo que hace reír al ser humano. Las otras dos son ingenio y aceptación masoquista o humor. La ironía estriba en poder criticar a una autoridad en forma indirecta e ingeniosa, sin que ésta pueda tomar represalias. Pero dejemos hablar a Unamuno:

> Se comprende bien **que los jesuitas, remachadores de cadenas de galeotes, te guarden ojeriza, mi Don Quijote, y quemen con algaraza el libro de tu historia,** según nos asegura que alguna vez lo han hecho –uno que rompió las cadenas de la Orden– el ex jesuita autor de **Un barrido hacia afuera en la Compañía de Jesús**.

Veamos una serie de pasajes de contenido dogmático en la primera parte de el **Quijote**, observados y comentados por Unamuno:

> CAPITULO IV
>
> Los corazones mezquinos que sólo miden la grandeza de las acciones humanas por el bajo provecho de la carne o el

sosiego de la vida externa, alaban el intento de Don Quijote al querer hacer pagar a Haldudo el rico o al socorrer a menesterosos, pero no ven sino mera locura en esto de **querer que los mercaderes confesasen, sin haberla nunca visto, la sin par hermosura de Dulcinea del Toboso.** Y ésta es, sin embargo, una de las más quijotescas aventuras de Don Quijote; es decir, una de las que más levantan el corazón de los redimidos por su locura. Aquí Don Quijote no se dispone a pelear por favorecer a menesterosos, ni por enderezar entuertos, ni por reparar injusticia, sino por la conquista del reino espiritual de la fe. **Quería hacer confesar a aquellos hombres, cuyos corazones amonedados sólo veían el reino material de las riquezas, que hay un reino espiritual**, y redimirlos así, a pesar de ellos mismos.

Los mercaderes no se rindieron a primeras, y duros de pelar, acostumbrados a la sisa y al regateo, regatearon la confesión, disculpándose con no conocer a Dulcinea. Y aquí Don Quijote monta en quijotería y exclama: "Si os la mostrara, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? **La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender.**" ¡Admirable caballero de la Fe! ¡Y cuán hondo su sentido de ésta! Era de su pueblo, que fue también, **tizona en la diestra y en la siniestra el Cristo, a hacer confesar a remotas gentes un credo que no conocían.** Sólo que alguna vez cambió de manos y erigió en alto la espada y **golpeó con el crucifijo**. "Gente descomunal y soberbia" llamó con razón Don Quijote a los mercaderes toledanos, pues **¿cuán mayor soberbia que negarse a confesar, afirmar, jurar y defender la hermosura de Dulcinea, sin haberla visto?** Mas ellos, retusos en la fe, insistieron, y **como los contumaces judíos, que pedían al Señor señales**, pidieron al Caballero les mostrase algún retrato de aquella señora, aunque fuera "tamaño como un grano de trigo", añadiendo a la contumacia, protervia, blasfemaron".

CAPITULO XLIV

En pocas aventuras se nos aparece Don Quijote más grande que en ésta en **que se impone su fe a los que se burlan de ella y los lleva a defenderla a puñetazos y a coces y a sufrir por ella.**

¿Y a qué se debió ello? No a otra cosa sino a su valor de afirmar delante de todos que **aquella bacía, que como tal la veía él lo mismo que los demás, con los ojos de la cara, era el yelmo de Mambrino**, pues le hacía oficio de semejante yelmo.

CAPITULO L

¿Qué no son ciertos los libros de caballerías? "Leálos, y verá el gusto que recibe de su leyenda", retrucó triunfadoramente Don Quijote, ¡Válgame Dios, y que no comprendiese el canónigo la fuerza incontrastable de este argumento, cuando había otras tantas cosas tenidas por él como las más verdaderas de todas, más verdaderas aún que las percibidas por el sentido, y cosas cuya verdad se saca del consuelo y provecho que se recibe de ellas y de que bastan para la seguridad de la conciencia! **Que todo un canónigo de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana no comprendiese cómo el consuelo, por ser consuelo, ha de ser verdad**, y no hayamos de buscar en la verdad lógica consuelo. ¡Oh, y si aplicándolo a los libros de caballería celestial o de ultratumba le hubiesen retrucado al canónigo el argumento! ¿Qué habría dicho entonces? **¿Si los argumentos que él enderezaba contra la locura caballeresca se los hubiesen rebotado enderezados contra la locura de la cruz?**

En el siguiente pasaje Unamuno confiesa que él es un poeta que actúa compulsivamente y que obedece su apremio aunque vaya en contra de la razón, y al igual que los poetas Byron y Nietzsche no comprende la ironía antidogmática de Cervantes:

Pues bien, sí; **creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de Don Quijote** del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado. **Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón.**

Defenderán, es natural, su usurpación y tratarán de probar con muchas y estudiadas razones que la guardia y custodia del sepulcro les corresponde. Lo guardan para que el Caballero no resucite.

A estas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. **No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones, estás perdido.**

(...)

¡No, mi buen amigo, no! Muchas de estas ocurrencias de mi espíritu que te confío, ni yo sé lo que quieren decir, o, por lo menos, soy yo quien no lo sé. **Hay alguien dentro de mí que me las dicta, que me las dice. Le obedezco** y no me adentro a verle la cara ni a preguntarle por su nombre. Sólo sé que si le viese la cara y si me dijese su nombre me moriría yo para que viviese él.

Estoy avergonzado de haber alguna vez fingido entes de ficción, personajes novelescos, **para poner en sus labios lo que no me atrevía a poner en los míos y hacerles decir como en broma lo que yo siento muy en serio.**

Tú me conoces, tú, y sabes bien cuán lejos estoy de rebuscar adrede paradojas, extravagancias y singularidades, piensen lo que pensaren algunos majaderos. Tú y yo, mi buen amigo, mi único amigo absoluto, **hemos hablado muchas veces a solas de lo que sea la locura**, y hemos comentado aquello del **brand** ibseniano, hijo de **Kierkegaard**, de que **está loco el que está solo.** Y hemos concordado en que **una locura cualquiera deja de serlo en cuanto se hace colectiva, en cuanto es locura de todo un pueblo**, de todo el género humano acaso. En cuanto una alucinación se hace colectiva, se hace popular, se hace social, deja de ser alucinación para

convertirse en una realidad, en algo que está fuera de cada uno de los que la comparten. Y tú y yo estamos de acuerdo en que hace falta llevar a las muchedumbres, llevar al pueblo, **llevar a nuestro pueblo español, una locura de uno cualquiera de sus miembros que esté loco, pero loco de verdad y no de mentirijillas. Loco y no tonto.**

Analiza, pues, querido lector, la manera en que Cervantes ironizó los dogmas de la Iglesia, ora en forma directa, ora "envuelta en contradicciones" como observó Benjumea, ya bien utilizando a Don Quijote como el agresor o como la víctima de la intolerancia vigente.

Fredo Arias de la Canal
Ciudad de México.
Verano del 2005

FACSIMILAR

EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA.

Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEJAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burgillos.

Año

1608.

Con priuilegio de Castilla, Aragon, y Portugal.

EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

TASSA.

YO Juan Gallo de Andrada, escriuano de Camara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fê, que auiendo visto por los señores del vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo dela Mancha*, compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra: tassaró cada pliego del dicho libro a tres marauedis y medio: el qual tiene setenta y tres pliegos, que al dicho precio mõta el dicho libro, dozientos y cincuenta y cinco marauedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender. Y mãdaron que esta tassa se ponga al principio del libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que dello conste di la presente en Valladolid, a veynte dias del mes de Diziẽbre. de mil y seyscientos y quatro años.

Iuan Gallo de Andrada.

Vi este libro, intitulado don Quixote de la Mãcha, y en el no ay cosa digna de notar que no corresponda a su original. Dada en Madrid en veynte y cinco de Iunio de. 1608. años.

El Licenciado Francisco Murcia de la Llana.

EL REY.

POr quanto por parte de vos Miguel de Ceruantes, nos fue fecha relacion, q̃ auiades compuesto vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mãcha*, el qual os auia costado mucho trabajo, y era muy vtil y prouechoso, nos pedistes, y suplicastes, os mandassemos dar licẽcia y facultad, para le poder imprimir: y priuilegio por el tiempo q̃ fuessemos seruidos, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quãto en el dicho libro se hizieron las diligencias que la prematica vltimamente por nos fecha, sobre la impression de los libros dispone, fue acordado, que deuiamos mandar dar esta nuestra cedula para vos en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por la qual, por os hazer bien y merced, os damos licencia y facultad, para q̃ vos, ò la persona que vuestro poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir el dicho libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, q̃ de suso se haze menciõ, en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuentẽ, desde el dicho dia dela data desta nuestra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, o vendiere, o hiziere imprimir, o vender, por el mesmo caso piorda la impression que hiziere, con los mo des, y aparejos della: y mas incurra en pena de cincuenta mil marauedis, cada vez q̃ lo cõtrario hiziere. La qual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte, para nuestra camara: y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las vezes que huuieredes de hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traygays al nuestro Consejo, juntamente con el original que en el fue visto,

que

que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de Iuã Gallo de Andrada, nueſtro eſcriuano de camara, de los que en el reſiden, para ſaber ſi la dicha impreſsion eſtâ conforme el original: o traygay ſfê en publica forma, de como por Corretor nombrado por nueſtro mandado, ſe vio, y corrigio la dicha impreſsion por el original, y ſe imprio conforme a el, y quedan impreſſas las erratas por el apuntadas, para cada vn libro de los que aſsi fueren impreſſos, para que ſe taſſe el precio que por cada volumen huuieredes de auer. Y mandamos al Impreſſor que aſsi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de vn ſolo libro, con el original al Autor, o perſona a cuya coſta lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correcion, y taſſa, haſta q̃ antes, y primero el dicho libro eſtê corregido, y taſſado por los del nueſtro Conſejo: y eſtando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego: y ſuceſsiuamente ponga eſta nueſtra cedula, y la aprouaciõ, taſſa, y erratas, ſo pena de caer, ê incurrir en las penas contenidas en las leyes, y prematicas deſtos nueſtros Reynos. Y mandamos a los del nueſtro Conſejo, y a otras qualeſquier juſticias dellos, guarden, y cumplan eſta nueſtra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veynte y ſeys dias del mes de Setiembre, de mil y ſeyſcientos y quatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nueſtro ſeñor.

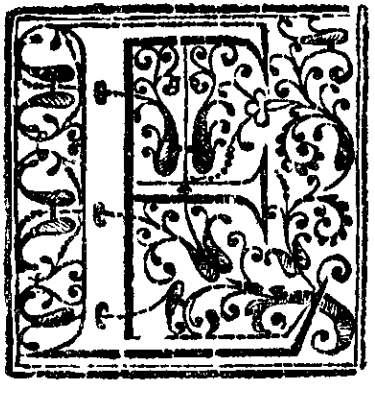
Iuan de Amezqueta.

EV EL Rey, Fazo saber a os que este aluara vieren, que eu hei por ben de fazer merced a Miguel de Ceruantes de Saauedra, de le dar licença para que possa imprimir nos meus Reynos de Portugal, ò liuro intitulado. *Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha*. E isto por tẽpo de dez anos, que começaraon da feytura deste em diante. Dentro do qual tempo hei por ben, è mando, que nehũ Impressor, nem liureiro, nem otra alguã pesoa de qualquier calidad, ê condiçaõ que seia non possaõ imprimir nom vender o dito liuro, nos ditos meus Reynos, é senhorios, nem traçellos de fora delles, saluo aquellos libreiros, ou pessoas q̃ para isso tiurem poder, ê licẽça do dito Miguel de Ceruantes. E qualquier outra pesoa que sin sua licença imprimir, vender, ou traxer de fora o dito liuro, durante os ditos dez anos, perdera pera elle todos os bolumes q̃ lle foren achados: e al ẽ disso encorrera en pena de cinquenta cruzados: â metade para minha Camara, ê otra metade pera quen o acusar. E mando a todas minhas justiças, oficiaes, ê pesoas dos destos meus Reynos, ê senhorios a q̃ este aluara for mostrado, eo conheceimento delle pertenecer, que o cumpraõ, e guarden, e façaõ inteiramẽte cumprir e guardar, como nelle se cõthem. O qual quero que vala, tenha força, e vigor, como se fosse carta per mi asinada, e passada pela Cancelleria, sen embargo da ordenaçaom do segundo liuro, titul. 40. que diz, que as cosas cuyo effeito ouer de durar maes de hũ anno, passe per cartas: e passando por aluaras naon vaKaõ: e vallera outrosi, posto que naõ seia passado pi lla Chanzilleria, sin embargo da ordenazaon en contrario. Antonio Campello o fez, en Valladolid, noue de Febreyro, de mil seyscientos e sinco anos.

R E Y.

AL

AL DVQVE DE BEIAR, MARQVES DE Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.



NFE Del buen acogimiento, y honra, que haze vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tã inclinado a fauorecer las buenas artes, mayormẽte, las q̃ por su nobleza no se abate al seruicio y grangerias del vulgo, he determinado de sacar a luz al ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha, al abrigo del clarissimo nõbre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que deuo a tanta grãdeza suplico, le reciba agradablemente en su proteccion, para que a su sombra, aunque

aunque desnudo de aquel precioso ornamẽto de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componẽ en las casas de los hombres que saben, osè parecer seguramẽte en el juyzio de algunos, que no conteniẽdose en los limites de su ignorancia, suelẽ condenar con mas rigor, y menos justicia los trabajos agenos, que poniendo los ojos la prudẽcia de vuestra Excelencia en mi buen deßeo, fio, que no desdeñarà la cortedad de tan humilde seruicio.

Miguel de Ceruantes
Saauedra.

DESOCV-

Prologo.

DESOCVPADO Lector, sin juramento me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contrauenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y assi, que podia engendrar el esteril, y mal cuitiuado ingenio mio, sino la historia de vn hijo seco, auellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendrô en vna carcel, donde toda incomodidad tiene su assiento, y dôde todo triste ruydo haze su habitacion? El sossiego, el lugar apazible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para q̃ las musas mas esteriles, se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de marauilla, y de contento. Acontece tener vn padre vn hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone vna venda en los ojos; para que no vea sus faltas: antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuẽta à sus amigos por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quixote, no quiero yrme con la corriente del vso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector carissimo, que perdones, o dissimules las faltas q̃ en este mi hijo vieres: y pues ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio como el mas pintado, y estas en tu casa, donde eres señor de la, como el Rey de sus alcaualas, y sabes lo que comunmente se dize, que debaxo de mi manto, al Rey ma-

to. Todo lo qual te essenta, y haze libre de todo respeto, y obligacion: assi puedes dezir de la historia, todo aquello que te pareciere, sin temor que te caluniẽ por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el ornato de Prologo, ni de la inumerabilidad, y catalogo delos acostumbrados Sonetos, Epigramas, y elogios q̃ al principio de los libros suelen ponerse. Porque te se dezir, q̃ aunque me costô algun trabajo componerla, ninguno tuue por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyendo. Muchas vezes tomê la pluma para escriuilla, y muchas la dexê, por no saber lo que escriuiria: y estando vna suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entrò à deshora vn amigo mio, gracioso, y bien entendido. El qual viendome tan imaginatiuo, me preguntô la causa: y no encubriendosela yo, le dixe, que pensaua en el Prologo que auia de hazer à la historia de don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caualliero. Porque como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirà el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha q̃ duermo, en el silencio del oluido, salgo aora con todos mis años acuestas, con vna leyenda seca como vn esparto, agena de inuencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion, y dotrina: sin acotaciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platon, y de toda la caterua de Filosofos, que admiran à los leyentes, y tienen à sus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquentes? Pues que quando citan la diuina Escritura, no diran sino que son vnos santos Tomases, y

otros

otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto vn decoro tan ingenioso, que en vn renglon han pintado vn enamorado distraydo, y en otro hazen vn sermoncico Christiano, que es vn contento, y vn regalo, oyrle, o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tẽgo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores sigo en el, para ponerlos al principio, como hazen todos, por las letras del A. B. C. Començando en Aristoteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoylo, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el vno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, o Poetas celeberrimos. Aunque si yo los pidiesse à dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los darian, y tales, que no les ygualassen los de aquellos que tienẽ mas nombre en nuestra España.

En fin señor, y amigo mio (prosegui) yo determino, que el señor don Quixote se quede sepultado en sus archiuos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia, y pocas letras: y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan lo que yo me se dezir sin ellos. De aqui nace la suspension, y eleuamiẽto en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandose vna palmada en la frente, y disparando en vna larga risa, me dixo: Por Dios hermano, que aora me acabo de desengañar, de vn engaño en que he estado, todo el mucho tiepo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones. Pero aora veo, que estays tan lejos de serlo, como lo està el cielo de la tierra.

PROLOGO.

Como,que es possible,que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerças de suspender, y absortar vn ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho à romper,y atropellar por otras dificultades mayores? Alafe, esto no nace de falta de abilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereys ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atẽto, y vereys como en vn abrir, y cerrar de ojos,confundo todas vuestra dificultades, y remedio todas las faltas que dezis que os suspenden, y acobardan, para dexar de sacar à la luz del mundo,la historia de vuestro famoso dõ Quixote, luz, y espejo de toda la caualleria andante. Dezid, le repliquê yo, oyendo lo que me dezia: De que modo pensays llenar el vazio de mi temor, y reduzir â claridad, el caos de mi confusion? A lo qual el dixo: Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personages graues, y de titulo, se puede remediar, en que vos mismo tomeys algun trabajo en hazerlos, y despues los podeys bautizar, y poner el nombre que quisieredes, ahijandolos al Preste Iuan de las Indias, o al Emperador de Trapisonda: de quien yo se que ay noticia, que fuerõ famosos Poetas: y quando no lo ayan sido, y huuiere algunos pedantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos marauedis, porque ya que os aueriguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escriuistes.

En lo de citar en las margenes los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos que pusieredes en vuestra historia, no ay mas, sino hazer de manera que vengã a pelo algunas sentencias, o latines, que vos sepays de memoria: o al menos q̃ os cuesten poco trabajo el buscallo. Como sera poner, tratando de libertad, y cautiuerio. *Non bene pro toto libertas venditur auro.*

Y lue-

Y luego en el margẽ citar à Horacio, o a quien lo dixo. Si tratareades del poder de la muerte, acudir luego con, *Pallida mors equo pulsat pede pauperum tabernas, Regũque turres*. Si de la amistad, y amor que Dios manda que se tenga à el enemigo, entraros luego al punto por le Escritura diuina, que lo podeys hazer con tantico de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros*. Si tratareades de malos pensamientos, acudid con el Euangelio. *De corde exeunt cogitationes malæ*. Si de la instabilidad de los amigos, aî està Caton que os darà su distico *Donec eris felix, multas numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris*. Y con estos latinicos, y otros tales os tendran siquiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra, y prouecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeys hazer desta manera. Si nombrays algun Gigante en vuestro libro, hazelde que sea el Gigante Golias, y con solo esto (que os costarâ casi nada) teneys vna grande anotacio, pues podeys poner: El Gigante Golias, o Goliat, fue vn Filisteo, a quien el pastor Dauid mato vna gran pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escriue.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereys os luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue assi dicho por vn Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besando los muros de la famosa Ciudad de Lisboa: y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si tratareades de ladrones, yo os dare la historia de Caco, que la se de coro. Si de mugeres rameras, aî està el Obispo de Mondoñedo, q̃ os pres-

tarà a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os darà grà credito. Si de crueles, Ouidio os entregará a Medea. Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de Capitanes valerosos, el mismo Iulio Cessar os prestara â si mismo en sus Comentarios, y Plutarco os darâ mil Alexandros. Si tratarédes de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana, topareys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys à Fonseca del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos, y el mas ingenioso acertare à dessear en tal materia. En resolucion, no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme â mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto â tal de llenaros los margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos aora â la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no aueys de hazer otra cosa, que buscar vn libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo abecedario pondreys vos en vuestro libro. Que puesto que à la clara se vea la mentira, por la poca necessidad que vos teniades de aprouecharos dellos, no importa nada: y quiça alguno aurà tan simple, que crea que de todos os aueys aprouechado, en la simple, y sencilla historia vuestra. Y quando no sirua de otra cosa, por lo menos seruirà aquel largo Catalogo de autores à dar de improuiso autoridad al libro. Y mas, que no aurá quien se ponga à aueriguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien caygo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necessidad de ninguna cosa de aquellas que vos dezis que

le

le falta, porque todo el es vna inuectiua contra los libros de cauallerias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni dixo nada san Basilio, ni alcançô Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las obseruaciones de la Astrologia: ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirue la Retorica: ni tiene para que predicar â ninguno, mezclando lo humano con lo diuino, que es vn genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene q̃ aprouecharse de la imitacion, en lo que fuere escriuiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor serà lo que se escriuiere. Y pues esta vuestra escritura no mira â mas, q̃ue â deshazer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de cauallerias, no ay para que andeys mendigando sentencias de filosofos, consejos de la diuina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retóricos, milagros de santos: sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas salga vuestra oracion, y periodo, sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere possible vuestra intencion, dando â entender vuestros conceptos, sin intricarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el malencolico se mueua â risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la inuencion, el graue no la desprecie, ni el prudente dexe de alabarla. En efecto, lleuad la mira puesta à derribar la maquina mal fundada destos cauallerescos libros, aborrecidos de tãtos, y alabados d muchos mas: q̃ si esto alcançassedes, no auriades alcançado poco. Cõ silẽcio grãde estuue escuchando, lo q̃ mi amigo me dezia, y de tal manera se imprimietó en mi sus razones, que sin disputa, las aprouê por buenas, y de

ellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veras, Lector suaue, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necessitado tal cõsegero, y el aliuio tuyo, en hallar tan sincera, y tan sin rebueltas, la historia del famoso don Quixote de la Mancha: de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente cauallero, q̃ de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encareceite el seruicio que te hago, en darte a conocer tan notable, y tan honrado cauallẽro: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendras, del famoso Sancho Pança su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterua de los libros vanos de cauallerias, estan esparzidas. Y con esto, Dios te dê salud, y à mi no oluide.

(?)

VALE.

AL LIBRO DE DON QVIxote de la Mancha, Vrganda la desconocida.

SI de llègarte a los bue
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas si el pan no se te cue
Por ir a manos de idiò
Vevas de manos a bo
Aun no dar vna en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio
Y pues la expiriencia ense
Que el que a buen arbol se arri
Buena sombra le cobi
En Bexar tu buena estre.
Vn arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florece vn Du
Que es nueuo Alexandro Mà
Llega a su sombra que a osa
Fauorece la fortu
De vn noble hidalgo Manche
Cantaràs las auentu
A quien ociosa letu
Trastornaron la cabe.
Damas, armas, caualle
Le prouocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado a lo enamore

¶¶ 5 Alconçò

Alcançò a fuerça de bra
A Dulcinea del Tobo.
No indiscretos hierogli
Estampes en el escu
Que quando es todo figu
Con ruynes puntos se embi.
Si en la direccion te humi
No dirà mofante algu
Que don Aluaro de Lu
Qe Anibal el de Carta
Que Rey Francisco en Espa
Se quexa de la fortu
Pues al cielo no le plu
Que saliesses tan ladi
Como el negro Iuan Lati
Hablar latines rehu.
No me despuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torziendo la bo
Dirà el que entiende la le
No vn palmo de la ore
Para que comigo flo?
No te metas en dibu
Ni en saber vidas age
Que en lo que no và ni vie
Passar de largo es cordu.
Que suelen en caperu
Darles a los que grace
Mas tu quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dalas à censo perpe.
Aduierte que es desati
Siendo de vidrio el teja

Tomar

Tomar piedra en la ma
Para tirar al vezi.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vay a con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener donze
Escriue à tontas, y alo.

AMADIS DE GAVLA, A DON QVIxote de la Mancha.

SONETO.

TV que imitaste la llorosa vida,
Que tuue ausente, y desdeñado, sobre
El gran ribaço de la peña pobre,
De alegre à penitencia reduzida.
Tu, a quien los ojos dieron la beuida,
De abundante licor, aunque salobre,
Y alçandote la plata, estaño, y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Viue seguro, de que eternamente,
En tanto almenos que en la quarta esfera,
Sus caualos agu je el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria serà en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico, y solo.

DON

DON BELIANIS DE GRECIA A DON Quixote de la Mancha.

SONETO.

ROmpi, cortè, abollè, y dixe, y hize,
Mas que en el orbe cauallero andante,
Fuy diestro, fuy valiente, y fuy arrogante,
Mil agrauios venguè, cien mil deshize.
Hazañas di à la fama que eternize,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfize.
Tuue a mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna,
Siempre se vio encumbrada mi ventura,
Tus proezas embidio, ò gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA, A DVLCINEA del Toboso.

SONETO.

OQuien tuuiera hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Aldea,
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cauallero, que hezisse venturoso,
Mirara alguna desiguai pelea,
O quien tan castamente se escapara,
Del señor Amadis, como tu hezisse,
Del comedido hidalgo don Quixote.

Que

Que asi embidiada fuera, y no embidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCVDERO DE AMADIS. de Gaula, â Sancho Pança, escudero de Don Quixote.

SONETO.

Salue, varon famoso, a quien fortuna,
Quando en el trato escuderil te puso
Tan blanda, y cuerdamente lo dispuso,
Que o passaste sin desgracia alguna.
Ya la açada, o la boz poco repugna
Al andante exercicio, ya està en vso
La llaneza escudera, conque acuso
Al soberuio que intenta hollar la Luna.
Embidio o tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas y gualmente embidio,
Que mostraron tu cuerda prouidencia.
Salue otra vez, o Sancho, tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Ouidio
Con buz corona te haze reuerencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO, A Sancho Pança, y Rozinante.

SOy Sancho Pança escude
Del Manchego don Quixo
Puse pies en poluoro
Por viuir â lo discre.

Que

Que el tacito Villadie
Toda ſu razon de eſta
Cifrò en vna retira
Segun ſiente Celeſti
Libro en mi opinion diui
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE.

SOy Rozinante el famo
Biſnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy à poder de vn don Quixo.
Parejas corri á lo flo
Mas por vña de caua
No ſe me eſcapò ceua
Que eſto ſaquê a Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa.

ORLANDO FVRIOSO, A DON Quixote de la Mancha.

SONETO.

SIno eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ſer entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te hallares,
Inuicto vencedor, jamas vencido.
Orlando ſoy Quixote, que perdido
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo à la fama en ſus altares,
Aquel valor, que reſpetò el oluido.

No

No puedo ser tu ygual, que este decoro
Se deue à tus proezas, y à tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberuio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Y guales en amor con mal sucesso.

EL CAVALLERO DEL FEBO, A DON Quixote de la Mancha.

SONETO.

A Vuestra espada no ygualò la mia,
Febo Español, curioso cortesano,
Ni à la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios desprecié, y la Monarquia
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano,
Dexè por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Amela por milagro vnico, y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temio mi braço, que domò su rabia.
Mas vos Godo Quixote, ilustre, y claro,
Por Dulcinea soys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN, A DON QVIXOTE de la Mancha.

SONETO

M*Aguer señor Quixote, que sandezes*
Vos tengan el cerbelo derrumbado,

Nun-

Nunca sereys de alguno reprochado,
Por hombre de obras viles, y soezes,
Seran vuessas fazañas los joezes,
Pues tuertos desfaziendo aueys andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautiuos, y rahezes.
Y si la vuessa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni à vuessas cuytas muestra buen talante.
En tal desman vuesso conorte sea,
Que Sancho Pança fue mal alcahuete
Necio el, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BABIECA, *y Rozinante.*

SONETO.

B. COmo estays Rozinante tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues que es de la ceuada, y de la paja?
R. No me dexa mi amo, ni vn bocado.
B. Anda señor, que estays muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo vltraja:
R. Asno se es de la cuna à la mortaja,
Quereyslo ver? miraldo enamorado.
B. Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
B. Metafisico estays. R. Es que no como,
B. Quexaos del escudero. R. No es bastante.
Como me he de quexar en mi dolencia,
Si el amo, y escudero, o mayordomo,
Son tan Rozines como Rozinante,

PRI-

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

Capitulo primero. Que trata de la condicion, y exercicio del famoso hidalgo don Quixote de la Mancha.

EN Vn lugar de la Mãcha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos, y quebrantos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluian, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraua con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa

vna ama que passaua de los quarenta: y vna sobrina que no llegaua a los veynte, y vn moço de campo, y plaça, q̃ assi ensillaua el rozin, como tomaua la podadera. Frisaua la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexion rezia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caça. Quieren dezir, que tenia el sobre nombre de Quixada, ò Quesada (que en esto ay alguna diferencia en los autores que deste caso escriuen) aunque por conjeturas verisimiles se dexa entender, que se llamaua Quixana. Pero esto importa poco a nuestro cuento, basta que en la narracion del no se salga vn punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaua ocioso (que eran los mas del año) se daua à leer libros de cauallerias con tanta aficion, y gusto, que oluidò casi de todo punto el exercicio de la caça, y aun la administracion de su hazienda: y llegò a tanto su curiosidad, y desatino en esto, que vẽdio muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de cauallerias que leer, y assi lleuò a su casa todos quantos pudo auer dellos: y de todos, ningunos le parecian tã bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silua, porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas quando llegaua à leer aquellos requiebros, y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaua escrito. *La razon de la sin razon que a mi razõ se haze, de tal manera mi razon enflaqueze, que con razon me quexo de la vuestra fermosura.* Y tambien quando leia. *Los altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre cauallero el juyzio, y desuelauase por entẽderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristoteles, si resucitara para solo ello. No estaua muy bien con las heridas que dõ Belianis daua, y recebia,

por-

porque se imaginaua, que por grandes maestros que le huuiessen curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alabaua en su autor, aquel acabar su libro con la promessa de aquella inacabable auentura, y muchas vezes le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aun saliera con ello, si otros mayores, y continuos pensamientos no se lo estoruaran. Tuuo muchas vezes competencia cõ el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguença) sobre qual auia sido mejor cauallero, Palmerin de Ingalaterra, ò Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mismo pueblo dezia, que ninguno llegaua al Cauallero del Febo, y que si alguno se le podia cõparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condiciòn para todo, que no era cauallero melindroso, ni tã lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en çaga En resoluciõ, el se enfrascò tanto en su letura, que se le passauan las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assi del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el celebro de manera, que vino a perder el juyzio Llenos le la fantasia de todo aquello q̃ leia en los libros, assi de encantamentos, como de pedencias, batallas, desafios,, heridas requiebros, amores, tormentas, y disparates impossibles. Y assentosele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella maquina de aquellas soñadas inuenciones que leia, que para el no auia otra historia mas cierta en el mundo. Dezia el, q̃ el Cid Ruydiaz auia sido muy buen cauallero, pero q̃ no tenia q̃ ver con el cauallero de la Ardiẽte espada, q̃ de solo vn reues auia partido por medio dos fieros, y descomunales gigantes. Mejor estaua cõ Bernardo del Carpio, porq̃ en Rõcesualles auia muerto a Roldã el encãtado, valiẽdose de la industria de Hercules,

quando ahogó â Anteon el hijo de la tierra entre los braços. Dezia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generaciõ gigantea, que todos son soberuios, y descomedidos, el solo era afable, y bien criado. Pero sobre todos estaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le veîa salir de su castillo, y robar quãtos topaua: y quando en allende robò aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su historia. Diera el por dar vna mano de coces al traydor de Galalõ, al ama que tenia, y aun a su sobrina de añadidura. En efeto, rematado ya su juyzio, vino a dar en el mas estraño pensamiento que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le parecio conuenible, y necessario, assi para el aumento de su honra, como para el seruicio de su republica, hazerse cauallero andante, y yrse por todo el mundo con sus armas, y cauallo, a buscar las auenturas, y a exercitarse en todo aquello que el auia leydo, que los caualleros andantes se exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauio, y poniendose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrase eterno nõbre, y fama. Imaginauase el pobre, ya coronado por el valor de su braço, por lo menos del Imperio de Trapisonda: y assi con estos tan agradables pensamientos, lleuado del estraño gusto q̃ en ellos sentia, se dio priessa á poner en efeto lo que desseaua. Y lo primero que hizo, fue limpiar vnas armas que auian sido de sus visaguelos, que tomadas de orin, llenas de moho, luengos siglos auia que estauan puestas, y oluidadas en vn rincon. Limpiolas, y adereçolas lo mejor que pudo, pero vio que tenian vna gran falta, y era que no tenian zelada de encaxe, sino morrion simple: mas a esto suplio su industria, porque de cartones hizo vn modo de media zelada, que encaxada con el morrion, hazia vna apariencia de zelada entera. Es verdad que para prouar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna cuchillada, sacò su espada, y le

dio

dio dos golpes,y con el primero, y en vn punto deshizo lo que auia hecho en vna ſemana: y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la auia hecho pedaços, y por aſſegurarſe deſte peligro,la tornò a hazer de nueuo, poniendole vnas barras de hierro por de dentro, de tal manera,que el quedò ſatisfecho de ſu fortaleza,y ſin querer hazer nueua experiencia della,la diputò,y tuuo por zelada finiſsima de encaxe. Fue luego a ver a ſu rozin, y aunque tenia mas quartos que vn real,y mas tachas que el cauallo de Gonela,que *tantum pellis, & oſſa fuit*, le parecio q̃ ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con el ſe ygualauan. Quatro dias ſe le paſſaron en imaginar que nombre le pondria,porque(ſegun ſe dezia el a ſi miſmo) no era razon que cauallo de cauallero tan famoſo,y tan bueno el por ſi,eſtuuieſſe ſin nombre conocido, y aſſi procuraua acomodarſele, de manera que declaraſſe quien auia ſido, antes que fueſſe de cauallero andante, y lo que era entonces: pues eſtaua muy pueſto en razon, que mudando ſu ſeñor eſtado, mudaſſe el tambien el nõbre,y le cobraſſe famoſo,y de eſtruẽdo, como conuenia à la nueua orden, y al nueuo exercicio que ya profeſſaua: y aſsi deſpues de muchos nombres que formò, borró, y quitò,añadio,deshizo,y tornò a hazer en ſu memoria,êimaginacion: al fin le vino a llamar Rozinante, nombre a ſu parecer, alto, ſonoro, y ſinificatiuo de lo que auia ſido, quando fue rozin antes de lo que aora era,que era antes,y primero de todos los rozines del mundo. Pueſto nombre, y tan a ſu guſto a ſu cauallo,quiſo ponerſele a ſi miſmo, y en eſte penſamiento durò otros ocho dias, y al cabo ſe vino a llamar dõ Quixote:de donde(como queda dicho) tomaron ocaſiõ los autores deſta tan verdadera hiſtoria, que ſin duda ſe deuia de llamar Quixada, y no Queſada, como otros quiſieron dezir:pero acordandoſe que el valeroſo Amadis, no ſolo ſe auia contentado con llamarſe

Amadis a ſecas, ſino que añadio el nombre de ſu Reyno y patria, por hazerla famoſa, y ſe llamò Amadis de Gaula: aſsi quiſo como buen cauallero, añadir al ſuyo el nombre de la ſuya, y llamarſe don Quixote de la Mancha, con que a ſu parecer declaraua muy al viuo ſu linage, y patria, y la honraua con tomar el ſobrenombre della. Limpias pues ſus armas, hecho del morrion zelada, pueſto nombre a ſu rozin, y confirmandoſe a ſi miſmo, ſe dio a entender, que no le faltaua otra coſa, ſino buſcar vna dama de quien enamorarſe, porque el cauallero andante ſin amores era arbol ſin hojas, y ſin fruto, y cuerpo ſin alma. Deziaſe el: Si yo por malos de mis pecados, ò por mi buena ſuerte, me encuentro por ai con algun gigante (como de ordinario les acontece a los caualleros andantes, y le derribo de vn encuentro, ò le parto por mitad del cuerpo, ò finalmente le venço, y le rindo, no ſerá bien tener a quien embiarle preſentado; y que entre, y ſe hinque de rodillas ante mi dulce ſeñora, y diga con voz humilde, y rendida: Yo ſoy el gigante Caracuiambro, ſeñor de la inſula Malindrania, a quien vencio en ſingular batalla, el jamas como ſe deue alabado cauallero don Quixote de la Mancha, el qual me mandô, que me preſentaſe ante la vueſtra merced, para que la vueſtra grandeza diſponga de mi a ſu talante O como ſe holgô nueſtro buẽ cauallero, quando huuo hecho eſte diſcurſo, y mas quando hallò a quien dar nombre de ſu dama: y fue a lo que ſe cree, que en vn lugar cerca del ſuyo, auia vna moça labradora de muy buen parecer, de quien el vn tiempo anduuo enamorado, (aunque ſegunſe entiende, ella jamas lo ſupo, ni ſe dio cata dello). Llamauaſe Aldonça Lorenço, y a eſta le parecio ſer bien darle titulo de ſeñora de ſus penſamientos: y buſcandole nombre que no deſdixeſſe mucho del ſuyo, y que tiraſſe, y ſe encaminaſſe al de Princeſa, y gran ſeñora, vino a llamarla Dulcinea del Toboſo

por-

porque era natural del Toboso: nombre a su parecer musico, y peregrino, y finificatiuo, como todos los demas q̃ a el, y a sus cosas auia puesto.

Capit. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.

Echas pues estas preuẽciones, no quiso aguardar mas tiempo a poner en efeto su pensamiẽto, apretandole a ello la falta que el pensaua q̃ hazia en el mundo su tardança, segun eran los agrauios que pensaua deshazer, tuertos que endereçar, sinrazônes que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfazer. Y assi sin dar parte a persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viesse, vna mañana antes del dia (q̃ era vno de los caluroso del mes de Iulio) se armô de todas sus armas, sobio sobre Rozinante, puesta su mal cópuesta zelada, embraçò su adarga, tomô su lança, y por la puerta falsa de vn corral salio al cãpo con grandissimo cótento, y alboroço, de ver cõ quanta facilidad auia dado principio a su buen desseo: mas a penas se vio en el campo, quando le assaltò vn pẽsamiento terrible, y tal que por poco le hiziera dexar la començada empresa, y fue, que le vino a la memoria, que no era armado cauallero, y que conforme a ley de caualleria, ni podia, ni deuia tomar armas con ningun cauallero: y puesto que lo fuera auia de lleuar armas blancas, como nouel cauallero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pẽsamientos le hizieron titubear en su proposito, mas pudiẽdo mas su locura que otra razõ alguna, propuso de hazerse armar cauallero del primero que topasse, à imitacion de otros muchos que assi lo hizieron, segun el auia leydo en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaua limpiarlas de manera (en teniendo lugar)

que lo fuessen mas que vn armiño:y con esto se quietó, y prosiguio su camino,sin lleuar otro que aquel que su cauallo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las auenturas. Yendo pues caminando nuestro flamãte auenturero,yua hablando cõsigo mismo,y diziendo:Quiẽ duda,sino que en los venideros tiempos, quando salga à luz la verdadera historia de mis famosos hechos,que el sabio que los escriuiere no ponga, quando llegue a contar esta mi primera salida tan demañana,desta manera?A penas auia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y a penas los pequeños, y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas auian saludado con dulce,y meliflua armonia la venida de la rosada Aurora,que dexando la blanda cama del zeloso marido,por las puertas,y balcones del Manchego Orizonte, a los mortales se mostraua,quando el famoso cauallero don Quixote de la Mancha,dexando las ociosas plumas,subio sobre su famoso cauallo Rozinante, y començô a caminar por el antiguo,y conocido campo de Montiel(y era la verdad que por el caminaua)y añadio diziendo:Dichosa edad,y siglo dichoso aquel,adonde saldràn a luz las famosas hazañas mias,dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles,y pintarse en tablas,para memoria en lo futuro. O tu sabio encantador,quien quiera q̃ seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruegote,que no te oluides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos,y carreras.Luego boluia diziẽdo)como si verdaderamente fuera enamorado).O Princesa Dulcinea,señora deste cautiuo coraçõ,mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso afincamiento, de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura:Plegaos señora de membraros deste vuestro sujeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro

amor

amor padece. Con estos yua ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le auian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje: y con esto caminaua tan de espacio, y el sol entraua tan apriessa, y con tãto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos (si algunos tuuiera). Casi todo aquel dia caminô sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperaua, porq̃ quisiera topar luego, luego con quien hazer experiencia del valor de su fuerte braço. Autores ay que dizen, que la primera auentura que le auino, fue la del puerto Lapice, otros dizen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido auerguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los Anales de la mancha, es, que el anduuo todo aquel dia, y al anochezer, su rozin, y el se hallarô cãsados, y muertos de hambre: y que mirando a todas partes, por ver si descubriria algun castillo, ò alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiesse remediar su mucha necessidad: vio no lexos del camino por donde yua, vna vẽta, que fue como si viera vna estrella, que a los portales, sino a los alcaçares de su redencion, le encaminaua. Diose priessa â caminar, y llego a ella á tiempo que anochecia. Estauan a caso a la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yuan a Seuilla con vnos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hazer jornada: y como a nuestro auenturero, todo quanto pensaua, veia, o imaginaua, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo que auia leydo, luego que vio la venta, se le representô que era vn castillo con sus quatro torres, y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente leuadiza, y honda caua, con todos aquellos aderentes que semejantes castillos se pintan. Fuesse llegando a la venta (que a el le parecia castillo, y a poco trecho della, detuuo las riẽdas a Rozinante, esperando que algun enano se pusiesse entre las almenas, a dar señal con alguna trompeta, de que

llegaua cauallero al castillo. Pero como vio que se tardauan, y que Rozinante se daua priessa por llegar â la caualleriza, se llegò a la puerta de la venta, y vio a las dos distraydas moças que alli estauan, que a el le parecieron dos hermosas donzellas, ò dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estauan solazando. En esto sucedio a caso, que vn porquero que andaua recogiendo de vnos rastrojos vna manada de puercos (que sin perdon assi se llaman) tocò vn cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representò a don Quixote lo que desseaua, que era que algun enano hazia señal de su venida, y assi con estraño contento llegò a la venta, y a las damas. Las quales como vieron venir vn hombre de aquella suerte, armado, y con lança, y adarga, llenas de miedo se yuan à entrar en la venta: pero don Quixote, coligiendo por su huyda su miedo, alçandose la visera de papelon, y descubriendo su seco, y poluoroso rostro, con gentil talante, y voz reposada les dixo: Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca â la orden de caualleria que professo, non toca, ni atañe fazerle a ninguno, quanto mas a tan altas donzellas como vuestras presencias demuestran. Mirandole las moças, y andauan con los ojos buscandole el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar donzellas, cosa tan fuera de su profession, no pudieron tener la risa, y fue de manera, que don Quixote vino a correrse, y a dezirles: Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa, que de leue causa procede: pero non vos lo digo porque os acuytedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al, que de seruiros. El lenguage no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro cauallero acrecentaua en ellas la risa, y en el el enojo, y passara muy adelante, si â aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo,

era

era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lança, adarga, y coselete no estuuo en nada en acompañar a las donzellas en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la maquina de tantos pertrechos, determinò de hablarle comedidamente, y assi le dixo: Si vuestra merced, señor cauallero, busca posada, amen del lecho (porque en està venta no ay ninguno) todo lo demas se hallarà en ella en mucha abundancia: Viendo dòn Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le parecio a el el ventero, y la venta) respondio: Para mi señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensò el huesped, que el auerle llamado Castellano, auia sido por auerle parecido de los sanos de Castilla, aunque el era Andaluz, y de los de la playa de Sanlucar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiante, o page, y assi le respondio: Segun esso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo assi, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choca ocasion, y ocasiones para no dormir en todo vn año, quanto mas en vna noche. Y diziendo esto, fue a tener del estribo a don Quixote, el qual se apeò con mucha dificultad, y trabajo (como aquel que en todo aquel dia no se auia desayunado). Dixo luego al huesped, que le tuuiesse mucho cuydado de su cauallo, porque era la mejor pieça que comia pan en el mundo. Mirole el ventero, y no le parecio tan bueno como don Quixote dezia, ni aun la mitad: y acomodandole en la caualleriza, boluio a ver lo que su huesped mandaua, al qual estauan desarmando las donzellas (que ya se auian reconciliado con el) las quales, aunque le auian quitado el peto, y el espaldar, jamas

supie

ſupieron, ni pudieron deſencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha zelada, que traîa atada cóvnas cintas verdes; y era meneſter cortarlas por no poderſe quitar los ñudos, mas el no lo quiſo conſentir en ninguna manera: y aſsi ſe quedò toda aquella noche con la zelada pueſta, que era la mas graciosa, y eſtraña figura que ſe pudiera penſar: y al deſarmarle (como el ſe imaginaua que aquellas traydas, y lleuadas que le deſarmauan, eran algunas principales ſeñoras, y damas de aquel caſtillo) les dixo có mucho donayre: Nunca fuera cauallero de damas tan biẽ ſeruido, como fuera don Quixote quando de ſu aldea vino, donzellas curauan del, Princeſas de ſu rozino. O Rozinante, que eſte es el nombre, ſeñoras mias, de mi cauallo, y don Quixote de la mancha el mio: que pueſto que no quiſiera deſcubrirme, faſta que las fazañas fechas en vueſtro ſeruicio, y pro, me deſcubrieran, la fuerça de acomodar al propoſito preſente eſte romance viejo de Lançarote, ha ſido cauſa que ſepays mi nombre antes de toda ſazon: pero tiempo vendrà en que las vueſtras ſeñorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço deſcubra el deſſeo que tengo de ſeruiros. Las moças que no eſtauan hechas à oyr ſemejantes retoricas, no reſpondiã palabra, ſolo le preguntaron, ſi queria comer alguna coſa. Qualquiera yantaria yo, reſpondio don Quixote, porque a lo q̃ entiendo, me haria mucho al caſo. A dicha acertò a ſer Viernes aquel dia: y no auia en toda la venta ſino vnas raciones de vn peſcado, que en Caſtilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao: y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, ſi por ventura comeria ſu merced truchuela, que no auia otro peſcado que darle a comer. Como aya muchas truchuelas, reſpondiò don Quixote, podràn ſeruir de vna trucha, porque eſſo me da que me den ocho reales en ſenzillos, que en vna pieça de a ocho. Quanto mas que podria

ſer

ser que fuessen estas truchuelas como la ternera que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo, y peso de las armas, no se puede lleuar sin el gouierno de las tripas. Pusieronle la mesa à la puerta de la venta, por el fresco, y truxole el huesped vna porcion del mal remojado, y peor cozido bacallao, y vn pan tan negro, y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada, y alçada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daua, y ponia, y assi vna de aquellas señoras seruia deste menester: mas al darle de beuer no fue possible, ni lo fuera, si el ventero no horadara vna caña, y puesto el vn cabo en la boca, por el otro le yua echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la zelada. Estando en esto, llegò a caso a la venta vn castrador de puercos, y assi como llegò, sonò su siluato de cañas, quatro, ò cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar don Quixote, que estaua en algun famoso castillo, y que le seruian con musica, y que el abadexo erã truchas, el pan candial, y las rameras damas: y el ventero, Castellano del castillo, y con esto daua por bien empleada su determinacion, y salida. Mas lo que mas le fatigaua, era el vno verse armado cauallero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en auentura alguna, sin recebir la orden de caualleria.

Cap. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuuo don Quixote en armarse cauallero.

Assi fatigado deste pensamiento, abreuiò su venteril, y limitada cena, la qual acabada llamô al ventero, y encerrandose con el en la caualleriza, se hincò de rodillas ante el, diziendole: No me leuantarê jamas de donde estoy, valeroso caua-

cauallero, fasta que la vuestra cortesia me otorgue vn dó que pedirle quiero, el qual redundarà en alabança vuestra, y en pro de genero humano. El ventero que vio a su huesped a sus pies, y oyô semejantes razones, estaua confuso mirandole, sin saber que hazerse, ni dezirle, y porfiaua con el que se leuantasse, y jamas quiso, hasta que le huuo de dezir, que el le otorgaua el don que le pedia. No esperaua yo menos de la gran manificencia vuestra, señor mio, respondio don Quixote, y assi os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel dia me aueys de armar cauallero: y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velarê las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirà lo que tanto desseo, para poder, como se deue, yr por todas las quatro partes del mundo, buscando las auenturas en pro de los menesterosos, como estâ a cargo de la caualleria, y de los caualleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a semejãtes fazañas es inclinado. El ventero (que como està dicho) era vn poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juzio de su huesped, acabò de creerlo quando acabò de oyr semejantes razones: y por tener q̃ reyr aquella noche, determinô de seguirle el humor, y assi le dixo, que andaua muy acertado en lo q̃ desseaua, y q̃ tal prosupuesto era propio, y natural de los caualleros tan principales, como el parecia, y como su gallarda presencia mostraua: y que el ansi mismo en los años de su mocedad, se auia dado á aquel honroso exercicio, andando por diuersas partes del mundo, buscando sus auenturas, sin q̃ huuiesse dexado los percheles de Malaga, islas de Riaran, compas de Seuilla, açogejo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanluncar, potro de Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otras diuersas partes, donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requestãdo muchas

chas viudas,deshaziedo algunas donzellas, y engañando à algunos pupilos, y finalmente dandose a conocer por quantas audiencias,y tribunales ay casi en toda España: y que a lo vltimo se auia venido a recoger â aquel su castillo,donde viuia con su hazienda, y con las agenas, recogiendo en el a todos los caualleros andantes,de qualquiera calidad,y condicion que fuessen,solo por la mucha aficion que les tenia,y porque partiessen cō el de sus aueres, en pago de su buen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nueuo: pero que en caso de necessidad,el sabia que se podian velar donde quiera,y que aquella noche las podria velar en vn patio del castillo,que a la mañana, siēdo Dios seruido, se harian las deuidas ceremonias, de manera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntole si traîa dineros, respondio don Quixote, que no traîa blanca, porque el nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes,que ninguno los huuiesse traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, que puesto caso que en las historias no se escriuia,por auerles parecido a los autores della, q̄ no era menester escriuir vna cosa tan clara,y tā necessaria de traerse,como eran dineros,y camisas limpias, no por esso se auia de creer,q̄ no los truxeron:y assi tuuiesse por cierto,y aueriguado,q̄ todos los caualleros andantes, de que tantos libros estan llenos,y atestados,lleuauan bien herradas las bolsas por lo q̄ pudiesse sucederles, y que assi mismo lleuauan camisas,y vna arqueta pequeña llena de vnguentos, para curar las heridas que recebian, porque no todas vezes en los campos,y desiertos donde se cōbatian, y salian heridos,auia quien los curasse,si ya no era,que tenian algū sabio encantador por amigo,que luego los socorria,trayēdo por el ayre en alguna nube alguna dōzella,

ô Enano

o Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustãdo alguna gota della, luego al punto quedauã sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno huuiessen tenido: mas q̃ en tanto que esto no huuiesse, tuuierõ los passados caualleros por cosa acertada, que sus escuderos fuessen proueydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas, y vnguentos para curarse: y quando sucedia, que los tales caualleros no tenian escuderos (que eran pocas, y raras vezes) ellos mismos lo lleuauan todo en vnas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, a las ancas del cauallo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de lleuar alforjas, no fue muy admitido entre los caualleros andantes: y por esto le daua por consejo, pues aun se lo podia mandar como a su ahijado, que tan presto lo auia de ser, que no caminasse de alli adelante sin dineros, y sin las preuenciones recebidas, y que veria quan bien se hallaua con ellas, quando menos se pensase. Prometiole dõ Quixote, de hazerlo que se le aconsejaua con toda puntualidad: y assi se dio luego orden como velasse las armas, en vn corral grande que a vn lado de la venta estaua, y recogiendolas don Quixote todas, las puso sobre vna pila que juntó a vn pozo estaua: y embraçando su adarga, asio de su lança, y con gentil continente se començó a passear delante de la pila, y quando començò el passeo, començaua a cerrar la noche, Contò el ventero a todos quantos estauan en la venta la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caualleria que esperaua. Admirandose de tan estraño genero de locura, fueronselo a mirar desde lexos, y vieron que con sossegado ademan, vnas vezes se passeaua, otras arrimado a su lança, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por vn buen espacio de ellas. Acabò de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podia competir con el q̃ se la prestaua:

de

demanera,que quanto el nouel cauallero hazia, era bien visto de todos.Antojosele en esto a vno de los harrieros que estauan en la venta,yr a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quixote, que estauan sobre la pila,el qual viendole llegar,en voz alta le dixo: O tu quien quiera que seas atreuido cauallero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante,que jamas se ciñô espada,mira lo que hazes,y no las toques, sino quieres dexar la vida en pago de tu atreuimiento. No se curô el harriero destas razónes,(y fuera mejor que se curara,porque fuera curarse en salud)antes trauando de las correas, las arrojò gran trecho de si.Lo qual visto por don Quixote,alçò los ojos al cielo,y puesto el pensamiento(a lo que parecio)en su señora Dulcinea,dixo: Acorredme señora mia en esta primera afrenta,que a este vuestro auassallado pecho se le ofrece,no me desfallezca en este primero trance vuestro fauor, y amparo: y diziendo estas,y otras semejantes razones,soltando la adarga,alçò la lança a dos manos,y dio con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça,que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuuiera necessidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogio sus armas, y tornò a passearse con el mismo reposo que primero. Desde alli a poco, sin saberse lo que auia passado, (porque aun estaua aturdido el harriero) llegò otro con la mesma intencion, de dar agua à sus mulos, y llegando a quitar las armas para desembaraçar la pila, sin hablar don Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltô otra vez la adarga, y alçò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porque se la abrio por quatro: al ruydo acudio toda la gente de la venta,y entre ellos el ventero.Viendo esto dò Quixote,embraçò su adarga,y puesta mano a su espada, dixo: O señora de la fermosura, esfuerço, y vigor del debilitado

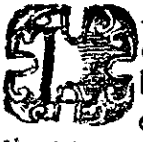
coraçon mio, aora es tiempo que bueluas los ojos de tu grandeza, à este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura està atendiendo. Con esto cobrò à su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no boluiera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, començaron desde lexos à llouer piedras sobre don Quixote, el qual lo mejor que podia, se le paraua con su adarga, y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua vozes que le dexassen, porque ya les auia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matasse à todos. Tambien don Quixote las daua mayores, llamandolos de aleuosos, y traydores, y que el señor del castillo era vn follon, y mal nacido cauallero, pues de tal manera cósentia, que se tratassen los andantes caualleros, y que si el huuiera recebido la orden de caualleria, que el le diera à entender su aleuosia, pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendeme en quanto pudieres, que vosotros vereys el pago que lleuays de vuestra sandez, y demasia. Dezia esto con tãto brio, y denuedo, que infundio vn terrible temor en los que le acometian: y assi por esto, como por las persuasiones del ventero, le dexaron de tirar: y el dexò retirar à los heridos y tornò à la vela de sus armas, con la misma quietud y sossiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huesped, y determinò abreuiar, y darle la negra orden de caualleria luego, antes q̃ otra desgracia sucediesse, y assi llegandose à el, se desculpò de la insolencia que aquella gente baxa con el auia vsado, sin que el supiesse cosa alguna: pero que bien castigados quedauã de su atreuimiento. Dixole como ya le auia dicho, q̃ en aquel castillo no auia capilla, y para lo que restaua de hazer, tampoco era necessaria, q̃ todo el toque de quedar armado caualler o, consistia en la pescoçada, y en el espaldarazo, segun

el

el tenia noticia del ceremonial de la orden, y q̃ aquello en mitad de vn campo se podia hazer: y q̃ ya auia cumplido con lo q̃ tocaua al velar de las armas, q̃ con solas dos horas de vela se cumplia, quanto mas, q̃ el auia estado mas de quatro. Todo se lo creyò don Quixote, y dixo, q̃ el estaua alli pronto para obedecerle, y que concluyesse con la mayor breuedad q̃ pudiesse: porq̃ si fuesse otra vez acometido, y se viesse armado cauallero, no pẽsaua dexar persona viua en el castillo, ecepto aquellas q̃ el le mandasse, à quien por su respeto dexaria. Aduertido, y medroso desto el Castellano, truxo luego vn libro donde assentaua la paja, y ceuada que daua à los harrieros, y con vn cabo de vela que le traia vn muchacho, y con las dos ya dichas donzellas, se vino adonde don Quixote estaua, al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que dezia alguna deuota oracion) en mitad de la leyenda, alçò la mano, y diole sobre el cuello vn gran golpe, y tras el con su mesma espada vn gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes, como que rezaua.) Hecho esto, mandò à vna de aquellas damas que le ciñese la espada, la qual lo hizo con mucha dessembolturа, y discrecion, porque no fue menester poca para no rebentar de risa â cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya auian visto del nouel cauallero, les tenia la risa â raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena señora: Dios haga â vuestra merced muy venturoso cauallero, y le dê ventura en lides. Don Quixote le pregũtò como se llamaua, porq̃ el supiesse de alli adelante à quiẽ quedaua obligado, por la merced recebida, porq̃ pensaua darle alguna parte de la hõra q̃ alcãçasse por el valor de su braço. Ella respõdio cõ mucha humildad, q̃ se llamaua la Tolosa, y q̃ era hija de vn remẽdõ natural de Toledo, q̃ viuia â las tẽdillas de Sãchobienaya, y q̃ dõde quiera q̃ ella estuuiesse le seruiria, y le tendria por señor. Don Quixote le replicò, q̃ por su amor le hiziesse

merced,que de alli adelante se pusiesse don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo prometio:y la otra le calçò la espuela,con la qual le passò casi el mismo coloquio , que con la de la espada.Preguntole su nombre, y dixo que se llamaua la Molinera,y que era hija de vn honrado molinero de Antequera:à la qual tambien rogò don Quixote, que se pusiesse don,y se llamasse doña Molinera,ofreciendole nueuos seruicios,y mercedes. Hechas pues de galope,y apriessa las hasta alli nunca vistas ceremonias,novio la hora don Quixote de verse à cauallo , y salir buscando las auenturas:y ensillando luego à Rozinante, subio en el, abraçando a su huesped,le dixo cosas tan estrañas,agradeciendole la merced de auerle armado cauallero , que no es posible acertar à referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta,con no menos retoricas,aunque cõ mas breues palabras,respondio à las suyas,y sin pedirle la costa de la posada,le dexò yr â la buena hora.

Cap. IIII. De lo que le sucedio á nuestro cauallero quando salio de la venta.



A Del alua seria , quando don Quixote salio de la venta , tan contento , tan gallardo, tan alboroçado , por verse ya armado cauallero,que el gozo le rebentaua por las cinchas del cauallo.Mas viniendole â la memoria los cõsejos de su huesped , cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de lleuar consigo, especial la de los dineros , y camisas, determinò boluer à su casa , y acomodarse de todo , y de vn escudero : haziendo cuenta de recebir a vn labrador vezino suyo , que era pobre , y con hijos , pero muy à proposito para el oficio escuderil de la caualleria. Con este pensamiento guiò â Rozinante hàzia su aldea, el qual casi conociendo la querencia , con tanta gana començo

à ca-

á caminar, que parecia que no ponia los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le parecio que a su diestra mano, de la espessura de vn bosque que alli estaua, salian vnas vozes delicadas, como de persona que se quexaua. Y a penas las huuo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo por la merced que me haze, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que deuo a mi profession, y donde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas vozes, sin duda son de algun menesteroso, ò menesterosa, que ha menester mi fauor, y ayuda, y boluiendo las riendas, encaminò a Rozinante hazia donde le parecio que las vozes salian. Y à pocos passos que entrô por el bosque, vio atada vna yegua â vna enzina, y atado en otra â vn muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, que era el q̃ las vozes daua: y no sin causa, porque le estaua dando con vna pretina muchos açotes vn labrador de buen talle, y cada açote le acompañaua con vna reprehension, y consejo: porque dezia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo harê otra vez, señor mio, por la passion de Dios, que no lo harê otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelante mas cuydado con el hato. Y viendo don Quixote lo que passaua, con voz ayrada dixo: Descortes cauallero, mal parece tomaros con quien defender no se puede, subid sobre vuestro cauallo, y tomad vuestra lança (que tambien tenia vna lança arrimada à la enzina, adonde estaua arrendada la yegua) que yo os harê conocer ser de couardes lo que estays haziendo. El labrador que vio sobre si aquella figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuuose por muerto, y con buenas palabras respondio: Señor cauallero, este muchacho que estoy castigãdo, es vn mi criado, que me sirue de guardar vna manada de ouejas, que tengo en estos contornos, el qual es tan descuydado, que cada dia me

falta vna,y porque castigo su descuydo,ò vellaqueria, dize que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada q̃ le deuo,y en Dios,y en mi anima que miente. Miente delante de mi, ruyn villano, dixo don Quixote, por el sol q̃ nos alumbra, q̃ estoy por passaros de parte a parte cõ esta lança,pagalde luego sin mas replica, sino por el Dios que nos rige que os concluya,y aniquile en este punto:desatal do luego.El labrador baxò la cabeça, y sin responder palabra desatò a su criado.Al qual preguntò don Quixote,q̃ quanto le deuia su amo: el dixo que nueue meses, a siete reales cada mes.Hizo la cuenta don Quixote,y hallò que montauan setenta,y tres reales: y dixole el labrador,q̃ al momento los desembolsasse, sino queria morir por ello. Respondio el medroso villano,que para el passo en que estaua,y juramento q̃ auia hecho(y aũ no auia jurado nada) que no eran tantos:porque se le auian de descontar, y recebir en cuenta tres pares de çapatos que le auia dado, y vn real de dos sangrias que le auian hecho estando enfermo.Bien està todo esso,replicô dõ Quixote:pero quedense los çapatos,y las sangrias, por los açotes que sin culpa le aueys dado, que si el rompio el cuero de los çapatos q̃ vos pagastes,vos le aueys rompido el de su cuerpo: y si le sacô el barbero sangre estãdo enfermo, vos en sanidad se la aueys sacado:assi que por esta parte no os deue nada.El daño està señor cauallero, en que no tengo aqui dineros, vengase Andres con migo a mi casa,que yo se los pagarê vn real sobre otro. Yrme yo con el, dixo el muchacho, mas mal año,no señor,ni por pienso,porque en viendose solo,me desollarà como a vn S.Bartolome. No harà tal replicò don Quixote,basta q̃ yo se lo mande,para que me tenga respeto:y con que el me lo jure, por la ley de caualleria que ha recebido,le dexarê yr libre, y assegurarê la paga. Mire vuestra merced señor, lo que dize, dixo el mucha-

muchacho, que este mi amo no es cauallero, ni ha recebido orden de caualleria alguna, que es Iuan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondio don Quixote, que Haldudos puede auer caualleros: quanto mas, que cada vno es hijo de sus obras. Assi es verdad, dixo Andres: pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondio el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cauallerias ay en el mũdo de pagaros como tengo dicho, vn real sobre otro, y aun sahumados. Del saumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadselos en reales, que con esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo aueys jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a buícaros, y castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondays mas que vna lagartija. Y si quereys saber quien os manda esto para quedar con masveras obligado a cumplirlo: Sabed que yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agrauios, y sinrazones, y a Dios quedad: y no se os parte de las mientes lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò a su Rozinante, y en breue espacio se apartò de los. Siguiole el labrador con los ojos, y quando vio que auia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, boluiose a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pagar lo que os deuo, como aquel deshazedor de agrauios me dexô mãdado. Esso juro yo, dixo Andres, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen cauallero, q̃ mil años viua, que segun es de valeroso, y de buen juez, viue Roque que si no me paga, que buelua, y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador, pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, para acrecentar la paga. Y asiendole

del braço le tornò à atar â la enzina, donde le dio tantos açotes, que le dexó por muerto. Llamad señor Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agrauios, vereys como no desfaze aqueste, aunque creo que no està acabado de hazer, porque me viene gana de desollaros viuo como vos temiades: pero al fin le desatô, y le dio licencia que fuesse a buscar à su juez, para que executasse la pronunciada sentencia. Andres se partio algo mohino, Jurando de yr â buscar al valeroso don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que auia passado, y que se lo auia de pagar con las setenas. Pero con todo esto el se partio llorando, y su amo se quedò riendo, y desta manera deshizo el agrauio el valeroso don Quixote, el qual contẽtissimo de lo sucedido, pareciendole que auia dado felicissimo, y alto principio a sus cauallerias, con gran satisfacion de si mismo yua caminando hàzia su aldea, diziendo a media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre quantas oy viuen en la tierra, ò sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto, y rendido â toda tu voluntad, ê talante, à vn tan valiente, y tan nombrado cauallero, como lo es, y serà don Quixote de la Mancha: el qual (como todo el mundo sabe) ayer recibio la orden de caualleria, y oy ha desfecho el mayor tuerto, y agrauio, que formo la sinrazon, y cometio la crueldad. Oy quitò el latigo de la mano à aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaua à aquel delicado infante. En esto llegò â vn camino que en quatro se diuidia, y luego se le vino â la imaginacion las encrucixadas donde los caualleros andantes se ponian â pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos, estuuo vn rato quedo, y al cabo de auerlo muy bien pensado soltô la rienda à Rozinante, dexando à la voluntad del rozinta suya, el qual siguio su primer intento, que fue el yrse camino de su caualleriza. Y auiendo andado como dos

millas,

millas descubrio don Quixote vn grande tropel de gente, que como despues se supo, eran vnos mercaderes Toledanos, que yuan â comprar seda à Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados a cauallo, y tres moços de mulas à pie. Apenas los diuisò don Quixote, quando se imaginô ser cosa de nueua auentura: y por imitar en todo quanto a el le parecia posible, los passos que auia leydo en sus libros, le parecio venir alli de molde vno que pensaua hazer. Y assi, con gentil continẽte, y denuedo, se afirmò bien e los estribos, apretò la lança, llegò la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuuo esperando que aquellos caualleros andantes llegassen, que ya el por tales los tenia, y juzgaua: y quando llegaron a trecho que se pudieron ver, y oyr, leuanto don Quixote la voz, y con ademan arrogante dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiessa, que no ay en el mundo todo donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Pararonse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las dezia: y por la figura, y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisierò ver despacio, en que paraua aquella confession, que se les pedia, y vno dellos que era vn poco burlon, y muy mucho discreto, le dixo: Señor cauallero, nosotros no conocemos quien sea essa buena señora que dezis, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como sinificays, de buena gana, y sin apremio alguno confessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó don Quixote, que hizierades vosotros en cófessar vna verdad tan notoria, la importancia esta, en q̃ sin verla lo aueys de creer, cófessar, afirmar, jurar, y defender, donde no conmigo soys en batalla, gente descomunal, y soberuia: que aora vengays vno a vno (como pide la ordẽ de caualleria) ora todos jũtos, como es costumbre, y mala

vſança de los de vueſtra ralea,aqui os aguardo, y eſpero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caua-uallero,replicò el mercader,ſuplico a vueſtra merced, en nombre de todos eſtos Principes,q̃ aqui eſtamos,que porque no encarguemos nueſtras conciencias, confeſſando vna coſa por noſotros jamas viſta,ni oyda, y mas ſiendo tan en perjuyzio de las Emperatrizes,y Reynas del Alcarria,y Eſtremadura, que vueſtra merced ſea ſeruido de moſtrarnos algun retrato de eſſa ſeñora, aunque ſea tamaño como vn grano de trigo,que por el hilo ſe ſacarà el ouillo, y quedaremos con eſto ſatisfechos, y ſeguros, y vueſtra merced quedarà contento,y pagado:y aun creo q̃ eſtamos ya tan de ſu parte,que aunq̃ ſu retrato nos mueſtre,que es tuerta de vn ojo,y que del otro le mana bermellon,y piedra açufre,con todo eſſo por complazer a vueſtra merced,diremos en ſu fauor todo lo que quiſiere. No le mana,canalla infame,reſpondio don Quixote encendido en colera,no le mana digo eſſo que dezis, ſino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcobada, ſino mas derecha que vn huſo de Guadarrama: pero voſotros pagareys la grande blasfemia que aueys dicho cõtra tamaña beldad como es la de mi ſeñora. Y en diziendo eſto,arremetio con la lança baxa,contra el que lo auia dicho,con tanta furia,y enojo,que ſi la buena ſuerte no hiziera,que en la mitad del camino tropeçara,y cayera Rozinante,lo paſſara mal el atreuido mercader. Cayó Rozinante,y fue rodando ſu amo vna buena pieça por el campo,y queriendoſe leuantar, jamas pudo: tal embaraço le cauſauan la lança,adarga,eſpuelas,y zelada,con el peſo de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaua por leuantarſe,y no podia, eſtaua diziendo: Non fuyays gente cobarde, gente cautiua atended, que no por culpa mia, ſino de mi cauallo, eſtoy aqui tendido. Vn moço de mulas de los que alli venian, que no deuia de ſer muy bien inten-

intencionado, oyendo dezir al pobre caydo tantas arrogancias, no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegandose a el, tomò la lança, y despues de auerla hecho pedaços, con vno dellos començo a dar a nuestro don Quixote tantos palos, que a despecho, y pesar de sus armas, le molio como cibera. Dauanle vozes sus amos, que no le diesse tanto, y que le dexasse: pero estaua ya el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta embiadar todo el resto de su colera: y acudiendo por los demas troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserable caydo, que con toda aquella tempestad de palos que sobre el via, no cerraua la boca, amenazando al cielo, y a la tierra, y a los Malandrines, que tal le parecian. Cansose el moço, y los mercaderes siguieron su camino, lleuando que contar en todo el del pobre apaleado: el qual despues que se vio solo, tornò a prouar si podia leuantarse: pero sino lo pudo hazer quando sano? y bueno, como lo haria molido, y casi deshecho, y aun se tenia por dichoso, pareciẽdole q̃ aquella era propia desgracia de caualleros andantes, y toda la atribuìa à la falta de su caualso, y no era possible leuãtarse, segũ tenia brumado todo el cuerpo.

Cap. V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.

Iendo pues que en efeto no podia menearse, acordóde acogerse a su ordinario remedio, q̃ era pensar en algun passo de sus libros, y truxole su locura à la memoria aq̃l de Baldouinos, y del Marques de Mãtua quãdo Carloto le dexò herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde, para el passo en q̃ se hallaua: y assi cómuestras

de

de grande ſentimiento,ſe començò a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo miſmo que dizen dezia el herido cauallero del boſque: Donde eſtàs ſeñora mia,que no te duele mi mal? ò no lo ſabes ſeñora, ò eres falſa,y deſleal. Y deſta manera fue proſiguiendo el romãce,haſta aquellos verſos que dizen: O noble Marques de Mantua,mi tio,y ſeñor carnal. Y quiſo la ſuerte,que quando llegò a eſte verſo, acertò a paſſar por alli vn labrador de ſu miſmo lugar,y vezino ſuyo,que venia de lleuar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hõbre alli tendido,ſe llegò a el, y le preguntò,que quien era, y que mal ſentia,q̃ tan triſtemente ſe quexaua? Dõ Quixote creyò ſin duda,que aquel era el Marques de Mantua ſu tio,y aſsi no le reſpondio otra coſa,ſino fue proſeguir en ſu romance,donde le daua cuenta de ſu deſgracia,y de los amores del hijo del Emperante con ſu eſpoſa, todo de la miſma manera que el romance lo canta. El labrador eſtaua admirado,oyendo aquellos diſparates,y quitandole la viſera,que ya eſtaua hecha pedaços de los palos, le limpio el roſtro,q̃ lo tenia lleno de poluo. Y apenas le huuo limpiado quando le conocio,y le dixo: Señor Quixada (que aſsi ſe deuia de llamar quando el tenia juyzio, y no auia paſſado de hidalgo ſoſſegado,a cauallero andante) quien ha pueſto á vueſtra merced deſta ſuerte: pero el ſeguia cõ ſu romance â quanto le preguntaua. Viendo eſto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto, y eſpaldar, para ver ſi tenia alguna herida, pero no vio ſangre, ni ſeñal alguna. Procurò leuantarle del ſuelo, y no con poco trabajo le ſubio ſobre ſu jumento,por parecerle caualleria mas ſoſſegada. Recogiò las armas, haſta las aſtillas de la lança,y liolas ſobre Rozinante, al qual tomò de la rida,y del cabeſtro al aſno, y ſe encaminô hàzia ſu pueblo, bien penſatiuo de oyr los diſparates que don Quixote deziaiy no menos yua don Quixote,que de puro molido, y

que-

quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quã do en quando daua vnos sospiros que los ponia en el cielo, de modo, que de nueuo obligò â que el labrador le preguntasse, le dixesse que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traîa â la memoria los cuentos acomodados à sus sucessos, porque en aquel punto, oluidandose de Baldouinos, se acordò del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez le prendio, y lleuò preso â su Alcaydia. Desuerte, que quando el labrador le boluio à preguntar que como estaua, y que sentia, le respondio las mesmas palabras, y razones, que el cautiuo Abencerraje respondia â Rodrigo de Naruaez, del mesmo modo que el auia leydo la historia en la Diana de Iorge de Montemayor, donde se escriue: aprouechandose della tan de proposito, que el labrador se yua dando al diablo de oyr tanta maquina de necedades, por donde conocio, que su vezino estaua loco, y dauale priessa à llegar al pueblo, por escusar el enfado que don Quixote le causaua con su larga arenga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Naruaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y harê los mas famosos hechos de cauallerias que se han visto, vean, ni veran en el mundo. A esto respondio el labrador: Mire vuestra merced señor, pecador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Naruaez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra merced es Baldouinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo se quien soy, respondio don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueue de la Fama, pues â todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada vno por si hizieron, se auentajaràn las mias. En estas platicas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, à la hora que anoche-

cia:

cia: pero el labrador aguardò â que fuesse algo mas noche, porque no viessen al molido hidalgo tan mal caualle ro. Llegada pues la hora que le parecio, entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda alborotada, y estauan en ella el Cura, y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama â vozes: Que le parece à vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que assi se llamaua el Cura) de la desgracia de mi señor, seys dias ha que no parecen el ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuenturada de mi, que me doy à entender, y assi es ello la verdad: como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y suele leer tan de ordinario, le han buelto el juyzio, que aora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes, hablando entre si, que queria hazerse cauallero andante, è yrse â buscar las auenturas por essos mundos. Encomendados sean à Satanas, y â Barrabas tales libros, que assi han echado à perder el mas delicado entendimiento que auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maesse Nicolas, (que este era el nombre del barbero,) que muchas vezes le acontecio à mi señor tio, estarse leyendo en estos desalmados libros de desuenturas dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y ponia mano à la espada, y andaua à cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto á quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las feridas que auia recebido en la batalla, y beuiase luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y sossegado, diziendo que aquella agua era vna preciosissima beuida, que le auia traydo el sabio Esquife, vn grande encantador y amigo suyo:

mas

mas yo me tengo la culpa de todo, que no auisê à vueſtras mercedes de los diſparates de mi ſeñor tio, para que lo remediaran, antes de llegar à lo que ha llegado, y quemaran todos eſtos deſcomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ſer abraſados, como ſi fueſſen de hereges. Eſto digo yo tambien, dixo el Cura, y à fe que no ſe paſſe el dia de mañana, ſin que dellos no ſe haga acto publico, y ſean condenados al fuego, porque no den ocaſion à quien los leyere, de hazer lo que mi buen amigo deue de auer hecho. Todo eſto eſtauan oyendo el labrador, y don Quixote, con que acabò de entender el labrador la enfermedad de ſu vezino, y aſsi començó à dezir à vozes: Abran vueſtras mercedes al ſeñor Baldouinos, y al ſeñor Marques de Mantua que viene mal ferido, y al ſeñor Moro Abindarraez, que trae cautiuo el valeroſo Rodrigo de Naruaez Alcayde de Antequera. A eſtas vozes ſalieron todos, y como conocieron los vnos â ſu amigo, las otras â ſu amo, y tio, que aun no ſe auia apeado del jumento, porque no podia, corrieron à abraçarle. El dixo: Tenganſe todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi cauallo: lleuenme à mi lecho, y llameſe, ſi fuere poſsible, à la ſabia Vrganda, que cure, y cate de mis feridas. Mirâ en hora maça, dixo à eſte punto el ama, ſi me dezia à mi bien mi coraçon, del pie que coxeaua mi ſeñor: Suba vueſtra merced en buen hora, que ſin que venga eſſa vrganda le ſabremos aqui curar. Malditos digo ſean otra vez, y otras ciento, eſtos libros de cauallerias, que tal han parado à vueſtra merced. Lleuaronle luego à la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna: y el dixo, que todo era molimiento, por auer dado vna gran

cayda

cayda con Rozinante su cauallo, combatiendose cõ diez Iayanes, los mas desaforados, y atreuidos, que se pudierà hallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura, Iayanes ay en la dança, para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hizieronle à dõ Quixote mil preguntas, y à ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo q̃ mas le importaua. Hizose assi, y el Cura se informô muy à la larga del labrador, del modo que auia hallado à don Quixote: el se lo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle auia dicho, que fue poner mas desseo en el Licenciado, de hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar à su amigo el Barbero Maesse Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

Cap. VI. Del donoso, y grande escrutinio que el Cura, y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

EL Qual aun toda via dormia. Pidio las llaues à la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y assi como el ama los vio, boluiose à salir del aposento con gran priessa, y tornò luego con vna escudilla de agua bendita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced señor Licenciado, rozie este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos dar, echandolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del alma, y mandó al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros vno à vno, para ver de que tratauan, pues podia ser hallar algunos

gunos que no mereciessen castigo de fuego. No, dixo la sobrina, no ay para que perdonar â ninguno, porque todos han sido los dañadores, mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hazer vn rimero dellos, y pegarles fuego, y sino lleuarlos al corral, y alli se hara la hoguera, y no ofendera el humo. Lo mismo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los titulos. Y el primero, que Maesse Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cauallerias que se imprimio en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y assi me parece, que como à dogmatizador de vna seta tan mala, le deuemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de este genero se han compuesto, y assi como à vnico en su arte se deue perdonar. Assi es verdad, dixo el Cura, y por essa razon se le otorga la vida por aora. Veamos essotro que està junto a el. Es, dixo el barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora ama, abrid essa ventana, y echalde al corral, y dê principio al monton de la hoguera que se ha de hazer. Hizolo assi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaua. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el barbero, es Amadis de Grecia, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que atrueco de quemar à la Reyna Pintiquiniestra, y al Pastor Dariniel, y à sus Eglogas, y

â las endiabladas y rebueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendrò, si anduuiera en figura de cauallero andante. De esse parecer soy yo, dixo el barbero: y aun yo, añadio la sobrina. Pues assi es, dixo el ama, vengan, y al corral con ellos. Dieronselos, que eran muchos, y ella ahorrò la escalera, y dio con ellos por la ventana âbaxo. Quien es esse tonel, dixo el Cura. Este es, respondio el barbero, don Oliuante de Laura. El autor desse libro, dixo el Cura, fue el mesmo que compuso à Iardin de Flores, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, ô por dezir mejor, menos mentiroso, solo se dezir, que este yrà al corral, por disparatado, y arrogante. Este que se sigue, es Florismarte de Hircania, dixo el barbero. Ai està el señor Florismarte, replicò el Cura, pues a fe, que ha de parar presto en el corral, â pesar de su estraño nacimiento, y soñadas auenturas, que no da lugar à otra cosa la dureza, y sequedad de su estilo. Al corral cō el, y con essotro, señora ama. Que me plaze señor mio, respondia ella, y con mucha alegria executaua lo que le era mandado. Este es el cauallero Platir, dixo el barbero. Antiguo libro es esse, dixo el Cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: acompañe â los demas sin replica, y assi fue hecho. Abriose otro libro, y vieron que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele dezir, tras la Cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dixo: Este es Espejo de cauallerias. Ya conozco â su merced, dixo el Cura, ay anda el señor Reynaldos de Moltaluan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no mas que à destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de donde

tam-

tambie texio su tela el Christiano Poeta Ludouico Ariosto, al qual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardarê respeto alguno, pero si habla en su Idioma, le pondre sobre mi cabeça. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades, respondio el Cura, y aqui le perdonaramos al señor Capitan, que no le huuiera traydo à España, y hecho Castellano, que le quitô mucho de su natural valor, y lo mesmo haran todos aquellos que los libros de verso quisieren boluer en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegaràn al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen, y depositen en vn pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea, lo que se ha de hazer dellos, escetuando á vn Bernardo del Carpio que anda por aí, y à otro llamado Roncesualles, que estos en llegando à mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remission alguna. Todo lo confirmò el barbero, y lo tuuo por bien, y por cosa muy acertaha, por entender que era el Cura tan buen Christiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio que era Palmerin de Oliua, y junto â el estaua otro, que se llamaua Palmerin de Ingalaterra. Lo qual visto por el Licenciado, dixo: Essa Oliua se haga luego raxas, y se queme, que aun no queden della las cenizas, y essa Palma de Ingalaterra se guarde, y se conserue, como à cosa vnica, y se haga para ella otra caxa, como la que hallô Alexandro en los despojos de Dario, que la diputò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la vna, porq̃ el por si es muy bueno: y la otra, porque es fama q̃ le compuso vn discreto

Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda son bonissimas, y de grande artificio, las razones cortesanas, y claras, que guardan, y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, saluo vuestro buen parecer (señor Maesse Nicolas) que este, y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demas, sin hazer mas cala y cata, perezcan. No señor compadre, replicó el barbero, que este que aqui tengo, es el afamado don Belianis. Pues esse, replicò el Cura, con la segunda, tercera, y quarta parte tienen necessidad de vn poco de ruybarbo, para purgar la demasiada colera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les da termino vltramarino, y como se enmendaren, assi se vsarà con ellos de misericordia, ò de justicia, y en tanto, tenedlos vos compadre en vuestra casa, mas no los dexeys leer à ninguno. Que me plaze, respondio el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de cauallerias, mandò al ama, que tomasse todos los grandes, y diesse con ellos en el corral. No se dixo a tonta, ni à sorda, sino a quien tenia mas gana de quemallos, que de echar vna tela, por grande y delgada que fuera, y assiendo casi ocho de vna vez, los arrojò por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayò vno a los pies del barbero, que le tomò gana de ver de quien era, y vio que dezia: Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco. Valame Dios, dixo el Cura, dando vna gran voz, que aqui estè Tirante el Blanco, dadmele aca compadre, que hago cuenta que he hallado en el vn tesoro de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui està don Quirieley son de Montalban, valeroso cauallero, y su hermano Tomas de Montalban, y el cauallero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la don-

zella

zella Plazerdemiuida, con los amores, y embuſtes de la viuda Repoſada, y la ſeñora Emperatriz, enamorada de Ipolito ſu eſcudero. Digoos verdad, ſeñor compadre, q̃ por ſu eſtilo es eſte el mejor libro del mundo: aqui comẽ los caualleros, y duermen, y mueren en ſus camas, y hazẽ teſtamento antes de ſu muerte, con otras coſas, de que todos los demas libros deſte genero carecen. Con todo eſſo os digo, que merecia el que lo compuſo, pues no hizo tãtas necedades de induſtria, que le echaran á galeras por todos los dias de ſu vida. Lleualde â caſa, y leelde, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Aſsi ſerà, reſpódio el barbero, pero q̃ haremos deſtos pequeños libros que quedan Eſtos dixo el Cura, no deuẽ de ſer de caualle rias, ſino de Poeſia, y abriendo vno, vio que era la Diana de Iorge de Montemayor, y dixo (creyendo que todos los demas eran del meſmo genero): Eſtos no merecen ſer quemados como los demas, porque no hazen ni harân el daño, que los de cauallerias han hecho, que ſon libros de entendimiento, ſin perjuyzio de tercero. Ay ſeñor, dixo la ſobrina, bien los puede vueſtra merced mandar quemar como à los demas, porque no ſeria mucho, que auiendo ſanado mi ſeñor tio de la enfermedad cauallereſca, leyendo eſtos, ſe le antojaſſe de hazerſe paſtor, y andarſe por los boſques y prados, cantando, y tañendo: y lo que ſeria peor, hazerſe Poeta, que ſegun dizen, es enfermedad incurable, y pegadiza Verdad dize eſta donzella, dixo el Cura, y ſera bien quitarle â nueſtro amigo eſte tropieço, y ocaſion delante. Y pues començamos por la Diana de Montemayor, ſoy de parecer que no ſe queme, ſino que ſe le quite todo aquello que trata de la ſabia Felicia, y de la agua encantada, y caſi todos los verſos mayores, y que deſele en hora buena la proſa, y la honra de ſer primero en ſemejantes libros. Eſte que ſe ſigue, dixo el barbero, es la Diana llamada ſegunda, del Salmantino, y eſte otro

que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondio el Cura, acompañe, y acreciente el numero de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo, y passe adelante señor compadre, y demonos priessa, que se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el barbero abriendo otro, los diez libros de fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofraso, Poeta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo el Cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como esse, no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor, y el mas vnico de quantos deste genero han salido à la luz del mundo: y el que no le ha leydo, puede hazer cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto. Dadmele aca compadre, que precio mas auerle ha llado, que si me dieran vna sotana de raxa de Florencia. Pusole â parte con grandissimo gusto, y el barbero prosiguio, diziendo: Estos que se siguen, son, el pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el Cura, sino entregarlos al braço seglar del ama, y no se me pregunte el porque, que seria nunca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el Cura, sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el barbero, Tesoro de varias Poesias. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: menester es, que este libro se escarde, y limpie de algunas baxezas que entre sus grandezas tiene: guardese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas, y leuantadas obras que ha escrito. Este es, siguio el barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el autor desse libro, replicò el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suauidad de la voz con que los canta, que encan-

encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guardese con los escogidos. Pero que libro es esse que està junto â el: La Galatea de Miguel de Ceruantes, dixo el barbero. Muchos años ha, que es grande amigo mio esse Ceruantes, y se que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena inuencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete, quiça con la enmiẽda alcançarà del todo la misericordia que aora se le niega, y entretanto que esto se vee, tenelde recluso en vuestra posada. Señor compadre, que me plaze, respondio el barbero, y aqui vienen tres todos juntos: la Araucana de don Alonso de Ercilla, la Austriada de Iuan Rufo Iurado de Cordoua, y el Monserrato de Christoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos estos tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroyco, en lengua Castellana estan escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guardense como las mas ricas prendas de Poesia que tiene España. Cansose el Cura de ver mas libros, y assi â carga cerrada, quiso que todos los demas se quemassen, pero ya tenia abierto vno el barbero, que se llamaua las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo, dixo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro huuiera mandado quemar, porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España: y fue felicissimo en la traducion de algunas fabulas de Ouidio.

Cap. VII. De la segunda salida de nuestro buen cauallero, don Quixote de la Mancha.

Stando en esto, començó a dar vozes don Quixote, diziendo: Aqui, aqui valerosos caualleros, aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços, que los cortesanos

lleuan lo mejor del torneo. Por acudir à este ruydo, y estruendo, no se passò adelante con el escrutinio de los demas libros que quedauan, y assi se cree, que fueron al fuego, sin ser vistos ni oydos, la Carolea, y Leon de España, con los hechos del Emperador, compuestos por dõ Luys de Auila, que sin duda deuian de estar entre los que quedauan, y quiça si el Cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron à don Quixote, ya el estaua leuantado de la cama, y proseguia en sus vozes, y en sus desatinos, dando cuchilladas, y reuesses à todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido. Abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues que huuo sossegado vn poco, boluiendose à hablar con el Cura, le dixo: Porcierto señor Arçobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas, ni mas, lleuar la vitoria deste torneo à los caualleros Cortesanos, auiendo nosotros los auentureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced señor compadre, dixo el Cura, que Dios serà seruido, que la suerte se mude, y que lo que oy se pierde, se gane mañana, y atienda vuestra merced à su salud por aora, que me parece, que deue de estar demasiadamente cansado, si ya no es, que està mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado, no ay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido â palos con el tronco de vna enzina, y todo de embidia, porque vee, que yo solo soy el opuesto de sus valentias: mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluã, si en leuantandome deste lecho no me lo pagare, à pesar de todos sus encantamentos, y por aora traygame de yantar, que se que es lo que mas me harà al caso, y quedese lo del vengarme à mi cargo. Hizieronlo assi, dieronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò, y abrasò el ama quantos

libros

libros auia en el corral,y en toda la casa, y tales deuieron de arder,que merecian guardarse en perpetuos archiuos, mas no lo permitio su suerte , y la pereza del escrudiñador, y assi se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el Cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo,fue,que le murassen, y tapiassen el aposento de los libros,porque quando se leuantasse no los hallasse,quiça quitando la causa,cessaria el efeto,y que dixessen , que vn encantador se los auia lleuado,y el aposento y todo, y assi fue hecho con mucha presteza De alli a dos dias se leuanto don Quixote,y lo primero que hizo, fue yr a ver sus libros,y como no hallaua el aposento donde le auia dexado,andaua de vna en otra parte buscandole . Llegaua adonde solia tener la puerta,y tentauala con las manos,y boluia y reboluia los ojos por todo,sin dezir palabra : pero al cabo de vna buena pieça,preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el aposento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduertida de lo que auia de responder, le dixo:Que aposento,ó que nada busca vuestra merced,ya no ay aposento, ni libros en esta casa , porque todo se lo lleuò el mesmo diablo. No era diab o,replicò la sobrina, sino vn encantador,que vino sobre vna nube vna noche, despues del dia que vuestra merced de aqui se partio , y apeandose de vna sierpe en que venia cauallero, entrò en el aposento,y no se lo que hizo dentro,que acabo de poca pieça salio bolando por el texado, y dexò la casa llena de humo,y quando acordamos a mirar lo que dexaua hecho,no vimos libro,ni aposento alguno,solo se nos acuerda muy bien,a mi y al ama,que al tiẽpo del partirse aquel mal viejo,dixo en altas vozes,que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros,y aposento, dexaua hecho el daño en aquella casa,que despues se veria : dixo tambien,que se llamaua el sabio Muñaton. Freston diria:

dixo don Quixote. No se, respondio el ama, si se llamaua Freston, ò Friton, solo se, que acabò en ton su nombre. Assi es, dixo don Quixote, que esse es vn sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir andando los tiempos, à pelear en singular batalla con vn cauallero á quien el fauorece, y le tengo de vencer, sin q̃ el lo pueda estorbar, y por esto procura hazerme todos los sinsabores que puede, y mandole yo, que mal podra el contradezir, ni euitar lo que por el cielo està ordenado. Quien duda de esso, dixo la sobrina, pero quien le mete à vuestra merced señor tio, en essas pendencias, no serà mejor estarse pacifico en su casa, y no yrse por el mundo à buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana, y bueluen tresquilados. O sobrina mia, respondio don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta, primero que à mi me tresquilen, tendre peladas, y quitadas las barbas à quantos imaginaren tocarme en la punta de vn solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la colera. Es pues el caso, que el estuuo quinze dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros deuaneos, en los quales dias, passó graciosissimos cuentos con sus dos compadres el Cura, y el barbero, sobre que el dezia, que la cosa de que mas necessidad tenia el mundo, era de caualleros andantes, y de que en el se resucitasse la caualleria andantesca. El Cura algunas vezes le contradezia, y otras concedia, porque sino guardaua este artificio, no auia poder aueriguarse con el. En este tiempo solicitò don Quixo à vn labrador vezino suyo, hombre de bien (si es que este titulo se puede dar al que es pobre,) pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dixo, tanto le persuadio, y prometio, que el pobre villano se determinò de salirse con el, y seruirle de escudero. Dezia-

le

le entre otras cosas don Quixote, que se dispusiesse à yr con el de buena gana, porque tal vez le podia suceder auentura, que ganassê en quitame allâ essas pajas, alguna Insula, y le dexasse à el por gouernador della. Con estas promessas, y otras tales, Sancho Pança, (que assi se llamaua el labrador,) dexò su muger, y hijos, y assentò por escudero de su vezino. Dio luego don Quixote orden en buscar dineros, y vendiendo vna casa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegò vna razonable cantidad. Acomodose assi mesmo de vna rodela que pidio prestada à vn su amigo, y pertrechando su rota zelada lo mejor que pudo, auisò à su escudero Sancho, del dia, y la hora que pensaua ponerse en camino, para que el se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargô que lleuasse alforjas: ê dixo, que si lleuaria, y que ansi mesmo pensaua lleuar vn asno que tenia muy bueno, porque el no estaua duecho á andar mucho à pie. En lo del asno reparô vn poco don Quixote, imaginando, si se le acordaua, si algun cauallero andante, auia traydo escudero caualiero asnalmente, pero nunca le vino alguno à la memoria: mas con todo esto, determinò, que le lleuasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caualleria, en auiendo ocasion para ello, quitandole el cauallo al primer descortes cauallero que topasse. Proueyose de camisas, y de las demas cosas que el pudo, conforme al consejo que el ventero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger, ni don Quixote de su ama, y sobrina, vna noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse, en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuuieron por seguros de que no los hallariã, aunq̃ los buscassen. Yua Sancho Pança sobre su jumento como vn Patriarca con sus alforjas, y su bota, y cõ mucho desseo de verse ya gouernador de la Insula que su amo

le

le auia prometido. A certò don Quixote à tomar la mismа derrota,y camino,que el que el auia tomado en su primer viaje,que fue por el campo de Montiel, por el qual caminaua con menos pesadumbre que la vez passada,por que por ser la hora de la mañana, y herirles a soslayo los rayos del sol,no les fatigauan.Dixo en esto Sancho Pança a su amo:Mire vuestra merced,señor cauallero andante,que no se le oluide,lo que de la Insula me tiene prometido,que yo la sabre gouernar por grande que sea. A lo qual le respondio don Quixote: Has de saber amigo Sancho Pança,que fue costumbre muy vsada de los caualleros andantes antiguos,hazer Gouernadores a sus escuderos,de las Insulas,ò Reynos que ganauan,y yo tengo determinado,de que por mi no falte tan agradecida vsança, antes pienso auentajarme en ella, porque ellos algunas vezes,y quiça las mas,esperauan a que sus escuderos fuessen viejos, y ya despues de hartos de seruir, y de lleuar malos dias,y peores noches,les dauan algun titulo de Códe,ò por lo menos de Marques de algun Valle, ò Prouincia de poco mas a menos,pero si tu viues, y yo viuo, bien podria ser que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno, q̃ tuuiesse otros a el aderentes,que viniessen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho,que cosas, y casos acontecen a los tales caualleros, por modos tan nunca vistos,ni pensados, que con facilidad te podria dar,aun mas de lo que te prometo. Dessa manera,respondio Sancho Pança,si yo fuesse Rey por algun milagro de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez,mi oyslo,vendria a ser Reyna,y mis hijos infantes.Pues quien lo duda,respondio don Quixote. Yo lo dudo,replicò Sancho Pança, porque tengo para mi,que aunque llouiesse Dios Reynos sobre la tierra,ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor,q̃ no vale dos marauedis para Reyna,Condesa

le caera mejor,y aun Dios, y ayuda. Encomiendalo tu a Dios Sancho,respondio don Quixote,que el te daralo q̃ mas le conuenga:pero no apoques tu animo tanto, que te vengas a contentar con menos, que con ser Adelantado. No hare señor mio, respondio Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced,que me sabra dar todo aquello que me estê bien,y yo pueda lleuar.

Cap.VIII.Del buen sucesso que el valeroso don Quixote tuuo en la espantable y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, con otros sucessos dignos de felice recordacion.

EN Esto descubrieron treynta, ò quarenta molinos de viento que ay en aquel campo, y asi como don Quixote los vio, dixo a su escudero.La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertaramos a dessear. Porque ves alli amigo Sancho Pança,donde se descubren treynta, ò pocos mas desaforados Gigantes con quien pienso hazer batalla,y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos començaremos a enriquezer,que esta es buena guerra, y es gran seruicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.Que Gigantes,dixo Sancho Pança. Aquellos que alli ves,respondio su amo, de los braços largos,que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced,respondio Sancho, que aquellos que alli se parecen no son Gigantes,sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen braços,son las aspas, que bolteadas del viento,hazen andar la piedra del molino.Bien parece, respondio don Quixote, que no estâs cursado en esto de las auenturas,ellos son Gigantes,y si tienes miedo,quitate de ahi,y ponte en oracion en el espacio que yo voy a en-

trar

trar con ellos en fiera, y desigual batalla. Y diziendo esto, dio de espuelas a su cauallo Rozinante, sin atender a las vozes que su escudero Sancho le daua, aduirtiendole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que yua acometer. Pero el yua tan puesto en que eran gigantes, que no oîa las vozes de su escudero Sancho, ni echaua de ver, aunque estaua ya bien cerca, lo que eran, antes yua diziendo en vozes altas: Non fuyades couardes y viles criaturas, que vn solo cauallero es el que os acomete. Leuantose en esto vn poco de viento, y las grandes aspas començaron á mouerse, lo qual visto por don Quixote, dixo: Pues aunque mouays mas braços que los del gigante Briareo, me lo aueys de pagar. Y en diziendo esto, y encomendandose de todo coraçon â su señora Dulcinea, pidiendole que en tal trance le socorriesse, bien cubierto de su rodela, con la lança en el ristre, arremetio à todo el galope de Rozinante, y enuistio con el primero molino que estaua delante, y dandole vna lançada en el aspa, la boluio el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, lleuandose tras si al cauallo, y al cauallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudio Sancho Pança â socorrerle, à todo el correr de su asno, y quando llegò, hallò que no se podia menear: tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixe yo â vuestra merced, que mirasse bien lo que hazia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, respondio don Quixote, que las cosas de la guerra mas que otras estas sujetas à continua mudança: quanto mas que yo pienso, y es assi verdad, que aquel sabio Freston que me robô el aposento, y los libros, ha buelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento.

tal

tal es la enemiſtad que me tiene, mas al cabo al cabo, han de poder poco ſus malas artes contra la bondad de mi eſpada. Dios lo haga como puede, reſpondio Sancho Pança, y ayudandole â leuantar, tornò a ſubir ſobre Rozinante, que medio deſpaldado eſtaua: y hablando en la paſſada auentura, ſiguieron el camino del puerto Lapice, porque alli dezia don Quixote, que no era poſsible dexar de hallarſe muchas, y diuerſas auenturas, por ſer lugar muy paſſagero, ſino que yua muy peſaroſo por auerle faltado la lança, y diziendoſelo a ſu eſcudero, le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn caualle-ro Eſpañol, llamado Diego Perez de Vargas, auiendoſele en vna batalla roto la eſpada, deſgajô de vna enzina vn peſado ramo, ò tronco, y con el hizo tales coſas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedò por ſobrenombre Machuca, y aſsi el como ſus decendientes, ſe llamaron deſde aquel dia en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho eſto, porque de la primera enzina, ò roble que ſe me depare, pienſo deſgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel, que me imagino, y pienſo hazer con el tales hazañas, que tu te tengas por bien afortunado, de auer merecido venir à verlas, y a ſer teſtigo de coſas que apenas podran ſer creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo aſsi como vueſtra merced lo dize, pero enderecese vn poco, que parece que va de medio lado, y deue de ſer del molimiento de la cayda. Aſsi es la verdad, reſpondio don Quixote, y ſino me quexo del dolor, es, porque no es dado à los caualleros andantes quexarſe de herida alguna, aunque ſe le ſalgan las tripas por ella. Si eſſo es aſsi, no tengo yo que replicar, reſpondio Sancho, pero ſabe Dios, ſi yo me holgara que vueſtra merced ſe quexara quando alguna coſa le doliera. De mi ſe dezir, que me he de quexar del mas pequeño dolor que tenga, ſi ya no ſe entiende tambien con los eſcuderos

de los

de los caualleros andantes,esso del no quexarse.No se dexò de reyr don Quixote de la simplicidad de su escudero,y assi le declarò que podia muy bien quexarse, como, y quando quisiesse,sin gana,ò con ella,que hasta entonces no auia leydo cosa en contrario en la orden de caualleria. Dixole Sancho,que mirasse que era hora de comer. Respondiole su amo,que por entonces no le hazia menester,que comiesse el quando se le antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento,y sacando de las alforjas lo que en ellas auia puesto,yua caminando,y comiendo detras de su amo, muy de espacio,y de quando en quando empinaua la bota con tanto gusto,que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tanto que el yua de aquella manera menudeando tragos,no se le acordaua de ninguna promessa que su amo le huuiesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las auenturas, por peligrosas que fuessen. En resolucion,aquella noche la passaron entre vnos arboles, y del vno dellos desgajò don Quixote vn ramo seco, que casi le podia seruir de lança, y puso en el el hierro q̃ quitò de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmio don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las florestas,y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras.No la passò assi Sancho Pança,que como tenia el estomago lleno,y no de agua de chicoria,de vn sueño se la lleuò toda, y no fueran parte para despertarle (si su amo no le llamara)los rayos del sol que le dauan en el rostro,ni el canto de las aues,que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan: Al leuantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes,y afligiose el coraçon,por parecerle que no lle-

lleuauan camino de remediar tan presto su falta. No quí so desayunarse don Quixote, porque como està dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su començado camino del puerto Lapice, y à obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui (dixo en viendole don Quixote) podemos hermano Sancho Pança, meter las manos hasta los codos, en esto que llaman auenturas. Mas aduierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria, que me ayudes, hasta q̃ seas armado cauallero. Por cierto señor, respondio Sancho, q̃ vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas q̃ yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q̃ en lo que tocare a defender mi persona, no tendrè mucha cuenta cõ essas leyes, pues las diuinas, y humanas permiten, q̃ cada vno se defienda de quien quisiere agrauiarle. No digo yo menos, respondio don Quixote, pero en esto de ayudarme contra caualleros, has de tener a raya tus naturales impetus. Digo q̃ assi lo hare, respondio Sancho, y q̃ guardare esse preceto tan bien como el dia del Domingo. Estando en estas razones, assomaron por el camino dos Frayles de la orden de S. Benito, caualleros sobre dos Dromedarios, q̃ no eran mas pequeñas dos mulas en q̃ venian. Traian sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de acauallo q̃ le acompañauan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el coche, como despues se supo, vna señora Vizcayna, q yua a Seuilla dõde estaua su marido, q̃ passaua a las Indias con vn muy honroso cargo. No venian los Frayles con ella, aũque yuan el mismo ca

mino: mas à penas los diuisò don Quixote quãdo dixo a su escudero: O yo me engaño, o esta ha de ser la mas famosa auentura q̃ se aya visto, porq̃ aquellos bultos negros q̃ alli parecen, deuen de ser, y son sin duda algunos encantadores, q̃ lleuan hurtada alguna Princesa en aq̃l coche, y es menester deshazer este tuerto à todo mi poderio. Peor serà esto q̃ los molinos de viento, dixo Sancho: Mire señor, que aquellos son Frayles de S. Benito, y el coche deue de ser de alguna gente passagera. Mire q̃ digo, que mire bien lo q̃ haze, no sea el diablo q̃ le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondio don Quixote, q̃ sabes poco de achaque de auenturas, lo q̃ yo digo es verdad, y aora lo veras: y diziẽdo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los Frayles venian, y en llegando tan cerca, q̃ á el le parecio que le podriã oyr lo q̃ dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas q̃ en esse coche lleuays forçadas, sino aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuuieron los Frayles las riendas, y quedarõ admirados, assi de la figura de don Quixote, como de sus razones, a las quales respódierõ: Señor caualleros, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos religiosos de san Benito, q̃ vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forçadas Princesas. Para conmigo no ay palabras blandas, q̃ ya yo os conozco fementida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinante, y la lança baxa arremetio cótra el primero Frayle, có tãta furia, y denuedo, q̃ si el Frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aũ mal ferido, sino cayera muerto. El segũdo religioso, q̃ vio del modo q̃ tratauan a su cópañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò a correr por aq̃lla cãpaña, mas ligero q̃ el mismo viẽto.

Sancho

Sancho Pança, q̃ vio en el ſuelo al Frayle, apeandoſe ligeramẽte de ſu aſno, arremetio a el, y le començò a quitar los habitos. Llegaron en eſto dos moços de los Frayles, y preguntaronle, q̃ porque le deſnudaua? Reſpõdioles Sancho, q̃ aquello le tocaua a el legitimamẽte, como deſpojos de la batalla q̃ ſu ſeñor don Quixote auia ganado. Los moços q̃ no ſabian de burlas, ni entendian aq̃llo de deſpojos, ni batallas, viendo q̃ ya don Quixote eſtaua deſuiado de alli, hablando cõ las q̃ en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron cõ el en el ſuelo, y ſin dexarle pelo en las barbas, le molieron a coçes, y le dexaron tendido en el ſuelo, ſin aliento, ni ſentido: y ſin detenerſe vn punto, tornó a ſubir el Frayle, todo temeroſo, y acobardado, y ſin color en el roſtro: y quando ſe vio a cauallo, picô tras ſu cõpañero, q̃ vn buen eſpacio de alli le eſtaua aguardando, y eſperando en q̃ paraua aquel ſobreſalto; y ſin querer aguardar el fin de todo aq̃l començado ſuceſſo, ſiguieron ſu camino, haziẽdoſe mas cruzes q̃ ſi lleuaran el diablo a las eſpaldas. Don Quixote eſtaua como ſe ha dicho, hablando cõ la ſeñora del coche, diziendole: La vueſtra fermoſura ſeñora mia, puede fazer de ſu perſona lo q̃ mas le viniere en talante, porq̃ ya la ſoberuia de vueſtros robadores yaze por el ſuelo, derribada por eſte mi fuerte braço: y porq̃ no peneys por ſaber el nõbre de vueſtro libertador, ſabed q̃ yo me llamo don Quixote dela Mancha, cauallero andante, y cautiuo dela ſin par, y hermoſa doña Dulcinea del Toboſo: y en pago del beneficio q̃ de mi aueys recebido, no quiero otra coſa, ſino q̃ boluays al Toboſo, y q̃ de mi parte os preſenteys ante eſta ſeñora, y le digays lo q̃ por vueſtra libertad he fecho. Todo eſto q̃ don Quixote dezia, eſcuchaua vn eſcudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar paſſar el coche adelante, ſino que dezia que luego auia de dar

la buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y asiédole de la lança, le dixo en mala lengua Castellana, y peor Vizcayna, desta manera: Anda cauallero, q̃ mal andes, por el Dios q̃ criome, q̃ sino dexas coche, assi te matas como estas aî Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixote, y con mucho sossiego le respondio: Si fueras caualle ro como no lo eres, ya yo huuiera castigado tu sandez, y atreuimiento, cautiua criatura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no cauallero: Iuro a Dios tan mientes como Christiano. Si lança arrojas, y espada sacas, el agua quan presto verás q̃ al gato lleuas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, q̃ mira si otra dizes cosa. Aora lo veredes dixo Agrages, respondio don Quixote, y arrojando la lança en el suelo, sacò su espada, y embraçò su rodela, y arremetio al Vizcayno, cõ determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno q̃ assi le vio venir, aũque quisiera apearse de la mula, q̃ por ser de las malas de alquiler, no auia q̃ fiar en ella, no pudo hazer otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole bien, q̃ se hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almohada q̃ le siruio de escudo, y luego se fueron el vno para el otro, como si fuerã dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porq̃ dezia el Vizcayno en sus mal trauadas razones, q̃ sino le dexauan acabar su batalla, q̃ el mismo auia de matar a su ama, y â toda la gente q̃ se lo estoruasse La señora del coche, admirada, y temerosa de lo q̃ veîa, hizo al cochero q̃ se desuiasse de alli algun poco, y desde lexos se puso a mirar la rigurosa contienda: en el discurso de la qual, dio el Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima de vn ombro, por encima de la rodela, que a darsela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote que sintio la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dio vna gran voz, diziendo: O señora de mi alma

Dulei-

Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro cauallero, q̃ por satisfazer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuando determinacion de auenturarlo todo a la de vn solo golpe. El Vizcayno que assi le vio venir cõtra el, bien entendio por su denuedo su coraje, y determinò de hazer lo mismo que don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a vna, ni a otra parte, q̃ ya de puro cansada, y no hecha a semejantes niñerias, no podia dar vn passo. Venia pues, como se ha dicho, dõ Quixote contra el cauto Vizcayno, con la espada en alto, cõ determinacion de abrirle por medio: y el Vizcayno le aguardaua ansi mismo, leuantada la espada, y aforrado cõ su almohada, y todos los circunstãtes estauan temerosos, y colgados de lo q̃ auia de suceder de aquellos tamaños golpes con q̃ se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas suyas, estauan haziẽdo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y casas de deuociõ de España, porq̃ Dios librasse a su escuderò, y à ellas, de aquel tan grande peligro en q̃ se hallauã. Pero esta el daño de todo esto, q̃ en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, q̃ no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las q̃ dexa referidas. Bien es verdad, q̃ el segundo autor desta obra, no quiso creer, q̃ tan curiosa historia estuuiesse entregada a las leyes del oluido, ni q̃ huuiessen sido tã poco curiosos los ingenios dela Mãcha, q̃ no tuuiessen en sus archiuos, ò en sus escritorios, algunos papeles q̃ deste famoso caualllero tratassen, y assi cõ esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia, el qual siendole el cielo fauorable, le hallò del modo que se contarà en la segunda Parte.

SEGVNDA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

Cap. IX. Donde se concluye, y da fin à la estupenda batalla, que el gallardo Vizcayno, y el valiente Manchego tuuieron.

DEXAMOS en la primera parte desta historia, al valeroso Vizcayno, y al famoso don Quixote, con las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertauan, por lo menos se diuidirian, y fenderian de arriba abaxo, y abririan como vna granada: y q̃ en aquel punto tan dudoso parò, y quedô destroncada tã sabrosa historia, sin que nos diesse noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltaua. Causome esto mucha pesadumbre, porque el gusto de auer leydo tan poco, se boluia en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecia, para hallar lo mucho que a mi parecer faltaua de tan sabroso cuento. Pareciome cosa impossible, y fuera de toda buena costumbre, que a tan buen cauallero le huuiesse faltado algun sabio que tomara a cargo el escriuir

sus

ſus nunca viſta hazañas, coſa q̃ no faltò a ninguno delos caualleros andantes, de los que dizen las gentes, que van a ſus auenturas, porque cada vno dellos tenia vno, o dos ſabios como de molde, q̃ no ſolamente eſcriuian ſus hechos, ſino que pintauan ſus mas minimos penſamientos, y niñerias, por mas eſcondidas que fueſſen. Y no auia de ſer tan deſdichado tan buen cauallero, que le faltaſſe a el lo que ſobrò a Platir, y â otros ſemejantes Y aſsi no podia inclinarme a creer que tan gallarda hiſtoria huuieſſe quedado manca, y eſtropeada, y echaua la culpa a la malignidad del tiempo deuorador, y conſumidor de todas las coſas: el qual, o la tenia oculta, o conſumida. Por otra parte me parecia, que pues entre ſus libros ſe auian hallado tan modernos como Deſengaño de zelos, y Ninfas, y paſtores de Henares, que tambien ſu hiſtoria deuia de ſer moderna, y que ya que no eſtuuieſſe eſcrita, eſtaria en la memoria de la gente de ſu aldea, y de las a ella circunuezinas. Eſta imaginacion me traîa confuſo, y deſſeoſo de ſaber real, y verdaderamente, toda la vida, y milagros de nueſtro famoſo Eſpañol don Quixote de la Mancha, luz, y eſpejo de la caualleria Manchega, y el primero que en nueſtra edad, y en eſtos tan calamitoſos tiempos ſe puſo al trabajo, y exercicio de las andãtes armas: y al de desfazer agrauios, ſocorrer biudas, amparar donzellas, de aquellas que andauan con ſus açotes, y palafrenes, y con toda ſu virginidad acueſtas, de monte en monte, y de valle en valle: que ſino era q̃ algun follon, o algun villano de acha, y capellina, o algũ deſcomunal Gigante las forçaua, donzella huuo en los paſſados tiempos, que al cabo de ochenta años, q̃ en todos ellos no durmio vn dia debaxo de texado, ſe fue tan entera la ſepultura, como la madre que la auia parido. Digo pues, que por eſtos, y otros muchos reſpetos, es digno nueſtro gallardo Quixote, de continuas y memo-

rables alabanças: y aun a mi no se me deuen negar, por el trabajo, y diligencia q̃ puse, en buscar el fin desta agradable historia. Aũque bien se, q̃ si el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudarã, el mundo quedara falto, y sin el pasatiempo, y gusto q̃ bien casi dos horas podra tener, el q̃ cõ atẽciõ la leyere. Passò pues el hallarla en esta manera

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo, llegò vn muchacho a vender vnos cartapacios, y papeles viejos a vn escudero, y como soy aficionado a leer, aunque seã los papeles rotos de las calles, lleuado desta mi natural inclinacion, tomê vn cartapacio de los q̃ el muchacho vendia, y vile con caracteres que conoci ser Arabigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduue mirando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado que los leyesse: y no fue muy dificultoso hallar interprete semejante, pues aunq̃ le buscara de otra mejor, y mas antigua lẽgua le hallara. En fin la suerte me deparò vno, que diziendole mi desseo, y poniẽdole el libro en las manos, le abrio por medio, y leyendo vn poco en el, se començò a reyr. Preguntele, que de que se reia? y respondiome, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita en el margen por anotacion. Dixele, que me la dixesse, y el fin dexar la risa, dixo: Està, como he dicho, aqui en el margen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas vezes en esta historia referida, dizen que tuuo la mejor mano para salar puercos, q̃ otra muger de toda la Mancha. Quando yo oì dezir Dulcinea del Toboso, quedê atonito, y suspenso, porque luego se me representò q̃ aquellos cartapacios contenian la historia de don Quixote. Con esta imaginacion le di priessa que leyesse el principio: y haziendolo assi, boluiendo de improuiso el Arabigo en Castellano, dixo que dezia: Historia de dõ Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador Arabigo. Mucha discrecion fue menester

ter para disimular el contento que recebi, quãdo llegô à mis oydos el titulo del libro: y salteandosele al sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios, por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo que yo los desseaua, bien se pudiera prometer, y lleuar mas de seys reales de la compra Aparteme luego cõ el Morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguele me boluiesse aquellos cartapacios, todos los que trataua de don Quixote, en lengua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciendole la paga que el quisiesse. Cõtentose cõ dos arrobas de passas, y dos fanegas de trigo, y prometio de traduzirlos bien, y fielmente, y cõ mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe a mi casa, donde en poco mas de mes, y medio la traduxo toda, del mismo modo que aqui se refiere Estaua en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quixote con el Vizcayno, puestos en la misma postura q̃ la historia cuenta, leuantadas las espadas, el vno cubierto de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno tan al viuo, q̃ estaua mostrãdo ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el Vizcayno vn titulo q̃ dezia: Don Sancho de Azpeita, q̃ sin duda deuia de ser su nombre: y à los pies de Rozinante estaua otro q̃ dezia: Don Quixote. Estaua Rozinante marauillosamente pintado, tãlargo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tan etico confirmado, que mostraua bien al descubierto con quãta aduertencia, y propiedad, se le auia puesto el nombre de Rozinante. Iunto a el estaua Sancho Pança, que tenia del cabestro a su asno: a los pies del qual estaua otro retulo, que dezia: Sancho çancas, y deuia de ser, que tenia a lo que mostraua la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas: y por esto se le deuio de poner nombre de Pança, y de çan

ças,

cas,que con estos dos sobrenombres le llama algunas ve zes la historia. Otras algunas menudencias auia que aduertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen al caso a la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna obgecion cerca de su verdad, no podrà ser otra, sino auer sido su autor Arabigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender auer quedado falto en ella que demasiado. Y assi me parece a mi, quando pudiera, y deuiera estender la pluma, en las alabanças de tan buen cauallero; parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha, y peor pensada, auiendo, y deuiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apassionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia emula del tiẽpo, deposito de las acciones, testigo de lo passado, exemplo, y auiso de lo presente, aduertencia de lo por venir En esta se, que se hallarà todo lo que se acertare a dessear en la mas apazible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sugeto En fin su segunda parte, siguiendo la traducion, començaua desta manera.

Puestas, y leuantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos, y enojados combatientes, no parecia sino que estauan amenazando al cielo, a la tierra, y al abismo; tal era el denuedo, y continente que tenian. Y el primero q̃ fue a descargar el golpe, fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, q̃ a no boluersele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda, y á todas las auenturas de nuestro cauallero: mas la buena suerte que para mayores cosas le tenia guardado, torciò la es

pada

pada de su contrario, de modo, que aunque le acertò en el ombro yzquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios, y quien serâ aquel que buenamente pueda cõtar aora, la rabia que entrò en el coraçon de nuestro Manchego, viẽdose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alçò de nueuo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tã buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, començô a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y á dar muestras de caer de la mula a baxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara con el cuello: pero con todo esso sacò los pies de los estribos, y luego soltò los braços, y la mula espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y á pocos corcobos dio cõ su dueño en tierra. Estauasele con mucho sossiego mirando dõ Quixote: y como lo vio caer, saltò de su cauallo, y con mucha ligereza se llegò a el, y poniendole la punta de la espada en los ojos, le dixo que se rindiesse, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y el lo passara mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo auian mirado la pendencia, no fueran adonde estaua, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiziesse tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida á aquel su escudero. A lo qual don Quixote respondio, con mucho entono, y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yo soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con vna condicion, y concierto: y es, que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar

del

del Toboso, y presétarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dello que mas fuere de su voluntad: La temerosa, y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quixote pedia, y sin pregũtar quien Dulcinea fuesse, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuesse mandado. Pues en fê de essa palabra, yo no le hare mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

Cap. X. De lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que se vio con vna turba de Yangueses.

YA en este tiempo se auia leuantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los Frayles, y auia estado atento a la batalla de su señor don Quixote, y rogaua a Dios en su coraçon, fuesse seruido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna Insula de donde le hiziesse Gouernador, como se lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pẽdencia, y que su amo boluia a subir sobre Rozinante, llegò a tenerle el estribo: y antes que subiesse se hincò de rodillas delante del, y asiendole de la mano se la besò, y le dixo: Sea vuestra merced seruido, señor don Quixote mio, de darme el gouierno de la Insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerças de saberla gouernar, tal, y tan bien, como otro que aya gouernado Insulas en el mundo. A lo qual respondio don Quixote, aduertid hermano Sancho, que esta auentura, y las à estas semejantes, no son auenturas de Insulas, sino de encruzijadas, en las quales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeça, o vna oreja menos. Tened paciencia, que auenturas se ofrecerán

ceran, donde no solamẽte os pueda hazer Gouernador, sino mas adelante. Agradeciosele mucho Sancho, y besandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a subir sobre Rozinante, y el subio sobre su asno, y començò a seguir a su señor, que a passo tirado, sin despedirse, ni hablar mas con las del coche, se entrô por vn bosque que alli junto estaua. Seguiale Sancho, a todo el trote de su jumento: pero caminaua tanto Rozinante, que viẽdose quedar atras, le fue forçoso dar vozes a su amo, que se aguardasse Hizolo assi don Quixote, teniendo las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme señor, q̃ seria acertado yrnos a retraer à alguna Iglesia, que segũ quedò mal trecho aquel con quien os combatistes, no serâ mucho que den noticia del caso a la santa Hermandad, y nos prendan: y á fê que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y donde has visto tu, o leydo jamas, que cauallero andante aya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que huuiesse cometido. Yo no se nada de omecillos, respondio Sancho, ni en mi vida le catê a ninguno: solo sé, que la santa Hermandad tiene q̃ ver con los que pelean en el campo, y en essotro no me entremeto Pues no tengas pena amigo, respondio don Quixote, que yo te sacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu visto mas valeroso cauallero que yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en historias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseuerar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondio Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni se leer, ni escreuir: mas lo que osaré apostar, es, que mas atreuido amo que vuestra merced, y no le he seruido en

todos

todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreui mientos no se paguen donde tengo dicho. Lo q̃ le ruego a vuestra merced, es, q̃ se cure, q̃ le va mucha sangre de essa oreja, q̃ aqui traygo hilas, y vn poco de vnguẽto blã co en las alforjas. Todo esso fuera bien escusado, respon dio don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna re doma del balsamo de Fierabras, q̃ con sola vna gota, se ahorraran tiẽpo, y medicinas. Que redoma, y q̃ balsamo es esse, dixo Sancho Pança? Es vn balsamo, respondio dõ Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, cõ el qual no ay q̃ tener temor a la muerte, ni ay pensar mo rir de ferida alguna. Y assi, quãdo yo le haga, y te le dé, no tienes mas q̃ hazer, sino q̃ quando vieres q̃ en alguna batalla me hã partido por medio del cuerpo (como mu-chas vezes suele acontecer:) bonitamente la parte del cuerpo que huuiere caydo en el suelo, y con mucha soti leza, antes q̃ la sangre se yele, la pondras sobre la otra mi tad q̃ quedare en la silla, aduirtiendo de encaxallo ygual mente, y al justo. Luego me darâs a beuer solos dos tra-gos del balsamo q̃ he dicho, y verasme quedar mas sano q̃ vna mençana. Si esso ay, dixo Pança, yo renuncio des-de aqui el gouierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos seruicios, si-no q̃ vuestra merced me dê la receta de esse estremado licor, q̃ para mi tengo q̃ valdra la onça adonde quiera, mas de a dos reales, y no he menester yo mas, para passar esta vida honrada, y descansadamente. Pero es de saber aora, si tiene mucha costa el hazelle? Con menos de tres reales se pueden hazer tres azũbres, respondio dõ Qui-xote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a q̃ aguarda vuestra merced a hazelle, y â enseñarmele? Calla ami-go, respondio don Quixote, que mayores secretos pien-so enseñarte, y mayores mercedes hazerte: y por aora curemonos, q̃ la oreja me duele mas de lo que yo quisie-

ra.

sa. Sacó Sancho de las alforjas hilas, y vnguento: mas quando don Quixote llegò a ver rota su zelada, pēso perder el juyzio, y puesta la mano en la espada, y alçādo los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y à los santos quatro Euangelios, dōde mas largamente estā escritos, de hazer la vida q̄ hizo el gran de Marques de Mantua, quādo jurô de vengar la muerte de su sobrino Baldouinos; q̄ fue, de no comer pan a māteles, ni cō su muger folgar, y otras cosas, q̄ aūque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expressadas, hasta tomar entera vēgança del q̄ tal desaguisado me fizo. Oyēdo esto Sancho, le dixo: Aduierta vuestra merced, señor don Quixote, q̄ si el cauallero cumpliò lo que se le dexò ordenādo, de yrse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya aura cūplido cō lo q̄ deuia, y no merece otra pena, sino comete nueuo delito Has hablado, y apūtado muy bien, respondio dō Quixote, y assi anulo el juramento, en quāto lo q̄ toca a tomar del nueua vengāça: pero hagole, y cōfirmole de nueuo, de hazer la vida q̄ he dicho, hasta tanto q̄ quite por fuerça otra zelada, tal, y tā buena como esta à algū cauallero Y no pienses Sācho, q̄ assi a humo de pajas hago esto, q̄ bien tengo aquiē imitar en ello, q̄ esto mismo passô al pie de la letra sobre el y elmo de Mambrino, q̄ tan caro le costò a Sacripante Que dê al diablo vuestra merced tales juramētos, señor mio, replicò Sācho, q̄ son muy en daño d̄ la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia. Sino digame aora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, q̄ hemos de hazer, hase de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconuenientes, è incomodidades, como serâ el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias, que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra merced

bien

bien,que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, que no solo no traẽ zeladas, pero quiça no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida .Engañaste en esso,dixo don Quixote, porque no auremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados que los que vinierõ sobre Albraca, a la conquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea assi, dixo Sancho, y â Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Insula que tan cara me cuesta,y muerame yo luego Ya te he dicho Sancho,que no te de esso cuydado alguno , q̃ quando faltare Insula, aî estâ el Reyno de Dinamarca,o el de Sobradisa, que te vendran como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en essas alforjas que comamos,porque vamos luego en busca de algun castillo donde aloxemos esta noche, y hagamos el balsamo que te he dicho,porq̃ yo te voto a Dios, que me va doliendo mucho la oreja. Aqui tray o vna cebolla, y vn poco de queso,y no se quãtos mendiugos de pan,dixo Sancho,pero no son manjares que pertenecen a tan valiẽte cauallero como vuestra merced Que mal lo entiendes, respondio don Quixote : hagote saber Sancho,que es honra de los caualleros andantes, no comer en vn mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas a mano ; y esto se te hiziera cierto, si huuieras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas , en todas ellas no he hallado hecha relaciõ de que los caualleros andantes comiessen, sino era a caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passauan en flores . Y aunque se dexa entender , q̃ no podian passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales,porque en efeto eran hombres como nosotros. hase de entender tambien,que andando lo

mas

mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que Sancho amigo, no te congoje lo que a mi me da gusto, ni quieras tu hazer mundo nueuo, ni sacar la caualleria andante de sus quicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la profession cauallerescа, y de aqui adelante yo proueere las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, q̃ es cauallero: y para mi las proueere, pues no lo soy, de otras cosas bolatiles, y demas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò don Quixote, que sea forçoso a los caualleros andãtes, no comer otra cosa sino essas frutas que dizes, sino que su mas ordinario sustento deuia de ser dellas, y de algunas yeruas que hallauan por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtudes, respondio Sancho, conocer essas yeruas, que segun yo me voy imaginando, algun dia serâ menester vsar de esse conocimiento Y sacando en esto, lo que dixo q̃ trahia, comieron los dos en buena paz, y compaña Pero desseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha breuedad su pobre, y seca comida. Subieron luego a cauallo, y dieronse priessa por llegar a poblado antes que anocheciesse: pero faltoles el Sol, y la esperança de alcançar lo que desseauan, junto à vnas choças de vnos cabreros, y assi determinaron de passarla alli: q̃ quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar â poblado, fue de contento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hazer vn acto possessiuo que facilitaua la prueua de su caualleria.

Cap. XI. De lo que le sucedio a don Quixote con vnos cabreros.

HVe recogido de los cabreros con buen animo, y auiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado à Rozinante, y â su jumento, se fue tras el olor que despedian de si ciertos tassajos de cabra, que hiruiendo al fuego en vn caldero estauan, y aunque el quisiera en aquel mismo punto, ver si estauan en saçon de trasladarlos del caldero al estomago, lo dexò de hazer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiẽdo por el suelo vnas pieles de ouejas, adereçaron con mucha priessa su rustica mesa, y combidaron à los dos, con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentaronse â la redonda de las pieles seys dellos, que eran los que en la majada auia: auiendo primero con grosseras ceremonias rogado a don Quixote que se sentasse sobre vn dornajo que buelto del reues le pusieron. Sentose don Quixote, y quedauase Sancho en pie para seruirle la copa, que era hecha de cuerno. Viendole en pie su amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien que en si encierra la andante caualleria, y quã a pique estan los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir breuemente a ser honrados, y estimados del mundo, quiero que aqui à mi lado, y en compañia desta buena gente te sientes, y que seas vna misma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural señor, que comas en mi plato, y beuas por donde yo beuiere: porque de la caualleria andãte se puede dezir lo mismo que del Amor se dize, que todas las cosas yguala. Gran merced, dixo Sancho, pero se dezirá vuestra merced, que como yo tuuiesse bien de comer, tan bien, y mejor me lo co-

meria

meria en pie, y à mis solas, como sentado à par de vn Emperador Y aun si va â dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan, y cebolla, que los gallipauos de otras mesas, donde me sea forçoso mascar despacio, beuer poco, limpiarme à menudo, no estornudar, ni tosser, si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo Assi que señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y aderente de la caualleria andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conuiertalas en otras cosas que me sean de mas comodo, y prouecho que estas (aũque las doy por bien recebidas) las renuncio para desde aqui al fin del mundo Con todo esso te has de sentar, porque â quien se humilla Dios le ensalça, y assiendole por el braço, le forçò à que junto â el se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonça de escuderos, y de caualleros andãtes, y no hazian otra cosa que comer, y callar, y mirar à sus huespedes, que con mucho donaire, y gana embaulauan tassajo como el puño Acabado el seruicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas auellanadas, y juntamente pusieron vn medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaua en esto ocioso el cuerno, porque andaua â la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vazio) como arcaduz de noria, que con facilidad vazió vn zaque, de dos q̃ estauan de manifiesto Despues que don Quixote huuo bien satisfecho su estomago, tomò vn puño de bellotas en la mano, y mirandolas atentamente, soltò la voz a semejantes razones: Dichosa edad, y siglos dichosos aquellos, â quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcançasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los q̃

en ella viuian, ignorauan estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, à nadie le era necessario, para alcançar su ordinario sustento, tomar otro trabajo, que alçar la mano, y alcançarle de las robustas enzinas, que liberalmente les estauan combidando con su dulce, y saçonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnifica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formauan su republica las solicitas, y discretas abejas, ofreciendo à qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de si, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas, y liuianas cortezas, con que se començaron a cubrir las casas sobre rusticas estacas sustentadas, no mas q̃ para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad todo concordia: aun no se auia atreuido la pesada reja del corbo arado â abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forçada, ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno, lo que pudiesse hartar, sustentar, y deleytar à los hijos que entonces la posseîan Entonces si, q̃ andauan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença, y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente, lo q̃ la honestidad quiere, y ha querido siẽpre que se cubra, y no eran sus adornos de los que aora se vsan, a quien la purpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiça yuan tan pomposas, y compuestas, como van aora nuestras cortesanas con las raras, y peregrinas inuenciones, q̃ la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decorauã los cócetos amorosos del alma, simple, y sen

zillamen-

zillamente, del mismo modo, y manera que ella los con cebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclandose con la verdad, y llaneza. La justicia se estaua en sus propios terminos, sin que la osassen turbar, ni ofender los del fauor, y los del interesse, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaxe, aun no se auia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no auia que juzgar, ni quien fuesse juzgada La donzellas, y la honestidad andauan, como tengo dicho, por donde quiera, sola, y señora, sin temor que la agena desemboltura, y lasciuo intento la menoscabassẽ, y su perdicion nacida de su gusto, y propia voluntad. Y aora en estos nuestros detestables siglos, no està segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nueuo laberinto como el de Creta, porq̃ alli por los resquicios, o por el ayre, con el zelo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al traste Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la orden de los caualleros andantes, para defender las donzellas, amparar las biudas, y socorrer a los huerfanos, y à los menesterosos Desta orden soy yo hermanos cabreros, a quien agradezco el agassajo, y buen acogimiento que hazeys a mi, y à mi escudero: que aunq̃ por ley natural, estan todos los que viuen obligados a fauorecer à los caualleros andantes, toda via por saber, q̃ sin saber vosotros esta obligaciõ, me acogistes, y regalastes, es razon, que con la voluntad a mi posible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (q̃ se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro cauallero, porque las bellotas que le dieró, le truxeró a la memoria la edad dorada: y antojosele hazer aquel inutil razonamiento a los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados, y suspensos

pensos le estuuierõ escuchando. Sancho, assi mismo callaua, y comia bellotas, y visitaua muy a menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le tenian colgado de vn alcornoque. Mas tardò en hablar dõ Quixote, que en acabarse la cena: al fin de la qual, vno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra merced dezir, señor cauallero andante, que le agassajamos con pronta, y buena voluntad, queremos darle solaz, y contento, con hazer, q̃ cante vn compañero nuestro, que no tardarâ mucho en estar aqui: el qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escreuir, y es musico de vn rabel, que no ay mas que dessear. Apenas auia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò a sus oydos el son del rabel, y de alli a poco llegò el que le tañia, que era vn moço de hasta veynte, y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia cenado, y respondiendo, q̃ si, el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, bien podras hazernos placer de cãtar vn poco, porque vea este señor huesped, que tenemos, quien tambien por los montes, y seluas ay quien sepa de musica. Hemosle dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y assi te ruego, por tu vida, que te sientes, y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, q̃ en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondio el moço, y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de vna desmochada enzina, y templando su rabel, de alli a poco con muy buena gracia començò a cantar, diziendo desta manera.

ANTO

ANTONIO.

Yo se Olalla que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.
Porque se que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que tal vez
Olalla, me has dado indicio,
Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches.
Y honestissimos desuios,
Tal vez la esperança muestra
La orilla de su vestido.
Abalança se al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.
Y si son seruicios parte
De hazer vn pecho benigno,

Algunos de los que he hecho
Fortalezen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de vna vez auras visto,
Que me he vistido en los Lunes,
Lo que me honraua el Domingo.
Como el amor, y la gala
Andan vn mismo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dexo el baylar por tu causa,
Ni las musicas te pinto,
Que has escuchado a deshoras,
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanças,
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hazen,
Ser yo de algunas mal quisto:
Teresa del Berrocal,
Yo alabandote, me dixo,
Tal piensa que adora vn Angel,
Y viene à adorar à vn gimio.
Merced a los muchos dixes,
Y a los cabellos postizos,
Y à hipocritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.
Desmentila, y enojose,
Boluio por ella su primo,

Desafiome, y ya sabes
Lo que yo hize, y el hizo.
No te quiero yo a monton,
Ni te pretendo, y te sirvo,
Por lo de barraganía,
Que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,
Pon tu cuello en la gamella,
Veràs como pongo el mio.
Donde no, desde aqui juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.

CON esto dio el cabrero fin a su canto, y aũque don Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo cõsintio Sancho Pança, porque estaua mas para dormir, que para oyr canciones. Y assi dixo a su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego, à donde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondio dõ Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño, que de musica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respõdio Sancho. No lo niego replicò don Quixote, pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profession mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esso, seria bien Sancho, que me bueluas a curar esta oreja, q̃ me

va

va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo q̃ se le mandaua. Y viendo vno de los cabreros la herida, le dixo, que no tuuiesse pena, que el pódria remedio con que facilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por alli auia, las mascò, y las mezclò con vn poco de sal, y aplicandoselas a la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, que no auia menester otra medicina, y assi fue la verdad.

Cap. XII. De lo que conto vn cabrero a los que estauan con don Quixote.

Estando en esto, llegò otro moço delos que les traian del aldea el bastimento, y dixo: Sabeys lo que passa enel lugar compañeros? Como lo podemos saber, respondio vno dellos. Pues sabed, prosiguio el moço, que murio esta mañana, aquel famoso pastor estudiante llamado Grisostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habito de pastora por essos andurriales. Por Marcela diras; dixo vno? Por essa digo, respondio el cabrero: Y es lo bueno, que mandò en su testamento, que le enterrassen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña, donde està la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y el dizen, que lo dixo, aquel lugar es adonde el la vio la vez primera. Y tambien mandò otras cosas tales, que los Abades del pueblo, dizen que no se han de cumplir, ni es bien que se cũplan, porque parecen de Gentiles. A todo lo qual, respóde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, q̃ tambien se vistio de pastor con el, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexò mandado Grisostomo, y so

bre

bre esto anda el pueblo alborotado, mas a lo que se dize, en fin, se harà lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen â enterrar con gran pompa, adonde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexarê de yr a verla, si supiesse no boluer mañana al lugar. Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes aquien ha de quedar à guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunque no serà menester vsar de essa diligencia, que yo me quedarê por todos: y no lo atribuyas a virtud, y a poca curiosidad mia, sino a que no me dexa andar el garrancho, que el otro dia me passò este pie. Con todo esso te lo agradecemos, respódio Pedro. Y don Quixote rogò a Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y q̃ pastora aquella. A lo qual Pedro respondio, que lo que sabia era, que el muerto era vn hijodalgo rico, vezino de vn lugar que estaua en aquellas sierras, el qual auia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales auia buelto a su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leydo. Principalmente dezian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo q̃ passan allà en el cielo, el Sol, y la Luna, porque puntualmente nos dezia el cris del Sol, y de la Luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse essos dos luminares mayores, dixo don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerias, prosiguiô su cuento, diziendo: Assi mismo adeuinaua, quando auia de ser el año abundante, o estil. Este ril quereys dezir amigo, dixo don Quixote? Esteril, o estil, respondio Pedro, todo se sale allà. Y digo, que cõ esto que dezia, se hizieron su padre, y sus amigos q̃ le dauan credito, muy ricos, porque hazian lo que el les acõsejaua, diziendoles: Sembrad este año ceuada, no trigo: en este podeys sembrar garuanços, y no ceuada: el que viene serâ de guilla de azeyte: los tres siguientes no se

cogerá

cogera gota. Essa ciencia se llama Astrologia, dixo don Quixote. No se yo como se llama replicò Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no passaron muchos meses, despues que vino de Salamanca, quãdo vn dia remanecio vestido de pastor, con su ganado, y pellico, auiendose quitado los habitos largos, que como escolar traîa, y juntamente se vistio con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que auia sido su cõpañero en los estudios. Oluidauaseme de dezir, como Grisostomo el difunto fue grãde hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del nacimiẽto del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adiuinar la causa que les auia mouido a hazer aquella tã estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, assi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedò el moço señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritatiuo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendicion. Despues se vino à entender, que el auerse mudado de trage, no auia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrô denantes, del la se auia enamorado el pobre difunto de Grisostomo. Y quiero os dezir aora, porque es bien que lo sepays, quien es esta rapaza, quiça, y aun sin quiça, no aureys oydo semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque viuays mas años que Sarna. Dezid Sarna, replicò don Quixote, no pudiendo sufrir

el tro-

el trocar de los vocablos del cabrero. Harto viue la farna, respondio Pedro, y si es señor que me aueys de andar çaheriẽdo à cada passo los vocablos, no acabaremos en vn año. Perdonad amigo, dixo don Quixote, que por auer tanta diferencia de farna à Sarra, os lo dixe, pero vos respondistes muy biẽ, porque viue mas farna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicarê mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea huuo vn labrador, aun mas rico q̃ el padre de Grisostomo, el qual se llamaua Guillermo, y al qual dio Dios, amen de las muchas, y grandes riquezas, vna hija, de cuyo parto murio su madre, que fue la mas honrada muger que huuo en todos estos cótornos: no parece sino que aora la veo con aquella cara, que del vn cabo tenia el Sol, y del otro la Luna, y sobre todo hazendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deue de estar su anima a la hora de hora, gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger, murio su marido Guillermo, dexando a su hija Marcela muchacha, y rica, en poder de vn tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Crecio la niña con tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su madre, que la tuuo muy grande, y con todo esto se juzgaua que se auia de passar la de la hija. Y assi fue, que quando llegò à edad de catorze á quinze años, nadie la miraua, que no bendezia â Dios que tan hermosa la auia criado, y los mas quedauan enamorados, y perdidos por ella. Guardauala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento: pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura, se estendio de manera, que assi por ella, como por sus muchas riquezas, no solamẽte de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas à la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado, ê importunado su tio se la diesse por muger: Mas el (que a las dere
chas

chas es buen Christiano) aunque quisiera casarla luego, assi como la via de edad, no quiso hazerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia, y grangeria q̃ le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiento. Y à fê que se dixo esto en mas de vn corrillo en el pueblo en alabança del buen sacerdote. Que quiero q̃ sepa señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, q̃ deuia de ser demasiadamente bueno el clerigo, que obliga a sus feligreses à que digan biẽ del, especialmente en las aldeas. Assi es la verdad, dixo don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro, le contays con muy buena gracia. La del Señor no me falte, q̃ es la que haze al caso. Y en lo demas sabreys, que aũque el tio proponia à la sobrina, y le dezia las calidades de cada vno en particular, de los muchos que por muger la pedian, rogandole que se casasse, y escogiesse à su gusto, jamas ella respondio otra cosa, sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tã muchacha no se sentia abil para poder lleuar la carga del matrimonio. Con estas que daua, al parecer justas escusas, dexaua el tio de importunarla, y esperaua à que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger cõpañia a su gusto: Porque dezia el, y dezia muy bien, que no auian de dar los padres à sus hijos estado contra su volũtad. Pero hetelo aqui, quando no me cate, que remanece vn dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, q̃ se lo desaconsejauan, dio en yrse al campo, con las demas çagalas del lugar, y dio en guardar su mismo ganado. Y assi como ella salio en publico, y su hermosura se vio al descubierto, no os sabre buenamente dezir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores, han tomado el trage de Grisostomo, y la andan requebrando por essos campos. Vno de los

quales

quales,como ya eſtâ dicho,fue nueſtro difunto,del qual dezian,que la dexaua de querer,y la adoraua. Y no ſe piẽſe,que porque Marcela ſe puſo en aquella libertad, y vida tan ſuelta,y de tan poco,o de ningun recogimiento,q̃ por eſſo ha dado indicio, ni por ſemejas,q̃ venga en menoſcabo de ſu honeſtidad,y recato:antes es tanta,y tal la vigilancia con que mira por ſu honra, que de quantos la ſiruen, y ſolicitan, ninguno ſe ha alabado, ni con verdad ſe podra alabar,que le aya dado alguna pequeña eſperãça de alcançar ſu deſſeo. Que pueſto,que no huye, ni ſe eſquiua de la compañia, y conuerſacion de los paſtores, y los trata cortês,y amigablemente, en llegando a deſcubrirle ſu intencion qualquiera dellos,aunque ſea tan juſta, y ſanta, como la del matrimonio ,los arroja de ſi como con vn trabuco. Y con eſta manera de condicion,haze mas daño en eſta tierra,que ſi por ella entrara la peſtilencia,porque ſu afabilidad,y hermoſura atrae los coraçones de los q̃ la tratan à ſeruirla,y â amarla : pero ſu deſden,y deſengaño,los cõduce a terminos de deſeperarſe: y aſsi no ſabẽ q̃ dezirle,ſino llamarla â vozes cruel,y deſagradecida, con otros titulos â eſte ſemejante, que bien la calidad de ſu condicion manifieſtan: y ſi aqui eſtuuieſſedes ſeñor algun dia,veriades reſonar eſtas ſierras,y eſtos valles,con los lamentos de los deſengañados q̃ la ſiguen . No eſtà muy lexos de aqui vn ſitio, donde ay caſi dos dozenas de altas hayas,y no ay ninguna que en ſu liſa corteza no tenga grauado , y eſcrito el nombre de Marcela , y encima de alguna vna corona grauada en el miſmo arbol, como ſi mas claramente dixera ſu amante , que Marcela la lleua , y la merece de toda la hermoſura humana . Aqui ſuſpira vn paſtor, alli ſe quexa otro , aculla ſe oyen amoroſas canciones , aca deſeſperadas endechas. Qual ay,que paſſa todas las horas de la noche ſentado al pie de alguna enzina,o peñaſ-

co,y

eo,y alli sin plegar los llorosos ojos,embeuecido,y transportado en sus pensamientos,le hallò el Solâ la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua à sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano,tẽdido sobre la ardiente arena, embia sus quexas al piadoso cielo: y deste, y dè aquel, y de aquellos, y destos, libre, y dèsenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en q̃ ha de parar su altiuez, y quiẽ ha de ser el dichoso que ha de venir a domeñar cõdiciõ tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan aueriguada verdad,me lo doy à entender,que tãbien lo es la que nuestro çagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grisostomo. Y assi os aconsejo señor, q̃ no dexeys de hallaros mañana a su entierro, q̃ serà muy de ver, porq̃ Grisostomo tiene muchos amigos,y no està deste lugar,â aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuydado me lo tengo,dixo don Quixote,y agradezcoos el gusto que me aueys dado con la narraciõ de tan sabròso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos à los amantes de Marcela,mas podria ser que mañana topassemos en el camino algun pastor que nos los dixesse: y por aora bien serà q̃ os vays á dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida,puesto q̃ es tal la medicina que se os ha puesto,q̃ no ay que temer de contrario accidente. Sancho Pança,q̃ ya daua al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitò por su parte,q̃ su amo se entrasse à dormir en la choça de Pedro. Hizolo assi, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su señora Dulcinea, à imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodó entre Rozinante, y su jumento, y durmio no como enamorado desfauorecido, sino como hõbre molido à cozes.

Cap. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucessos.

MAS Apenas començó a descubrirse el dia por los valcones del Oriente, quando los cinco de los seys cabreros se leuantaron, y fueron a despertar a don Quixote, y a dezille si estaua toda via con proposito de yr a ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compañia. Don Quixote, que otra cosa no desseaua, se leuantò, y mandó a Sancho que ensillasse, y enalbardasse al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no huuieron andado vn quarto de legua, quando al cruzar de vna senda, vieron venir hazia ellos hasta seys pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traía cada vno vn gruesso baston de azebo en la mano. Venian con ellos assi mesmo dos gentiles hombres de a cauallo, muy bien adereçados de camino, con otros tres moços de apie, que los acompañauan. En llegandose a juntar, se saludaron cortesmente: y preguntandose los vnos a los otros donde yuan, supieron que todos se encaminauan al lugar del entierro, y assi començaron a caminar todos juntos. Vno de los de acauallo, hablando con su compañero le dixo: Pareceme señor Viualdo, que auemos de dar por bien empleada la tardança, que hizieremos en ver este famoso entierro, que no podra dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas, assi del muerto pastor, como de la pastora homicida. Assi me lo parece a mi, respondio Viualdo: y no digo yo hazer tardança de vn dia, pero de

quatro la hiziera, à trueco de verle. Preguntoles don Quixote, que era lo que auian oydo de Marcela, y de Grisostomo. El caminante dixo, que aquella madrugada auian encontrado con aquellos pastores, y que por auerles visto en aquel tan triste trage, les auiã preguntado la ocasion porque yuan de aquella manera, que vno dellos se lo contò: contando la estrañeza, y hermosura de vna pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestauan, con la muerte de aquel Grisostomo, á cuyo entierro yuan. Finalmente, el contò todo lo que Pedro â don Quixote auia contado. Cessò esta platica, y començose otra, preguntando el que se llamaua Viualdo, a don Quixote, que era la ocasion que le mouia â andar armado de aquella manera por tierra tan pacifica? A lo qual respondio don Quixote: La profession de mi exercicio no consiente, ni permite que yo ande de otra manera: El buen passo, el regalo, y el reposo, allà se inuentò para los blandos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud, y las armas, solo se inuentaron, è hizieron, para aquellos que el mundo llama caualleros andantes, de los quales, yo annque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, quando todos le tuuieron por loco. Y por aueriguarlo mas, y ver que genero de locura era el suyo, le tornò a preguntar Viualdo, que queria dezir caualleros andantes? No han vuestras mercedes leydo, respondio don Quixote, los anales ê historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo, que continuamente en nuestro Romance Castellano llamamos, el Rey Artus, de quien es tradiciõ antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murio, sino que por arte de encantamento se conuirtio en cueruo, y que andãdo los tiempos ha de boluer â reynar, y à cobrar su Reyno, y cetro. A cuya causa no se prouará que desde aquel tiempo a este,

ayo

aya ningun Ingles muerto cueruo alguno. Pues en tiẽpo deste buèn Rey fue instituyda aquella famosa orden de caualleria, de los caualleros de la tabla Redonda, y passaron sin faltar vn punto, los amores que alli se cuentan, de don Lançarote del Lago, con la Reyua Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nacio aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de Nunca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fuera Lançarote quando de Bretaña vino. Con aquel progresso tan dulce, y tan suaue, de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano fue aquella orden de caualleria estendiendose, y dilatandose por muchas, y diuersas partes del mundo: y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion: y el valeroso Felixmarte de Hircania: y el nunca como se deue alabado Tirante el Blanco: y casi que en nuestros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al inuencible, y valeroso cauallero don Belianis de Grecia. Esto pues señores es ser cauallero andante, y la que he dicho, es la orden de su caualleria. En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profession, y lo mismo que professaron los caualleros referidos professo yo: y assi me voy por estas soledades, y despoblados, buscando las auenturas, con animo deliberado de ofrecer mi braço, y mi persona, a la mas peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos, y menesterosos. Por estas razones que dixo, acabaron de enterarse los caminantes, que era don Quixote falto de juyzio, y del genero de locura que lo señoreaua, de lo qual recibieron la misma admiracion, que recebian todos aquellos que de nueuo venian en conocimiento della. Y Viualdo, que era persona muy dis-

creta, y de alegre condicion, por passar sin pesadumbre el poco camino que dezian que les faltaua, al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasion a que passasse mas adelante con sus disparates. Y assi le dixo: Pareceme, señor cauallero andante, que vuestra merced ha professado vna de las mas estrechas professiones que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los Frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondio nuestro don Quixote, pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va a dezir verdad, no haze menos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mismo Capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los religiosos con toda paz, y sossiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados, y caualleros, ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del Sol en el Verano, y de los erizados yelos del Inuierno. Assi, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las a ella tocantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando excessiuamente, siguese, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz, y reposo, estan rogando a Dios, fauorezca a los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andante, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso, porque

que no ay duda, ſino que los caualleros andantes paſſados paſſaron mucha malauentura en el diſcurſo de ſu vida. Y ſi algunos ſubieron à ſer Emperadores por el valor de ſu braço, à fê que les coſtò buen porque de ſu ſangre, y de ſu ſudor: y que ſi â los que á tal grado ſubierõ les faltaran encantadores, y ſabios que los ayudaran, q̃ ellos quedaran bien defraudados de ſus deſſeos, y bien engañados de ſus eſperanças. De eſſe parecer eſtoy yo, replicò el caminante: pero vna coſa entre otras muchas me parece muy mal de los caualleros andãtes, y es, que quando ſe veen en ocaſion de acometer vna grande, y peligroſa auentura, en que ſe vee manifieſto peligro de perder la vida, nunca en aquel inſtante de acometella ſe acuerdan de encomendarſe à Dios, como cada Chriſtiano eſtâ obligado à hazer en peligros ſemejantes: antes ſe encomiendan à ſus damas con tanta gana, y deuociõ, como ſi ellas fueran ſu Dios: coſa que me parece que huele algo a Gentilidad. Señor, reſpondio don Quixote, eſſo no puede ſer menos en ninguna manera, y caeria en mal caſo el cauallero andante que otra coſa hizieſſe, que ya eſtâ en vſo, y coſtumbre en la caualleria andanteſca, que el cauallero andante que al acometer algun gran fecho de armas, tuuieſſe ſu ſeñora delãte, buelua á ella los ojos, blanda, y amoroſamente, como q̃ le pide con ellos le fauorezca, y ampare en el dudoſo trance que acomete. Y aun ſi nadie le oye, eſtà obligado á dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon ſe le encomiende, y deſto tenemos inumerables exemplos en las hiſtorias. Y no ſe ha de entender por eſto, que hã de dexar de encomendarſe à Dios, que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el diſcurſo de la obra. Con todo eſſo, replicò el caminante, me queda vn eſcrupulo, y es, que muchas vezes he leydo, que ſe trauan palabras entre dos andantes caualleros, y de vna en otra ſe les viene

a encender la colera, y a boluer los cauallos, y a tomar vna buena pieça del campo, y luego sin mas, ni mas, a todo el correr dellos, se bueluen a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas: y lo que suele suceder del encuentro, es, que el vno cae por las ancas del cauallo, passado con la lança del contrario de parte a parte: y al otro le viene tambien, que a no tenerse a las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto tuuo lugar para encomendarse a Dios, en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastò, encomendandose a su dama, las gastara en lo que deuia, y estaua obligado como Christiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los caualleros andantes tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Esso no puede ser, respondio don Quixote: Digo que no puede ser, que aya cauallero andante sin dama, porque tan propio, y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas. Y a buen seguro que no se aya visto historia, donde se halle cauallero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuuiesse sin ellos, no seria tenido por legitimo cauallero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caualleria dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador, y ladron. Con todo esso, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) auer leydo, que dõ Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuuo dama señalada a quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fue tenido en menos, y fue vn muy valiente y famoso cauallero. A lo qual respondio nuestro don Quixote: Señor, vna golondrina sola no haze Verano. Quanto mas, que yo se, que de secreto estaua esse cauallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer a todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, a quien no podia yr a la

ma-

mano. Pero en resoluciõ, aueriguado está muy bien, que el tenia vna sola, aquien el auia hecho señora de su voluntad, a la qual se encomendaua muy a menudo, y muy secretamente, porque se preciò de secreto cauallero. Luego si es de essencia, que todo cauallero andante, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profession. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compañia, y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa, que es querida, y serbida de vn tal cauallero como vuestra merced parece. Aqui dio vn gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar si la dulce mi enemiga, gusta, o no, de que el mũdo sepa q̃ yo la siruo, solo se dezir (respondiendo a lo, que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, vn lugar de la Mancha: su calidad por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia. Su hermosura sobre humana, pues en ella se vienen a hazer verdaderos todos los impossibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales: perlas sus dientes, alabastro su cuello, marmol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieue: y las partes que a la vista humana encubrio la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. Elinage, prosapia, y alcurnia, querriamos saber, replicó Vualdo. A lo qual respondio don Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Vrsinos: ni de los Moncadas, y Requesenes de Ca-

taluña: ni menos de los Rebellas, y Villanouas de Valẽcia, Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Vrreas, Fozes, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendoças, y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas, y Meneses de Portugal: pero es de los del Toboso de la Mancha, linage, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio à las mas ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, sino fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que dezia: Nadie las mueua, que estar no pueda con Roldan a prueua. Aunq̃ el mio es de los Cachopines de Laredo, respondio el caminante, no le osarê yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para dezir verdad, semejante apellido, hasta a ora no ha llegado à mis oydos. Como esso no aura llegado, replicò don Quixote. Con gran atencion yuan escuchando todos los demas la platica de los dos: y aun hasta los mismos cabreros, y pastores, conocieron la demasiada falta de juyzio de nuestro dõ Quixote. Solo Sancho Pança pensaua, que quanto su amo dexia era verdad, sabiendo el quien era, y auiendole conocido desde su nacimiento. Y en lo que dudaua algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porq̃ nunca tal nombre, ni tal Princesa, auia llegado jamas à su noticia, aũque viuia tan cerca del Toboso. En estas platica yuan, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hazian, baxauan hasta veynte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados cõ guirnaldas, que â lo que despues parecio, eran qual de Texo, y qual de Cipres. Entre seys dellos traîan vnas andas, cubiertas de mucha diuersidad de flores, y de ramos. Lo qual visto por vno de los cabreros dixo: Aq̃llos que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grisostomo: y el pie de aquella montaña es el lugar donde el

mandô

mandò que le enterrassen. Por esto se dieron priessa â llegar, y fue a tiempo, que ya los que venian auian puesto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estauan cauando la sepultura â vn lado de vna dura peña. Recibieronse los vnos, y los otros cortésmente: y luego don Quixote, y los que con el venian, se pusieron à mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores vn cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treynta años: y aunque muerto, mostraua, q̃ viuo auia sido de rostro hermoso, y de disposicion gallarda. Al rededor del tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y assi los que esto mirauan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli auia, guardauan vn marauilloso silencio. Hasta que vno de los que al muerto truxeron, dixo a otro: Mirâ bien Ambrosio, si es este el lugar que Grisostomo dixo, ya que quereys, que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento. Este es, respondio Ambrosio, que muchas vezes en el me contò mi desdichado amigo, la historia de su desuentura. Alli me dixo el, que vio la vez primera â aquella enemiga mortal del linage humano: y alli fue tambien, donde la primera vez le declarò su pensamiento tan honesto como enamorado: y alli fue la vltima vez, donde Marcela le acabò de desengañar, y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida. Y aqui, en memoria de tãtas desdichas, quiso el que le depositassen en las entrañas del eterno oluido. Y boluiendose à don Quixote, y â los caminantes, prosiguio, diziendo: Elle cuerpo, señores, que con piadosos ojos estays mirando, fue depositario de vn alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Esse es el cuerpo de Grisostomo, que fue vnico en el ingenio, solo en la cortesia, estremo en la gentileza, fenix en la amistad, magnifico sin tassa,

graue

graue ſin preſuncion, alegre ſin baxeza: y finalmente, primero en todo lo que es ſer bueno, y ſin ſegùndo en todo lo que fue ſer deſdichado. Quiſo bien, fue aborrecido: adorò, fue deſdeñado: rogó â vna fiera, importunò a vn marmol, corrio tras el viento, dio vozes a la ſoledad, ſiruio â la ingratitud, de quien alcançò por premio, ſer deſpojos de la muerte en la mitad de la carrera de ſu vida. A la qual dio fin vna paſtora, â quien el procuraua eternizar, para que viuiera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran moſtrar bien eſſos papeles que eſtays mirãdo, ſi el no me huuiera mãdado que los entregarà al fuego, en auiendo entregado ſu cuerpo à la tierra. De mayor rigor, y crueldad vſareys vos con ellos, dixo Viualdo, que ſu miſmo dueño, pues no es juſto, ni acertado, que ſe cumpla la volũtad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable diſcurſo. Y no le tuuiera bueno Auguſto Ceſar, ſi cõſintiera que ſe puſiera en execuciõ, lo que el diuino Mantuano dexò en ſu teſtamento mandado. Aſsi que, ſeñor Ambroſio, ya que deys el cuerpo de vueſtro amigo à la tierra, no querays dar ſus eſcritos al oluido, que ſi el ordenò como agrauiado, no es biẽ que vos cumplays como indiſcreto: antes hazed, dando la vida à eſtos papeles, que la tenga ſiempre la crueldad de Marcela, para que ſirua de exemplo en los tiempos q̃ eſtan por venir à los viuientes, para que ſe aparten, y huyan de caer en ſemejantes deſpeñaderos; que ya ſe yo, y los que aqui venimos, la hiſtoria deſte vueſtro enamorado, y deſeſperado amigo, y ſabemos la amiſtad vueſtra, y la ocaſion de ſu muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable hiſtoria, ſe puede ſacar, quãto aya ſido la crueldad de Marcela, el amor de Griſoſtomo, la fê de la amiſtad vueſtra, con el paradero que tienen los que â rienda ſuelta corren por la ſenda que el deſuariado amor delante de los ojos les pone.

A no-

A noche ſupimos la muerte de Griſoſtomo, y que en eſte lugar auia de ſer enterrado, y aſsi de curioſidad, y de laſtima, dexamos nueſtro derecho viage, y acordamos de venir à ver con los ojos, lo que tanto nos auia laſtimado en oyllo: y en pago deſta laſtima, y del deſſeo q̃ en noſotros nacio de remedialla, ſi pudieramos, te rogamos, o diſcreto Ambroſio (alomenos, yo te lo ſuplico de mi parte) que dexando de abraſar eſtos papeles, me dexes lleuar algunos dellos. Y ſin aguardar que el paſtor reſpondieſſe, alargò la mano, y tomò algunos de los que mas cerca eſtauan, viendo lo qual Ambroſio, dixo: Por corteſia, conſentirê que os quedeys ſeñor con los que ya aueys tomado, pero penſar que dexarè de quemar los que quedan, es penſamiento vano. Viualdo, que deſſeaua ver lo que los papeles dezian, abrio luego el vno dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion deſeſperada. Oyolo Ambroſio, y dixo: Eſſe es el vltimo papel que eſcriuio el deſdichado, y porque veays ſeñor, en el termino que le tenian ſus deſuẽturas, leelde de modo que ſeays oydo, que bien os darà lugar á ello, el que ſe tardare en abrir la ſepultura. Eſſo hare yo de muy buena gana, dixo Viualdo: y como todos los circunſtantes tenian el miſmo deſſeo, ſe le puſieron à la redonda, y el leyendo en voz clara, vio que aſsi dezia.

(?)

Cap.

Cap. XIIII. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucessos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

Ya que quieres cruel que se publique
De lengua en lengua, y de vno en otra gente
Del aspero rigor tuyo la fuerça:
Harè que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio vn son doliente,
Con que el vso comun de mi voz tuerça.
Y al par de mi deseo, que se esfuerça
A dezir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yrà el acento,
Y en el mezcladas, por mayor tormento,
Pedaços de las miserias entrañas.
Escucha pues, y presta atento oydo,
No al concertado son, sino al ruydo,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Lleuado de vn forçoso desuario,
Por gusto mio sale, y tu despecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero
El temeroso aullido, el siluo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo: el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la biuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del embidiado buho, con el llanto

De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contarla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo, oyran los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas:
Que alli se esparziran mis duras penas,
En altos riscos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras vivas.
O ya en escuros valles, o en esquivas
Playas, desnudas de contrato humano,
O a donde el sol jamas mostrò su lumbre,
O entra en la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el Nilo llano,
Que puesto que en los paramos desiertos,
Los ecos roncos de mi mal inciertos,
Suenen con tu rigor, tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Seran llevados por el anchomundo.
Mata vn desden, atierra la paciencia,
O verdadera, o falsa vna sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra vn temor de olvido no aprovecha
Firme esperança de dichosa suerte.
En todo ay cierta inevitable muerte,
Mas yo (milagro nunca visto) vivo
Zeloso ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.

Y entre tantos tormentos, nunca alcança
Mi vista a ver en sombra a la esperança,
Ni yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
Puedese por ventura en vn instante
Esperar, y temer? o es bien hazello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo, si el duro zelo està delante
De cerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas, en el alma abiertas?
Quien no abrira de par en par las puertas
A la desconfiança, quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
(O amarga conuersion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?
O en el Reyno de amor, fieros tyranos
Zelos, ponedme vn hierro en estas manos,
Dame desden vna torcida soga,
Mas ay de mi, que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen sucesso en la muerte, ni en la vida,
Pertinaz estarè en mi fantasia:
Dirè, que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor, antigua tyrania.
Dirè que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su oluido de mi culpa nace,
Y que en fee de los males que nos haze
Amor su Imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion, y vn duro lazo,

Ace-

Acelerando el miserable plazo,
A que me han conduzido sus desdenes,
Ofrecerè a los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, o palma de' futuros bienes.
Tu, que con tantas sin razones muestras
La razon que me fuerça a que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras,
Esta del coraçon profunda llaga,
De como alegre a tu rigor me ofrezco.
Si por dicha conocès que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta,
Descubre, que el fin mio fue tu fiesta,
Mas gran simplezaes auisarte desto,
Pues se que està tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tantalo con su sed, Sisifo venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio trayga su buytre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto,
Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho y en voz baxa,
(Si ya a vn desesperado son deuidas)
Canten obsequias, tristes, doloridas
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil mostruos

Ile-

Lleuen el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece vn amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compañia dexes,
Antes pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha aumentas su ventura,
Aumente en la sepultura no estes triste.

Bien les parecio a los que escuchado auian la cancion de Grisostomo, puesto que el que la leyo, dixo, que no le parecia, que conformaua con la relacion que el auia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque en ella se quexaua Grisostomo de zelos, sospechas, y de ausencia todo en perjuyzio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondio Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo): Para que señor os satisfagays dessa duda, es bien que sepays, que quando este desdichado escriuio esta cancion, estaua ausente de Marcela, de quien se auia ausentado por su voluntad, por ver si vsaua con el la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dê alcance: assi le fatigauan a Grisostomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona, de la bondad de Marcela: la qual, fuera de ser cruel, y vn poco arrogante, y vn mucho desdeñosa, la mesma embidia, ni deue, ni puede ponerla falta alguna. Assi es la verdad, respondio Vivaldo, y que riendo leer otro papel de los que auia reseruado del fuego, lo estoruó vna marauillosa vision (que tal parecia ella) que improuisamente se les ofrecio a los ojos: y fue, que por cima de la peña donde se cauaua la sepultura, pa

recio

recio la pastora Marcela, tan hermosa que passaua a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la auiá visto, la mirauan con admiracion, y silencio: y los que ya estauan acostumbrados à verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la auian visto. Mas á penas la huuo visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado, le dixo: Vienes a ver por ventura, o siero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierte sangre las heridas deste miserable, a quien tu crueldad quitó la vida? O vienes à vfanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O à ver desde esta altura, como otro desapiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma? O à pisar arrogante este desdichado cadauer, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto a lo que vienes, o que es aquello de que mas gustas, que por saber yo, que los pensamientos de Grisostomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, harê, que aun el muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos? No vengo, o Ambrosio, a ninguna cosa de las que has dicho, respondio Marcela, sino a boluer por mi misma, y à dar a entender, quan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas, y de la muerte de Grisostomo me culpan: y assi ruego a todos los que aqui estays, me esteys atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir vna verdad à los discretos Hizome el cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, à que me ameys, os mueue mi hermosura. Y por el amor que me mostrays, dezis, y aun quereys que esté yo obligada à amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable: mas no alcanço, que por razon de ser amado, estè obligado lo que es amado por hermoso, à amar à quien le ama. Y mas, que podria acontecer, que el a-

mador de lo hermoso fuesse feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el dezir; Quiero te por hermosa hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran ygualmente las hermosuras, no por esso han de correr yguales los desseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorassen, y rindiessen, seria vn andar las voluntades confusas, y descaminadas, sin saber en qual auian de parar: porque siendo infinitos los sujetos hermosos: infinitos auian de ser los desseos, y segun yo he oido dezir, el verdadero amor no se diuide, y ha de ser voluntario, y no forçoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque quereys que rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas, de q̃ dezis que me quereys bien? Sino de dezidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quexara de vosotros, porque no me amauades? Quanto mas, que aueys de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me lado de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assi como la vibora no merece ser culpada por la ponçoña, que tiene, puesto que con ella mata, por auersela dado naturaleza: tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra, y las virtudes, son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea, no deue de parecer hermoso. Pues si la honestidad es vna de las virtudes, que al cuerpo y alma mas adornan, y hermosean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerças, é industrias, procura, que la pierda? Yo naci libre, y para poder viuir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas

mon-

montañas son mi compañia, las claras aguas destos arroyos mis espejos: con los arboles, y con las aguas comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras. Y si los desseos se sustentan con esperanças, no auiendo yo dado alguna a Grisostomo, ni a otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede dezir, que antes le matò su porfia, que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaua obligada a corresponder a ellos, digo, que quando en esse mismo lugar donde aora se caua su sepultura, me descubriò la bondad de su intencion, le dixe yo, que la mia era viuir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si el con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperança, y nauegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuuiera, fuera falsa. si le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y prosupuesto. Porfió desengañado: desesperó sin ser aborrecido, mirad aora si serà razon, que de su pena se me de a mi la culpa? Quexese el engañado: desesperese aquel aquien le faltaron las prometidas esperanças: confiesse el que yo llamare, hufanese el q̃ yo admitiere: pero no me llame cruel, ni homicida, aquel aquel a quiẽ yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta aora no ha querido, que yo ame por destino, y el pensar, que tengo de amar por elecion, es escusado. Este general desengaño, sirua a cada vno de los que me solicitan, de su particular prouecho: y entiendase de aqui adelante que si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, porque quien a nadie quiere a ninguno deue dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me lla-

ma fiera, y basilisco, dexeme como cosa perjudicial, y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el que desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: q̃ esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscarà, seruirà, conocerá, ni seguirâ en ninguna manera. Que si a Grisostomo matò su impaciencia, y arrojado desseo, porque se ha de culpar mi honesto proceder, y recato? Si yo conseruo mi limpieza con la compañia de los arboles, porque ha de querer que la pierda, el que quiere que la tenga con los hombres? Yo como sabeys, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme, ni quiero, ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni solicito aquel, ni burlo con vno, ni me entretengo con el otro. La conuersacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por termino estas montañas: y si de aqui salen, es a contemplar la hermosura del cielo, passos con que camina el alma a su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, boluio las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de vn monte que alli cerca estaua, dexando admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura, a todos los que alli estauã. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estauan heridos) de quererla seguir, sin aprouecharse del manifiesto desengaño, q̃ auian oydo. Lo qual visto por dõ Quixote, pareciendole q̃ alli venia bien vsar de su caualleria, socorriendo a las donzellas menestorosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas, é intelegibles vozes, dixo: Ninguna persona de qualquier estado, y cõdiciõ q̃ sea, se atreua à seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignaciõ mia. Ella ha mostrado con claras razones la poca, o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de

te de Grisostomo, y quan agena viue de condescender con los desseos de ninguno de sus amantes: a cuya causa, es justo, que en lugar de ser seguida, y perseguida, sea honrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra, que en el ella es sola la que con tan honesta intencion viue. O ya que fuesse por las amenazas de don Quixote, o porque Ambrosio les dixo, que concluyessen con lo que a su buen amigo deuian, ninguno de los pastores se mouio, ni apartò de alli, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisostomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lagrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con vna gruessa peña, en tanto, que se acabaua vna losa, que segun Ambrosio dixo, pensaua mandar hazer, con vn epitafio que auia de dezir desta manera.

Y Aze aqui de vn amador
El misero cuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murio a manos del rigor
De vna esquiua hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tirania de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pesame a su amigo Ambrosio, se despidieron del. Lo mesmo hizieron Vivaldo y su compañero; y don Quixote se despidio de sus huespedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniesse con ellos a Seuilla, por ser lugar tan acomodado a hallar auenturas, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecē mas q̄ en otro alguno. Dō Quixote les agradecio el auiso, y el animo, que mostrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Se-

tilla, hasta que huuiesse despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estauan llenas. Viendo su buena determinació, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose a despedir de nueuo le dexaron, y prosiguieron su camino, en el qual no les faltò de que tratar, assi de la historia de Marcela, y Grisostomo, como de las locuras de don Quixote: el qual determinò de yrâ buscar a la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su seruicio. Mas no le auino como el pensaua, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aqui fin la segunda parte.

(?)

TER-

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

Cap. XV. Donde se cuenta la desgraciada auentura que se topo don Quixote, en topar con vnos desalmados Yangueses.

VENTA El sabio Cide Hamete Venengeli, que assi como don Quixote se despidio de sus huespedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisostomo: el y su escudero se entraron por el mesmo bosque, donde vieron, que se auia entrado la pastora Marcela. Y auiendo andado mas de dos horas por el buscandola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a vn prado lleno de fresca yerua, junto del qual corria vn arroyo apazible, y fresco: tanto, que combidó, y forçò a passar alli las horas de la siesta, que rigurosamente començaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacer de la mucha yerua que alli auia dieron saco a las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz, y compañia amo, y moço comieron, lo que en ellas hallaron. No se hauia curado Sancho de echar fuelras a Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal si

nieſtro. Ordenó pues la ſuerte, y el diablo, que no todas vezes duerme, que andauan por aquel valle paciendo vna manada de hacas Galicianas, de vnos arrieros Yangueſes: de los quales es coſtumbre ſeſtear con ſu recua en lugares, y ſitios de yerua, y agua. Y aquel donde acertô a hallarſe don Quixote, era muy a propoſito de los Yangueſes, Sucedio pues, que a Rozinante le vino en deſſeo de refocilarſe con las ſeñoras facas: y ſaliendo aſsi como las olio de ſu natural paſſo, y coſtumbre, ſin pedir licencia a ſu dueño, tomô vn trotillo algo picadillo, y ſe fue a comunicar ſu neceſsidad con ellas. Mas ellas, que a lo, que parecio, deuian de tener mas gana de pacer, que de al, recibieronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que a poco eſpacio ſe le rompieron las cinchas, y quedò ſin ſilla en pelota. Pero lo, que el deuio mas de ſentir fue, que viendo los harrieros la fuerça, que a ſus yeguas ſe les hazia, acudieron con eſtacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el ſuelo. Ya en eſto don Quixote, y Sancho (q̃ la paliza de Rozinante auian viſto) llegauan hijadeando. Y dixo dõ Quixote a Sancho: A lo que yo veo amigo Sancho, eſtos no ſon caualleros, ſino gente ſoez, y de baxa ralea: Digolo, porque bien me puedes ayudar a tomar la deuida vengança del agrauio, que delante de nueſtros ojos ſe le ha hecho a Rozinante. Que diablos de vengança hemos de tomar, reſpondio Sancho, ſi eſtos ſon mas de veynte, y noſotros no mas de dos, y aun quiça noſotros, ſino vno, y medio. Yo valgo por ciento, replico don Quixote, y ſin hazer mas diſcurſos echò mano a ſu eſpada, y arremetio a los Yangueſes, y lo meſmo hizo Sancho Pança, incitado, y mouido del exemplo de ſu amo. Y a las primeras, dio don Quixote vna cuchillada a vno, que le abrio vn ſayo de cuero de que venia veſtido con gran parte de la eſpalda. Los Yangueſes que ſe vieron maltra

tar

rar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas, y cogiendo a los dos en medio, començaron a menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemẽcia. Verdad es, que al segundo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le auino a don Quixote, sin que le valiesse su destreza, y buen animo. Y quiso su ventura, que viniesse a caer a los pies de Rozinante, que aun no se auia leuantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rusticas, y enojadas. Viendo pues los Yangueses, el mal recado que auian hecho, con la mayor presteza, que pudieron cargaron su recua, y siguieron su camino, dexando a los dos auentureros de mala traça, y de peor talante. El primero, que se resintio, fue Sancho Pança, y hallandose junto a su señor, cõ voz enferma, y lastimada dixo: Señor don Quixote? a señor don Quixote? Que quieres Sancho hermano, respondio don Quixote, con el mismo tono afeminado, y doliente, que Sancho. Querria si fuesse possible, respondio Sancho Pança, que vuestra merced me diesse dos tragos de aquella beuida del feo Blas, si es, que la tiene vuestra merced aî a mano, quiça será de prouecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas. Pues a tenerla yo aqui, desgraciado yo, que nos faltaua, respondio dõ Quixote: Mas, yo te juro Sancho Pança, a fe de cauallero andante que antes, que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece a vuestra merced, que podremos mouer los pies, replicò Sancho Pança. De mi se dezir (dixo el molido cauallero dõ Quixote) q̃ no sabre poner termino a essos dias: Mas yo me tẽgo culpa de todo, que no auia de poner mano a la espada contra hombres, q̃ no fuessen armados caualleros como yo. Y assi creo que en pena de auer passado las leyes de la

caua

caualleria, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diesse este castigo: por lo qual hermano Sancho, conuiene q̃ estes aduertido en esto q̃ aora te dire, porq̃ importa mucho a la salud de entrambos: y es, que quando veas que semejante canalla nos haze algun agrauio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo harè en ninguna manera, sino pon tu mano a tu espada y castigalos muy a tu sabor, que si en su ayuda, y defensa acudieren caualleros, yo te sabre defender, y ofendellos con todo mi poder. que ya auras visto por mil señales, y experiencias, hasta adonde se estiende el valor de este mi fuerte braço. (Tal quedò de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcayno). Mas no le parecio tambien a Sancho Pança, el auiso de su amo, que dexasse de responder, diziendo: Señor, yo soy hombre pacifico, mãso, sossegado, y se dissimular qualquiera injuria, porque tengo muger, y hijos que sustentar, y criar. Assi, que seale a vuestra merced tambien auiso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondre mano a la espada, ni contra villano, ni contra cauallero. Y que desde aqui para delante de Dios, perdono quantos agrauios me han hecho, y han de hazer: ora me los aya hecho, o haga, o aya de hazer persona alta, o baxa, rico, o pobre, hidalgo, o pechero, sin aceptar estado, ni condicion alguna. Lo qual oydo por su amo, le respondio: Quisiera tener aliento para poder hablar vn poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto quanto, para darte a entender Pança, en el error en que estás. Ven aca pecador, si el viento de la fortuna hasta aora tan contrario, en nuestro fauor se buelue, llenãdonos las velas del desseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las insulas que te tengo prometida: que seria de ti, si ganandola yo, te hiziesse señor della, pues lo vendras a impossibili

tar

ser por no ser cauallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorio; Porque has de saber,, que en los Reynos, y prouincias nueuamente conquistados, nunca estan tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nueuo señor, que no se tenga temor, de que han de hazer alguna nouedad, para alterar de nueuo las cosas, y boluer como dizen, a prouar ventura: y assi es menester, que el nuēuo possessor tenga entendimiento para saberse gouernar, y valor para ofender, y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que aora nos ha acontecido, respondio Sancho, quisiera yo tener esse entendimiento, y esse valor, que vuestra merced dize: mas yo le juro afè de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para platicas. Mire vuestra merced si se puede leuantar, y ayudaremos a Rozinante, aunque no lo merece, porque el fue la causa principal de todo este molimiento. Iamas tal crey de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin, biē dizen, q̄ es menester mucho tiēpo para venir a conocer las personas: y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dio a aquel desdichado cauallero andante, auia de venir por la posta, y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Sancho, replicò don Quixote, deuen de estar hechas a semejantes nublados, pero las mias criadas entre finabafas, y olandas, claro està que sentiran mas el dolor desta desgracia. Y sino fuesse porque imagino (que digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caualleria, digame vuestra merced, si suceden muy a

menu-

menudo, o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece a mi, que a dos cosechas quedaremos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete amigo Sancho, respondio don Quixote, que la vida de los caualleros andantes està sujeta a mil peligros, y desuenturas: y ni mas, ni menos està en potencia propinqua de ser los caualleros andantes, Reyes, y Emperadores, como lo hamostrado la experiencia en muchos, y diuersos caualleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudierate contar aora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su braço, han subido a los altos grados, que he contado. Y estos mesmos, se vieron antes, y despues en diuersas calamidades, y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por aueriguado, que le dio teniendo le preso mas de dozientos açotes con las riendas de su cauallo, atado a vna coluna de vn patio. Y aun ay vn autor secreto, y de no poco credito, que dize, que auiendo cogido al cauallero del Febo con vna cierta trampa, que se le hundio debaxo de los pies, en vn cierto castillo, y al caer se halló en vna honda sima debaxo de tierra, atado de pies, y manos, y alli le echaron vna destas que llaman melezinas de agua de nieue, y arena, de lo, que llegò muy al cabo: y sino fuera socorrido en aquella gran cuyta, de vn sabio grande amigo suyo, lo passara muy mal el pobre cauallero. Assi, que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos passaron, que no las, que aora nosotros passamos: porque quiero hazerte sabidor Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos, que a caso se hallan en las manos. Y esto està en la ley del duelo, escrito por palabras expressas, que si el çapatero da a otro con la horma, que tie-

ne en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirà q̃ queda apaleado aquel a quien dio cõ ella. Digo esto, porque no pienses, que puesto q̃ quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacarõ, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (a lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron a mi lugar, respondio Sancho, a que mirasse en tanto, porque a penas puse mano a mi tizona, quando me santiguaron los ombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerça de los pies, dando conmigo a donde aora yago, y adonde no me da pena alguna, el pensar si fue afrenta o no, lo de los estacaços, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impressos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esso, te hago saber hermano Pança replicò don Quixote, que no ay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. Pues que mayor desdicha puede ser, replicò Pança, de aquella, que aguarda al tiempo que la cõsuma, y a la muerte que la acabe. Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con vn par de bizmas se curan, aun no tan malo: pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de vn hospital, para ponerlas en buen termino siquiera. Dexate desso, y saca fuerças de flaqueza Sancho, respondio don Quixote, que assi hare yo, y veamos como està Rozinante, que a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de que marauillarse desso, respondio Sancho, siendo el tambien cauallero andante. De lo, que yo me marauillo, es de que mi jumento aya quedado libre, y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura vna puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas, dixo don Quixote. Digolo, porque essa bestezuela podra suplir

aora

aora la falta de Rozinante, lleuandome a mi desde aqui, â algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendrê a deshonra la tal caualleria, porque me acuerdo auer leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayo, y pedagogo del alegre Dios de la risa, quando entrò en la ciudad de las cien puertas, yua muy a su plazer cauallero sobre vn muy hermoso asno. Verdad serâ, que el deuia de yr cauallero como vuestra merced dize, respondio Sancho: pero ay grande diferencia del yr cauallero, al yr atrauessado como costal de vasura. A lo qual respondio don Quixote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra, que la quitan. Assi que Pança amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, leuantate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui, antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oydo dezir a vuestra merced, dixo Pança, que es muy de caualleros andantes, el dormir en los paramos, y desiertos lo mas del año, y que lo tienen a mucha ventura. Esso es, dixo don Quixote, quando no pueden mas, o quando estan enamorados: y es tan verdad esto, que ha auido cauallero que se ha estado sobre vna peña, al Sol, y â la sombra, y â las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiesse su señora. Y vno destos fue Amadis, quando llamandose Beltenebros, se aloxò en la peña Pobre, ni se si ocho años, o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que el estuuo alli, haziendo penitencia, por no se que sin sabor q̃ le hizo la señora Oriana. Pero dexemos ya esto Sancho, y acaba antes q̃ suceda otra desgracia al jumento, como a Rozinante. Aũ ahi seria el diablo, dixo Sancho, y despiediẽdo treynta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veynte pesetes, y reniegos de quien alli le auia traído, se leuantò, quedandose agouiado en la mitad del camino, como ar-

co

co Turquesco, sin poder acabar de endereçarse: y con todo este trabajo aparejó su asno (que tambien auia andado algo distraydo con la demasiada libertad de aquel dia. Leuantó luego a Rozinante, el qual si tuuiera lengua con que quexarse, a buen seguro, que Sancho, ni su amo no le fueran en çaga. En resolucion Sancho acomodò a don Quixote sobre el asno, y puso de reata a Rozinante: y lleuando al asno de cabestro, se encaminò poco mas a menos hazia donde le parecio que podia estar el camino Real. Y la suerte, que sus cosas debien en mejor yua guiando, aun no huuo andado vna pequeña legua, quando le deparo el camino, en el qual descubrio vna venta, que a pesar suyo, y gusto de don Quixote, auia de ser castillo. Porfiaua Sancho que era venta, y su amo que nò, sino castillo: y tanto durò la porfia, que tuuieron lugar sin acabar la de llegar a ella, en la qual Sancho se entrò sin mas aueriguacion con toda su recua.

Cap. XVI. De lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta, que el imaginaua ser castillo.

EL Ventero, que vio a don Quixote atrauesado en el asno, preguntó a Sancho, que mal traía? Sancho le respondio, que no era nada, sino, que auia dado vna cayda de vna peña a baxo, y q̃ venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger a vna, no de la condicion q̃ suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritatiua, y se dolia de las calamidades de sus proximos: y assi acudio luego a curar a don Quixote: y hizo, q̃ vna hija suya donzella, muchacha, y de muy buen parecer la ayudasse a curar a su huesped. Seruia en la venta assi mesmo vna

mo-

moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del vn ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, q̃ la gallardia del cuerpo suplia las d̃mas faltas. No tenia siete palmos de los pies a la cabeça, y las espaldas q̃ algun tãto le cargauã, la hazian mirar al suelo, mas de lo q̃ ella quisiera. Esta gentil moça pues ayudò a la dõzella, y las dos hizierõ vna muy mala cama a don Quixote en vn camaranchõ, q̃ en otros tiẽpos daua manifiestos indicios q̃ auia seruido de pajar muchos años: en la qual tambien aloxaua vn harriero, q̃ tenia su cama hecha vn poco mas allà de la de nuestro don Quixote. Y aunq̃ era de las enxalmas, y mantas de sus machos, hazia mucha vẽtaja a la de don Quixote, q̃ solo contenia quatro mal lisas tablas, sobre dos no muy yguales bãcos, y vn colchõ, q̃ en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, q̃ a no mostrar q̃ erã d̃ lana por algunas roturas, al tiẽto en la dureza semejauã de guijarro, y dos sauanas hechas de cuero de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos si se quisierã contar, no se perdiera vno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostò don Quixote: y luego la ventera, y su hija le emplastaron de arriba a baxo, alũbrandoles Maritornes, q̃ assi se llamaua la Asturiana. Y como albizmalle viesse la ventera tan acardenalado a partes a don Quixote dixo, q̃ aquello mas parecian golpes, que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada vno auia hecho su cardenal. Y tambien le dixo: Haga vuestra merced señora de manera que queden algunas estopas que no faltara quien las aya menester, que tãbien me duelen a mi vn poco los lomos Dessa manera, respondio la ventera tãbien deuistes vos de caer? No cay, dixo Sancho Pança, sino q̃ del sobre salto que tomè de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mi el cuerpo, que me parece, que me han dado mil palos. Bien podria ser esso, dixo la donzella, que a mi me

ha acontecido muchas vezes, soñar, que caia de vna torre abaxo, y que nunca acabaua de llegar al suelo, y quando despertaua del sueño, hallarme tan molida, y quebrantada, como si verdaderamente huuiera caydo. Aì està el toque señora, respondio Sancho Pança, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto, que aora estoy, me hallo con pocos menos cardenales, que mi señor don Quixote. Como se llama este cauallero? preguntò la Asturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, respondio Sancho Pança, y es cauallero auenturero, y de los mejores, y mas fuertes, que de luengos tiempos aca se han visto en el mundo. Que es cauallero auenturero? replicò la moça Tan nueua soys en el mundo, que no lo sabeys vos, respondio Sancho Pança: Pues sabed hermana mia, que cauallero auenturero es vna cosa, que en dos palabras se vee apaleado, y Emperador, Oy està la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendra dos ò tres coronas de Reynos que dar a su escudero. Pues como vos, siendolo deste tan buen señor, dixo la vẽtera, no teneys, a lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondio Sancho, porque no ha sino vn mes q̃ andamos buscãdo las auenturas, y hasta aora no hemos topado con ninguna, que lo sea. Y tal vez ay, que se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quixote sana desta herida, o cayda, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanças con el mejor titulo de España. Todas estas platicas estaua escuchando muy atento don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo tomando de la mano a la ventera, le dixo: Creedme fermosa señora, que os podeys llamar venturosa, por auer alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propia enuileze; pero mi escudero os dirâ quien soy: solo os digo, que tendre eternamen-

te escrito en mi memoria el seruicio q̃ me auedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos cielos, que el amor no me tuuiera tan rendido, y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis diẽtes, que los desta fermosa donzella fueran señores de mi libertad. Confusas estauan la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante cauallero, que assi las entendian como si hablara en Griego: aunque bien alcãçaron que todas se encaminauan a ofrecimiento, y requiebros: y como no vsadas a semejante lenguage, mirauanle, y admirauanse, y pareciales otro hombre de los que se vsauan, y agradeciendole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò a Sancho, que no menos lo auia menester, que su amo. Auia el harriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos: y ella le auia dado su palabra, de que en estando sossegados los huespedes, y durmiendo sus amos, le yria a buscar, y satisfazerle el gusto en quanto le mandasse. Y cuentase desta buena moça, q̃ jamas dio semejantes palabras que no las cumpliesse, aũque las diesse en vn monte, y sin testigo alguno: porque presumia muy de hidalgá, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de seruir en la venta; porque dezia ella, que desgracias, y malos sucessos, la auian traydo a aquel estado. El duro, estrecho, apocado, y fementido lecho de don Quixote, estaua primero en mitad de aquel estrellado establo: y luego junto a el hizo el suyo Sancho, q̃ solo contenia vna estera de enea, y vna manta, que antes mostraua ser de angeo tundido, que de lana Sucedia a estos dos lechos el del harriero, fabricado como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia: aunque eran doze, lucios, gordos, y famosos, porque eran vnos de los ricos harrieros

de

de Areualo, ſegun lo dize el autor deſta hiſtoria, q̃ deſte harriero haze particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren dezir que era algo pariente ſuyo. Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue hiſtoriador muy curioſo, y muy puntual en todas las coſas: y echaſe bien de ver, pues las que quedan referidas, cõ ſer tan minimas, y tan rateras, no las quiſo paſſar en ſilẽcio. De donde podran tomar exemplo los hiſtoriadores graues, que nos cuentan las acciones, tan corta, y ſucintamente, que a penas nos llegan a los labios, dexandoſe en el tintero, ya por deſcuydo, por malicia, o ignorancia, lo mas ſuſtancial de la obra. Bien aya mil vezes el autor de Tablante de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde ſe cuentan los hechos del Conde Tomillas, y con que puntualidad lo deſcriuen todo. Digo pues, que deſpues de auer viſitado el harriero a ſu recua, y dadole el ſegũdo pienſo, ſe tendio en ſus enxalmas, y ſe dio à eſperar à ſu puntualiſsima Maritornes. Ya eſtaua Sancho bizmado y acoſtado, y aũque procuraua dormir, no lo conſentia el dolor de ſus coſtillas: y don Quixote con el dolor de las ſuyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta eſtaua en ſilencio, y en toda ella no auia otra luz que la quedaua vna lampara, que colgada en medio del portal ardia. Eſta marauilloſa quietud, y los penſamientos que ſiempre nueſtro cauallero traía, de los ſuceſſos que a cada paſſo ſe cuentan en los libros, autores de ſu deſgracia, le truxo a la imaginacion, vna de las eſtrañas locuras que buenamente imaginar ſe pueden: y fue, que el ſe imaginó auer llegado a vn famoſo caſtillo (que como ſe ha dicho, caſtillos eran a ſu parecer todas las ventas donde aloxaua) y que la hija del ventero, lo era del ſeñor del caſtillo: la qual vencida de ſu gentileza, ſe auia enamorado del, y prometido que aquella noche a furto de ſus padres, vendria a yazer con el vna bue-

na pieça. Y teniendo toda esta quimera (que el se auia fabricado) por firme, y valedera, se començò a acuytar; y â pensar en el peligroso trance en que su honestidad se auia de ver. Y propuso en su coraçon, de no cometer aleuosia a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma Reyna Ginebra con su dama Quintañona se le pusiessen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegò el tiempo, y la hora (que para el fue menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa, y descalça, cogidos los cabellos en vna aluanega de fustan, con tacitos, y atentados passo sentrò en el aposento, donde los tres alo xauã, en busca del harriero. Pero a penas llegò a la puerta quando don Quixote la sintio, y sentandose en la cama a pesar de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, tẽdio los braços para recebir a su fermosa donzella la Asturiana, que toda recogida, y callando, yua con las manos delante, buscando a su querido. Topò con los braços de don Quixote, el qual la asio fuertemente de vna muñeca, y tirándola hâzia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, â el le parecio ser de finissimo, y delgado cendal. Trahia en las muñecas vnas cuẽtas de vidro, pero a el le dieron vislumbres de preciosas perlas Orientales Los cabellos, q̃ en alguna manera tira uan à crines, el los marcó por hebras de lucidissimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo Sol escurecia. Y el aliento, q̃ sin duda alguna olia a ensalada, fiambre, y trasnochada, a el le parecio q̃ arrojaua d̃ su boca vn olor suaue, y aromatico: y finalmente el la pintò en su imaginaciõ de la misma traça, y modo, lo q̃ auia leydo en sus libros de la otra Princesa, q̃ vino a ver el mal ferido cauallero, vẽcido de sus amores, cõ todos los adornos q̃ aqui vã puestos. Y era tãta la ceguedad del pobre hidalgo q̃ el tacto, ni el aliẽto, ni otras cosas q̃ trahia en si la buena dõzella,

zella, no le desengañauan, las quales pudieran hazer vomitar à otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus braços â la diosa de la hermosura. Y teniendola bien asida, con vox amorosa, y baxa, le començò a dezir: Quisiera hallarme en terminos, fermosa, y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la q̃ con la vista de vuestra gran fermosura me auedes fecho: pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfazer à la vuestra, fuera impossible. Y mas que se añade à esta impossibilidad otra mayor, que es la prometida fé, que tengo dada, à la sin par Dulcinea del Toboso, vnica señora de mis mas escondidos pensamiẽtos: que si esto no huuiera de por medio, no fuera yo tã sandio cauallero, que dexara passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaua congoxadissima, y trasudando, de verse tan asida de don Quixote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le dexia, procuraua sin hablar palabra desasirse. El bueno del harriero, a quien tenian despierto sus malos desseos, desde el punto que entrò su coyma por la puerta la sintio: estuuo atentamente escuchando todo lo que don Quixote dezia, y zeloso de que la Asturiana le huuiesse faltado la palabra por otro, se fue llegãdo mas al lecho de don Quixote, y estuuose quedo, hasta ver en que parauan aquellas razones que el no podia entender. Pero como vio que la moça forcejaua por desasirse, y don Quixote trabajaua por tenerla: pareciendole mal la burla, enarbolò el braço en alto, y descargò tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado cauallero, que le bañò toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subio encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las passeò todas

de cabo á cabo. El lecho, que era vn poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dio consigo en el suelo, à cuyo gran ruydo despertò el ventero, y luego imaginò que deuian de ser pendencias de Maritornes, porque auiendola llamado à vozes no respondia. Con esta sospecha se leuantò, y encendiendo vn candil, se fue hàzia donde auia sentido la pelaza. La moça viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogio à la cama de Sancho Pança, que aun dormia, y alli se acorrucò, y se hizo vn ouillo. El ventero entrô diziendo: Adonde estàs puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensô que tenia la pesadilla, y començò a dar puñadas a vna, y otra parte, y entre otras alcançò con no se quantas à Maritornes, la qual sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantas, que a su despecho le quitò el sueño: el qual viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçandose como pudo, se abraçò con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida, y graciosa escaramuça del mundo. Viendo pues el harriero à la lumbre del candil del ventero, qual andaua su dama, dexando a don Quixote, acudio a dalle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente: porque fue à castigar à la moça, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y assi como suele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo: daua el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça, y todos menudeauan con tanta priessa, que no se dauan punto de reposo: y fue lo bueno, que al ventero se le apagò el candil, y como quedaron ascuras, dauanse tan sin compassion todos à bulto, que a do quiera que po-

ponian la mano, no dexauan cosa sana. Aloxaua a caso aquella noche en la venta vn quadrillero, de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo assi mismo el estraño estruendo de la pelea, asio de su media vara, y de la caxa de lata de sus titulos, y entrô ascuras en el aposento, diziendo: Tenganse â la justicia, tenganse a la santa Hermandad. Y el primero con quien topò, fue con el apuñeado de don Quixote, que estaua en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole à tiento mano a las barbas, no cessaua de dezir: Fauor a la justicia: pero viendo que el que tenia asido no se bullia, ni meneaua, se dio a entender que estaua muerto, y que los que alli dentro estauan eran sus matadores: y con esta sospecha, reforçô la voz, diziendo: Cierrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui a vn hombre. Esta voz sobresaltô a todos, y cada qual dexô la pendencia en el grado que le tomò la voz. Retirose el ventero a su aposento, el harriero a sus enxalmas, la moça a su rancho: solos los desuenturados, don Quixote, y Sancho, no se pudieron mouer de donde estauan. Soltò en esto el quadrillero la barba de don Quixote, y salio a buscar luz para buscar, y prender los delinquentes, mas no la hallò, porque el ventero de industria auia muerto la lampara, quando se retirò a su estancia, y fuele forçoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo, y tiempo encendio el quadrillero otro candil.

(:?:)

Cap. XVII. Donde se prosiguen los inumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron en la venta, que por su mal pensò que era Castillo.

AVIA ya buelto en este tiempo de su parasismo don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes auia llamado a su escudero, quando estaua tendido en el val de las estacas, le començò a llamar, diziẽdo: Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tengo de dormir, pesia á mi, respondio Sancho lleno de pesadũbre, y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puedeslo creer assi sin duda, respondio don Quixote: porque ó yo se poco, ò este castillo es encantado. Porque has de saber, mas esto que aora quiero dezirte hasme de jurar que lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondio Sancho. Digolo, replicò don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que si juro, tornô a dezir Sancho, que lo callarê hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega à Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago Sancho, respõdio don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta breuedad? No es por esso, respódio Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo don Quixote, que mas fio de tu amor, y de tu cortesia: y assi has de saber, que esta noche me hà sucedido vna de las mas estrañas auenturas, que yo sabre encarecer

recer, y por contartela en breue, sabras, que poco há q̃ a mi vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta, y fermosa donzella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podria dezir del adorno de su persona? Que de su gallardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fè que deuo a mi señora Dulcinea del Toboso, dexare passar intactas, y en silencio? Solo te quiero dezir, que embidioso el cielo de tanto bien, como la vẽtura me auia puesto en las manos. O quiça (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaua con ella en dulcissimos, y amorosissimos coloquios, sin que yo la viesse, ni supiesse por donde venia, vino vna mano pegada a algun braço de algun descomunal Gigante, y assentome vna puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte, que estoy peor que ayer quando los harrieros, q̃ por demasias de Rozinante, nos hizieron el agrauio que sabes. Por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta donzella, le deue de guardar algun encantado Moro, y no deue de ser para mi. Ni para mi tampoco, respondio Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas, fue tortas y pan pintado. Pero digame señor: Como llama â esta buena y rara auentura, auiendo quedado della qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuuo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho. Pero yo que tuue, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mi, y de la madre que me pario, que ni soy cauallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanças me cabe la mayor parte. Luego tambien estás tu aporreado, respondio don Quixote? No le he dicho que si, pese â mi linage, dixo Sancho. No tengas pena

amigo

amigo, dixo don Quixote, que yo harè aora el balſamo precioſo, con que ſanaremos en vn abrir y cerrar de ojos. Acabò en eſto de encender el candil el quadrillero, y entrò a ver el que penſaua que era muerto, y aſsi como le vio entrar Sancho, viendole venir en camiſa, y con ſu paño de cabeça, y candil en la mano, y con vna muy mala cara, preguntò a ſu amo: Señor, ſi ſerà eſte a dicha el Moro encantado que nos buelue a caſtigar, ſi ſe dexò algo en el tintero? No puede ſer el Moro, reſpondio don Quixote, porque los encantados no ſe dexan ver de nadie. Sino ſe dexan ver, dexanſe ſentir, dixo Sancho, ſino diganlo mis eſpaldas. Tambien lo podriã dezir las mias, reſpondio don Quixote, pero no es baſtante indicio eſſe, para creer, que eſte que ſe vee ſea el encantado Moro. Llegò el quadrillero, y como los hallò hablando en tan ſoſſegada cõuerſacion, quedo ſuſpenſo. Bien es verdad, que aun don Quixote ſe eſtaua boca arriba, ſin poderſe menear de puro molido, y emplaſtado. Llegoſe a el el quadrillero, y dixole: Pues, como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, reſpondio don Quixote, ſi fuera que vos. Vſaſſe en eſta tierra hablar deſſa ſuerte a los caualleros andãtes, majadero? El quadrillero que ſe vio tratar tan mal, de vn hõbre de tan mal parecer, no lo pudo ſufrir, y alçando el candil con todo ſu azeyte, dio a dõ Quixote con el en la cabeça, de ſuerte que le dexò muy bien deſcalabrado, y como todo quedò a eſcuras, ſaliòſe luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda ſeñor que eſte es el Moro encantado, y deue de guardar el teſoro para otros, y para noſotros ſolo guarda las puñadas, y los candilazos. Aſsi es reſpondio don Quixote, y no ay que hazer caſo deſtas coſas de encantamentos, ni ay para q̃ tomar colera, ni enojo con ellas, que como ſon inuiſibles y fantaſticas, no hallaremos de quiẽ vengarnos, aunq̃ mas lo procuremos. Leuantate Sancho ſi puedes, y llama al

alcayde

alcayde desta fortaleza, y procura que se me dè vn poco de azeyte, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester aora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Leuantose Sancho cõ harto dolor de sus huessos, y fue ascuras donde estaua el ventero, y encontrandose con el quadrillero, q̃ estaua escuchando en que paraua su enemigo, le dixo: Señor quien quiera que seays, hazednos merced, y beneficio, de darnos vn poco de romero, azeyte, sal, y vino, q̃ es menester para curar vno de los mejores caualleros andantes q̃ ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido, por las manos del encantado Moro q̃ estâ en esta venta. Quando el quadrillero tal oyò, tuuole por hombre falto de seso. Y porq̃ ya començaua à amanecer, abrio la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dixo lo q̃ aquel buen hombre queria. El ventero le proueyò de quanto quiso, y Sancho se lo lleuò a don Quixote, que estaua cõ las manos en la cabeça, quexandose del dolor del candilazo, que no le auia hecho mas mal, que leuantarle dos chichones algo crecidos: y lo que el pensaua que era sangre, no era sino sudor q̃ sudaua con la congoxa de la passada tormenta. En resolucion, el tomô sus simples, de los quales hizo vn compuesto, mezclandolos todos, y coziendolos vn buen espacio, hasta que le parecio que estaua en su punto. Pidio luego alguna redoma para echallo, y como no la huuo en la venta, se resoluio de ponello en vna alcuza, o azeytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tantas Aue Marias, Salues, y Credos, y à cada palabra acompañaua vna cruz, a modo de bendicion: à todo lo qual se hallarõ presentes, Sãcho, el ventero, y quadrillero, q̃ ya el harriero sossegadamente andaua entendiẽdo en el beneficio de

sus

ſus machos. Hecho eſto, quiſo el miſmo hazer luego la eſperiencia de la virtud de aquel precioſo balſamo que el ſe imaginaua: y aſsi ſe beuio de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaua en la olla donde ſe auia cozido caſi media azumbre, y apenas lo acabò de beuer, quãdo començo a vomitar de manera, que no le quedò coſa en el eſtomago, y con las anſias, y agitacion del vomito, le dio vn ſudor copioſiſsimo, por lo qual mandò que le arropaſſen, y le dexaſſen ſolo. Hizieronlo aſsi, y quedoſe dormido mas de tres horas, al cabo de las quales deſpertó, y ſe ſintio aliuiadiſsimo del cuerpo, y en tal manera mejor de ſu quebrantamiento, que ſe tuuo por ſano. Y verdaderamente creyo que auia acertado con el balſamo de Fierabras, y que con aquel remedio, podia acometer deſde alli adelante ſin temor alguno, qualeſquiera ruynas, batallas, y pendencias, por peligroſas q̃ fueſſen. Sancho Pança, que tambien tuuo â milagro la mejoria de ſu amo, le rogò que le dieſſe a el, lo que quedaua en la olla, que no era poca cantidad. Concedioſelo don Quixote, y el tomandola a dos manos, con buena fê, y mejor talante, ſe la echò a pechos, y enuaſò bien poco menos que ſu amo. Es pues el caſo, que el eſtomago del pobre Sancho, no deuia de ſer tan delicado como el de ſu amo, y aſsi primero que vomitaſſe le dierõ tantas anſias, y vaſcas, con tantos traſudores, y deſmayos, que el penſo biẽ y verdaderamente, que era llegada ſu vltima hora: y viẽdoſe tan afligido, y congoxado, maldezia el balſamo, y al ladron que ſe lo auia dado. Viendole aſsi don Quixote, le dixo: Yo creo Sancho que todo eſte mal te viene de no ſer armado cauallero: porque tengo para mi, que eſte licor no deue de aprouechar a los que no lo ſon. Si eſſo ſabia vueſtra merced, replicò Sancho, mal aya yo, y toda mi parentela, para que conſintio que lo guſtaſſe? En eſto hizo ſu operaciõ el breuage, y comẽçò el pobre

eſcu-

escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta priessa, que la estera de Enea sobre quien se auia buelto a echar, ni la manta de angeo có que se cubria, fuerõ mas de prouecho. Sudaua, y trasudaua con tales parasismos, y accidentes, que no solamente el, sino todos pensaron q̃ se le acabaua la vida. Durole esta borrasca, y mala andança casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como su amo, sino tan molido, y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quixote, que como se ha dicho, se sintio aliuiado y sano, quiso partirse luego a buscar auenturas, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaua, era quitarsele al mundo, y à los enel menesterosos de su fauor y amparo: y mas con la seguridad, y confiança que lleuaua en su balsamo y assi forçado deste desseo, el mismo ensillò a Rozinante, y enalbardô al jumento de su escudero, a quien tambien ayudò a vestir, y à subir en el asno. Pusole luego a cauallo, y llegandose a vn rincon de la venta, asio de vn lançon que alli estaua, para que le siruiesse de lança. Estauanle mirando todos quantos auia en la venta, que passauan de mas de veynte personas, mirauale tambien la hija del ventero, y el tambien no quitaua los ojos della, y de quando en quando arrojaua vn suspiro, que parecia que lo arrancaua de lo profundo de sus entrañas, y todos pensauan que deuia de ser del dolor q̃ sentia en las costillas, alomenos pensauanlo aquellos q̃ la noche antes le auian visto bizmar. Y à que estuuieron los dos a cauallo, puesto a la puerta de la venta, llamò al ventero, y con voz muy reposada y graue, le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, q̃ en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo à agradeceroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazeros vengado de algun soberuio que os aya fecho algun agrauio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vengar a los que reci-

reciben tuertos, y castigar aleuosias. Recorred vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste jaez que encomendarme, no ay sino dezilla, que yo os prometo, por la orden de cauallero que recebi, de fazeros satisfecho, pagado, â toda vuestra voluntad. El ventero le respondio con el mismo sossiego: Señor cauallero, yo no tengo necessidad de que vuestra merced me vengue ningũ agrauio, porque yo se tomar la vengança que me parece, quando se me hazen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, assi de la paja, y ceuada de sus dos bestias, como de la cena, y camas. Luego venta es esta? Replicò don Quixote. Y muy honrada, respondio el ventero. Engañado he viuido hasta aqui, respondio don Quixote, que en verdad que pense q̃ era castillo, y no malo pero pues es assi, que no es castillo sino venta: lo que se podra hazer por aora es, q̃ perdoneys por la paga, que yo no pudo contrauenir a la orden de los caualleros andantes: de los quales se cierto (sin que hasta aora aya leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa, en venta donde estuuiessen. Porque se les deue de fuero, y de derecho, qualquier buen acogimiento que se les hiziere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscãdo las auenturas de noche, y de dia, en inuierno, y en verano, a pie, y á cauallo, con sed, y con hambre, con calor, y con frio, sugetos a todas las inclemencias del cielo, y â todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo q̃ ver en esso, respondio el ventero, paguesseme lo que se me deue, y dexemonos de cuentos, ni de cauallerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa, que con cobrar mi haziẽda. Vos soys vn sandio, y mal hostalero, respondio don Quixote, y poniendo piernas a Rozinante, y terciando su lançon se salio de la venta sin que nadie le detuuiesse: y el sin mirar si le seguia su escudero, se alongô vn buen

trecho.

trecho. El ventero que le vio yr, y que no le pagaua, acudio a cobrar de Sancho Pança, el qual dixo, que pues su señor no auia querido pagar, que tampoco el pagaria, porque siendo el escudero de cauallero andante como era, la misma regla, y razon corria por el, como por su amo, en no pagar cosa alguna, en los mesones, y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazole, que sino le pagaua, que lo cobraria de modo que le pesasse. A lo qual Sancho respondio, que por la ley de caualleria que su amo auia recebido, no pagaria vn solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no auia de perder por el la buena, y antigua vsança de los caualleros andantes, ni se auian de quexar de los escuderos de los tales, q̃ estauan por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaua en la venta, se hallassen quatro perayles de Segouia, tres agujeros del potro de Cordoua, y dos vezinos de la heria de Seuilla, gente alegre, bien intencionada, maleante, y juguetona, los quales casi como instigados, y mouidos de vn mismo espiritu, se llegaron a Sancho, y apeandole del asno, vno dellos entrò por la manta de la cama del huesped: y echandole en ella, alçaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que auian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puesto Sancho en mitad de la manta, començaron a leuantarle en alto, y à holgarse con el, como con perro por carnestolendas. Las vozes que el misero manteado daua, fueron tantas, que llegaron a los oydos de su amo: el qual deteniendose a escuchar atentamente, creyò, que alguna nueua auentura le venia, hasta que claramente conocio que el que gritaua era su escudero, y boluiendo las riendas, con vn penado galope llegò a la venta, y hallandola cerrada la

da la rodeô, por ver si hallaua por donde entrar. Pero no huuo llegado a las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hazia a su escudero Viole baxar y subir por el ayre, con tanta gracia, y presteza, que si la colera le dexara, tengo para mi que se riera. Prouò a subir desde el cauallo a las bardas, pero estaua tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo: y assi desde encima del cauallo començò a dezir tantos denuestos, y baldones a los que a Sancho manteauã, que no es possible acertar a escreuillos, mas no por esto cessauan ellos de su risa, y de su obra, ni el bolador Sancho dexaua sus quexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprouechaua poco, ni aprouechò, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxeronle alli su asno, y subiendole encima, le arroparon con su gauan. Y la compassiua de Maritornes, viendole tan fatigado, le parecio ser bien socorrelle con vn jarro de agua, y assi se le truxo del pozo, por ser mas frio. Tomole Sãcho, y lleuandole a la boca, se parò a las vozes que su amo le daua, diziendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas, que te matara, ves aqui tengo el santissimo balsamo (y enseñauale la alcuza del breuage) que con dos gotas que del beuas sanarás sin duda. A estas vozes boluio Sancho los ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha hasele oluidado a vuestra merced, como yo no soy cauallero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de anoche. Guardese su licor con todos los diablos, y dexeme a mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso passar adelante, y rogò a Maritornes que se le truxesse de vino: y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mismo dinero, porque en efecto se dize della, q̃ aunq̃ estaua en aquel trato, tenia vnas sombras, y lexos d Christiana

tiana. Asi como beuio Sancho, dio de los carcaños a su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se salio della muy contẽto de no auer pagado nada, y de auer salido con su intencion, aunque auia sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedô con sus alforjas, en pago de lo que se le deuia: mas Sancho no las echô menos, segun salio turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, asi como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque don Quixote fuera verdaderamente de los caualleros andantes de la tabla redonda, no le estimaran en dos ardites.

Cap. XVIII. Donde se cuentan las razones que passò Sancho Pança con su señor don Quixote, con otras auenturas dignas de ser contadas.

LEGO Sancho a su amo, marchito, y desmayado, tanto que no podia harrear a su jumento. Quando asi le vio don Quixote, le dixo: Aora acabo de creer Sancho el bueno, q̃ aquel castillo, o venta, es encantado sin duda, porq̃ aquellos que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo! Y confirmo esto, por auer visto que quando estaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue possible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me deuian de tener encãtado: que te juro por la fê de quien soy, que si pudiera subir, o apearme, que yo te hiziera vengado de manera, que aquellos follones, y Malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contrauenir

 â las

alas leyes de caualleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no consienten que cauallero ponga mano con tra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propia vida, y persona, en caso de vrgente, y gran necessidad Tambien me vengara yo si pudiera, fuera, o no fuera armado cauallero, pero no pude: aunque tengo para mi que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dize, sino hõbres de carne, y de hueso, como nosotros: y todos segun los oî nombrar, quando me bolteauan, tenian sus nõbres, que el vno se llamaua Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el ventero oî q̃ se llamaua Iuan Palomeque el Zurdo. Assi que señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cauallo, en al estuuo, que en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto, es, que estas auẽturas que andamos buscando, al cabo, al cabo, nos han de traer a tantas desuenturas, que no sepamos qual es nuestro pie derecho. Y lo que seria mejor, y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el boluernos a nuestro lugar, aora q̃ es tiempo de la siega, y de entender en la hazienda, dexandonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco sabes Sancho, respondio don Quixote, de achaque de caualleria, calla, y ten paciencia, que dia vendra, donde veas por vista de ojos, quã honrosa cosa es andar en este exercicio. Sinó dime, que mayor contento puede auer en el mundo, o q̃ gusto puede ygualarse al de vencer vna batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Assi deue de ser, respondio Sancho, puesto que yo no lo se. Solo se, que despues que somos caualleros andantes, o vuestra merced lo es (que yo no ay para que me cuente en tan honroso numero) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fue la del Vizcayno, y aun de aquella salio vuestra

merced

merced con media oreja, y media zelada menos, q̃ despues acâ todo ha sido palos, y mas palos, puñadas, y mas puñadas, lleuando yo de ventaja el manteamiento, y auerme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dize. Essa es la pena que yo tengo, y la que tu deues tener Sancho, respondio don Quixote: pero de aqui adelante, yo procurarê auer a las manos alguna espada hecha por tal maestria, que al que la truxere consigo, no le puedan hazer ningun genero de encantamentos. Y aun podria ser que me deparasse la ventura aquella de Amadis, quãdo se llamaua el cauallero de la ardiente espada, que fue vna de las mejores espadas que tuuo cauallero en el mũdo: porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja, y no auia armadura por fuerte, y encantada que fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan vẽturoso, dixo Sancho, q̃ quando esso fuesse, y vuestra merced viniesse a hallar espada semejãte, solo vendria a seruir, y aprouechar a los armados caualleros, como el balsamo, y â los escuderos q̃ se los papen duelos. No temas esso Sancho, dixo don Quixote, q̃ mejor lo harâ el cielo contigo. En estos coloquios yuan don Quixote, y su escudero: quando vio don Quixote, que por el camino q̃ yuan, venia hâzia ellos vna grande, y espessa poluareda, y en viendola se boluio a Sancho, y le dixo: Este es el dia, o Sancho, en el qual se ha de ver el bien q̃ me tiene guardado mi suerte. Este es el dia digo, en q̃ se ha de mostrar tanto como en otro alguno, el valor de mi braço, y en el q̃ tengo de hazer obras q̃ queden escritas en el libro de la fama, por todos los venideros siglos. Vees aq̃lla poluareda, q̃ alli se leuanta Sancho? Pues toda es cuaxada de vn copiosissimo exercito, que de diuersas ê inumerables gentes por alli viene marchando. A essa cuenta dos

deuen de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se leuanta assi mismo otra semejante poluareda. Boluio a mirarlo don Quixote, y vio que assi era la verdad: y alegrandose sobremanera, penso sin duda alguna, q̃ eran dos exercitos que venian a enuestirse, y â encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenia a todas horas, y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamentos, sucessos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de cauallerias se cuentan: y todo quãto hablaua pensaua, o hazia, era encaminado a cosas semejantes, y la poluareda que auia visto, la leuantauan dos grandes manadas de ouejas y carneros, que por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el poluo no se echaron de ver, hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaua don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino a creer, y â dezirle: Señor, pues que hemos de hazer nosotros? Que, dixo don Quixote, fauorecer, y ayudar â los menesterosos, y desualidos. Y has de saber Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduze, y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande Isla Trapobana: este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado braço, porque siempre entra en las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quieren tan mal estos dos señores, preguntô Sancho? Quierense mal, respondio don Quixote, porque este Alifanfaron es vn furibundo pagano, y estâ enamorado de la hija de Pentapolin, que es vna muy fermosa, y ademas agraciada señora, y es Christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, sino dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se buelue a la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En esso harâs lo que

deues

deues Sancho, dixo don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caualle-ro. Bien se me alcança esso, respondio Sancho: pero dõde pondremos a este asno, que estemos ciertos de hallar le despues de passada la refriega, porque en entrar enella en semejante caualleria, no creo que està en vso hasta a-ora. Assi es verdad, dixo don Quixote, lo que puedes ha zer del, es, dexarle a sus auenturas, aora se pierda, o no, porque seràn tantos los cauallos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozi-nante, no le trueque por otro. Pero estame atento, y mi ra que te quiero dar cuenta de los caualleros mas princi-pales que en estos dos exercitos vienen. Y para que me-jor los veas, y notes, retiremonos â aquel altillo que alli se haze, de donde se deuen de descubrir los dos exercì-tos. Hizieronlo assi, y pusieronse sobre vna loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que a don Quixo te se le hizieron exercito, si las nubes del poluo que leuã tauan no les turbara, y cegara la vista: pero con todo es-to, viendo en su imaginacion lo que no veia, ni auia con voz leuantada començò a dezir: Aquel cauallero q̃ alli ves, de las armas xaldes, que trae en el escudo vn leon co ronado, rendido a los pies de vna donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de Plata: el otro de las ar-mas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coro-nas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Gi-ganteos, que està a su derecha mano, es el nunca medro-so Brandabarbarã de Boliche, señor de las tres Ara bias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo vna puerta, que segun es fama, es vna de las del templo que derribò Sanson, quando con su muerte se vengò de sus enemigos. Pero buelue los ojos a estotra parte, y veras delante, y en la frente destotro exercito, al

ſiempre vencedor, y jamas vencido, Timonel de Carcajona, principe de la nueua Vizcaya, que viene armado có las armas partidas â quarteles azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el eſcudo vn gato de oro en campo leonado, con vna letra que dize, Miu, que es el principio del nombre de ſu dama, que ſegun ſe dize es la ſin par Miulina, hija del Duque Alfeñiquen del Algarue. El otro que carga, y oprime los lomos de aquella poderoſa Alfana, que trae los armas como nieue blancas, y el eſcudo blanco, y ſin empreſa alguna, es vn cauallero nouel de nacion Frances, llamado Pierres Papin, ſeñor de las Baronias de Vtrique: el otro que bate las hijadas con los herrados careaños â aquella pintada, y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoſo Duq̃ de Nerbia, Eſpartafilardo del Boſque, que trae por empreſa en el eſcudo vna eſparraguera, con vna letra en Caſtellano, que dize aſsi, Raſtrea mi ſuerte. Y deſta manera fue nombrando muchos caualleros del vno, y del otro eſquadron que el ſe imaginaua: y à todos les dio ſus armas, colores, empreſas, y motes de improuiſo, lleuado de la imaginacion de ſu nunca viſta locura, y ſin parar proſiguio, diziendo: A eſte eſquadron frontero, forman, y hazen gentes de diuerſas naciones; aqui eſtan los que beuen las dulces aguas del famoſo Xanto, los Montuoſos que piſan los Maſilicos cãpos: los que criban el finiſsimo, y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famoſas, y freſcas riberas del claro Termodõte: los que ſangran por muchas, y diuerſas vias al dorado Pactolo: los Numidas dudoſos en ſus promeſſas: los Perſas en arcos, y flechas famoſos: los Partos, los Medos, que pelean huyendo: los Arabes de mudables caſas: los Citas tan crueles como blancos: los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos roſtros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo.

En

En estotro esquadron vienen los que beuen las corrientes cristalinas del oliuifero Betis, los que tersan, y pulen sus rostros con el licor del siempre rico, y dorado Tajo: los que gozan las prouechosas aguas del diuino Genil: los que pisan los Tartesios campos de pastos abundãtes: los que se alegran en los eliseos Xerezanos prados: los Manchegos ricos, y coronados de rubias espigas: los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda: los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estẽdidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso: los que tiemblan con el frio del siluoso Pirineo, y cõ los blancos copos del leuantado Apenino. Finalmente, quantos toda la Europa en si contiene y encierra. Valame Dios, y quantas prouincias dixo, quantas naciones nombrò, dandole a cada vna con marauillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto, y empapado en lo que auia leydo en sus libros mentirosos! Estaua Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando boluia la cabeça a ver si veia los caualleros, y Gigantes que su amo nombraũa: y como no descubria a ninguno, le dixo: Señor encomiendo al diablo hombre ni Gigante, ni cauallero de quantos vuestra merced dize, parece por todo esto alomenos yo no los veo, quiça todo deue ser encantamento, como las fantasmas de anoche. Como dizes esso, respondio don Quixote? No oyes el relinchar de los cauallos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atambores? No oygo otra cosa, respondio Sancho, sino muchos balidos de ouejas, y carneros: y assi era la verdad, porque ya llegauan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo don Quixote, te haze Sancho que ni veas, ni oyas a derechas. Porque vno de los efectos del miedo es, turbar los sentidos, y hazer que las co-

ſas no parezcan lo que ſon: y ſi es que tanto temes, retirate a vna parte, y dexame ſolo, que ſolo baſto a dar la vitoria a la parte a quien yo diere mi ayuda: y diziendo eſto, puſo las eſpuelas a Rozinante, y pueſta la lança en el riſtre, baxô de la coſtezuela como vn rayo. Diole vozes Sancho, diziendole: Bueluaſe vueſtra merced ſeñor dõ Quixote, que voto a Dios que ſon carneros, y ouejas las que va a enueſtir. Bueluaſe, deſdichado del padre q̃ me engendrô, que locura es eſta? Mire que no ay Gigante, ni cauallero alguno, ni gatos, ni armas, ni eſcudos partidos, ni enteros; ni veros azules, ni endiablados: que es lo que haze pecador ſoy yo a Dios? Ni por eſſas boluio dõ Quixote, antes en altas vozes yua diziendo: Ea caualleros, los que ſeguis, y militays debaxo de las vanderas del valeroſo Emperador Pentapolin del arremangado braço, ſeguidme todos, vereys quan facilmente le doy vengança de ſu enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Eſto diziẽdo ſe entrò por medio del eſquadrõ de las ouejas, y començò de alanceallas con tanto corage, y denuedo, como ſi de veras alanceara a ſus mortales enemigos. Los paſtores, y ganaderos, que con la manada venian, dauan le vozes, que no hizieſſe aquello, pero viendo q̃ no aprouechauan, deſciñeronſe las hondas, y començaron a ſaludalle los oydos, con piedras como el puño. Don Quixote no ſe curaua de las piedras, antes diſcurriendo a todas partes dezia. Adonde eſtàs ſoberuio Alifanfaron, vẽte a mi, que vn cauallero ſolo ſoy, q̃ deſſea de ſolo a ſolo prouar tus fuerças, y quitarte la vida, en pena de la q̃ das al valeroſo Pentapolin Garamanta. Llegô en eſto vna peladilla de arroyo, y dandole en vn lado le ſepulto dos coſtillas en el cuerpo. Viendoſe tan mal trecho, creyò ſin duda que eſtaua muerto, o mal ferido; y acordandoſe de ſu licor, ſacô ſu alcuza, y puſoſela a la boca, y començo a echar licor en el eſtomago: mas antes que acabaſſe

basse de enuasar lo que a el le parecia que era bastante, llegò otra almendra, y diole en la mano, y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedaços, lleuandole de camino tres o quatro dientes, y muelas de la boca, y machucandole malamẽte dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forçoso al pobre cauallero, dar consigo del cauallo a baxo. Llegaronse a el los pastores, y creyeron que le auian muerto. Y assi con mucha priessa recogieron su ganado, y cargarõ de las reses muertas, que passauan de siete, y sin aueriguar otra cosa se fueron. Estauase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hazía, y arrancauase las barbas, maldiziendo la hora, y el punto en que la fortuna se le auia dado a conocer. Viendole pues caydo en el suelo, y que ya los pastores se auiã ydo, baxô de la cuesta, y llegose â el, y hallole de muy mal arte, aunque no auia perdido el sentido, y dixole: No le dezia yo, señor don Quixote, que se boluiesse, que los que yua a acometer no eran exercitos, sino manadas de carneros. Como esso puede desparecer, y contrahazer, aq̃l ladrõ del sabio mi enemigo. Sabete Sancho que es muy facil cosa a los tales, hazernos parecer lo que quieren, y este Maglimo que me persigue, embidioso de la gloria q̃ vio que yo auia de alcançar desta batalla, ha buelto los esquadrones de enemigos en manadas de ouejas. Sino haz vna cosa Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y veras como en alexandose de aqui algun poco, se bueluẽ en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pintê primero. Pero no vayas aora, que he menester tu fauor, y ayuda: llegate à mi, y mira quantas muelas, y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegose Sancho tan cerca, que

casi

casi le metia los ojos en la boca, y fue a tiempo q̃ ya auia obrado el balsamo en el estomago de don Quixote, y al tiempo que Sancho llegò a mirarle la boca, arrojo de si mas rezio que vna escopeta quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del cõpassiuo escudero. Santa Maria, dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido, sin duda este pecador està herido de muerte, pues vomita sangre por la boca Pero reparando vn poco mas en ello, echô de ver en la color, sabor, y olor, q̃ no era sangre, sino el balsamo de la alcuza, que el le auia visto beuer: y fue tanto el asco que tomô, que reboluiendosele el estomago, vomitô las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudio Sancho a su asno para sacar de las alforjas cõ que limpiarse, y cõ que curar a su amo, y como no las hallô, estuuo a punto de perder el juyzio: maldixose de nueuo, y propuso en su coraçon, de dexar a su amo, y boluerse a su tierra, aũque perdiesse el salario de lo seruido, y las esperãças del gouierno de la prometida Insula Leuantose en esto dõ Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca, porq̃ no se le acabassen de salir los dientes, asio con la otra las riendas de Rozinante, que nunca se auia mouido de junto a su amo (tal era de leal, y bien acondicionado) y fuesse adonde su escudero estaua, de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre pensatiuo ademas. Y viendole don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sabete Sancho, que no es vn hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible, que el mal, ni el bien sean durables, y de aqui se sigue, que auiendo durado mucho el mal, el bien està ya cerca. Assi que no deses congojarte, por las desgracias que a mi me suceden,

pues

pues a ti no te cabe parte dellas. Como no, respondio Sancho: por ventura el que ayer mantearon, era otro q̃ el hijo de mi padre? Y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote? Si que me faltan, respondio Sancho. Desse modo no tenemos que comer oy, replicô don Quixote. Esso fuera, respondio Sancho, quando faltarân por estos prados las yeruas que vuestra merced dize que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malauenturados caualleros andantes, como vuestra merced es. Con todo esso, respondio don Quixote, tomara yo aora mas ayna vn quartal pan, o vna hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, que quantas yeruas descriue Dioscorides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna. Mas con todo esto sube en tu jumento Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios que es proueedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su seruicio, como andamos, pues no falta a los mosquitos del ayre, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua. Y es tan piadoso, que haze salir su Sol, sobre los buenos, y los malos, y llueue sobre los injustos, y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador, que para cauallero andante. De todo sabian, y han de saber los caualleros andantes Sancho, dixo don Quixote, porque cauallero andante huuo en los passados siglos, que assi se paraua a hazer vn sermon, o platica en mitad de vn campo real, como si fuera graduado por la vniuersidad de Paris: de donde se infiere, que nunca la lança embotò la pluma, ni la pluma la lança. Aora bien, sea assi como vuestra merced dize, respondio Sancho, vamos aora de aqui, y procuremos donde aloxar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantasmas,

tasmas,ni Moros encantados,que si los ay, daré al diablo el hato, y el garauato. Pidesselo tu a Dios hijo, dixo don Quixote,y guia tu por donde quisieres,que esta vez quiero dexar a tu elecion el alojarnos: pero dame acà la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos diẽtes, y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos,y estandole tentando, le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondio don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras,y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dize señor, respondio Sancho. Digo quatro, sino eran cinco, respondio don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo,ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas dè dos muelas,y media: y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda està rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo don Quixote, oyendo las tristes nueuas que su escudero le daua, que mas quisiera que me huuieran derribado vn braço, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diente, que vn diamante. Mas a todo esto estamos sugetos los que professamos la estrecha orden de la caualleria: sube amigo,y guia, que yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo assi Sancho, y encaminose hâzia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por alli yua muy seguido. Yendose pues poco a poco, porque el dolor de las quixadas de don Quixote no le dexaua sossegar, ni atender â darse priessa,quiso Sancho entretenelle, y diuertirle, diziendole alguna cosa, y entre otras que le dixo,fue,lo que se dirá en el siguiente capitulo.

Cap.

Cap. XIX. De las discretas razones que Sancho passaua con su amo, y de la auentura q̃ le sucedio con vn cuerpo muerto: con otros acontecimientos famosos.

PAreceme señor mio, que todas estas desuenturas que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caualleria, no auiendo cumplido el juramẽto que hizo, de no comer pan â manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que a esto se sigue, y vuestra merced jurô de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ò como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo don Quixote. Mas para dezirte verdad, ello se me auia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no auermelo tu acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta: pero yo harê la enmienda, que modos ay de composiciõ en la orden de la caualleria para todo. Pues jurê yo algo por dicha, respondio Sancho? No importa que no ayas jurado, dixo don Quixote, basta que yo entiendo que de participantes no estâs muy seguro: y por si, o por no, no serâ malo proueernos de remedio. Pues si ello es assi, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne a oluidar esto, como lo del juramento, quiça les boluera la gana a las fantasmas, de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas, y otras platicas, les tomô la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir donde aquella noche se recogiessen: y lo que no auia de bueno en ello, era,

era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltô toda la despensa, y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedio vna auentura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerrô con alguna escuridad, pero con todo esto caminauan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era Real, a vna, o dos leguas, de buena razon hallaria en el alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que yuan, venian hâzia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se mouian. Pasmose Sancho en viendolas, y don Quixote no las tuuo todas consigo: tirô el vno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su Rozino, y estuuieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se yuan acercando a ellos, y mientras mas se llegauan, mayores parecian. A cuya vista Sancho començô a temblar como vn azogado, y los cabellos de la cabeça se le erizaron a don Quixote. El qual animandose vn poco, dixo: Esta sin duda Sancho deue de ser grandissima, y peligrosissima auentura, donde serà necessario que yo muestre todo mi valor y esfuerço. Desdichado de mi, respondio Sancho, si acaso esta auentura fuesse de fantasmas, como me lo va pareciendo, adonde aura costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo don Quixote, no consentire yo, q̃ te toque en el pelo de la ropa: que si la otra vez se burlaron cõtigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero aora estamos en campo raso, donde podrê yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomeçen, como la otra vezlo hizieron, dixo Sancho, que aprouecharâ estar en campo abierto,

ò no,

o no? Con todo esso, replicô don Quixote, te ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo. Si tendrê, si a Dios plaze, respondio Sancho, y apartandose los dos à vn lado del camino, tornaron a mirar atentamente, lo que aquello de aquellas lumbres que caminauan podia ser: y de alli a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto rematô el animo de Sancho Pança, el qual començò a dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana: y crecio mas el batir, y dentellear, quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veynte encamisados, todos a cauallo, con sus hachas encendidas en las manos: de tras de los quales venia vna litera, cubierta de luto, a la qual seguian otros seys de acauallo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran cauallos en el sossiego con que caminauan. Yuan los encamisados murmurando entre si, con vna voz baxa, y compassiua. Esta estraña vision a tales horas, y en tal despoblado, bien bastaua para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo: y assi fuera en quanto a don Quixote, que ya Sancho auia dado al traues con todo su esfuerço. Lo contrario le auino a su amo, al qual en aquel punto se le representô en su imaginacion al viuo, que aquella era vna de las auenturas de sus libros. Figurosele, que la litera eran andas donde deuia de yr algun mal ferido, o muerto cauallero, cuya vengança a el solo estaua reseruada: y sin hazer otro discurso enristrô su lançon, pusose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forçosamente auian de passar; y quando los vio cerca alçô la voz, y dixo: Deteneos caualleros, quien quiera que seays, y dadme cuenta de quien soys? de donde venis? adonde vays? que es lo que

lo que en aquellas andas lleuays? que segũ las muestras: o vosotros aueys fecho, o vos han fecho algun desaguisado, y conuiene, y es menester que yo lo sepa, o biẽ para castigaros del mal que fezistes, o bien para vengaros, del tuerto que vos fizieron. Vamos de priessa, respódio vno de los encamisados, y està la venta lexos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula passô adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Quixote, y trauando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo soys todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantô de manera, que alçandose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer el encamisado, començô a denostar a don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lançó, arremetio a vno de los enlutados, y mal ferido dio con el en tierra: y reboluiendose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia, y desbarataua, que no parecia sino que en aquel instante le auian nacido alas a Rozinante, segun andaua de ligero, y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y assi con facilidad en vn momento dexaró la refriega, y començaron a correr por aquel campo, có las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascaras, que en noche de regozijo, y fiesta corren. Los enlutados assi mismo rebueltos, y embueltos en sus faldamentos, y lobas, no se podian mouer: assi que muy a su saluo don Quixote los apaleò a todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado: porque todos pensaron q̃ aquel no era hóbre, sino diablo del infierno que les salia a quitar el cuerpo muerto, que en la litera lleuauan. Todo lo miraua Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y dezia entre si: Sin duda este mi amo es tan valiente, y esforça-

forçado como el dize. Estaua vna hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribô la mula, a cuya luz le pudo ver don Quixote, y llegandose â el le puso la pũta del lançon en el rostro, diziendole, que se rindiesse, sino que le mataria. A lo qual respondio el caydo: Harto rendido estoy, pues no me puedo mouer, que tengo vna pierna quebrada, suplico a vuestra merced, si es caualle ro Christiano, que no me mate, que cometerâ vn gran sacrilegio, que soy Licenciado, y tengo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo don Quixote, siendo hombre de Iglesia? Quien señor, replicô el caydo, mi desuentura. Pues otra mayor os amenaza, dixo don Quixote, sino me satisfazeys a todo quantô primero os preguntê. Con facilidad serâ vuestra merced satisfecho, respondio el Licenciado, y assi sabra vuestra merced, que aunque denantes dixe que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcouendas, vengo de la ciudad de Baeça, cõ otros onze Sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn cauallero que murio en Baeça; donde fue depositado, y aora (como digo) lleuauamos sus huessos a su sepultura, q̃ estâ en Segouia, de donde es natural. Y quien le matô? preguntô don Quixote. Dios, por medio de vnas calenturas pestilentes que le dieron, respódio el Bachiller. Dessa suerte, dixo don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que auia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le huuiera muerto: pero auiendole muerto quiẽ le matô no ay sino callar, y encoger los ombros, porque lo mismo hiziera si a mi mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reuerencia, que yo son vn cauallero de la Mancha, llamado don Quixote, y es mi oficio y exercicio, andar por el mundo endereçando tuer-

tos, y desfaziendo agrauios. No se como pueda ser esso de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues a mi de derecho me aueys buelto tuerto, dexandome vna pierna quebrada, la qual no se verâ derecha en todos los dias de su vida: y el agrauio que en mi aueys deshecho, ha sido dexarme agrauiado de manera, que me quedarê agrauiado para siempre: y harta desuentura ha sido topar cõ vos que vays buscando auenturas. No todas las cosas, respondio don Quixote, suceden de vn mismo modo: el daño estuuo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepelizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejauades cosa mala, y del otro mundo, y assi yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que erades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzguê, y tuue siẽpre. Ya que assi lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico â vuestra merced señor cauallero andante (que tan mala andança me ha dado) me ayude a salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada vna pierna entre el estribo, y la silla. Hablara yo para mañana, dixo don Quixote, y hasta quando aguardauades a dezirme vuestro afan? Dio luego vozes a Sancho Pança, que viniesse: pero el no se curô de venir, porque andaua ocupado desbalijando vna azemila de repuesto, que trahian aquellos buenos señores, bien bastezida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gauan, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargô su jumento, y luego acudio a las vozes de su amo, y ayudô a sacar al señor Bachiller, de la opresion de la mula: y poniendole encima della, le dio la hacha, y don Quixote le dixo, que siguiesse la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiesse perdon del agrauio,

uio, que no auia sido en su mano dexar de auerle hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caso quisieren saber essos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced, que es el famoso dõ Quixote de la Mancha, que otro nombre se llama, El cauallero de la triste figura. Con esto se fue el Bachiller, y don Quixote preguntô a Sancho, que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triste figura, mas entonces que nunca? Yo se lo dire, respondio Sancho, porque le he estado mirando vn rato a la luz de aquella hacha que lleua aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acâ, que jamas he visto: y deuelo de auer causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas, y dientes. No es esso, respondio don Quixote, sino que el sabio a cuyo cargo deue de estar el escreuir la historia de mis hazañas, le aura parecido, que serâ bien que yo tome algun nombre apelatiuo, como lo tomauan todos los caualleros passados: qual se llamaua el de la ardiente Espada: qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueste el del aue Fenix: el otro el cauallero del Grifo: estotro el de la Muerte: y por estos nombres, ê insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo, que el Sabio ya dicho, te aura puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamasses el cauallero de la triste figura, como pienso llamarme desde oy en adelante: y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi escudo, vna muy triste figura. No ay para que señor querer gastar tiempo, y dineros en hazer essa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer es, que vuestra merced descubra la suya, y dê rostro a los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra

imag en, ni escudo le llamarân el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en burlas) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como yo tengo dicho, se podrâ muy bien escusar la triste pintura. Riose don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo, ô rodela, como auia imaginado, y dixole: Yo entiendo Sancho, que quedo descomulgado, por auer puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *Iuxta illud, si quis suadente diabolo, &c.* Aunque se bien que no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a Sacerdote, ni a cosas de la Iglesia, a quiẽ respeto, y adoro como Catolico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y â vestiglos del otro mundo. Y quando esso assi fuesse, en la memoria tengo lo que le passô al Cid Ruy Diaz quando quebrô la silla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgô, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyendo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran huessos, o no, pero no lo consintio Sancho, diziendole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas a su saluo, de todas las que yo he visto, esta gente aunque vencida, y desbaratada, podria ser que cayesse en la cuenta, de que los vencio sola vna persona, y corridos, y auergonçados desto, boluiessen a rehazerse, y â buscarnos, y nos diessen muy bien en que entender. El jumento estâ como conuiene, la montaña es cerca, la hambre carga, no ay que hazer mas, sino retirarnos con gentil compas de pies: y como dizen, vayasse el muerto â la sepultura, y

el viuo

el vino a la hogaza: y antecogiendo su asno, rogô a su señor que le siguiesse: el qual pareciendole que Sancho tenia razon, sin boluerle a replicar le siguio. Y â poco trecho que caminauan por entre dos montañuelas, se hallaron en vn espacioso, y escondido valle, donde se apearon, y Sancho aliuiô el jumento, y tendidos sobre la verde yerua, con la salsa de su hambre, almorçaron, comieron, merendaron, y cenaron â vn mismo punto, satisfaziendo sus estomagos con mas de vna siambrera que los señores clerigos del difunto (que pocas vezes se dexan mal passar) en la azemila de su repuesto trahian. Mas sucedioles otra desgracia, q̃ Sancho la tuuo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que beuer, ni aũ agua que llegar â la boca: y acossados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estauan, estaua colmado de verde, y menuda yerua, lo que se dirâ en el siguiente capitulo.

Cap. XX. De la jamas vista, ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada del famoso cauallero en el mundo, como la que acabò el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO es possible señor mio, sino que estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuente, o arroyo, que estas yeruas humedece: y assi serâ bien que vamos vn poco mas adelante, que yatoparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo a don Quixote, y tomando de la rienda a Rozinan-

te, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puesto sobre el los relieues que de la cena quedaron, començaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad dela noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huuieron andado dozientos passos quando llegô a sus oydos vn grande ruydo de agua, como que de algunos grandes, y leuantados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en gran manera, y parandose a escuchar hâzia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguô el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauan vnos golpes a compas, con vn cierto cruxir de hierros, y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pauor a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre vnos arboles altos, cuyas hojas mouidas del blando viento, hazian vn temeroso, y manso ruydo: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruydo del agua, con el susurro de las hojas, todo causaua horror, y espanto: y mas quando vieron, que ni los golpes cessauan, ni el viento dormia, ni la mañana llegaua: añadiendose a todo esto, el ignorar el lugar donde se hallauan. Pero don Quixote, acompañado de su intrepido coraçõ, saltô sobre Rozinante, y embraçando su rodela, terciô su lançon, y dixo: Sancho amigo, has de saber, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueue de la fama, y el que ha de poner en oluido los Platires, los Tablantes, Oliuantes, y Tirantes: los Febos,

y Be-

y Belianises, con toda la caterua de los famosos caualleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en q̃ me hallo tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, q̃ escurezcan las mas claras q̃ ellos fizieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña, y derumba desde los altos mõtes de la luna, y quel incessable golpear que nos hiere, y lastima los oydos; las quales cosas todas juntas, y cada vna por si, son bastantes a infundir miedo, temor, y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos, y auenturas. Pues todo esto que yo te pinto, son incentiuos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, con el desseo que tiene de acometer esta auentura, por mas dificultosa q̃ se muestra. Assi que aprieta vn poco las cinchas a Rozinante, y quedate a Dios, y esperame aqui hasta tres dias no mas, en los quales sino boluiere, puedes tu boluerte a nuestra aldea, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, yras al Toboso, donde diras a la incõparable señora mia Dulcinea, que su cautiuo caualiero murio, por acometer cosas que le hiziessen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyô las palabras de su amo, comẽçó a llorar con la mayor ternura del mundo, y â dezirle: Señor, yo no se porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa auentura: aora es de noche, aqui no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino, y desuiarnos del peligro, aunque no beuamos en tres dias: y pues no ay quien nos vea, menos aura quiẽ nos note de cobardes. Quanto mas, que yo he oydo muchas vezes predicar al cura de nuestro lugar (que vuestra merced muy bien conoce) que quien busca el

peligro perece en el: asi que no es bien tentar a Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced, en librarle de ser manteado, como yo lo fuy, y en sacarle vencedor, libre, y saluo de entre tantos enemigos como acompañauan al difunto. Y quando todo esto no mueua, ni ablande esse duro coraçon, mueuale el pensar, y creer, que apenas se aura vuestra merced apartado de aqui, quãdo yo de miedo dé mi anima â quien quisiere lleuarla. Yo sali de mi tierra, y dexê hijos, y muger, por venir a seruir a vuestra merced, creyendo valer mas, y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, a mi me ha rasgado mis esperanças, pues quando mas viuas las tenia de alcançar aquella negra, y mal hadada Insula, que tantas vezes vuestra merced me ha prometido, veo que en pago, y trueco della, me quiere aora dexar en vn lugar tã apartado del trato humano. Por vn solo Dios, señor mio, que nó se me faga tal desaguisado: y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilatelo, alomenos hasta la mañana, que a lo que a mi me muestra la ciencia que aprendi, quando era pastor, no deue auer desde aqui al alua tres horas: porque la boca de la bozina està encima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo. Como puedes tu Sancho, dixo don Quixote, ver donde haze essa linea, ni donde està essa boca, o esse colodrillo que dizes, si haze la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna? Assi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vee las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que ay poco de aqui al dia. Falte lo que faltare, respondio don Quixote, que no se ha de dezir por mi aora, ni en ningun tiempo, que lagrimas, y ruegos me apartaron

de

de hazer lo que deuia a estilo de cauallero: y assi te ruego Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en coraçon de acometer aora esta tan no vista, y tan temerosa auentura, tendrà cuydado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hazer, es, apretar biẽ las cinchas a Rozinante, y quedarte aqui, que yo darè la buelta presto, o viuo, o muerto. Viendo pues Sancho la vltima resolucion de su amo, y quan poco valian con el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinô de aprouecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si pudiesse: y assi quando apretaua las cinchas al cauallo, bonitamente, y sin ser sentido atô con el cabestro de su asno, ambos pies a Rozinante, de manera que quando don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cauallo no se podia mouer sino a saltos. Viendo Sancho Pança el buen sucesso de su embuste, dixo: Ea señor, que el cielo comouido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no se pueda mouer Rozinante, y si vos quereys porfiar, y espolear, y dalle, serâ enojar a la Fortuna, y dar cozes (como dizen) contra el aguijon. Desesperaua se con esto don Quixote, y por mas que ponia las piernas al cauallo, menos le podia mouer: y sin caer en la cuẽta de la ligadura, tuuo por bien de sossegarse, y esperar, o a que amaneciesse, o a que Rozinante se meneasse, creyendo sin duda, que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi es Sancho, que Rozinante no puede mouerse, yo soy contento de esperar â que ria el alua, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ay que llorar, respondio Sancho, que yo entretendre a vuestra merced, contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse â dormir vn poco sobre la verde yerua, à vso de caualleros andantes, para hallarse mas descansado quãdo llegue el dia, y punto de acometer esta tan desemejable auen-

uentura que le espera. A que llamas apear, o a que dormir, dixo don Quixote? Soy yo por ventura de aquellos caualleros que toman reposo en los peligros? Duermen tu que nacistes para dormir, o haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced señor mio, respondio Sancho, que no le dixe por tanto: y llegandose a el, puso la vna mano en el arzon delantero, y el otro en el otro, de modo que quedô abraçado con el muslo yzquierdo de su amo, sin osarse apartar del vn dedo: tal era el miedo que tenia a los golpes, que toda via alternatiuamente sonauan. Dixole don Quixote, que contasse algun cuento para entretenerle, como se lo auia prometido: a lo que Sancho dixo, que si hiziera, si le dexara el temor de lo q̃ oîa, pero con todo esso yo me esforçare a dezir vna historia, que si la acierto a contar, y no me van a la mano, es la mejor de las historias: y estême vuestra merced atẽto, que ya comienço. Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Y aduierta vuestra merced, señor mio, que el principio q̃ los antiguos dieron a sus consejas, no fue assi como quiera, que fue vna sentencia de Caton Zonzorino Romano, q̃ dize. Y el mal para quiẽ le fuere a buscar, que viene aqui como anillo al dedo, para que vuestra merced se estê quedo, y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos boluamos por otro camino, pues nadie nos fuerça a que sigamos este, donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento Sancho, dixo don Quixote, y del camino que hemos de seguir, dexame a mi el cuydado. Digo pues, prosiguio Sancho, que en vn lugar de Estremadura auia vn pastor cabrerizo, quiero dezir, que guardaua cabras, el qual pastor, ô cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaua Lope Ruyz, y este Lope Ruyz, andaua enamorado de vna pastora que se llamaua Torralua, la qual

pastora

paſtora llamada Torralua, era hija devn ganadero rico, y eſte ganadero rico, Si deſſa manera cuenta tu cuento Sancho, dixo dõ Quixote, repitiendo dos vezes lo q̃ vas diziẽdo, no acabarâs en dos dias: dilo ſeguidamẽte, y cuentalo como hõbre de entendimiento, y ſino no digas nada. De al miſma manera que yo lo cuento, reſpondio Sancho, ſe cuentan en mi tierra todas las conſejas, y yo no ſe contarlo de otra, ni es bien que V. merced me pida que haga vſos nueuos. Di como quiſieres, reſpondio don Quixote, que pues la ſuerte quiere que no pueda dexar de eſcucharte, proſigue. Aſsi, que ſeñor mio de mi anima, proſiguio Sancho, que como ya tengo dicho, eſte paſtor andaua enamorado de Torralua la paſtora, que era vna moça rolliza, zahareña, y tiraua algo a hombruna, porque tenia vnos pocos vigotes, que parece que aora la veo Luego cocociſtela tu, dixo don Quixote? No la conoci yo, reſpondio Sancho, pero quien me contô eſte cuento, me dixo, que era tan cierto y verdadero, que podia bien quando lo contaſſe a otro, afirmar y jurar, que lo auia viſto todo. Aſsi, que yendo dias, y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añaſca, hizo demanera, que el amor que el paſtor tenia a la paſtora, ſe boluieſſe en omezillo, y mala voluntad, y la cauſa fue, ſegun malas lenguas, vna cierta cantidad de zelillos que ella le dio, tales, que paſſauan de la raya, y llegauan a lo vedado, y fue tanto lo que el paſtor la aborrecio de alli adelante, que por no verla, ſe quiſo auſentar de aquella tierra, ê yrſe donde ſus ojos no la vieſſen jamas. La Torralua que ſe vio deſdeñada del Lope, luego le quiſo bien, mas que nunca le auia querido. Eſſa es natural condicion de mugeres, dixo don Quixote, deſdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece, paſſa adelante Sancho. Sucedio, dixo Sancho, que el paſtor puſo por obra ſu deter-

determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminô por los campos de Estremadura, para passarse a los Reynos de Portugal. La Torralua que lo supo se fue tras el, y seguiale a pie, y descalça desde lexos, con vn bordon en la mano, y con vnas alforjas al cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn pedaço de espejo, y otro de vn peyne, y no se que botezillo de mudas para la cara: mas lleuasse lo que lleuasse, que yo no me quiero meter aora en aueriguallo. Solo dirê que dizen, que el pastor llegô cô su ganado a passar el rio Guadiana, y en aquella sazon yua crecido, y casi fuera de madre: y por la parte q̃ llegô no auia barca, ni barco, ni quien le passasse a el, ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congoxô mucho, porque veîa que la Torralua venia ya muy cerca, y le auia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos, y lagrimas: mas tanto anduuo mirando, que vio vn pescador q̃ tenia junto a si vn barco tan pequeño, que solamente podian caber en el vna persona, y vna cabra: y con todo esto le hablô, y concertô con el, que le passasse a el, y á trezientas cabras que lleuaua Entrô el pescador en el barco, y passô vna cabra, boluio y passô otra, tornô a boluer y tornô a passar otra Tenga vuestra merced cuenta cô las cabras que el pescador va passando, porque si se pierde vna de la memoria, se acabarâ el cuento, y no será possible contar mas palabra del Sigo pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte, estaua lleno de cieno, y resbaloso, y tardaua el pescador mucho tiempo en yr, y boluer. Con todo esto, boluio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las passô todas, dixo don Quixote, no andes yendo, y viniendo dessa manera, que no acabarâs de passarlas en vn año. Quantas han passado hasta aora, dixo Sancho? Yo q̃ diablos se, respondio dô Quixote. He aî lo que yo dixe, que tuuiesse buena cuenta. Pues por Dios q̃ se ha acabado el cuento, que no ay pas-

sar

ſar adelante. Como puede ſer eſſo, reſpondio dó Quixote? tan de eſſencia de la hiſtoria es, ſaber las cabras q̃ han paſſado por eſtenſo, que ſi ſe yerra vna del numero, no puedes ſeguir adelante con la hiſtoria? No ſeñor, en ninguna manera, reſpondio Sancho, porque aſsi como yo pregunté a vueſtra merced, que me dixeſſe quantas cabras auian paſſado, y me reſpondio que no ſabia, en aquel miſmo inſtante ſe me fue a mi de la memoria quãto me quedaua por dezir, y â fê que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo don Quixote, que ya la hiſtoria es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, reſpondio don Quixote, q̃ tu has contado vna de las mas nueuas conſejas, cuento, ô hiſtoria, que nadie pudo penſar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas ſe podrâ ver, ni aurâ viſto en toda la vida, aunque no eſperaua yo otra coſa de tu buen diſcurſo, mas no me marauillo, pues quiçá eſtos golpes que no ceſſan, te deuen de tener turbado el entendimiento. Todo puede ſer, reſpondio Sancho, mas yo ſe que en lo de mi cuento, no ay mas que dezir, que alli ſe acaba, do comiença el yerro de la cuenta del paſſage de las cabras. Acabe norabuena donde quiſiere, dixo don Quixote, y veamos ſi ſe puede mouer Rozinante. Tornole a poner las piernas, y el tornô a dar ſaltos y â eſtarſe quedo, tanto eſtaua de bien atado. En eſto parece ſer, o que el frio de la mañana que ya venia, o que Sancho huuieſſe cenado algunas coſas lenitiuas, o que fueſſe coſa natural (que es lo que mas ſe deue creer) a el le vino en voluntad, y deſſeo de hazer lo que otro no pudiera hazer por el. Mas era tanto el miedo que auia entrado en ſu coraçon, que no oſaua apartarſe vn negro de vña de ſu amo. Pues penſar de no hazer lo que tenia gana, tampoco era poſsible, y aſsi lo que hizo por bien de paz, fue ſoltar la mano derecha, que tenia aſida al arzon

traſero,

trasero, con la qual bonitamente, y sin rumor alguno, se soltò la lazada corrediza, con que los calçones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitandosela dieron luego â baxo, y se le quedaron como grillos: tras esto alçò la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrãbas posaderas, (que no eran muy pequeñas). Hecho esto (que el pensò que era lo mas que tenia que hazer, para salir de aquel terrible aprieto, y angustia) le sobreuino otra mayor, que fue, que le parecio que no podia mudarse, sin hazer estrepito, y ruydo, y començó à apretar los dientes, y à encoger los ombros, recogiendo en si el aliento todo quanto podia. Pero con todas estas diligencias, fue tan desdichado, que al cabo al cabo, vino â hazer vn poco de ruydo, bien diferente de aquel que a el le ponia tanto miedo. Oyolo don Quixote, y dixo: Que rumor es esse Sancho? No se señor, respondio el, alguna cosa nueua deue de ser, que las auenturas, y desuenturas, nunca comiençan por poco. Tornò otra vez á prouar ventura, y sucediole tan bien, que sin mas ruydo, ni alboroto que el passado, se hallò libre de la carga q̃ tanta pesadumbre le auia dado. Mas como don Quixote tenia el sentido del olfato, tan viuo como el de los oydos, y Sancho estaua tan junto, y cosido con el, que casi por linea recta subian los vapores hazia arriba, no se pudo escusar, de que algunos no llegassen à sus narizes: y apenas huuieron llegado, quando el fue al socorro, apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso, dixo: Pareceme Sancho, que tienes mucho miedo? Si tẽgo, respondio Sancho, mas en que lo echa de ver vuestra merced aora mas que nunca? En que aora mas que nunca hueles, y no à ambar, respondio don Quixote. Bien podra ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae à deshoras, y por estos no acostumbrados passos. Retirate tres, o quatro

alla

alla amigo, dixo don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narizes) y desde aqui adelante ten mas cuẽta con tu persona, y con lo que deues a la mia, q̃ la mucha conuersacion que tengo contigo, ha engendrado este menosprecio. Apostarê, replicô Sancho, que piensa vuestra merced, que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deua. Pero es meneallo amigo Sancho, respondio dõ Quixote. En estos coloquios, y otros semejãtes, passaron la noche, amo y moço. Mas viendo Sancho q̃ â mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligò a Rozinante, y se atò los calçones. Como Rozinante se vio libre (aunq̃ el de suyo no era nada brioso) parece que se resintio, y començô à dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante se mouia, lo tuuo a buena señal, y creyò que lo era, de q̃ acometiesse aq̃lla temerosa auentura. Acabô en esto de descubrirse el alua, y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quixote, q̃ estaua entre vnos arboles altos, q̃ eran castaños, q̃ hazen la sombra muy escura: sintio tambien q̃ el golpear no cessaua, pero no vio quiẽ lo podia causar. Y assi sin mas detenerse, hizo sentir las espuelas a Rozinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandò q̃ alli le aguardasse tres dias, a lo mas largo (como ya otra vez se lo auia dicho) y que si al cabo dellos no huuiesse buelto tuuiesse por cierto, q̃ Dios auia sido seruido, de q̃ en aq̃lla peligrosa auentura se le acabassen sus dias. Tornole á referir el recado y embaxada, que auia de lleuar de su parte a su señora Dulcinea, y q̃ en lo q̃ tocaua a la paga de sus seruicios, no tuuiesse pena, porq̃ el auia dexado hecho su testamento, antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad del tiempo que huuiesse seruido. Pero que si Dios le sacaua de aquel peligro, sano, y saluo, y

sin

ſin cautela, ſe podia tener por muy mas que cierta la prometida Inſula. De nueuo tornò a llorar Sancho, oyendo de nueuo las laſtimeras razones de ſu buen ſeñor, y determinò de no dexarle, haſta el vltimo tranſito, y fin de aquel negocio. Deſtas lagrimas, y determinacion tã honrada de Sancho Pança, ſaca el autor deſta hiſtoria, que deuia de ſer bien nacido, y por lo menos Chriſtiano viejo. Cuyo ſentimiento enternecio algo a ſu amo, pero no tanto que moſtraſſe flaqueza alguna, antes diſsimulando lo mejor que pudo, començò a caminar hàzia la parte por donde le parecio que el ruydo del agua, y del golpear venia. Seguiale Sancho a pie, lleuando como tenia de coſtumbre, del cabeſtro a ſu jumento, perpetuo compañero de ſus proſperas, y aduerſas fortunas. Y auiendo andado vna buena pieça por entre aquellos caſtaños, y arboles ſombrios, dieron en vn pradezillo que al pie de vnas altas peñas ſe hazia, de las quales ſe precipitaua vn grandiſsimo golpe de agua. Al pie de las peñas eſtauan vnas caſas mal hechas, que mas pareciã ruynas de edificios, que caſas, de entre las quales aduirtierõ que ſalia el ruydo, y eſtruendo de aquel golpear (que aũ no ceſſaua.) Alborotoſe Rozinante con el eſtruendo del agua, y de los golpes: y ſoſſegandole don Quixote, ſe fue llegando poco a poco a las caſas, encomendandoſe de todo coraçon a ſu ſeñora, ſuplicandole que en aq̃lla temeroſa jornada, y empreſa le fauorecieſſe: y de camino ſe encomendaua tambien a Dios, que no le oluidaſſe. No ſe le quitaua Sancho del lado, el qual alargaua quanto podia el cuello, y la viſta por entre las piernas de Rozinante, por ver ſi veria ya, lo que tan ſuſpenſo, y medroſo le tenia. Otros cien paſſos ſerian los que anduuieron, quando al doblar de vna punta, parecio deſcubierta, y patente la miſma cauſa, ſin que pudieſſe ſer otra, de aquel horriſono, y para ellos eſpantable ruydo, que tan ſuſ-

penſos, y medroſos toda la noche los auia tenido. Y eran (ſino lo has, ô lector, por peſadumbre, y enojo) ſeys maços de batan, q̃ con ſus alternatiuos golpes aquel eſtruẽdo formauan. Quando don Quixote vio lo que era, enmudecio, y paſmoſe de arriba â baxo. Mirole Sancho, y vio q̃ tenia la cabeça inclinada ſobre el pecho, con mueſtras de eſtar corrido. Mirô tambien don Quixote a Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de riſa, con euidentes ſeñales de querer rebentar con ella: y no pudo ſu melancolia tanto con el, que a la viſta de Sancho, pudieſſe dexar de reyrſe, y como vio Sancho que ſu amo auia començado, ſoltô la preſa de manera, que tuuo neceſsidad de apretarſe las hijadas con los puños, por no rebentar riyendo. Quatro vezes ſoſſegô, y otras tantas boluio a ſu riſa con el miſmo impetu que primero: de lo qual ya ſe daua al diablo don Quixote: y mas quando le oyô dezir, como por modo de fiſga: Has de ſaber, ô Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en eſta nueſtra edad de hierro, para reſucitar en ella la dorada, ô de oro. Yo ſoy aquel para quien eſtan guardados los peligros la hazañas grandes, los valeroſos fechos. Y por aqui fue repitiendo, todas, ô las mas razones que don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temeroſos golpes Viendo pues don Quixote, que Sancho hazia burla del, ſe corrio, y enojò en tanta manera, que alçô el lançon y le aſſentô dos palos, tales, que ſi como los recibio en las eſpaldas, los recibiera en la cabeça, quedara libre de pagarle el ſalario, ſino fuera â ſus herederos. Viendo Sancho que ſacaua tan malas veras de ſus burlas, con temor de que ſu amo no paſſaſſe adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: Soſsieguefe vueſtra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, reſpondio don Quixote. Venid acá ſeñor alegre, pareceos a

vos,que si como estos fueron maços de batan, fueran otra peligrosa auentura, no auia yo mostrado el animo que conuenia, para emprendella, y acaballa? Estoy yo obligado a dicha(siendo como soy cauallero) a conocer, y distinguir los sones,y saber quales son de batanes,ô no? Y mas que podria ser(como es verdad)que no los he visto en mi vida, como vos los aureys visto, como villano ruyn que soys, criado, y nacido entre ellos. Sino hazed vos que estos seys maços, se bueluan en seys layanes, y echadmelos a las barbas vno a vno,ô todos juntos,y quãdo yo no diere cõ todos patas arriba,hazed de mi la burla que quisieredes. No aya mas señor mio, replicó Sancho,que yo confiesso, que he andado algo risueño en demasia:pero digame vuestra merced,aora que estamos en paz,assi Dios le saque de todas las auenturas que le suce dieren,tan sano,y saluo como le ha sacado desta, no hay do cosa de reyr,y lo es de contar,el gran miedo que hemos tenido,alomenos el q̃ yo tuue, que de vuestra merced,yay o se,que no le conoce,ni sabe que es temor,ni espanto? No niego yo,respondio don Quixote, que lo q̃ nos ha sucedido,no sea cosa digna de risa pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas. Alomenos, respondio Sancho,supo vuestra merced poner en su pũto el lançon,apuntandome a la cabeça,y dandome en las espaldas:gracias a Dios, y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya,que todo saldra en la colada, que yo he oydo dezir: Esse te quiere bien, que te haze llorar: y mas que suelen los principales señores,tras vna mala palabra que dizen a vn criado,darle luego vnas calças,aunque no se,lo que le suelen dar tras auerle dado de palos:si ya no es,que los caualleros andantes, dan tras palos Insulas,ô Reynos,en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo don Quixote, que todo lo que dizes viniesse a

ser

ser verdad: y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes q̃ los primeros mouimientos no son en mano del hõbre: y estâ aduertido de aqui adelante en vna cosa (para q̃ te abstengas, y reportes en el hablar demasiado cõmigo) que en quantos libros de cauallerias he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su señor, como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta tuya, y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Insula firme. Y se lee del, que siempre hablaua â su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo (more Turquesco). Pues q̃ diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su marauilloso silencio, sola vna vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho, has de inferir Sancho, q̃ es menester hazer diferencia, de amo a moço, de señor a criado, y de cauallero, a escudero. Assi que desde oy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, han de ser mal para el cantaro. Las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarân a su tiempo, y sino llegaren, el salario alomenos no se hâ de perder (como ya os he dicho). Estâ bien quanto vuestra merced dize, dixo Sancho. Pero querria yo saber (por si a caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acudir al de los salarios) quanto ganaua vn escudero de vn cauallero andante en aquellos tiempos? y si se concertauan por meses, ô por dias, como peones de aluañir? No creo yo, respondio don Quixote, que jamas los tales escuderos estuuieron a salario, sino a merced. Y si yo aora te le he señalado a ti en el testamento cerrado que dexe en

mi casa, fue por lo que podia suceder, que aun no se como prueua en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caualleria, y no querria que por pocas cosas penasse mi anima en el otro mundo. Porque quiero que sepas Sancho, que en el no ay estado mas peligroso, que el de los auentureros. Assi es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de vn batan, pudo alborotar, y desassossegar el coraçon de vn tan valeroso andante auenturero, como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro, que de aqui adelante, no despliegue mis labios, para hazer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honrarle como a mi amo, y señor natural. Dessa manera, replicô don Quixote, viuirâs sobre la haz de la tierra, porque despues de a los padres, a los amos se ha de respetar, como si lo fuessen.

Cap. XXI. Que trata de la alta auentura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuẽcible cauallero.

EN ESTO Començò a llouer vn poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas auiales cobrado tal aborrecimiento don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y assi torciendo el camino a la derecha mano dieron en otro como el que auian lleuado el dia de antes. De alli a poco, descubrio don Quixote vn hombre a cauallo, que traîa en la cabeça vna cosa que relumbraua, como si fuera de oro, y aun el apenas le huuo visto, quando se boluio a Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refrã que no sea verdadero, porque todos son senten-

ſentencias ſacadas de la miſma experiencia, madre de las ciencias todas: eſpecialmente aquel que dize: Donde vna puerta ſe cierra, otra ſe abre. Digolo, porque ſi anoche nos cerrô la ventura la puerta de la q̃ buſcauamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor, y mas cierta auentura, que ſi yo no acertare a entrar por ella, mia ſerá la culpa, ſin que la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la eſcuridad de la noche. Digo eſto, porque ſino me engaño, hàzia noſotros viene vno, que trae en ſu cabeça pueſto el yelmo de Mambrino, ſobre que yo hize el juramento que ſabes. Mire vueſtra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fueſſen otros batanes, que nos acabaſſen de batanar, y aporrear el ſentido. Valate el diablo por hombre, replicô don Quixote, que va de yelmo a batanes? No ſe nada, reſpondio Sancho, mas a fe que ſi yo pudiera hablar tanto como ſolia, que quiçâ diera tales razones, que vueſtra merced viera que ſe engañaua en lo que dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydor eſcrupuloſo, dixo don Quixote? Dime, no vees aquel caualler o que hâzia noſotros viene, ſobre vn cauallo ruzio rodado, que trae pueſto en la cabeça vn yelmo de oro? Lo que veo, y columbro, reſpondio Sancho, no es ſino vn hombre ſobre vn-aſno pardo, como el mio, que trae ſobre la cabeça vna coſa que relumbra. Pues eſſe es el yelmo de Mambrino, dixo don Quixote, apartate a vna parte, y dexame con el aſolas, verâs quan ſin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo eſta auentura, y que da por mio el yelmo que tanto he deſſeado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replicó Sancho: mas quiera Dios, torno a dezir, que oregano ſea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys, ni por pienſo mas eſſo de los batanes, dixo don Quixote,

que voto, y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto, que le auia echado redondo como vna bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el cauallo, y cauallero que don Quixote veîa, era esto, que en aquel contorno auia dos lugares, el vno tan pequeño, que ni tenia botica, ni barbero, y el otro que estaua junto a el, si, y assi el barbero del mayor, seruia al menor: en el qual tuuo necessidad vn enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traîa vna bazia de azofar. Y quiso la suerte, que al tiempo que venia, començô a llouer, y porque no se le manchasse el sombrero, que deuia de ser nueuo, se puso la bazia sobre la cabeça, y como estaua limpia, desde media legua relumbraua. Venia sobre vn asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion que a dô Quixote le parecio cauallo ruzio rodado, y cauallero, y el yelmo de oro: que todas las cosas que veîa, con mucha facilidad las acomodaua à sus desuariadas cauallerias, y mal andantes pensamientos. Y quando el vio que el pobre cauallero llegaua cerca, sin ponerse cô el en razones, a todo correr de Rozinante, le enristrô con el lançon baxo, lleuando intencion de passarse de parte a parte. Mas quando a el llegaua, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Defiendete cautiua criatura, ô entriegame de tu voluntad, lo que con tanta razon se me deue. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vio venir aquella fantasma sobre si, no tuuo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue el dexarse caer del asno a baxo, y no huuo tocado al suelo, quando se leuantô mas ligero que vn gamo, y començô a correr por aquel llano, que no le alcançara el viento. Dexose la bazia en el suelo, con la qual se contentô don Quixote, y dixo que el pagano auia andado discreto, y que auia imitado al Castor, el qual viendose acosado de los caça-
dores

dores, se taraça, y corta con los dientes, aquello por lo que el por distinto natural sabe, que es perseguido. Madô a Sancho. que alçasse el yelmo, el qual tomandole en las manos, dixo: Por Dios que la bazia es buena, y que va le vn real de a ocho, como vn marauedi. Y dandosela à su amo, se la puso luego en la cabeça, rodeandola à vna parte, y a otra, buscandole el encaxe: y como no se le hallaua, dixo: Sin duda que el pagano, a cuya medida se forjô primero esta famosa celada, deuia de tener grandissima cabeça, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sãcho oyô llamar a la bazia, celada, no pudo tener la risa, mas vinosele a las mientes la colera de su amo, y callô en la mitad della. De que te ries Sancho, dixo don Quixote? Riome, respondio el, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino vna bazia de barbero, pintiparada. Sabes que ymagino Sancho, que esta famosa pieça deste encantado yelmo, por algun estraño acidente deuio de venir a manos de quien no supo conocer, ni estimar su valor, y sin saber lo que hazia, viendola de oro purissimo, deuio de fundir la otra mitad para aprouecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bazia de barbero, como tu dizes: pero sea lo que fuere, que para mi que la conozco, no haze al caso su transmutacion, que yo la adereçarê en el primer lugar donde aya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjô el dios de las herrerias, para el dios de las batallas: y en este entretanto la traerê como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas, que bien serâ bastante, para defenderme de alguna pedrada. Esso serâ dixo Sancho, sino se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quãdo le santiguarõ a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditissimo breuaje, que me hizo vomitar

las aſſaduras. No me da mucha pena el auerle perdido, que ya ſabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, reſpõdio Sancho. Pero ſi yo le hiziere, ni le prouare mas en mi vida, aqui ſea mi hora. Quanto mas que no pienſo ponerme en ocaſion de auerle meneſter, porque pienſo guardarme con todos mis cinco ſentidos, de ſer ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ſer otra vez manteado, no digo nada, que ſemejantes deſgracias mal ſe pueden preuenir, y ſi vienen, no ay que hazer otra coſa, ſino encoger los ombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarſe yr por donde la ſuerte, y la manta nos lleuare. Mal Chriſtiano eres Sancho, dixo oyendo eſto don Quixote, porque nunca oluidas la injuria que vna vez te han hecho: pues ſabete que es de pechos nobles, y generoſos, no hazer caſo de niñerias. Que pie ſacaſte coxo, que coſtilla quebrada, que cabeça rota, para que no ſe te oluide aquella burla? que bien apurada la coſa, burla fue, y paſſatiempo, que a no entenderlo yo aſsi, ya yo huuiera buelto alla, y huuiera hecho en tu vengança mas daño, q̃ el q̃ hizieron los Griegos por la robada Elena. La qual ſi fuera en eſte tiẽpo, ô mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera eſtar ſegura, que no tuuiera tanta fama de hermoſa como tiene: y aqui dio vn ſuſpiro, y le puſo en las nubes. Y dixo Sancho, por burlas, pues la vengança no puede paſſar en veras: pero yo ſe de que calidad fueron las veras, y las burlas, y ſe tambien que no ſe me caeran de la memoria, como nunca ſe quitaran de las eſpaldas. Pero dexando eſto a parte, digame vueſtra merced, que haremos deſte cauallo ruzio rodado, que parece aſno pardo, que dexô aqui deſamparado aquel Martino, que vueſtra merced derribô, que ſegun el puſo los pies en poluoroſa, y cogio las de Villadiego, no lleua pergenio de boluer por el jamas, y para mis barbas, ſino es bueno el ruzio. Nunca

yo

yo acostumbro, dixo don Quixote, despojar a los que venço, ni esvso de caualleria, quitarles los cauallos, y dexarlos a pie: si ya no fuesse que el vencedor huuiesse perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso, licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita. Assi que Sancho dexa esse cauallo, ô asno, ô lo que tu quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui, boluerâ por el. Dios sabe si quisiera lleuarle, replicô Sancho, ô por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno, verdaderamente que son estrechas las leyes de caualleria, pues no se estienden a dexar trocar vn asno por otro. y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En esso no estoy muy cierto, respondio don Quixote, y en caso de duda (hasta estar mejor informado) digo que los trueques, si es que tienes dellos necessidad estrema. Tan estrema es, respondio Sancho, que si fueran para mi misma persona, no los huuiera menester mas: y luego abilitado con aquella licencia, hizo mutatio caparum, y puso su jumento a las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio, y quinto. Hecho esto, almorçaron las sobras del real q̃ del azemila despojarõ beuierõ del agua del arroyo de los batanes, sin boluer la cara à mirallos) tal era el aborrecimiento q̃ les tenian, por el miedo en q̃ les auian puesto, que cortada la colera, y aun la malencolia, subieron a cauallo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caualleros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rozinante quiso (que se lleuaua tras si la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaua, en buen amor, y compañia). Con todo esto boluieron al camino real, y siguieron por el a la ventura, sin otro designio alguno. Yendo pues assi caminando, dixo Sancho a su amo: Señor quiere vuestra merced darme licencia, que departa vn poco con el, que despues q̃

me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y vna sola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograsse? Dila, dixo don Quixote, y se breue en tus razonamientos, que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo pues señor, respondio Sancho, que de algunos dias a esta parte he considerado, quan poco se gana, y grã gea, de andar buscando estas auenturas, que vuestra merced busca por estos desiertos, y encrucijadas de caminos, donde ya que se vençan, y acaben las mas peligrosas, no ay quien las vea, ni sepa, y assi se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuyzio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen. Y assi me parece que seria mejor (saluo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuessemos a seruir â algun Emperador, ô a otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo seruicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerças, y mayor entendimiento: que visto esto del señor a quien seruiremos, por fuerça nos ha de remunerar, a cada qual, segun sus meritos, y alli no faltarâ quiẽ ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles: aunque se dezir, que si se vsa en la caualleria escriuir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre-renglones. No dizes mal Sancho, respondio don Quixote, mas antes que se llegue a esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprouacion, buscando las auenturas: para que acabando algunas, se cobre nombre, y fama, tal, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarca, ya sea el cauallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan, y rodeen dando vozes, diziendo: Este es el cauallero del Sol

ò de

ò de la Serpiente, ò de otra insignia alguna, debaxo de la qual huuiere acabado grandes hazañas. Este es diran, el que vencio en singular batalla al Gigantazo Brocabruno de la gran fuerça, el que desencantô al gran Mameluco de Persia del largo encantamento, en que auia estado casi noueciẽtos años. Assi q̃ de mano en mano yràn pregonando sus hechos, y luego al alborotô de los muchachos, y de la demas gente, se pararâ a las fenestras de su Real palacio, el Rey de aquel Reyno: y assi como vea al cauallero, conociendole por las armas, ó por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea sus salgan mis caualleros, quantos en mi Corte estan, a recebir a la flor de la caualleria que alli viene, a cuyo mandamiento saldran todos, y el llegarâ hasta la mitad de la escalera, y le abraçarâ estrechissimamente, y le darâ paz, besandole en el rostro, y luego le lleuara por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el cauallero la hallarâ con la Infanta su hija, que ha de ser vna de las mas fermosas, y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se puede hallar. Sucederâ tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el cauallero, y el en los della, y cada vno parezca al otro cosa mas diuina que humana, y sin saber como, ni como no, han de quedar presos, y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuyta en sus coraçones, por no saber como se han de fablar, para descubrir sus ansias, y sentimientos. Desde alli le lleuaran sin duda â algun quarto del palacio, ricamente adereçado: donde auiendole quitado las armas, le traeran vn rico manton de escarlata, con que se cubra: y si bien parecio armado, tan bien, y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenarâ con el Rey, Reyna, ê Infanta, donde nunca quitarà los ojos della mirandola â furto de los circunstãtes: y ella harâ lo mismo, y cõ la misma

saga-

ſagacidad, porque como tengo dicho, es muy diſcreta donzella. Leuantarſe han las tablas, y entrarâ a deshora por la puerta de la ſala vn feo, y pequeño enano, con vna fermoſa dueña, que entre dos Gigantes, detras del enano viene, con cierta auentura, hecha por vn antiquiſsimo ſabio, que el que la acabare ſerâ tenido por el mejor cauallero del mundo. Mandarâ luego el Rey, que todos los que eſtan preſentes la prueuen, y ninguno le darâ fin, y cima, ſino el cauallero hueſped, en mucho pro de ſu fama, de lo qual quedarâ contentiſsima la infanta, y ſe tendrâ por contenta, y pagada ademas, por auer pueſto, y colocado ſus penſamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que eſte Rey, ô Principe, ô lo que es, tiene vna muy reñida guerra, con otro tan poderoſo como el: y el cauallero hueſped le pide (al cabo de algunos dias que ha eſtado en ſu Corte) licencia para yr a ſeruirle en aquella guerra dicha. Darafela el Rey, de muy buen talante, y el cauallero le beſara corteſmente la manos, por la merced que le faze. Y aquella noche ſe deſpedirâ de ſu ſeñora la Infanta, por las rexas de vn jardin, q̃ cae en el apoſento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la auia fablado, fiẽdo medianera, y ſabidora de todo, vna donzella de quien la Infanta mucho ſe fia. Suſpirarâ el, deſmayarafe ella, traerâ agua la donzella, acuytarafe mucho, porque viene la mañana, y no querria que fueſſen deſcubiertos, por la honra de ſu ſeñora. Finalmente, la Infanta boluerâ en ſi, y darâ ſus blancas manos por la reja al cauallero, el qual ſe las beſarâ mil, y mil vezes, y ſe las bañara en lagrimas. Quedarâ concertado entre los dos, del modo que ſe han de hazer ſaber ſus buenos, ô malos ſuceſſos: y rogarale la Princeſa, que ſe detenga lo menos que pudiere: prometerſelo ha el con muchos juramentos, tornale a beſar las manos, y deſpideſe con tanto ſentimiento, que eſtarâ poco por acabar la vida:

vaſe

vasedesde alli a su aposento,echase sobre su lecho,no pue de dormir del dolor de la partida, madruga muy demañana,vase a despedir del Rey,y de la Reyna, y de la Infanta,diziendole(auiendose despedido de los dos)que la señora Infanta està mal dispuesta, y que no puede recebir visita:piensa el cauallero, que es de pena de su partida,traspassasele el coraçõ, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena:està la donzella medianera delante,halo de notar todo,vaselo a dezir a su señora,la qual la recibe con lagrimas, y le dize, que vna de las mayores penas que tiene,es no saber quien sea su cauallero, y si es de linage de Reyes, ô no:assegura la donzella, que no puede caber tanta cortesia,gentileza,y valentia, como la de su cauallero,sino en sujeto Real,y graue. Cõsuelase con esto la cuytada,y procura consolarse,por no dar mal indicio de si a sus padres. Y acabo de dos dias sale en publico:ya se es y do el cauallero,pelea en la guerra,vence al enemigo del Rey,gana muchas ciudades,triunfa de muchas batallas,buelue a la Corte,vee a su señora por dõde suele,conciertase que la pida â su padre por muger,en pago de sus seruicios,no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es. Pero con todo esto,ô robada, ô de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque le vino à aueriguar,que el tal cauallero, es hijo de vn valeroso Rey de no se que Reyno, porque creo que no deue de estar en el Mapa. Muerese el padre, hereda la Infanta,queda Rey el cauallero en dos palabras. Aqui entra luego el hazer merced a su escudero, y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado. Casa â su escudero con vna donzella de la Infanta, que serà sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de vn Duque muy principal. Esso pido, y barra derechas, dixo Sancho, a esso me atengo, porque todo

al pie

al pie de la letra ha de ſuceder por vueſtra merced, llamandoſe: el cauallero de la triſte Figura. No lo dudes Sancho, replicô don Quixote, porque del miſmo, y por los miſmos paſſos que eſto he contado, ſuben, y han ſubido los caualleros andantes a ſer Reyes, y Emperadores. Solo falta aora mirar, que Rey de los Chriſtianos, ô de los Paganos tenga guerra, y tenga hija hermoſa: pero tiempo aurà para penſar eſto, pues como te tengo dicho, primero ſe ha de cobrar fama por otras partes, q̃ ſe acuda a la Corte. Tambien me falta otra coſa, que pueſto caſo que ſe halle Rey con guerra, y con hija hermoſa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el vniuerſo, no ſe yo como ſe podia hallar que yo ſea de linage de Reyes, ô por lo menos, primo ſegũdo de Emperador? Porque no me querrâ el Rey dar a ſu hija por muger, ſino eſtâ primero muy enterado en eſto, aunque mas lo merezcan mis famoſos hechos: aſsi que por eſta falta, temo perder lo que mi braço tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo ſoy hijodalgo, de ſolar conocido, de poſſeſsion, y propiedad, y de deuengar quinientos ſueldos: y podria ſer que el ſabio que eſcriuieſſe mi hiſtoria, deſlindaſſe de tal manera mi parentela, y decendencia, que me hallaſſe quinto, ó ſexto nieto de Rey. Porque te hago ſaber Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo: vnos que traen, y deriuan ſu decendencia de Principes, y Monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deſhecho, y han acabado en punta, como piramides. Otros tuuieron principio de gente baxa, y van ſubiendo de grado en grado, haſta llegar a ſer grandes ſeñores. De manera que eſtâ la diferencia, en que vnos fueron, que ya no ſon: y otros ſon que ya no fueron, y podria ſer yo deſtos, que deſpues de aueriguado, huuieſſe ſido mi principio grande, y famoſo, con lo qual ſe deuia de contentar el Rey mi ſuegro que huuiere de ſer. Y quando

no, la

no, la Infanta me ha de querer de manera, que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de vn açacan, me ha de admitir por señor, y por esposo: y sino aqui entra el roballa, y lleuarla donde mas gusto me diere, que el tiempo, ô la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Aî entra bien tambien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dizẽ. No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerça. Aunque mejor quadra dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Digolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar a entregarle a mi señora la Infanta, no ay sino como vuestra merced dize, roballa, y traspone-lla. Pero estâ el daño, que en tanto que se hagã las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podrâ estar a diente en esto de las mercedes: si ya no es, q̃ la donzella tercera, q̃ ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y el passe cõ ella su mala ventura, hasta q̃ el cielo ordene otra cosa, porque bien podrâ, creo yo, desde luego darsela su señor por legitima esposa. Esso no ay quien lo quite, dixo don Quixote. Pues como esso sea, respondio Sácho, no ay sino encomẽdarnos a Dios, y dexar correr la suerte, por dõde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondio dõ Quixote, como yo desseo, y tu Sãcho has menester, y ruyn sea quiẽ por ruyn se tiene. Sea por Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Cõde esto me basta. Y aun te sobra, dixo don Quixote, y quãdo no lo fueras, no hazia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres, ni me siruas con nada: porque en haziendote Conde, catate aî cauallero, y digan lo que dixeren, que a buena fe que te han de llamar señoria, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho, Ditado has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea assi, respondio Sancho Pança. Digo que le sabria bien acomodar,

porque

porque por vida mia que vn tiẽpo fuy muñidor de vna cofradia, y que me assentaua tan biẽ la ropa de muñidor, que dezian todos q̃ tenia presencia para poder ser Prioste de la misma cofradia. Pues que serâ quando me ponga vn ropon Ducal acuestas, ô me vista de oro, y de perlas, a vso de Conde estrangero para mi tengo, que me hã de venir a ver de cien leguas. Bien pareceràs, dixo don Quixote, pero serâ menester q̃ te rapes las barbas a menudo, que segũ las tienes de espessas, aborrascadas, y mal puestas, sino te las rapas a nauaja cada dos dias por lo menos, a tiro de escopeta, se echarâ de ver lo que eres. Que ay mas, dixo Sancho, sino tomar vn barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuera menester, le harê que ande tras mi, como cauallerizo de grande. Pues como sabes tu, preguntô don quixote, que los grandes lleuan detras de si a sus cauallerizos? Yo se lo dirê, respondio Sancho: Los años passados estuue vn mes en la Corte, y alli vi, que passeandose vn señor muy pequeño, que dezian que era muy grande, vn hombre le seguia a cauallo, a todas las buelltas, que daua que no parecia, sino que era su rabo. Preguntê que como aquel hombre no se juntaua con el otro hombre, sino que siempre andaua tras del? Respondierõ me, q̃ era su cauallerizo y que era vso de grandes, lleuar tras si a los tales Desde entonces lo se tambien q̃ nunca se me ha oluidado. Digo que tienes razon dixo don Quixote, y que assi puedes tu lleuar a tu barbero, que los vsos no vinieron todos juntos, ni se inuentaron a vna, y puedes ser tu el primero Conde que lleua tras si su barbero: y aũ es de mas confiança el hazer la barba, que ensillar vn cauallo. Quedose esso del barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de Vuestra merced se quede, el procurar venir a ser Rey, y el hazerme Conde. Assi serà, respondio don Quixote, y alçando los ojos vio, lo que se dirâ en el siguiente capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados, que mal de su grado los lleuauan donde no quisieran yr.

CVenta Cide Hamete Benengeli, autor Arauigo, y Manchego, en esta grauissima, altisonante, minima, dulce, è imaginada historia, que despues q̃ entre el famoso don Quixote de la Mancha, y Sancho Pança su escudero passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte, y vno quedan referidas: Que don Quixote alçò los ojos, y vio que por el camino que lleuaua, venian hasta doze hombres a piê, ensartados como cuentas en vna grã cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos. Venian assi mismo con ellos dos hombres de a cauallo, y dos de apie Los de a cauallo con escopetas de rueda, y los de apie con dardos, y espadas, y que assi como Sancho Pança los vido, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que vá a las galeras. Como gente forçada, preguntò don Quixote? es possible q̃ el Rey haga fuerça a ninguna gente? No digo esso, respondio Sancho, sino q̃ es gente, que por sus delitos và condenada, a seruir al Rey en las galeras de por fuerça En resolucion, replico dõ Quixote: como quiera que ello sea, esta gente aunque los lleuan van de por fuerça, y no de su voluntad. Assi es, dixo Sancho. Pues dessa manera, dixo su amo, aqui encaxa la execucion de mi oficio, desfazer fuerças, y socorrer, y acudir a los miserables. Aduierta vuestra merced, dixo Sancho, que la justicia, que es el mismo Rey, no haze fuerça, ni agrauio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegò en esto la cadena de los galeotes, y don Quixote, con muy

cortesses razones, pidio à los que yuan en su guarda, fuessen seruidos, de informalle, y dezille, la causa, o causas, porq̃ lleuauan aquella gente de aquella manera? Vna de las guardas de acauallo respondio, que eran galeotes, gẽte de su Magestad, que yua â galeras, y que no auia mas que dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso, replicò don Quixote, querria saber de cada vno dellos en particular la causa de su desgracia? Añadio a estas, otras tales y tan comedidas razones, para mouerlos à que le dixessen lo que desseaua, que la otra guarda de acauallo le dixo: Aũque lleuamos aqui el registro, y la fè de las sentencias, de cada vno destos malauenturados, no es tiempo este de detenerles à sacarlas, ni à leellas, vuestra merced llegue, y se lo pregunte à ellos mismos, que ellos lo diran, si quisieren, que si querran, porque es gente q̃ recibe gusto, de hazer, y dezir vellaquerias. Con esta licẽcia que don Quixote se tomara, aunque no se la dieran, se llegò à la cadena, y al primero le preguntò: Que porque pecados yua de tan mala guisa? El respondio, q̃ por enamorado. Por esso no mas? replicò don Quixote, pues si por enamorados echan â galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los q̃ vuestra merced piensa, dixo el galeote, q̃ los mios fueron, que quise tanto à vna canasta de colar, atestada de ropa blanca, q̃ la abracê conmigo tan fuertemente, que a no quitarmela la justicia por fuerça, aun hasta aora no la huuiera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no huuo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas cõ ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas, preguntò don Quixote? Gurapas son galeras, respõdio el galeote, el qual era vn moço, de hasta edad de veynte, y quatro años, y dixo que era natural d Piedrahita. Lo mismo preguntó don Quixote al segundo, el qual no respódio

pala

palabra, segun yua de triste, y melancolico; mas respondio por el el primero, y dixo: Este señor va por Canario, digo, que por musico, y cantor. Pues como, repitio don Quixote, por musicos, y cantores van tambien a galeras? Si señor, respondio el galeote, que no ay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he yo oydo dezir, dixo don Quixote, que quien canta, sus males espanta, Acâ es al reues, dixo el galeote, que quien canta vna vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo don Quixote; mas vna de las guardas le dixo: Señor cauallero, cantar en el ansia se dize entre esta gente non santa, confessar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confessò su delito, que era ser quatrero, que es ser ladron de bestias y por auer confessado, le condenaron por seys años à galeras, amen de dozientos açotes que ya lleua en las espaldas. Y va siempre pensatiuo, y triste, porque los demas ladrones que allâ quedan, y aqui van, le maltratan, y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confessò, y no tuuo animo de dezir nones. Porque dizen ellos, que tantas letras tiene vn no, como vn si: y q̃ harta ventura tiene vn delinquente, que està en su lengua su vida, o su muerte, y no en la de los testigos, y prouanças, y para mi tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assi, respondio don Quixote, el qual passando al tercero, preguntò lo que a los otros: el qual de presto, y con mucho desenfado, respondio, y dixo: Yo voy por cinco años à las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo darê veynte de muy buena gana, dixo don Quixote, por libraros dessa pesadumbre. Esso me parece, respondio el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se està muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digolo, porque si à su tiempo tuuiera yo essos veynte ducados que vuestra merced aora me ofrece, huuiera vnra-

do con ellos la pendola del escriuano, y auiuado el inge nio del procurador, de manera, que oy me viera en mitad de la plaça de Zocodouer de Toledo, y no en este camino atrayllado como galgo, pero Dios es grande, pa ciencia, y basta. Passó don Quixote al quarto, que era vn hombre de venerable rostro, con vna barba blanca, q̃ le passaua del pecho: el qual oyendose preguntar la cau sa, porque alli venia, començò a llorar, y no respondio palabra: mas el quinto condenado le siruio de lengua, y dixo: Este hombre honrado, và por quatro años a galeras, auiendo passeado las acostumbradas, vestido en pōpa, y acauallo. Esso es, dixo Sancho Pança, a lo que a mi me parece, auer salido a la verguença. Assi es, replicò el galeote: y la culpa porq̃ le dieron esta pena, es por auer sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero dezir, que este cauallero và por alcahuete, y por tener assi mismo sus puntas, y collar de hechizero. A no auerle añadido essas puntas, y collar, dixo don Quixote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia el yr à bo gar en las galeras, sino a mādallas, y â ser General dellas, porque no es assi como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necessarissimo en la republi ca bien ordenada, y que no le deuia exercer sino gente muy bien nacida: y aun auia de auer veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas oficios, con numero deputado, y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarian mucho males, que se causan, por andar este oficio, y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento: como son mugerzillas de poco mas a menos, pajezillos, y truhanes de po cos años, y de muy poca experiencia, que a la mas necessaria ocasion, y quando es menester dar vna traça que importe, se les yelan las migas entre la boca, y la mano, y no saben qual es su mano derecha. Quisiera

passar

passar adelante, y dar las razones, porque conuenia hazer elecion de los que en la republica auian de tener tan necessario oficio: pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire, a quien lo pueda proueer, y remediar. Solo digo aora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me ha quitado el assunto de ser hechizero. Aunque bien se que no ay hechizos en el mundo, que puedan mouer, y forçar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro aluedrio, y no ay yerua ni encanto que le fuerce: lo que suelen hazer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas, y venenos con que bueluẽ locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerça para hazer querer bien, siendo como digo cosa impossible, forçar la voluntad. Assi es, dixo el buen viejo, y en verdad señor, que en lo de hechizero, que no tuue culpa, en lo de alcahuete, no lo pude negar: pero nunca pẽsè que hazia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgasse, y viuiesse en paz, y quietud, sin pendencias ni penas: pero no me aprouechò nada este buen desseo, para dexar de yr a donde no espero boluer, segun me cargan los años, y vn mal de orina que lleuo, que no me dexa reposar vn rato: y aqui tornò a su llãto como de primero, y tuuole Sancho tanta compassiò, que sacò vn real de a quatro del seno, y se le dio de limosna. Passò adelante dò Quixote, y preguntò a otro su delito, el qual respondio con no menos, sino con mucha mas gallardia que el passado: Yo voy aqui, porque me burlè demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias: finalmẽte tanto me burlè con todas, que resultò de la burla, crecer la parentela tan intricadamente, que no ay Sumista que la declare. Prouoseme todo, faltò fauor, no tuue di-

neros, vime â pique de perder los tragaderos: ſentencia ronme à galeras por ſeys años, conſenti; caſtigo es de mi culpa, moço ſoy, dure la vida, que con ella todo ſe alcança. Si vueſtra merced, ſeñor cauallero, lleua alguna coſa con que ſocorrer à eſtos pobretes, Dios ſelo pagarà en el cielo, y noſotros tendremos en la tierra cuydado de rogar à Dios en nueſtras oraciones por la vida, y ſalud de vueſtra merced, que ſea tan larga, y tan buena, como ſu buena preſencia merece. Eſte yua en habito de eſtudiante, y dixo vna de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil Latino. Tras todos eſtos, venia vn hombre de muy buen parecer, de edad de treynta años, ſino que al mirar metia el vn ojo en el otro: vn poco venia diferentemente atado que los demas, por que traia vna cadena al pie, tan grande, que ſe la liaua por todo el cuerpo, y dos argollas â la garganta, la vna en la cadena, y la otra, de las que llaman guarda amigo, ò pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, q̃ llegauan â la cintura, en los quales ſe aſian dos eſpoſas, donde lleuaua las manos, cerradas con vn grueſſo candado, de manera, que ni con las manos podia llegar â la boca, ni podia baxar la cabeça â llegar â las manos. Preguntò don Quixote, que como yua aquel hombre con tantas priſiones, mas que los otros? Reſpondiole la guarda: Porque tenia aquel ſolo mas delitos, que todos los otros juntos: y que era tan atreuido, y tan grande vellaco, q̃ aunque le lleuauan de aquella manera, no yuan ſeguros del, ſino que temian que ſe les auia de huyr. Que delitos puede tener, dixo don Quixote, ſino han merecido mas pena que echarle à las galeras? Va por diez años, replicò la guarda, q̃ es como muerte ceuil: No ſe quiera ſaber mas, ſino que eſte buẽ hombre es el famoſo Gines de Paſſamonte, que por otro nombre llaman. Gineſillo de Parapilla. Señor Comiſſario, dixo entonces el galeo-

te, vayase poco à poco, y no andemos aora a deslindar nombres, y sobrenombres, Gines me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace dize, y cada vno se dêvna buelta à la redonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicô el Comissario, señor ladron de mas de la marca, sino quiere que le haga callar, mal que le pese. Bien parece, respondio el galeote, que va el hombre como Dios es seruido, pero algun dia sabra alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, o nò. Pues no te llaman assi embustero, dixo la guarda? Si llaman, respondio Gines, mas yo harê que no me lo llamen, o me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor cauallero, si tiene algo q̃ darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Passamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el Comissario, que el mismo ha escrito su historia, que no ay mas que dessear, y dexa empeñado el libro en la carcel en dozientos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en dozientos ducados. Tan bueno es, dixo don Quixote. Es tan bueno, respondio Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero se han escrito, o escriuieren. Lo que le se dezir à boace, es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donosas, que no pueden auer mentiras que se le ygualen. Y como se intitula el libro, preguntó don Quixote? La vida de Gines de Passamonte, respondio el mismo. Y està acabado, preguntô don Quixote? Como puede estar acabado, respondio el, si aun no està acabada mi vida: lo que está escrito, es desde mi nacimiento, hasta el punto que esta vltima vez me han echado en galeras. Luego otra vez aueys estado en ellas, dixo don Quixote? Para seruir à Dios, y al Rey, otra vez he estado

quatro años, y ya se â que sabe el vizcocho, y el corbacho, respódio Gines: y no me pesa mucho de yr â ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir: y en las galeras de España, ay mas sossiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escriuir, porque me lo se decoro, Abil pareces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondio Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen a los vellacos, dixo el Comissario. Ya le he dicho señor Comissario, respondio Passamonte, que se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron essa vara, para que maltratasse a los pobretes que aqui vamos, sino para que nos guiasse, y lleuasse, adóde su Magestad manda: sino por vida de, basta, que podria ser que saliessen algun dia en la colada, las manchas que se hizieron en la venta; y todo el mundo calle, y viua bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alçô la vara en alto el Comissario, para dar a Passamonte en respuesta de sus amenazas, mas don Quixote se puso en medio, y le rogò que no le maltratasse, pues no era mucho, q̃ quien lleuaua tan atadas las manos, tuuiesse algun tanto suelta la lengua: y boluiendose a todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aueys dicho, hermanos carissimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vays a padecer no os dan mucho gusto, y que vays a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, que el poco animo que aquel tuuo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmẽte el torcido juyzio del juez, huuiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no auer salido con la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo qual se me representa a mi aora en la memoria, de manera que me està diziendo, persuadiendo,

diendo, y aun forçando, q̃ muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojò al mundo, y me hizo professar en el la orden de cauallería que professo, y el voto q̃ en ella hize, de fauorecer a los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque se, que vna de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes, y Comissario, sean seruidos de desataros, y dexaros yr en paz, que no faltaran otros que siruan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hazer esclauos a los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quãto mas, señores guardas, añadio don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allà se lo aya cada vno con su pecado, Dios ay en el cielo que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre, y sossiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el valor de mi braço, haran que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respondio el Comissario: bueno està el donayre con que ha salido a cabo de rato, los forçados del Rey quiere q̃ le dexemos, como si tuuieramos autoridad para soltarlos, o el la tuuiera para mandarnoslo. Vayase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecese esse bazin que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos soys el gato, y el rato, y el vellaco, respondio don Quixote: y diziendo, y haziendo, arremetio con el tan presto, que sin que tuuiesse lugar de ponerse en defensa, dio con el en el suelo, mal herido de vna lançada: y auinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas, y suspensas del no esperado acontecimiento, pero boluiendo sobre

si, pu-

si, pusieron mano á sus espadas los de à cauallo, y los de à pie à sus dardos, y arremetieron á don Quixote, q̃ con mucho sossiego los aguardaua: y sin duda lo passara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcançar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir à los galeotes q̃ se desatauan, ya por acometer a don Quixote, que los acometia, no hizieron cosa que fuesse de prouecho. Ayudò Sancho por su parte, a la soltura de Gines de Passamonte, que fue el primero que saltò en la campaña libre, y desembaraçado; y arremetiendo al Comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual apũtando al vno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque se fuerõ huyendo, assi de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tirauan. Entristeciose mucho Sancho deste sucesso, porque se le representò que los que yuan huyendo auian de dar noticia del caso a la santa Hermandad, la qual à campana herida saldria à buscar los delinquentes, y assi se lo dixo a su amo, y le rogò que luego de alli se partiessen, y se emboscassen en la sierra, que estaua cerca. Bien està esso, dixo don Quixote, pero yo se lo que aora conuiene que se haga: y llamando todos los galeotes, que andauan alborotados, y jauian despojado al Comissario, hasta dexarle en cueros, se le pusierõ todos a la redonda para ver lo que les mandaua, y assi les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y vno de los pecados que mas à Dios ofende, es la ingratitud. Digolo, porque ya aueys visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mi aueys recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de essa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongays en camino.

mino, y vays a la ciudad del Toboso, y alli os presenteys ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digays, que su cauallero, el de la triste figura, se le embia à encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido esta famosa auentura, hasta poneros en la desseada libertad: y hecho esto os podreys yr donde quisieredes, a la buena ventura. Respondio por todos Gines de Passamonte, y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, señor, y libertador nuestro, es impossible de toda impossibilidad cumplirlo, porque no podemos yr juntos por los caminos, sino solos y diuididos, y cada vno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo q̃ vuestra merced puede hazer, y es justo que haga, es, mudar esse seruicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de Aue Marias, Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podra cumplir de noche, y de dia: huyendo, o reposando: en paz, o en guerra: pero pensar que hemos de boluer aora á las ollas de Egypto, digo, à tomar nuestra cadena, y à ponernos en camino del Toboso, es pensar que es aora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir à nosotros esso, como pedir peras al olmo. Pues voto â tal dixo don Quixote (ya puesto en colera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamays, que aueys de yr vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena acuestas. Passamonte que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quixote no era muy cuerdo (pues tal disparate auia cometido, como el de querer darles libertad) viendose tratar mal, y de aquella manera, hizo del ojo â los compañeros, y apartandose à parte, començaron â llouer tantas y tantas piedras sobre don Quixote, q̃ no se daua manos

a cu-

6 cubrirse con la rodela: y el pobre de Rozinante no hazia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronze. Sancho se puso tras su asno, y con el se defendia de la nube, y pedrisco que sobre entrambos llouia. No se pudo escudar tan bien don Quixote, que no le acertassen no se quantos guijarros en el cuerpo, con tanto fuerça, que dieron con el en el suelo: y apenas huuo caydo, quando fue sobre el el estudiante, y le quitò la vazia de la cabeça, y diole con ella tres, o quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedaços. Quitaronle vna ropilla que trahia sobre las armas, y las medias calças le querian quitar, si las greuas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gauan, y dexandole en pelota, repartiendo entre si los demas despojos de la batalla, se fueron cada vno por su parte, con mas cuydado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, e yr apresentarse ante la Señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento, y Rozinante, Sancho, y don Quixote. El jumento cabizbaxo, y pensatiuo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no auia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oydos. Rozinante, tendido junto a su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada. Sàncho en pelota, y temeroso de la santa Hermãdad. Don Quixote mohinissimo de verse tan mal parado, por los mismos a quien tanto bien auia hecho.

Cap. XXIII. De lo que le aconteció al famoso don Quixote en Sierra Morena, q̃ fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuentan.

Viendose tan mal parado don Quixote, dixo a su escudero: Siempre Sancho lo he oydo dezir, que el

hazer

hazer bien â villanos,es echar agua en la mar. Si yo huuiera creydo lo que me dixiste,yo huuiera escusado esta pesadumbre, pero ya està hecho, paciencia, y escarmentar para desde aqui adelante. Assi escarmentarâ vuestra merced, respondio Sancho, como yo soy Turco: pero pues dize, q̃ si me huuiera creydo se huuiera escusado este daño,creame aora,y escusará otro mayor: porque le hago saber,que cõ la santa Hermandad no ay vsar de caualleria, que no se le dâ a ella por quantos caualleros andantes ay dos marauedis: y sepa que ya me parece,q̃ sus saetas me zumban por los oydos. Naturalmente eres couarde Sancho,dixo don Quixote, pero porque no digas que soy contumaz, y quejamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu cõsejo, y apartarme de la furia que tanto temes,mas ha de ser con vna condiciõ, q̃ jamas en vida, ni en muerte has de dezir a nadie, q̃ yo me retirè, y apartê deste peligro de miedo, sino por cõplazer a tus ruegos: q̃ si otra cosa dixeres, mentiràs en ello: y desde aora para entonces, y desde entõces para aora te desmiento, y digo q̃ mientes, y mentirâs todas las vezes q̃ lo pensares,o lo dixeres: y no me repliques mas, q̃ en solo pensar q̃ me aparto,y retiro de algun peligro, especialmente deste, q̃ parece q̃ lleua algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme,y para aguardar aqui solo,no solamẽte a la santa Hermandad q̃ dizes, y temes,sino a los hermanos delos doze Tribus d'Israel, y a los siete Mancebos,y a Castor,y a Polux,y aũ a todos los hermanos,y hermandades q̃ ay en el mundo. Señor, respondio Sancho, q̃ el retirar no es huyr, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja a la esperança: y de sabios es guardarse oy para mañana, y no auẽturarse todo en vn dia. Y sepa,que aunque çafio,y villano, toda via se me alcança algo desto que llaman, buen gouierno: assi que no se arrepienta de auer tomado mi con

sejo

ſejo, ſino ſuba en Rozinante, ſi puede, o ſino yo le ayuda re, y ſigame, que el caletre me dize, que hemos meneſ- ter aora mas los pies que las manos. Subio don Quixo- te, ſin replicarle mas palabra, y guiando Sancho ſobre ſu aſno, ſe entraron por vna parte de Sierra Morena, que alli junto eſtaua, lleuando Sancho intencion de atraueſ- ſarla toda, ê yr à ſalir al Viſo, o â Almodouar del Cam- po, y eſconderſe algunos dias por aquellas aſperezas, por no ſer hallados, ſi la Hermandad los buſcaſſe. Ani- mole à eſto auer viſto, que de la refriega de los galeotes ſe auia eſcapado libre la deſpenſa que ſobre ſu aſno ve- nia, coſa que la juzgô à milagro, ſegun fue lo que lleua- ron, y buſcaron los galeotes. Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pa- recio à Sancho, paſſar aquella noche, y aun otros algu- nos dias, alomenos todos aquellos que duraſſe el mata- lotaje que lleuaua: y aſsi hizierõ noche entre dos peñas, y entre muchos alcornoques. Pero la ſuerte fatal, q̃ ſe- gun opinion de los que no tienen lumbre de la verdade- ra Fê, todo lo guia, guiſa, y compone a ſu modo, orde- nô, que Gines de Paſſamonte, el famoſo embuſtero, y ladron, que de la cadena, por virtud, y locura de dõ Qui- xote, ſe auia eſcapado, lleuado del miedo de la ſanta Her mandad (de quien con juſta razon temia) acordô de eſ- conderſe en aquellas montañas: y lleuole ſu ſuerte, y ſu miedo à la miſma parte donde auia lleuado a don Qui- xote, y â Sancho Pança, a hora y tiempo que los pudo conocer, y à punto que los dexô dormir. Y como ſiem pre los malos ſon deſagradecidos, y la neceſsidad ſea o- caſion de acudir â lo que ſe deue, y el remedio preſente vença â lo por venir, Gines, que no era ni agradecido, ni bien intẽcionado, acordò de hurtar el aſno a Sancho Pã- ça, no curandoſe de Rozinante, por ſer prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho

Pança,

Pança, hurtole su jumento, y antes que amaneciesse se hallò bien lexos de poder ser hallado. Salio el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo à Sancho Pança, porque hallò menos su Ruzio, el qual viendose sin el, començò à hazer el mas triste, y doloroso llanto del mundo: y fue de manera, que don Quixote despertò a las vozes, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, embidia de mis vezinos, aliuio de mis cargas: y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porq̃ con veynte, y seys marauedis que ganaua cada dia, mediaua yo mi despensa. Don Quixote que vio el llanto, y supo la causa, consolò a Sancho cõ las mejores razones que pudo, y le rogò que tuuiesse paciencia, prometiendole de darle vna cedula de cambio, para que le diessen tres en su casa, de cinco que auia dexado en ella. Consolose Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, templo sus sollocos, y agradecio à don Quixote la merced que le hazia. El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las auenturas que buscaua. Reduciansele à la memoria los marauillosos acaecimientos, que en semejantes soledades, y esperezas auian sucedido a caualleros andantes: Yua pensando en estas cosas, tan embeuecido, y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaua. Ni Sancho lleuaua otro cuydado (despues q̃ le parecio que caminaua por parte segura) sino de satisfazer su estomago con los relieues que del despojo clerical auian quedado, y assi yua tras su amo cargado con todo aquello que auia de lleuar el Ruzio, sacando de vn costal, y embaulando en su pança: y no se le diera por hallar otra auentura entretanto que yua de aquella manera, vn ardite. En èsto alçò los ojos, y vio que su amo estaua parado, procurando con la punta del lanzon alçar

no se

alçar no se que bulto que estaua caydo en el suelo, por lo qual se dio priessa â llegar à ayudarle, si fuesse menester: y quando llegò fue à tiempo, que alcaua con la punta del lançon vn coxin, y vna maleta asida à el, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos: mas pesaua tanto, que fue necessario que Sancho se apeasse à tomarlos, y mandole su amo que viesse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con vna cadena, y su candado, por lo roto, y podrido della vio lo que en ella, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas que limpias, y en vn pañizuelo hallô vn buen montonzillo de escudos de oro: y assi como los vio, dixo: Bendito sea todo el cielo, q̃ nos ha deparado vna auentura q̃ sea de prouecho. Y buscando mas, hallò vn librillo de memoria, ricamente guarnecido. Este le pidio don Quixote, y mandole que guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Besole las manos Sancho, por la merced, y desbalijando a la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es possible q̃ sea otra cosa) que algun caminante descaminado deuio de passar por esta Sierra, y salteandole Malandrines, le deuierõ de matar, y le truxeron à enterrar en esta tan escondida parte? No puede ser esso, respondio Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dinero Verdad dizes, dixo don Quixote, y assi no adiuino, ni doy en lo q̃ esto pueda ser: mas esperate veremos si en este librillo de memoria ay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abriole, y lo primero que hallô en el, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue vn Soneto, q̃ leyendole alto porque Sancho tambien lo oyesse, vio que dezia desta manera.

O Le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual à la ocasion que me condena,
Al genero mas duro de tormento.
Pero si amor es dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que vn dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor que adoro, y siento?
Si digo que soys vos Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruyna.
Presto aure de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal, de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por essa troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que esta aî se saquè el ouillo de todo. Que hilo està aqui, dixo don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò aî hilo. No dixe sino Fili, respondio don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste Soneto: y à fê que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende â vuestra merced de trobas? Y mas de lo q̃ tu piensas, respondio don Quixote, y veraslo quando lleues vna carta escrita en verso de arriba à baxo, a mi señora Dulcinea del Toboso: porq̃ quiero que sepas Sancho, q̃ todos, o los mas caualleros andantes de la edad passada, eran grandes trobadores, y grandes musicos, q̃ estas dos habilidades, o gracias (por mejor dezir) son anexas à los enamorados andãtes. Verdad es, q̃ las coplas de los passados caualleros, tienen mas de espiritu, que de

primor. Lea mas vuestra merced dixo Sancho, q̃ ya hallarâ algo que nos satisfaga. Boluio la hoja don Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. Carta missiua, señor, preguntò Sancho? En el principio no parece sino de amores, respondio dõ Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo don Quixote, y leyendola alto, como Sancho se lo auia rogado, vio que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desuentura, me lleuan à parte, donde antes boluerán a tus oydos las nueuas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desechasteme, o ingrata, por quiẽ tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiara yo dichas agenas, ni llorarà desdichas propias. Lo que leuantò tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendi, que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, q̃ los engaños de tu esposo esten siẽpre encubiertos, porq̃ tu no quedes arrepentida d̃ lo q̃ hiziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.

Acabando de leer la carta, dixo don Quixote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas, de q̃ quiẽ la escriuio es algun desdeñado amante. Y ojeando casi todo el librillo, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian, erã quexas, lamentos, desconfianças, sabores, y sinsabores: fauores, y desdenes, solenizados los vnos, y llorados los otros. En tanto que don Quixote passaua el libro, passaua Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin que no buscasse, escudriñasse, ê inquiriesse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenasse porque no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina auian despertado en el los hallados

llados escudos,que passauan de ciento. Y aunque no hallò mas de lo hallado,dio por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del breuaje, las bendiciones de las estacas,las puñadas del harriero, la falta de las alforjas,el robo del gauan,y toda la hambre, sed,y cansancio que auia passado en seruicio de su buen señor, pareciendole q̃ estaua mas que rebien pagado con la merced recebida,de la entrega del hallazgo. Con grã desseo quedò el cauallero de la triste figura,de saber quien fuesse el dueño de la maleta,conjeturando por el Soneto,y carta, por el dinero en oro,y por las tan buenas camisas,que deuia de ser de algun principal enamorado, a quien desdenes,y malos tratamientos de su dama,deuian de auer cõduzido à algũ desesperado termino. Pero como por aq̃l lugar inhabitable,y escabroso,no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curò de mas, que de passar adelante, sin lleuar otro camino q̃ aquel que Rozinante queria,q̃ era por donde el podia caminar: siempre con imaginació q̃ no podia faltar por aquellas malezas, alguna estraña auentura. Yendo pues con este pensamiẽto,vio que por cima de vna montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, yua saltãdo vn hombre de risco en risco,y de mata en mata,con estraña ligereza. Figurose le q̃ yua desnudo, la barba negra, y espessa, los cabellos muchos,y rebultados,los pies descalços,y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian vnos calçones, al parecer de terciopelo leonado,mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traîa la cabeça descubierta, y aunque passò con la ligereza q̃ se ha dicho,todas estas menudencias mirò, y notò el cauallero dela triste figura:y aunque lo procurò no pudo seguille, porque no era dado â la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de suyo pisacorto, y flematico. Luego imaginò don Quixote, que

aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en si de buscalle, aunque supiesse andar vn año por aquellas montañas hasta hallarle: y assi mandô a Sancho, que se apeasse del asno, y atajasse por la vna parte de la montaña, que el yria por la otra, y podria ser que topassen cô esta diligencia, con aquel hombre que con tanta priessa se les auia quitado de delante. No podre hazer esso, respondio Sancho, porque en apartandome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobresaltos, y visiones. Y siruale esto que digo de auiso, para que de aqui adelante no me aparte vn dedo de su presencia. Assi serâ, dixo el de la triste figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo, el qual no te ha de faltar, aũque te falte el anima del cuerpo: y vente aora tras mi poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serreçuela, quiça toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondio: Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y â caso fuesse el dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr, y assi fuera mejor sin hazer esta inutil diligencia, posseerlo yo con buena fê, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente pareciera su verdadero señor, y quiça fuera a tiempo q̃ lo huuiera gastado, y entonces el Rey me hazia franco. Engañaste en esso Sancho, respõdio don Quixote, que ya q̃ hemos caydo en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados a buscarle, y boluerselos: y quando no le buscassemos, la vehemente sospecha q̃ tenemos de q̃ el lo sea, nos pone ya en tãta culpa como si lo fuesse. Assi q̃ Sancho amigo, no te dê pena el buscalle, por la q̃ a mi se me quitarâ, si le hallo: y assi pico a Rozinãte, y siguiole Sãcho â pie, y cargado, merced â Ginesillo d Passamõte. Y auiẽdo rodeado la

mon-

montaña, hallarõ en vn arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, vna mula, ensillada, y enfrenada. Todo lo qual confirmò en ellos mas la sospecha, de que aquel que huía era el dueño de la mula, y del coxin. Estandola mirando, oyeron vn siluo, como de pastor que guardaua ganado: y â deshora a su siniestra mano, parecieron vna buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, parecio el cabrero q̃ las guardaua, que era vn hombre anciano. Diole vozes don Quixote, y rogole que baxasse donde estauan. El respondio a gritos, que quien les auia traydo por aq̃l lugar, pocas, o ningunas vezes pisado, sino d̃ pies de cabras, o de lobos, y otras fieras que por alli andauan? Respondiole Sancho, que baxasse, que de todo le darian buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando adonde don Quixote estaua, dixo: Apostarê que estâ mirando la mula de alquiler que està muerta en essa hondonada, pues a buena fe que ha ya seys meses que està en esse lugar. Digan me, han topado por aî à su dueño? No hemos topado a nadie, respondio don Quixote, sino a vn coxin, y a vna maletilla que no lexos deste lugar hallamos. Tambien la hallê yo, respondio el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar a ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiessen por de hurto, que es el diablo sotil, y de baxo de los pies se leuanta allombre cosa donde tropiece, y caya, sin saber como, ni como no. Esso mismo es lo que yo digo, respondio Sancho, que tambiẽ la hallê yo, y no quise llegar a ella con vn tiro de piedra: alli la dexê, y alli se queda como se estaua, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo don Quixote, sabeys vos quien sea el dueño destas prendas? Lo q̃ sabré yo dezir, dixo el cabrero, es, que aura al pie de seys meses, poco mas a menos, que llegò a vna majada de pastores, que estarà como tres leguas deste lugar, vn man-

cebo de gentil talle, y apostura, cauallero sobre essa mis ma mula que aî està muerta, y con el mismo coxin, y ma leta, que dezis que hallastes, y no tocastes. Preguntonos, que qual parte desta sierra era la mas aspera, y escódida. Diximosle, que era esta donde aora estamos: y es, assi la verdad, porque si entrays media legua mas adentro, quiça no acertareys a salir: y estoy marauillado de como aueys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni senda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, boluio las riendas, y encaminô hàzia el lugar donde le señalamos, dexandonos a todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priessa con que le viamos caminar, y boluerse hàzia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde alli a algunos dias salio al camino a vno de nuestros pastores, y sin dezille nada se allegò a el, y le dio muchas pañadas, y cozes, y luego se fue a la borrica del hato, y le quitò quanto pan, y quesso en ella traîa: y con estraña ligereza, hecho esto, se boluio a entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduuimos a buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de vn gruesso, y valiẽte alcornoque. Salio à nosotros con mucha mansedũbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte, que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aũque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron a entender que era el que buscauamos. Saludonos cortêsmente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos marauillassemos de verle andar de aquella suerte, porque assi le conuenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le auia sido impuesta. Rogamosle que nos dixesse quien era, mas nunca lo pudimos acabar con el. Pedimosle tambien, que quando

do huuiesse menester el sustento (sin el qual no podia passar) nos dixesse donde le hallariamos, porque cõ mucho amor, y cuydado se lo lleuariamos: y que si esto tampoco fuesse de su gusto, que alomenos saliesse a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los assaltos passados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En quanto lo que tocaua a la estancia de su habitacion dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaua la noche, y acabo su platica con vn tan tierno llanto, que bien fueramos de piedra los que escuchado le auiamos, si en el no le acompañaramos: considerandole como le auiamos visto la vez primero, y qual le veiamos entonces. Porque como tengo dicho, era vn muy gentil, y agraciado mancebo, y en sus corteses, y concertadas razones, mostraua ser bien nacido, y muy cortesana persona. Que puesto que eramos rusticos los que le escuchauamos, su gentileza era tanta, que bastaua a darse a conocer a la misma rusticidad. Y estando en lo mejor de su platica parò, y enmudeciose: clauò los ojos en el suelo por vn buen espacio, en el qual todos estuuimos quedos, y suspensos, esperãdo en q̃ auia de parar aquel embelesamiento, con no poca lastima de verlo, porq̃ por lo q̃ hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo, sin mouer pestaña gran rato, y otras vezes cerrarlos, apretãdo los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a entender presto, ser verdad lo que pensauamos: porque se leuantò con gran furia del suelo, donde se auia echado, y arremetio con el primero que hallò junto a si con tal denuedo, y rabia, que sino se le quitaramos le matara a puñadas, y a bocados. Y todo esto hazia, diziendo: A fementido Fernando, aqui, aqui me pa-

garàs la sinrazon que me hiziste, estas manos te sacarán el coraçon, donde aluergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y a estas añadia otras razones, que todas se encaminauan a dezir mal de aquel Fernando, y à tacharle de traydor, y fementido. Quitamos se le pues con no poca pesadũbre, y el sin dezir mas palabra se apartô de nosotros, y se embosco corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo que nos imposibilitô el seguille. Por esto congeturamos, que la locura le venia a tiempos, y que alguno que se llamaua Fernando, le deuia de auer hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostraua el termino a que le auia conducido. Todo lo qual se ha confirmado despues aca, con las vezes (que han sido muchas) que el ha salido al camino, vnas a pedir a los pastores le den de lo que lleuan para comer, y otras a quitarselo por fuerça: porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas: y quando esta en su seso lo pide por amor de Dios, cortês, y comedidamẽte, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguio el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tãto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerça, ya por grado, le hemos de lleuar â la villa de Almodouar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es que su mal tiene cura, o sabremos quien es quando estè en su seso, y si tiene parientes aquien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre deziros de lo que me aueys preguntado: y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mismo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez: que ya le auia dicho don Quixote; como auia visto passar aquel hombre saltando

rando por la sierra. El qual quedò admirado de lo que al cabrero auia oydo, y quedo con mas desseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mismo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dexar rincon, ni cueua en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que el pensaua, ni esperaua: porq̃ en aquel mismo instante parecio por entre vna quebrada de vna sierra que salia donde ellos estauan, el mancebo que buscaua: el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vio don Quixote, que vn coleto hecho pedaços que sobre si traîa, era de ambar: por donde acabô de entender, que persona que tales habitos traia, no deuia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo a ellos, los saludò con vna voz desentonada, y bronca, pero con mucha cortesia. Don Quixote le boluio las saludes, con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue à abraçar, y le tuuo vn buen espacio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huuiera conocido. El otro, a quien podemos llamar, el Roto de la mala figura (como a don Quixote, el de la triste) despues de auerse dexado abraçar, le apartò vn poco de si, y puestas sus manos en los ombros de don Quixote, le estuuo mirando, como que queria ver si le conocia: no menos admirado quiça, de ver la figura, talle, y armas de don Quixote, que don Quixote lo estaua de verle a el. En resolucion, el primero que hablò despues del abraçamiento, fue el roto, y dixo lo que se dirà adelante.

(:?:)

Cap. XXIIII. Donde se prosigue la auentura de la Sierra Morena.

DIze la historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al astroso cauallero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto, señor, quien quiera que seays, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras, y la cortesia que conmigo aueys vsado: y quisiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera seruir la que aueys mostrado tenerme, en el buen acogimiento que me aueys hecho, mas no quiere mi suerte darme otra cosa cõ que corresponda a las buenas obras que me hazen, que buenos desseos de satisfazerlas. Los q̃ yo tengo respondio dõ Quixote, son de seruiros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podia hallar algun genero de remedio: y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia possible. Y quando vuestra desuentura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo genero de consuelo, pensaua ayudaros a llorarla, y à plañirla como mejor pudiera, q̃ toda via es consuelo en las desgracias, hallar quiẽ se due la dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesia, yo os suplico señor, por la mucha que veo que en vos se encierra: y juntamẽte os conjuro, por la cosa que en esta vida mas aueys amado, o amays, que me digays quien soys, y la causa q̃ os ha traydo a viuir, y à morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio don Quixote) por la orden de caualleria q̃

receb i

recebi (aun que indigno, y pecador) y por la profession de cauallero andante, que si en esto, señor, me cóplazeys, de seruiros có las veras a que me obliga el ser quien soy: ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio: ora ayudando os â llorarla, como os lo he prometido. El cauallero del bosque, q̃ de tal manera oyò hablar al de la triste figura, no hazia sino mirarle, y remirarle, y tornarle a mirar de arriba à baxo: y despues q̃ le huuo bien mirado le dixo: Si tienen algo q̃ darme a comer, por amor de Dios q̃ me lo den, q̃ despues de auer comido yo harê todo lo q̃ se me manda, en agradecimiento de tã buenos desseos como aqui se me han mostrado. Luego sacarõ, Sancho de su costal, y el cabrero de su çurron con q̃ satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo q̃ le dieron como persona atontada, tan apriessa, q̃ no daua espacio de vn bocado al otro, pues antes los angullia q̃ tragaua: y en tãto q̃ comia, ni el, ni los que le mirauan hablauan palabra. Como acabo de comer les hizo de señas q̃ le siguiessen, como lo hizieron, y el los lleuò à vn verde pradezillo, q̃ â la buelta de vna peña, poco desuiada de alli estaua. En llegando a el se tendio en el suelo, encima de la yerua, y los demas hizieron lo mismo: y todo esto sin q̃ ninguno hablasse, hasta q̃ el Roto, despues de auerse acomodado en su assiento, dixo: Si gustays señores, que os diga en breues razones la inmensidad de mis desuenturas, aueys me de prometer, de q̃ có ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrópereys el hilo de mi triste historia: porq̃ en el punto q̃ lo hagays, en esse se quedará lo q fuere cõtando. Estas razones del Roto, truxerõ â la memoria a dõ Quixote el cuento q̃ le auia contado su escudero, quando no acertô el numero de las cabras q̃ auian passado el rio, y se quedô la historia pendiente. Pero boluiẽdo al Roto, prosiguio, diziendo: Esta preuencion q̃ hago, es, porq̃ querria passar breuemente por el cuento de mis desgracias;

que

que el traerlas a la memoria no me sirue de otra cosa, q̃ añadir otras de nueuo: y mientras menos me preguntaredes, mas presto acabarê yo de dezillas, puesto que no dexarê por contar cosa alguna, que sea de importancia, para no satisfazer del todo a vuestro desseo. Don Quixotese lo prometio en nombre de los demas: y el con este seguro, començò desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria vna ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desuentura tanta, que la deuen de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuiar con su riqueza: q̃ para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Viuia en esta misma tierra vn cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á dessearme. Tal es la hermosura de Luscinda, donzella tan noble, y tan rica como yo, pero de mas vẽtura, y de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se deuia. A esta Luscinda amê, quise, y adorê, desde mis tiernos, y primeros años: y ella me quiso a mi, con aquella sencillez, y buen animo, que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaua dello, porque bien veían, que quando passaran adelante, no podiã tener otro fin, que el de casarnos: cosa que casi la concertaua la ygualdad de nuestro linage, y riquezas. Crecio la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le parecio, que por buenos respetos estaua obligado a negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto, a los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los Poetas. Y fue esta negaciõ, añadir llama a llama, y desseo a desseo: porque aunque pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar à entender a quien quieren, lo q̃ en el alma està encerrado, que muchas vezes la presencia de la cosa amada,

da,turba,y enmudece la intencion mas determinada,y la lengua mas atreuida. Ay cielos,y quantos villetes la escriui? Quan regaladas,y honestas respuestas tuue? Quãtas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraua, y trasladaua sus sentimientos, pintaua sus encẽdidos desseos, entretenia sus memorias, y recreaua su voluntad? En efeto, viendome apurado,y que mi alma se consumia con el desseo de verla, determinê poner por obra, y acabar en vn punto, lo que me parecio que mas conuenia para salir con mi desseado, y merecido premio: y fue el pedirsela a su padre por legitima esposa, como lo hize. A lo q̃ el me respondio: Que me agradecia la voluntad que mostraua de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siẽdo mi padre viuo, à el tocaua de justo derecho, hazer aquella demanda: porque sino fuesse con mucha voluntad, y gusto suyo, no era Luscinda para tomarse, ni darse a hurto. Yo le agradeci su buen intento, pareciendome q̃ lleuaua razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixesse. Y con este intento, luego en aquel mismo instante fuy à dezirle à mi padre lo q̃ desseaua: y al tiempo q̃ entrê en vn aposento donde estaua, le hallê con vna carta abierta en la mano, la qual antes q̃ yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por essa carta veras Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, deueys de saber, es vn grande de España, q̃ tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomê, y ley la carta la qual venia tan encarecida, q̃ à mi mismo me parecio mal, si mi padre dexaua de cũplir lo q̃ en ella se le pedia, q̃ era, q̃ me embiasse luego donde el estaua, q̃ queria, que fuesse compañero, no criado, de su hijo el mayor: y que el tomaua a cargo el ponerme en estado, que correspondiesse à la estimaciõ en que me tenia. Ley

la

la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando oî q̃ mi padre me dezia: De aqui â dos dias te partiras Cardenio, à hazer la voluntad del Duque, y da gracias à Dios que te và abriendo camino por donde alcances lo que yo se que mereces. Añadio â estas otras razones de padre con sejero. Llegose el termino de mi partida, hablé vna noche à Luscinda, dixele todo lo que passaua, y lo mismo hize a su padre, suplicandole se entretuuiesse algunos dias, y dilatasse el darla estado, hasta que yo viesse lo q̃ Ricardo me queria. El me lo prometio, y ella me la confirmô con mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin dóde el Duque Ricardo estaua, fuy del tan bien recebido, y tratado que desde luego començò la embidia à hazer su oficio, teniendomela los criados antiguos; pareciendoles, que las muestras que el Duque daua de hazerme merced, auian de ser en perjuyzio suyo. Pero el que mas se holgò con mi yda, fue vn hijo segundo del Duque, llamado Fernando, moço gallardo, gentilhombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tiempo quiso que fuesse tan su amigo, que daua que dezir a todos: y aũque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al estremo con que don Fernando me queria, y trataua. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comunique, y la priuança que yo tenia con dõ Fernando, dexaua de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraua, especialmente vno enamorado, que le traîa con vn poco de desassossiego. Queria bien à vna labradora, vassalla de su padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, q̃ nadie que la conocia se determinaua en qual destas cosas tuuiesse mas excelencia, ni mas se auentajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, reduxeron à tal termino los desseos de don Fernando, que se determinò para poder alcançarlo (y conquistar la entereza de la labrado-

bradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo impossible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y cō los mas viuos exemplos que pude, precurê estoruarle, y apartarle de tal proposito. Pero viendo que no aprouechaua, determinê de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas don Fernando, como astuto, y discreto, se rezelo, y temio desto, por parecerle que estaua yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuyzio de la honra de mi señor el Duque venia: y assi por diuertirme, y engañarme, me dixo: Que no hallaua otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sugeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y q̄ queria que el ausencia fuesse, que los dos nos viniessemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque, que venia a ver, y a feriar vnos muy buenos cauallos, que en mi ciudad auia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le oî yo dezir esto, quando (mouido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprouara yo por vna de las mas acertadas q̄ se podian imaginar: por ver quan buena ocasiō y coyūtura se me ofrecia, de boluer a ver a mi Luscinda. Con este pensamiēto, y desseo, aproue su parecer, y esforcê su proposito, diziendole, que lo pusiesse por obra con la breuedad possible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio, a pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando el me vino a dezir esto, segun despues se supo, auia gozado â la labradora, con titulo de esposo, y esperaua ocasion de descubrirse a su saluo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supiesse su disparate: Sucedio pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por vltimo fin el deleyte, en llegando à alcançarle, se acaba, y ha de boluer atras aquello que parecia amor: porq̄

no

no puede passar adelante del termino que le puso natura leza, el qual termino no le puso â lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que assi como don Fernando gozò a la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfria rõ sus ahincos: y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, aora de veras procuraua yrse, por no poner los en execucion. Diole el Duque licencia, y mandome que le acompañasse. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quien era: vi yo luego a Luscinda, tornarõ a viuir (auuque no auian estado muertos, ni amortiguados) mi desseos, de los quales di cuenta, por mi mal, à dõ Fernando, por parecerme, q̃ en la ley de la mucha amistad que mostraua, no le deuia encubrir nada. Alabele la hermosura, donayre, y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanças mouieron en el los desseos de querer ver donzella de tan buenas partes adornada. Cũplíselos yo, por mi corta suerte, enseñandosela vna noche, a la luz de vna vela, por vna ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Viola, en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas, las puso en oluido. Enmudecio, perdio el sentido, quedò absorto: y finalmẽte tan enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuento de mi desuentura. Y para encenderle mas el desseo (que á mi me zelaua, y al cielo a solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse vn dia vn villete suyo pidiẽdome que la pidiesse â su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo, que en sola Luscinda se encerrauan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estauan repartidas. Bien es verdad, que quiero confessar aora, que puesto que yo veia con quan justas causas don Fernando a Luscinda alabaua, me pesaua de oyr aquellas alabanças de su boca, y comencè à temer, y con razon à rezelarme del, porq̃ no se passaua

momen-

momento, donde no quisiesse que tratassemos de Lucinda, y el mouia la platica aunque la truxesse por los cabellos, cosa que despertaua en mi vn no se que de zelos, no porque yo temiesse reues alguno de la bondad, y de la fê de Luscinda, pero con todo esso me hazia temer mi suerte, lo mismo que ella me asseguraua. Procuraua siempre dor Fernando leer los papeles que yo a Luscinda embiaua, y los que ella me respondia, a titulo que de la ciscrecion de los dos gustaua mucho. Acaecio pues, que auiendome pedido Luscinda vn libro de cauallerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No huuo bien oydo don Quixote nombrar libro de cauallerias, quando dixo: Con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada â libros de cauallerias, no fuera menester otra exageraciõ, para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuuiera tan bueno, como vos señor le aueys pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento, que con solo auer entendido su aficion, la confirmô por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le huuiera embiado junto con Amadis de Gaula al bueno de don Rugel de Grecia, que yo se que gustara la señora Luscinda mucho de Daraya, y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cãtadas, y representadas por el con todo donayre, discrecion, y desembolturа: pero tiempo podra venir en que se enmiẽde essa falta, y no dura mas en hazerse la enmienda, dé quanto quiera vuestra merced ser seruido de venirse conmigo a mi aldea, que alli le podrê dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma, y el entreteni-

miento de mi vida: aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos, y embidiosos encantadores, Y perdoneme vuestra merced, el auer contrauenido a lo que prometimos, de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de cauallerias, y de caualleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Assi que, perdon, y proseguir, que es lo que aora haze mas al caso: En tanto que don Quixote estaua diziendo lo que queda dicho, se le auia caydo a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto que dos vezes le dixo don Quixote, que prosiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni respondia palabra. Pero al cabo de vn buen espacio la leuantô, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni aurà quiẽ me lo quite en el mundo, ni quien me dê a entender otra cosa: y seria vn majadero el que lo contrario entendiesse, ó creyesse, sino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabat, estaua amancebado con la Reyna Madasima Esso no, voto a tal, respondio con mucha colera dõ Quixote, (y arrojôle como tenia de costumbre) y essa es vna muy gran malicia, ó vellaqueria, por mejor dezir. La Reyna Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princessa se auia de amancebar con vn saca potras: y quien lo contrario entẽdiere, miente como muy gran vellazo. Y yo se lo daré a entender, a pie, ó a cauallo: armado, ó desarmado: de noche, ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estauale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya auia venido el acidente de su locura, y no estaua para proseguir su historia, ni tan poco don Quixote se la oyera, segun le auia disgustado lo q̃ de Madasima le auia oydo. Estraño caso, que assi boluio por ella, como si verdaderamente

fuera

fuera su verdadera, y natural señora: tal le teniã sus desco mulgados libros. Digo pues, q̃ como ya Cardenio estaua loco, y se oyò tratar de mentis, y de vellaco, cõ otros desmuestos semejantes pareciole mal la burla, y alçô vn guijarro que hallô junto a si, y dio con el en los pechos tal golpe a don Quixote, q̃ le hizo caer de espaldas. Sancho Pãça que de tal modo vio parar a su señor, arremetio al loco con el puño cerrado: y el Roto le recibio de tal suerte, que con vna puñada dio con el a sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumô las costillas muy a su sabor. El cabrero que le quiso defender, corrio el mismo peligro. Y despues que los tuuo a todos rendidos, y molidos los dexô, y se fue con gentil sossiego, a enboscarse en la monsaña. Leuantose Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudio a tomar la vengança del cabrero, diziendole, que el tenia la culpa de no auerles auisado que à aquel hombre le tomaua â tiempos la locura, q̃ si esto supieran, huuieran estado sobre auiso para poderse guardar. Respondio el cabrero, q̃ ya lo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, q̃ no era suya la culpa Replicô Sãcho Pãça, y tornô a replicar el cabrero: y fue el fin de las replicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas que si don Quixote no los pusiera en paz, se hizieran pedaços Dezia Sancho, asido cõ el cabrero: Dexeme vuestra merced, señor cauallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado caualle ro, bien puedo a mi saluo satisfazerme del agrauio q̃ me ha hecho, peleando con el mano a mano, como hombre honrado. Assi es lixo dõ Quixote: pero yo se que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguô, y don Quixote boluio a preguntar al cabrero, si seria possible hallar a Cardenio, porque quedaua con grandissimo desseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero auia dicho, que era no

saber de cierto su manida: pero que si anduuiesse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ô cuerdo, ô loco.

Cap. XXV. Que trata de las estrañas cosas que en Sierramorena sucedieron al valiẽte cauallero de la Mancha: y de la imitacion q̃ hizo a la penitencia de Beltenebros.

DEspidiose del cabrero don Quixote, y subiẽdo otra vez sobre Rozinante, mandô a Sancho que le siguiesse, el qual lo hizo con su jumento, de muy mala gana. Yuanse poco a poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho yua muerto por razonar con su amo, y desseaua que el començasse la platica, por no contrauenir a lo que le tenia mandado: mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dê licencia, que desde aqui me quiero boluer a mi casa, y a mi muger, y a mis hijos, con los quales por lo menos hablarê, y departirê todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con el por estas soledades, de dia, y de noche, y que no le hable quãdo me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablauan en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y cõ esto passara mi mala ventura: que es rezia cosa, y que no se puede lleuar en paciencia, andar buscando auenturas toda la vida, y no hallar, sino cozes, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar dezir lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuera mudo. Ya te entiendo Sancho

respondio don Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua, dale por alcado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alçamiento mas de en quanto anduuieremos por estas sierras. Sea assi, dixo Sancho, hable yo aora, que despues Dios sabe lo que será, y començando a gozar de esse saluo conduto, digo: Que que le yua à vuestra merced en boluer tanto por aquella Reyna Magimasa, ó como se llama? O que hazia al caso, que aquel Abad fuesse su amigo, o no? Que si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, que el loco passara adelante con su historia, y se huuieran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de seys tornifcones. A fê Sancho, respondio don Quixote, que si tu supieras como yo lo se, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo se que dixeras, que tuue mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron Porque es muy gran blasfemia dezir, ni pensar, que vna Reyna estè amancebada con vn cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dixo, fue vn hombre muy prudēte, y de muy sanos consejos, y siruio de ayo, y de medico a la Reyna: pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de aduertir, que quando lo dixo, ya estaua sin juyzio. Esso digo yo, dixo Sancho, que no auia para que hazer cuenta de las palabras de vn loco, porque si la buena suerte no ayudara à vuestra merced, y encaminara el guijarro a la cabeça, como le encaminò al pecho, buenos quedaramos, por auer buelto por aquella mi senora, que Dios cohonda. Pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos, y contra locos, està obligado qualquier cauallero andante a boluer por la honra de las mugeres, qualesquiera que sean, quāto mas

por las Reynas de tan alta guisa, y pro, como fue la Reyna Madasima, a quien yo tengo particular aficion, por sus buenas partes: porque fuera de auer sido fermosa ademas, fue muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades, que las tuuo muchas. Y los consejos, y compañia del maestro Elisabat, le fue, y le fueron de mucho prouecho, y aliuio, para poder lleuar sus trabajos, con prudencia, y paciencia. Y de aqui tomô ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de dezir, y pensar, que ella era su manceba: y mienten digo otra vez, y mentirân otras dozientas, todos los que tal pensaren, y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondio Sancho, alla se lo ayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ò no, a Dios aurân dado la cuenta de mis viñas vengo, no se nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que el que compra, y miente en su bolsa lo siente. Quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: mas que lo fuessen, que me va àmi? Y muchos piensan que ay tozinos, y no ay estacas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quanto mas, que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo don Quixote, y quede necedades vas Sancho ensartando, que va de lo que tratamos, a los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aqui adelante entremetete en espolear a tu asno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entiende con todos cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, è hiziere, va muy puesto en razon, y muy conforme a las reglas de caualleria, que las se mejor que quantos caualleros professaron en el mundo. Señor, respondio Sancho, y es buena regla de caualleria, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda, ni camino, buscando, aun lo que el qual despues de hallado, quiça le vendrâ en voluntad de acabar lo que dexô comẽçado, no de su cuẽto, sino de la cabeça de vuestra merced, y de mis costillas

acaban-

acabandonos las de romper de todo punto? Calla te digo otra vez Sancho, dixo don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el desseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hazer en ellas vna hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre, y fama, en todo lo descubierto de la tierra, y serà tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hazer perfeto, y famoso a vn andante cauallero. Y es de muy gran peligro essa hazaña, preguntô Sancho Pança? No, respondio el de la triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echassemos azar, en lugar de encuetro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo don Quixote, porque si buelues presto, de adonde pienso embiarte, presto se acabarà mi pena, y presto començarà mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero Sancho que sepas, que el famoso Amadis de Gaula, fue vno de los mas perfetos caualleros andãtes: no he dicho bien, fue vno fue el solo, el primero, el vnico, el señor de todos quantos huuo en su tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para don Belianis, y para todos aquellos que dixeren, que se le ygualò en algo, porque se engañan juro cierto Digo assi mismo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas vnicos pintores que sabe. Y esta misma regla corre por todos los mas oficios, ò exercicios de cuenta, que siruen para adorno de las republicas. Y assi lo ha de hazer, y haze, el que quisiere alcançar nombre de prudente, y sufrido, imitando a Vlises, en cuya persona, y trabajos, nos pinta Omero, vn retrato viuo de prudẽcia, y de sufrimiẽto, como tãbiẽ nos mostró Virgilio, en persona de Eneas, el valor de vn hijo piadoso, y la sagazidad de vn valiente, y entendido capitan, no pintandolo, ni descubriẽdolo

como ellos fueron: sino como auian de ser, para quedar exemplo a los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fue el norte, el luzero, el sol de lss valientes, y enamorados caualleros, a quien deuemos de imitar todos aquellos, que debaxo de la vandera de amor, y de la caualleria militamos. Siendo pues esto assi, como lo es, hallo yo Sancho amigo, que el cauallero andante que mas le imitare, estarà mas cerca de alcançar la perfecion de la caualleria. Y vna de las cosas en que mas este cauallero mostrô su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor, fue quando se retirô, desdeñado de la señora Oriana, a hazer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre, en el de Beltenebros, nombre por cierto significatiuo, y propio para la vida que el de su voluntad auia escogido. Assi que me es a mi mas facil, imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efetos, no ay para que se dexe passar la ocasion, que aora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efeto, dixo Sancho, que es lo que vuestra merced quiere hazer, en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondio don Quixote, que quiero imitar à Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente don Roldan, quando hallò en vna fuente las señales de que Angelica la Bella auia cometido vileza con Medoro. De cuya pesadumbre se boluio loco, y arrancò los arboles, enturbio las aguas de las claras fuentes, matô pastores, destruyò ganados, abrasô choças, derribô casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar a Roldan, ô Orlando, ô Rotolando (que todos estos tres nom-

nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo, y pienso harê el bosquexo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser mas essenciales. Y podrà ser que viniesse a contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de daño, sino de lloros, y sentimientos, alcançò tanta fama como el que mas. Pareceme a mi, dixo Sancho, que los caualleros que lo tal fizieron, fueron prouocados, y tuuieron causa para hazer essas necedades, y penitencias: pero vuestra merced, que causa tiene para boluerse loco? Que dama le ha desdeñado? O que señales ha hallado, que le den a entender, que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con Moro, ò Christiano? Aî està el punto, respondio don Quixote, y essa es la fineza de mi negocio: que boluerse loco vn cauallero andante con causa, ni grado, ni gracias: el toque està, desatinar sin ocasion, y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, que harta oçasion tengo en la larga ausencia que he hecho, de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oyste dezir à aquel pastor de Marias Ambrosio, quien esta ausente todos los males tiene, y teme. Assi que Sancho amigo no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tan felize, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu bueluas con la respuesta de vna carta que contigo pienso embiar, a mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual a mi fê se le deue, acabarse ha mi sandez, y mi penitencia: y si fuere al contrario, sere loco de veras, y siendolo no sentirè nada. Assi que de qualquiera manera que responda, saldrê del conflito, y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres por cuerdo, ò no sintiendo el mal que me aportares, por loco Pero dime Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que le alçaste del suelo, quando

aquel desagradecido le quiso hazer pedaços? pero no pudo, donde se puede echar de ver, la fineza de su temple. A lo qual respondio Sancho: Viue Dios señor cauallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni lleuar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dize, y q̃ por ellas vengo a imaginar, que todo quanto me dize de caualleria, y de alcançar Reynos, é Imperios, de dar Insulas, y de hazer otras mercedes y grandezas, como es vso de caualleros andantes, que todo deue de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, o patraña, o como lo llamaremos: porque quien oyere dezir a vuestra merced, que vna bazia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dize, y afirma deue de tener guero el juyzio. La bazia yo la lleuo en el costal toda abollada, y lleuola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira Sancho, por el mismo que denantes jurasste, te juro, dixo don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene, ni tuuo escudero en el mundo: que es possible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los caualleros andantes parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reues? Y no porque sea ello assi, sino porque andan entre nosotros siempre vna caterua de encantadores, que todas nuestras cosas mudan, y truecan, y las bueluen, segun su gusto, y segun tienen la gana de fauorecernos, ò destruyrnos, y assi esso que a ti te parece bazia de barbero, me parece a mi el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerà otra cosa. Y fue rara prouidencia del sabio que es de mi parte, hazer que parezca bazia à todos, lo que real, y verdaderamente es yelmo de Mambrino: a causa, que siendo el de tanta estima, todo el mundo me

perse-

perseguirà, por quitarmele, pero como ven que no es mas de vn bazin de barbero, no se curan de procuralle. Como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dexò en el suelo sin lleuarle, que asê que si le conociera, que nunca el le dexara. Guardale amigo, que por aora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando naci, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia, mas a Roldan, que à Amadis. Llegaron en estas platicas al pie de vna alta montaña, que casi como peñon tajado estaua sola entre otras muchas que la rodeauan. Corria por su falda vn manso arroyuelo, y haziase por todo su redõdez vn prado tan verde, y vicioso que daua contento a los ojos que le miraua. Auia por alli muchos arboles siluestres, y algunas plantas, y flores, que hazian el lugar apazible. Este sitio escogio el cauallero de la triste Figura, para hazer su penitencia, y assi en viendole, començô a dezir en voz alta, como si estuuiera sin juyzio: Este es el lugar, ô cielos, que diputo, y escojo para llorar la desuentura en que vosotros mismos me aueys puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentarà las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos, y profundos suspiros mouerán a la continua las hojas destos montarazes arboles, en testimonio, y señal, de la pena que mi assendereado coraçon padece O vosotros, quien quiera que seays, rusticos dioses, que en este inhabitable lugar teneys vuestra morada, oyd las quexas deste desdichado amante, a quien vna luenga ausencia, y vnos imaginados zelos, han traydo a lamentarse entre estas asperezas, y a quexarse de la dura condicion de aquella ingrata, y bella, termino, y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneys por costumbre de habitar en las espessuras de los montes, assi los ligeros, y lasciuos satiros, de quien soys, aunque en

vano

vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sossiego, que me ayudeys a lamentar mi desuentura, ô alomenos, no os canseys de oylla. O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, assi el cielo te la dè buena, en quãto acertares a pedirle, que consideres el lugar, y el estado a que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino correspondas, al que a mi fê se le deue. O solitarios arboles (que desde oy en adelante aueys de hazer compañia à mi soledad) dad indicio con el blando mouimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu escudero mio, agradable compañero, en mis prosperos, y aduersos sucessos, toma bien en la memoria lo que aqui me verâs hazer, para que lo cuẽtes, y recetes a la causa total de todo ello. Y diziendo esto, se apeó de Rozinante, y en vn momento le quitò el freno, y la silla, y dandole vna palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da el que sin ella queda, ô cauallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte. Vete por do quisieres, que en la frente lleuas escrito, que no te ygualó en ligereça el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costò a Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: Bien aya quien nos quitô aora del trabajo de desenalbardar al ruzio, que a fê que no faltaran palmadicas q̃ dalle, ni cosas que dezille en su alabança: pero si el aqui estuuiera, no consintiera yo q̃ nadie le desalbardara, pues no auia para que, que a el no le tocauan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaua su amo, que era yo, quãdo Dios queria. Y en verdad señor cauallero de la triste Figura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra merced, va de veras, que serà bien tornar a ensillar a Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque serà ahorrar tiempo a mi yda, y buelta, que si la hago a pie, no se quando llegarè,

ni quan-

ni quando boluere, porque en resolucion, soy mal caminante. Digo Sancho, respondio don Quixote, que sea como tu quisieres, que no me parece mal tu designio: y digo que de aqui a tres dias te partiras, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estàs en el cuento, respondio don Quixote, aora me falta rasgar las vestiduras, esparzir las armas, y darme de calabaçadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da essas calabaçadas, que a tal peña podrà llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la maquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que a vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabaçadas, y que no se puede hazer esta obra sin ellas, se contẽtasse, pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se cõtentasse, digo, co õarselas en el agua, o en alguna cosa blanda, como algodon, y dexeme a mi el cargo, que yo dirê a mi señora, que vuestra merced se las daua en vna punta de peña, mas dura que la de vn diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respõdio don Quixote, mas quierote hazer sabidor de que lo das estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera, seria contrauenir a las ordenes de caualleria, que nos mandan, q̃ no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hazer vna cosa por otra, lo mismo es que mentir. Assi que mis calabaçadas, han de ser verdaderas, firmes, y valederas, sin que lleuen nada del sofistico, ni del fantastico. Y serà necessario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltasse el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondio Sancho, pues se perdieron en el las hilas, y todo, y ruegole a vuestra merced, que no se

no se acuerde mas de aquel maldito breuage, que en solo oyrle mẽtar, se me rebuelue el alma, quanto y mas el estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta q̃ son ya passados los tres dias que me ha dado de termino, para ver las locuras que haze, que ya las doy por vistas, y por passadas en cosa juzgada, y dirê marauillas a mi señora, y escriua la carta, y despacheme luego, porque tengo gran desseo de boluer a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dexô. Purgatorio le llamas Sancho, dixo don Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondio Sancho, nula es retencio, segun he oydo dezir. No entiendo que quiere dezir retencio, dixo don Quixote. Retencio es, respondio Sancho, que quien està en el infierno, nunca sale del, ni puede. Lo qual serà al reues en vuestra merced, ô a mi me andaràn mal los pies, si es que lleuo espuelas para auiuar a Rozinante: y pongame yo vna por vna en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le dirê tales cosas, de las necedades, y locuras (que todo es vno) que vuestra merced ha hecho, y queda haziendo, que la venga â poner mas blanda que vn guante, aunque la halle mas dura que vn alcornoque, con cuya respuesta dulce, y melificada, bolverê por los ayres como bruxo, y sacarê a vuestra merced deste purgatorio, q̃ parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir del: la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dirâ otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero que haremos para escriuir la carta? y la librança pollinezca, tambien añadio Sancho. Todo yrâ inserto, dixo don Quixote, y seria bueno, ya que no ay papel, que la escriuiessemos domo hazian los antiguos, en hojas de arboles, ò en vnas tablitas de cera, aunque tan dificultoso serà hallarse esso aora, como el

papel,

papel. Mas ya me ha venido a la memoria, donde serà bien, y aun mas que bien escriuilla, que es en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tu tendras cuydado, de hazerla trasladar en papel de buena letra en el primer lugar que hallares, donde aya maestro de escuela de muchachos, ô sino qualquiera sacristan te la trasladarâ: y no se la des a trasladar a ningun escriuano, que hazen letra processada, que no la entenderâ Satanas. Pues que se ha de hazer de la firma, dixo Sancho? Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondio don Quixote. Està bien, respondio Sancho, pero la librança forçosamente se ha de firmar, y essa si se traslada, diràn que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librança yrà en el mismo librillo firmada, que en viendola mi sobrina, no pondrâ dificultad en cumplilla. Y en lo que toca â la carta de amores, pondrâs por firma: Vuestro hasta la muerte, el caualllero de la triste Figura. Y harâ poco al caso, que vaya de mano agena, porque a lo que yo me se acordar, Dulcinea no sabe escriuir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores, y los suyos, han sido siempre Platonicos, sin estenderse a mas, que a vn honesto mirar. Y aun esto tan de quando en quando, que osarê jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero mas que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes, y aun podrâ ser; que destas quatro vezes no huuisse ella echado de ver la vna que la miraua Tal es el recato y encerramiẽto con que sus padres, Lorenço Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenço? Essa es, dixo don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniuerso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira tan bien vna barra, como el mas

forçudo çagal de todo el pueblo. Viue el dador, que es moça de chapa, hecha, y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier cauallero andante, ô por andar, que la tuuiere por señora. O hide puta, que rejo que tiene, y que voz: se dezir, que se puso vn dia encima del campanario del aldea, â llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn barbecho de su padre, y aunque estauan de alli mas de media legua, assi la oyeron, como si estuuieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo haze mueca, y donayre. Aora digo, señor cauallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deue vuestra merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie aurà que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleue el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deue de estar yatrocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres, andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confiesso a vuestra merced vna verdad, señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien, y fielmente, que la señora Dulcinea, deuia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaua enamorado, ô alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes que vuestra merced le ha embiado: assi el del Vizcayno, como el de los galeotes, y otros muchos que deuen ser, segun deuen de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado, y ganô en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenço, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della, los vencidos que vuestra merced embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos

llegassen,

llegassen, estuuiesse ella rastrillando lino, ò trillando en las heras, y ellos se corriessen de verla, y ella se riyesso, y enfadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de aora muchas vezes Sancho, dixo don Quixote, que eres muy grade hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo: mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas vn breue cuento: Has de saber, q̃ vna viuda hermosa, moça libre, y rica, y sobre todo desensadada, se enamorô de vn moço motilon, rollizo, y de buen tomo: alcançolo a saber su mayor, y vn dia dixo a la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Marauillado estoy señora, y no sin mucha causa, de que vna muger tan principal, tâ hermosa, y tan rica como vuestra merced se aya enamorado de vn hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota como fulano, auiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y dezir, este quiero, aqueste no quiero? Mas ella le respondio cõ mucho donayre, y desemboltura: Vuestra merced señor mio, està muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece. pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe, y mas q̃ Aristoteles. Assi que Sancho, por lo q̃ yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra. Si que no todos los Poetas que alaban damas, debaxo de vn nombre que ellos a su aluedrio les ponẽ, es verdad que las tienen. Piensas tu que las Amarilis, las Filis, las Siluas, las Dianas, las Galateas, y otras tales, de q̃ los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdaderamente damas de carne, y huesso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto a sus versos, y porq̃ los tengan

por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y assi bastame a mi pẽsar, y creer, q̃ la buena de Aldonça Lorenço es hermosa, y honesta: y en lo del linage importa poco, q̃ no han de yr â hazer la informaciõ del, para darle algũ habito, y yo me hago cuenta, q̃ es la mas alta Princesa del mundo. Porq̃ has de saber Sancho, si no lo sabes, q̃ dos cosas solas incitan á amar mas que otras, q̃ son la mucha hermosura, y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porq̃ en ser hermosa, ninguna le yguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluyr con todo, yo imagino, que todo lo que digo es assi, sin que sobre, ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion como la desseo, assi en la belleza, como en la principalidad: y ni la llega Elena, ni la alcança Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, Griega Barbara. ô Latina. Y diga cada vno lo q̃ quisiere, q̃ si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no serê castigado de los rigurosos. Digo q̃ en todo tiene vuestra merced razon, respondio Sancho, y q̃ soy vn asno: mas no se yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado pero venga la carta, y a Dios q̃ me mudo. Sacô el libro de memoria don Quixote, y apartandose a vna parte, con mucho sossiego començô a escriuir la carta, y en acabandola llamò a Sancho, y le dixo, q̃ se la queria leer, porq̃ la tomasse de memoria, si acaso se le perdiesse por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondio Sãcho: Escriuala vuestra merced dos, ó tres vezes aî en el libro, y demele que yo le lleuarê biẽ guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas vezes se me oluida como me llamo. Pero cõ todo esso, digamela que holgarê mucho de oylla, que deue de yr como de molde. Escucha q̃ assi dize, dixo dõ Quixote.

Carta

Carta de don Quixote, a Dulcinea del Toboso.

Soberana, y alta señora.

EL FERIDO De punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia; Si tu valor no es en mi pro. Si tus desdenes son en mi afincamiẽto, maguer que yo sea à faz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera Mi buẽ escudero Sãcho te darà entera relacion, ô bella ingrata, amada enemiga mia del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida aurê satisfecho a tu crueldad, y a mi desseo.

Tuyo hasta la muerte.

El cauallero de la triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oydo. Pesia a mi, y como que le dize vuestra merced aí todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma el cauallero de la triste Figura. Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondio dõ Quixote, para el oficio q̃ yo traygo. Ea pues, dixo Sancho ponga vuestra merced en ello otra buelta la cedula dè los tres pollinos,

y firme la con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plaze, dixo don Quixote, y auiendola escrito se la leyò, que dezia assi.

Mandarà vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Pança mi escudero tres de los cinco que dexê en casa, y estan a cargo de vuestra merced. Los quales tres pollinos, se los mandô librar, y pagar por otros tantos aqui recebidos de contado, que cô esta, y con su carta de pago serân bien dados. Fecha en las entrañas de Sierramorena, a veynte, y siete Agosto, deste presente año.

Buena està, dixo Sancho, firmela vuestra meced. No es menester firmarla, dixo don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trezientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondio Sancho, dexeme, yrè a ensillar a Rozinante, y aparejese a echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandezes que vuestra merced ha de hazer, que yo dirè que le vi hazer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero Sancho, y porque es menester assi, quiero y digo que me veas en cueros, y hazer vna, ó dos dozenas de locuras, que las harê en menos de media hora, porque auiendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar a tu saluo en las demas que quisieres añadir: y asseguro te, que no dirâs tu tantas quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me darâ mucha lastima, y no podrè dexar de llorar, y tengo tal la cabeça del llanto que anoche hize por el ruzio, que no estoy para meterme en nueuos lloros: y si es que vuestra merced gusta, de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido breues, y las que le vinieren mas a cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada desso, y como ya

tengo

tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nueuas que vuestra merced dessea, y merece. Y sino aparejese la señora Dulcinea, que sino responde como es razon, voto hago solene a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago a cozes, y a bofetones: porque donde se ha de sufrir, que vn cauallero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelua loco, sin que, ni para que, por vna? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios que despotrique, y lo eche todo a doze, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso, mal me conoce: pues a fê que si me conociesse, que me ayunasse. A fe Sancho, dixo don Quixote, que alo que parece, que no estas tu mas cuerdo que yo. Nô estoy tan loco, respondio Sâcho, mas estoy mas colerico. Pero dexando esto a parte, que es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que bueluo? Ha de salir al camino como Cardenio, a quitarselo a los pastores? No te dè pena esse cuydado, respondio don Quixote, porque aunque tuuiera, no comiera otra cosa que las yerbas, y frutos, que este prado, y estos arboles me dieren, que la fineza de mi negocio està en no comer, y en hazer otras asperezas. A esto dixo Sancho, sabe vuestra merced que temo, que no tengo de acertar a boluer a este lugar donde aora le dexo, segun està escondido. Toma bien las señas, que yo procurare no apartarme destos contornos, dixo don Quixote: y aun tendrê cuydado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando bueluas. Quanto mas, que lo mas acertado serâ, para que no me yerres, y te pierdas, que cortes algunas retamas, de las muchas que por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las quales te seruiràn de mojones, y señales, para que me halles quando bueluas, à imitacion del laberinto de Perseo. Assi lo harê, respondio Sancho Pança: y cortando algunos,

pidio la bendiciõ a su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos, se despidio del. Y subiendo sobre Rozinante, a quien don Quixote encomendô mucho, y que mirasse por el, como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparziendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo auia aconsejado: y assi se fue, aunque toda via le importunaua don Quixote, que le viesse, si quiera hazer dos locuras. Mas no huuo andado cien passos, quando boluio, y dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hazer locuras, serâ bien que vea si quiera vna, aunque bien grande la he visto, en la quedada de vuestra merced. No te lo dezia yo dixo don Quixote, esperate Sancho, que en vn credo las harê. Y desnudandose con toda priessa los calçones, quedô en carnes, y en pañales; y luego sin mas ni mas dio dos çapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça á baxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no ver las otra vez boluio Sancho la rienda à Rozinante, y se dio por contento, y satisfecho, de que podia jurar, que su amo quedaua loco, y assi le dexaremos yr su camino hasta la buelta, que fue breue.

Capitulo. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quixote en Sierramorena.

BOLVIENDO A contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se vio solo: dize la historia, que assi como don Quixote acabô de dar las tumbas, ó bueltas, de medio a baxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña y alli

tornò

tornò a pensar lo que otras muchas vezes auia pensado, sin auerse jamas resuelto en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas a cuẽto imitar a Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ò à Amadis en las malencolicas, y hablando entre si mismos dezia: Si Roldan fue tan buen cauallero, y tan valiente como todos dizen, que marauilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiendole vn alfiler de ablanca por la punta del pie, y el traìa siempre los çapatos con siete suelas de hierro. Aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendio, y le ahogò entre los braços en Roncesualles Pero dexando en el lo de la valentia á vna parte, vengamos a lo de perder el juyzio, que es cierto que le perdio por las señales que hallò en la fortuna, y por las nueuas que le dio el pastor, de que Angelica auia dormido mas de dos siestas con Medoro vn Morillo de cabellos enrriçados, y page de Agramante. Y si el entẽdio que esto era verdad, y que su dama le auia cometido desaguissado, no hizo mucho en boluerse loco. Pero yo como puedo imitarlle en las locuras, sino le imito en la ocasion dellas, porque mi Dulcinea del Toboso osareyo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, assi como el es, en su mismo trage, y que se està oy como la madre que la pario: y hariale agrauio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me boluiesse loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, alcançò tanta fama de enamorado, como el que mas Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le auia mandado, que no pareciesse ante su presencia, hasta que fuesse su voluntad: de que se retirò a la peña Pobre, en compañia de vn ermitaño, y alli se hartò de llorar, hasta que el cielo le acorrio en

medio de su mayor cuyta, y necessidad. Y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo aora, de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos arboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara destos arroyos, los quales me hã de dar de beuer, quando tenga gana. Viua la memoria de Amadis, y sea imitado de don Quixote de le mancha, en todo lo que pudiere: del qual se dirà lo que del otro se dixo, que sino acabò grandes cosas, murio por acometellas. Y si yo no soy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bastame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos a la obra, venid à mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de començar a imitaros: mas ya se que lo mas que el hizo, fue rezar, y assi lo harè yo. Y siruieron le de rosario vnas agallas grandes de vn alcornoque, que ensartò, de que hizo vn diez. Y lo que le fatigaua mucho, era no hallar por alli otro hermitaño, que le confessasse, y con quien consolarse: y assi se entretenia passeandose por el pradezillo, escriuiendo, y grauando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos versos, todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabança de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiessen leer despues que el alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen.

ARboles, yeruas, y plantas,
Que en aqueste sitio estays,
Tan altas, verdes, y tantas,
Si de mi mal no os holgays
Escuchad mis quexas santas.

Mi

Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido a tanto mal
Sin saber como, ô por donde.

Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,
Y assi hasta henchir vn pipote,
Aqui llorô don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Buscando las auenturas
Por entre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas,
Halla el triste desuenturas.

Hiriole amor con su açote,
No con su blanda correa,
Y en en tocandole al cogote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos, el añadidura del Toboso al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que deuio de imaginar don Quixote, que si en nómbrando a Dulcinea, no dezia tambien el Toboso, no se podria entender la copla, y assi fue la verdad, como el despues confessò. Otros muchos escriuio, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar a los Faunos, y Siluanos de aquellos bosques, a las ninfas de los rios, a la dolorosa, y humida Eco, que le respondiessen, consolassen, y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yeruas con que sustentarse, en tanto que Sancho boluia, que si como tardò tres dias, tardarà tres semanas, el cauallero de la triste Figura quedarà tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo pario. Y serà bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos, por contar lo que le auino a Sancho Pança en su mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino Real, se puso en busca del Toboso, y otro dia llegò a la venta, donde le auia sucedido la desgracia de la manta, y no la huuo bien visto, quando le parecio que otra vez andaua en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegô a hora que lo pudiera, y deuiera hazer, por ser la del comer, y lleuar en desseo de gustar algo caliente, que auia grandes dias que todo era fiambre. Esta necessidad le forçò a que llegasse junto a la venta, toda via dudoso, si entraria, ò no. Y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron: y dixo el vno al otro. Digame señor licenciado aquel del cauallo no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro auenturero, que auia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el cauallo de nuestro don Quixote. Y conocieronle tambien, como aquellos que eran el Cura, y el barbero de su mismo

lugar,

lugar, y los que hizieron el escrutinio, y auto general de los libros, los quales assi como acabaron de conocer a Sancho Pança, y a Rozinante, desseosos de saber de don Quixote se fueron a el, y el Cura le llamô por su nõbre, diziendole: Amigo Sancho Pança, adonde queda vuestro amo? Comociolos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como su amo quedaua: y assi les respondio, que su amo quedaua ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le aueys muerto, y robado, pues venis encima de su cauallo: en verdad que nos aueys de dar el dueño del rozin, ô sobre esso morena. No ay para que conmigo amenazas, que yo no soy hõbre que robo, ni mato a nadie, a cada vno mate su vẽtura, ò Dios que le hizo. Mi amo queda haziendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor. Y luego de corrida, y sin parar les contô de la suerte que quedaua, las auenturas que le auian sucedido, y como lleuaua la carta à la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estaua enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos, de lo que Sãcho Pança les contaua, y aunque ya sabian la locura de don Quixote, y el genero della, siempre que la oìan se admirauan de nueuo. Pidieronle a Sancho Pança, que les enseñasse la carta que lleuaua a la señora Dulcinea del Toboso. El dixo, que yua escrita en vn libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiziesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo qual dixo el Cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librillo: pero no le hallô, ni le po-

le podia hallar, si le buscara hasta aora, porque se auia quedado don Quixote con el, y no se le auia dado, ni a el se le acordô de pedirsele. Quando Sancho vio que no hallaua el libro, fuessele parando mortal el rostro: y tornandose a tentar todo el cuerpo muy apriessa, tornô a echar de ver que no le hallaua, y sin mas ni mas se echô entrambos puños a las barbas, y se arrãcô la mitad dellas: y luego apriessa, y sin cessar se dio media dozena de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las bañô todas en sangre. Visto lo qual por el Cura, y el barbero, le dixeron, que que le auia sucedido, que tan mal se paraua? Que me ha de suceder, respondio Sancho, sino el auer perdido de vna mano a otra, en vn instante tres pollinos, que cada vno era como vn castillo. Como es esso, replicó el barbero? He perdido el libro de memoria, respondio Sancho, donde venia carta para Dulcinea, y vna cedula firmada de su señor, por la qual mandaua, que su sobrina me diesse tres pollinos, de quatro, ô cinco que estauan en casa. Y con esto les contô la perdida del ruzio, Con solole el Cura, y dixole, que en hallando a su señor, el le haria reualidar la manda, y que tornasse á hazer la librança en papel, como era vso, y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se acetauan, ni cumplian. Con esto se consolô Sancho, y dixo, que como aquello fuesse assi, que no le daua mucha pena la perdida de la carta de Dulcinea, porque el la sabia casi de memoria de la qual se podria trasladar, donde, y quando quisiessen. Dezildo Sancho pues, dixo el barbero, que despues la trasladaremos. Parose Sancho Pança à rascar la cabeça, para trae a la memoria la carta: y ya se ponia sobre vn pie, y ya sobre otro. Vnas vezes miraua al suelo, otras al cielo: y al cabo de auerse roydo la mitad de la yema de vn dedo, teniendo suspensos a los que esperauanq̃ ya la dixesse, dixo al cabo de vn grandissimo rato: Por

Dios

Dios señor L.cenciado, que los diablos lleuen la cosa que de la carta se me acuerda. aunque en el principio dezia: Alta, y sobajada señora. No dirá dixo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ò soberana señora. Assi es, dixo Sancho. Luego si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, el llagado, y falto de sueño, y el ferido besa à vuestra merced las manos, ingrata, y muy desconocida hermosa, y no se que dezia de salud, y de enfermedad que le embiaua: y por aqui yua escurriendo, hasta que acabaua, en vuestro hasta la muerte, El cauallero de la triste Figura. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabaronsela mucho, y le pidieron que dixesse la carta otras dos vezes, para que ellos ansi mismo la tomassen de memoria, para trasladalla à su tiempo. Tornola á dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas boluio a dezir otros tres mil disparates. Tras esto contô assimismo las cosas de su amo, pero no hablô palabra a cerca del manteamiento que le auia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaua entrar. Dixo tambien, como su señor en trayendo q̃ le truxesse buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se auia de poner en camino, a procurar como ser Emperador, ô por lo menos Monarca, que assi lo tenian concertado entre los dos: y era cosa muy facil venir a serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerça de su braço, y que en siendolo, le auia de casar a el, porque ya seria viudo, que no podia ser menos. Y le auia de dar por muger a vna donzella de la Emperatriz, heredera de vn rico, y grande estado de tierra firme, sin Insulos ni Insulas, que ya no las queria Dezia esto Sancho con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narizes, y cõ tan poco juyzio, que los dos se admiraron de nueuo, cõsiderando, quan vehemente auia sido la locura de don Quixote, pues auia lleuado tras si el juyzio de aquel pobre

pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaua, pareciendoles, que pues no le daña nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y a ellos les seria de mas gusto oyr sus necedades: y assi le dixeron, que rogasse a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente, y muy agible era venir con el discurso del tiempo a ser Emperador, como el dezia, ô por lo menos Arçobispo, ô otra dignidad equiualente. A lo qual respondio Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que a mi amo le viniesse en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber aora, que suelen dar los Arçobispos andantes a sus escuderos? Suelenles dar, respondio el Cura, algun beneficio simple, ô curado, ô alguna sacristania, q̃ les vale mucho de rẽta arrẽtada amen del pie de altar, q̃ se suele estimar en otro tanto. Para esso serà menester, replicô Sancho que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a a Missa por lo menos: y si esto es assi, desdichado de yo, que soy casado, y no se la primera letra del A b c, que serà de mi, si mi amo le da antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es vso, y costumbre de los caualleros andantes? No tengays pena Sancho amigo, dixo el barbero que aqui rogaremos á vuestro amo, y se lo acõsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arçobispo, porque le serà mas facil, a causa de que el es mas valiente, que estudiante. Assi me ha parecido a mi respondio Sancho, aunque se dezir, que para todo tiene abilidad. Lo que yo pienso hazer de mi parte, es rogarle a nuestro Señor, que le heche á aquellas partes donde el mas se sirua, y adonde a mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como discreto, dixo el Cura, y lo hareys como buen Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer, es dar orden como sacar a vuestro amo de aquella inutil penitencia que dezis que

queda

queda haziẽdo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer q̃ ya es hora, serà biẽ nos entremos en esta venta. Sancho dixo, que entrassen ellos, que el esperaria alli fuera, y q̃ despues les diria la causa porq̃ no entraua ni le conuenia entrar en ella: mas que les rogaua que le sacassen alli algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assi mismo ceuada para Rozinante. Ellos se entraron, y le dexaron. y de alli a poco, el barbero le sacô de comer. Despues auiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que desseauan, vino el Cura en vn pensamiento muy acomodado al gusto de don Quixote, y para lo que ellos querian. Y fue, q̃ dixo al barbero, que lo que auia pensado era, que el se vestiria en habito de donzella andante, y q̃ el procurasse ponerse lo mejor q̃ pudiesse, como escudero, y que assi yrian a donde don Quixote estaua, fingiendo ser ella vna donzella afligida, y menesterosa, y le pediria vn dõ, el qual el no podria dexarsele de otorgar, como valeroso cauallero andante. Y que el don que le pensaua pedir, era que se viniesse con ella, donde ella le lleuasse, a desfazelle vn agrauio que vn mal cauallero le tenia fecho: y que le suplicaua ansi mismo, que no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su fazienda, fasta que la huuiesse fecho derecho de aquel mal cauallero, y que creyesse sin duda, que don Quixote vendria en todo quanto le pidiesse por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le lleuarian à su lugar donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

Cap. XXVII. De como salieron con su intencion el Cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuentan en esta grande historia.

NO LE Parecio mal al barbero, la inuencion del Cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera vna saya, y vnas tocas, dexandole en prẽdas vna sotana nueua del Cura. El barbero hizo vna gran barba de vna cola ruzia, ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntoles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? El Cura le conto en breues razones la locura de don Quixote, y como conuenia aquel difraz, para sacarle de la montana donde a la sazon estaua. Cayeron luego el ventero, y la ventera en que el loco era su huesped del balsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con el les auia passado, sin callar lo q̃ tanto callaua Sancho. En resolucion, la vẽtera vistio al Cura de modo, q̃ no auia mas q̃ ver. Pusole vna saya de paño llena de faxas de terciopelo negro, de vn palmo en ancho, todas acuchilladas, y vnos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos cõ vnos ribetes de raso blanco, q̃ se deuieron de hazer ellos, y la saya en tiempo del Rey Bamba No consintio el Cura que le tocassen, sino pusose en la cabeça vn birretillo de lienço colchado que lleuaua para dormir de noche: y ciñose por la frente vna liga de tafetan negro, y con otra liga hizo antifaz con que se cubrio muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetose su sombrero, q̃ era tan grande que le podia seruir de quitasol: y cubriendose el herreruelo, subio en su mula á mugeriegas, y el barbero en la suya con su barba que le llegaua a la cintura, entre roxa, y blanca, como aquella que (como se ha dicho)

dicho) era hecha de la cola de vn buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar vn rosario, aunque pecadora, porq̃ Dios les diesse buen sucesso en tan arduo, y tan Christiano negocio, como era el que auian emprendido. Mas à penas huuo salido de la venta, quando le vino al Cura vn pensamiento, que hazia mal en auerse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que vn Sacerdote se pusiesse assi, aunque le fuesse mucho en ello: y diziendoselo al barbero, le rogò, que trocassen trages, pues era mas justo, que el fuesse la donzella menesterosa, y que el haria el escudero, y que assi se profanaua menos su dignidad: y que sino lo queria hazer, determinaua, de no passar adelante, aunque a don Quixote se le lleuasse el diablo. En esto llegò Sancho, y de ver â los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el barbero vino en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la inuenció, el Cura le fue informando el modo que auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para mouerle, y forçarle, a que cõ el se viniesse, y dexasse la querencia del lugar que auia escogido para su vana penitencia. El barbero respondio, que sin que se le diesse licio, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuuiessen junto de donde don Quixote estaua, y assi doblò sus vestidos, y el Cura acomodô su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Pãça: el qual les fue contando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la sierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que tõto, era vn poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho auia dexado puestas las señales de las ramas, para acertar el lugar donde auia dexado a su señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era

que aquello hazia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le auian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia, para sacar a su amo de aquella mala vida, que auia escogido: y que le encargauan mucho, que no dixesse a su amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntasse, como se lo auia de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dixesse q̃ si, y que por no saber leer, le auia respondido de palabra, diziendole, que le mandaua, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniesse a ver con ella, que era cosa, que le importaua mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensauan dezirle, tenian por cosa cierta, reduzirle a mejor vida, y hazer con el q̃ luego se pusiesse en camino, para yr â ser Emperador, o Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no auia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion que teniã de aconsejar a su señor, fuesse Emperador y no Arçobispo, porq̃ el tenia para si, que para hazer mercedes a sus escuderos, mas podian los Emperadores, q̃ los Arcobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, que el fuesse delante a buscarle, y darle la respuesta de su señora, q̃ ya seria ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiessen en tanto trabajo. Parecioles bien lo q̃ Sancho Pança dezia, y assi determinaron de aguardarle hasta que boluiesse con las nuevas del hallazgo de su amo. Entrose Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando a los dos en vna, por donde corria vn pequeño, y manso arroyo, a quien hazian sombra agradable, y fresca otras peñas, y algunos arboles que por alli estauan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que combidasse a que en el esperassen

rassen la buelta de Sancho, como lo hizieron Estando pues los dos alli, sossegados, y à la sombra, llegò a sus oydos vna voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce, y regaladamente sonaua: de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiesse auer quien tan bien cantasse. Porq̃ aunque suele dezirse, que por las seluas, y campos se hallan pastores de vozes estremadas, mas son encarecimientos de Poetas, que verdades: y mas quando aduirtieron que lo que oîan cãtar eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos Cortesanos. Y confirmò esta verdad, auer sido los versos que oyeron estos.

QVien menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y quien aumenta mis duelos?
Los zelos.
Y quien prueua mi paciencia?
Ausencia.
De esse modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcança,
Pues me matan la esperança,
Desdenes, zelos, y ausencia.
Quien me causa este dolor?
Amor.
Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.
Y quien consiente mi duelo?
El cielo.
De esse modo yo rezelo
Morir deste mal estraño,

Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna, y el cielo.

Quien mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor quien le alcança?
mudança.
Y sus males quien los cura?
Locura.
De esse modo no es cordura
Querer curar la passion,
Quando los remedios son,
Muerte, Mudança, y Locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantaua, causò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuuieron quedos, esperando, si otra alguna cosa oîan: pero viendo que duraua algun tanto el silencio, determinaron de salir a buscar el musico, que con tan buena voz cantaua. Y queriendolo poner en efeto, hizo la misma voz, que no se mouiessen, la qual llegò de nueuo a sus oydos, cantando este Soneto.

SONETO.

SAnta amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo,
Subiste alegre a las Impireas salas.

Desde

Desde alla (quando quieres) nos señalas
La justa paz, cubierta con vn velo,
Por quien a vezes se trasluze el zelo
De buenas obras, que a la fin son malas.
Dexa el cielo, o amistad, o no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye a la intencion sincera.
Que si tus aparencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confussion primera.

El canto se acabò con vn profundo suspiro, y los dos con atencion boluieron a esperar si mas se cantaua: pero viendo que la musica se auia buelto en solloços, y en las timeros ayes, acordaron de saber, quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduuieron mucho, quando al boluer de vna punta de vna peña, vieron à vn hombre, del mismo talle, y figura que Sancho Pança les auia pintado, quando les cõtò el cuento de Cardenio: el qual hõbre quando los vio, sin sobresaltarse estuuo quedo, con la cabeça inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensatiuo, sin alçar los ojos â mirarlos, mas de la vez primera, quando de improuiso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le auia conocido) se llegô a el, y con breues, aunque muy discretas razones, le rogò, y persuadio, que aquella tan miserable vida dexasse, porque alli no la perdiesse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaua Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tan â menudo le sacaua de si mismo: y assi auiendo a los dos en trage tan no vsado de los

que por aquellas ſoledades andauan, no dexò de admirarſe algun tanto : y mas quando oyò que le auian hablado en ſu negocio, como en coſa ſabida (porque las razones que el Cura le dixo , aſsi lo dieron a entender) y aſsi reſpondio deſta manera: Bien veo yo, ſeñores, quiẽ quiera que ſeays, que el cielo, que tiene cuydado de ſocorrer à los buenos, y aun à los malos muchas vezes, ſin yo merecerlo, me embia en eſtos tan remotos, y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas perſonas, que poniendome delante de los ojos con viuas, y varias razones, quan ſin ella ando, en hazer la vida q̃ hago, han procurado ſacarme deſta à mejor parte: pero como no ſaben que ſe yo, que en ſaliendo deſte daño, he de caer en otro mayor, quiça me deuen de tener por hõbre de flacos diſcurſos : y aun lo que peor ſeria, por de ningun juyzio. Y no ſeria marauilla, que aſsi fueſſe, porque a mi ſe me trasluze, que la fuerça de la imaginacion de mis deſgracias es tan intenſa, y puede tanto en mi perdicion, que ſin que yo pueda ſer parte a eſtoruarlo, vengo a quedar como piedra, falto de todo buen ſentido, y conocimiento : y vengo a caer en la cuẽta deſta verdad, quando algunos me dizen, y mueſtrã ſeñales de las coſas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me ſeñorea, y no ſe mas, que dolerme en vano, y maldezir ſin prouecho mi ventura : y dar por diſculpa de mis locuras, el dezir la cauſa dellas, a quantos oyr la quierẽ, porque viendo los cuerdos qual es la cauſa, no ſe marauillaràn de los efetos: y ſino me dieren remedio, alomenos no me darân culpa, conuirtiendoſeles el enojo de mi deſemboltura, en laſtima de mis deſgracias . Y ſi es que voſotros ſeñores, venis con la miſma intẽcion que otros han venido, antes que paſſeys adelante en vueſtras diſcretas perſuaſiones, os ruego, que eſcucheys el cuento, que no le tiene de mis deſuenturas: porque quiça deſ-

pues

pues de entẽdido, ahorrareys del trabajo que tomareys en consolar vn mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseauan otra cosa, que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contasse. ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiesse en su remedio, o consuelo: y con esto el triste caualllero començò su lastimera historia, casi por las mismas palabras, y passos que la auia contado a don Quixote, y al cabrero, pocos dias atras, quando por ocasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de don Quixote, en guardar el decoro a la caualleria, se quedò el cuẽto imperfeto, como la historia lo dexa contado. Pero aora quiso la buena suerte, que se detuuo el accidente de la locura, y le dio lugar de contarlo hasta el fin: y assi llegando al passo del villete, que auia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia bien en la memoria, y que dezia desta manera.

Luscinda à Cardenio.

CAda dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan, a que en mas os estime: y assi si quisieredes sacarme desta deuda, sin executarme en la honra, lo podreys muy bien hazer. Padre tengo, que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forçar mi voluntad cũplirá lo que será justo que vos tengays, si es que me estimays como dezis, y como yo creo.

Por este villete me moui à pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedò Luscinda en la opinion de don Fernando, por vna de las mas discretas, y auisadas mugeres de su tiempo. Y este villete fue, el que le puso en desseo de destruyrme, antes q̃ el mio se efetuasse. Dixele yo a dõ Fernando, en lo

que reparaua el padre de Luſcinda, que era en que mi padre ſe la pidieſſe: lo qual yo no le oſaua dezir, temeroſo que no vendria en ello: no porque no tuuieſſe bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermoſura de Luſcinda, y que tenia partes baſtantes para enoblecer qualquier otro linage de Eſpaña: ſino porque yo entendia del, que deſſeaua que no me caſaſſe tan preſto, haſta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En reſolucion, le dixe, que no me auẽturaua a dezirſelo a mi padre, aſsi por aquel inconueniente, como por otros muchos que me acobardauan, ſin ſaber quales eran: ſino que me parecia, que lo que yo deſſeaſſe, jamas auia de tener efeto. A todo eſto me reſpondio don Fernando, que el ſe encargaua de hablar à mi padre, y hazer cõ el, que hablaſſe al de Luſcinda. O Mario ambicioſo, o Catilina cruel, o Quila facinoroſo, o Galalon embuſtero, o Vellido traydor, o Iulian vengatiuo, o Iudas codicioſo. Traydor, cruel, vengatiuo, y embuſtero, que deſeruicios te auia hecho eſte triſte, q̃ con tanta llaneza te deſcubrio los ſecretos, y contentos de ſu coraçon? Que ofenſa te hize? Que palabras te dixe, o que conſejos te di, que no fueſſen todos encaminados â acrecentar tu honra, y tu prouecho? Mas de que me quexo, deſuenturado de mi, pues es coſa cierta, que quando traen las deſgracias la corriente de las eſtrellas, como vienen de alto a baxo deſpeñandoſe cõ furor, y con violencia, no ay fuerça en la tierra que las detenga, ni induſtria humana que preuenirlas pueda. Quiẽ pudiera imaginar, que don Fernando, cauallero iluſtre, diſcreto, obligado de mis ſeruicios, poderoſo para alcãçar lo que el deſſeo amoroſo le pidieſſe, donde quiera q̃ le ocupaſſe, ſe auia de enconar (como ſuele dezirſe) en tomarme a mi vna ſola oueja, que aun no poſſeîa? Pero quedenſe eſtas conſideraciones aparte, como inutiles, y ſin prouecho, y añudemos el roto hilo de mi deſdichada

hiſto-

historia. Digo pues, que pareciendole a don Fernãdo, que mi presencia le era inconueniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiẽto, determinò de embiarme a su hermano mayor, con ocasion de pedirle vnos dineros, para pagar seys cauallos, que de industria, y solo para este efeto de que me ausentasse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mismo dia que se ofrecio hablar a mi padre los cõprô, y quiso que yo viniesse por el dinero. Pude yo preuenir esta traycion? Pude por vẽtura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandissimo gusto me ofreci â partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dixe lo que con don Fernando quedaua concertado, y que tuuiesse firme esperança, de q̃ tendrian efeto nuestros buenos, y justos desseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traycion de don Fernando, que procurasse boluer presto, porque creîa que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al tuyo. No se que se fue, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn nudo se le atrauessô en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas que me parecio q̃ procuraua dezirme. Quedê admirado deste nueuo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablauamos, las vezes que la buena fortuna, y mi diligẽcia lo concedia, con todo regozijo, y contento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, zelos, sospechas, o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por señora. Esageraua su belleza, admirauame de su valor, y entendimiẽto. Boluiame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecio digno de alabança. Con esto nos contauamos cien mil niñerias, y acaecimientos de nuestros vezinos, y conocidos: y â lo que mas se estendia mi desem-

boltura,

boltura, era â tomarle casi por fuerça, vna de sus bellas, y blancas manos, y llegarla a mi boca, segũ daua lugar la estrecheza de vna baxa rexa que nos diuidia. Pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella llorô, gimiô, y suspirô, y se fue, y me dexô lleno de confusion, y sobresalto, espantado de auer visto tan nueuas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Luscinda. Pero por no destruyr mis esperanças, todo lo atribuy a la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste, y pensatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que mostrauan el triste sucesso, y desuentura que me estaua guardada. Llegue al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar (bien a mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse: porque su hermano le escriuia, que le embiasse cierto dinero, sin su sabiduria. Y todo fue inuencion del falso don Fernando, pues no le faltauan a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme impossible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas auiendola dexado con la tristeza que os he cõtado. Pero con todo esto obedeci, como buen criado, aunque veîa que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli lleguê, llegò vn hombre en mi busca cõ vna carta que me dio, que en el sobrescrito conoci ser de Luscinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande deuia de ser la que la auia mouido a escriuirme, estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quien se la auia dado, y el

tiempo

tiempo que auia tardado en el camino. Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamò desde vna ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priessa le dixo: Hermano, si soys Christiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego, luego esta carta al lugar, y â la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys vn gran seruicio a nuestro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que vá en este pañuelo: y diziendo esto, me arrojò por la ventana vn pañuelo donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aqui traygo, con essa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitô de la ventana; aũque primero vio como yo tomê la carta, y el pañuelo, y por señas le dixe, que haria lo que me mandaua. Y assi viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito, q̃ erades vos a quien se embiaua, porq̃ yo, señor, os conozco muy biẽ: y obligado assi mismo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determinê de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo a darosla. Y en diez, y seys horas q̃ ha que se me dio, he hecho el camino que sabeys, que es de diez, y ocho leguas. En tanto q̃ el agradecido, y nueuo correo esto me dezia, estaua yo colgado de sus palabras, temblandome las piernas, de manera, que a penas podia sostenerme. En efeto abrila carta, y vi que contenia estas razones. La palabra que don Fernando os dio, de hablar á vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro prouecho. Sabed señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre lleuado de la ventaja que el piensa que don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui a dos dias se ha de hazer el despo-

desposorio: tan secreto, y tan a solas, q̃ solo han de ser testigos los cielos, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo. Si os cumple venir, veldo, Y si os quiero bien, o no, el sucesso deste negocio os lo darâ a entender. A Dios plega, que esta llegue a vuestras manos, antes que la mia se vea en condicion de juntarse cõ la de quien tan mal sabe guardar la fè que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bien claro conoci entonces, que no la compra de los cauallos, sino la de su gusto, auia mouido a don Fernando a embiarme a su hermano. El enojo que contra don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de seruicios, y desseos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en buelo, otro dia me puse en mi lugar al punto, y hora que conuenia para yr â hablar a Luscinda. Entrê secreto, y dexê vna mula en que venia, en casa del buen hombre que me auia lleuado la carta. Y quiso la suerte, que entonces la tuuiesse tan buena, que hallê a Luscinda puesta a la rexa, testigo de nuestros amores. Conociome Luscinda luego, y conocila yo, mas no como deuia ella conocerme, y yo conocerla. Pero quien ay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamiento, y condicion mutable d vna muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que assi como Luscinda me vio, me dixo: Cardenio de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala, don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serã de mi muerte, que de mi desposorio. No te turbes amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el qual sino pudiere ser estorua do de mis raz ones, vna daga lleuo escondida, que podra estoruar mis determinadas fuerças, dando fin a mi vida,

y prin-

y principio a que conozcas la voluntad que te he tenido, y tengo. Yo le respondi turbado, y apriessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu lleuas daga para acreditarte, aqui lleuo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere cõtraria. No creo que pudo oyr todas estas razones, porque senti que la llamauan apriessa, porque el desposado aguardaua. Cerrose con esto la noche de mi tristeza: pusoseme el sol de mi alegria: quedê sin luz en los ojos, y sin discurso en el entendimiento. No acertaua à entrar en su casa, ni podia mouerme a parte alguna: pero considerando quanto importaua mi presencia, para lo que suceder pudiesse en aquel caso, me animê, lo mas que pude, y entrè en su casa. Y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaua, nadie me echò de ver. Assi que sin ser visto, tuue lugar de ponerme en el hueco que hazia vna ventana de la misma sala, que con las puntas, y remates de dos tapizes se cubria, por entre las quales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazia. Quien pudiera dezir aora los sobresaltos que me dio el coraçon mientras alli estuue? Los pensamientos que me ocurrieron? Las consideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digan basta que sepays que el desposado entrò en la sala, sin otro adorno q̃ los mismos vestidos ordinarios que solia. Traîa por padrino a vn primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no auia persona de fuera, sino los criados de casa. De alli a vn poco salio de vna recamara Luscinda, acompañada de su madre, y de dos donzellas suyas: tan bien adereçada, y compuesta, como su calidad y hermosura merecian: y como quien era la perfecion de la gala, y bizarria cortesana. No me dio lugar mi suspension, y arrobamien-

bamiento, para que miraſſe, y notaſſe en particular lo q traîa veſtido, ſolo pude aduertir a las colores, que eran encarnado, y blanco: y en las vislumbres q̃ las piedras, y joyas del tocado, y de todo el veſtido hazian, à todo lo qual ſe auentajaua la belleza ſingular de ſus hermoſos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las precioſas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la ſala eſtauan, la ſuya con mas reſplandor â los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi deſcanſo, de que ſirue repreſentarme aora la incomparable belleza de aq̃lla adorada enemiga mia? No ſera mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y repreſentes lo que entonces hizo, para q̃ mouido de tan manifieſto agrauio, procure, ya que no la vengança, alomenos perder la vida? No os canſeys ſeñores, de oyr eſtas digreſsiones q̃ hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deuan contarſe ſucintamente, y de paſſo, pues cada circunſtancia ſuya, me parece a mi que es digna de vn largo diſcurſo. A eſto le reſpondio el Cura, que no ſolo no ſe canſauan en oyrle, ſino que les daua mucho guſto las menudencias que contaua por ſer tales, que merecian no paſſarſe en ſilencio, y la miſma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, proſiguio Cardenio, que eſtando todos en la ſala entró el Cura de la parrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto ſe requiere, al dezir: Quereys, ſeñora Luſcinda, al ſeñor don Fernando que eſtâ preſente, por vueſtro legitimo eſpoſo, como lo manda la ſanta madre Igleſia? yo ſaqué toda la cabeça, y cuello, de entre los tapizes, y con atentiſſimos oydos, y alma turbada, me puſe a eſcuchar lo que Luſcinda reſpondia: eſperando de ſu reſpueſta la ſentẽcia de mi muerte, o la confirmacion de mi vida. O quien ſe atreuiera â ſalir entonces, diziendo a vozes: A Luſcinda, Luſcinda, mira lo que hazes, conſidera lo que me deues,

ues,mira q̃ eres mia,y q̃ no puedes ser de otro.Aduierte, q̃ el dezir tu, Si, y el acabarseme la vida,ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando,robador de mi gloria, muerte de mi vida,que quieres? que pretendes? considera,que no puedes Christianamẽte llegar al fin de tus desseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora q̃ estoy ausente, y lexos del peligro,digo q̃ auia de hazer lo que no hize. Aora que dexè robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme,si tuuiera coraçon para ello,como lo tẽgo para quexarme. En fin,pues fuy entonces couarde, y necio,no es mucho q̃ muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Luscinda,q̃ se detuuo vn buen espacio en darla,y quando yo pẽse q̃ sacaua la daga para acreditarse,o desataua la lengua para dezir alguna verdad, o desengaño, q̃ en mi prouecho redundasse, oygo q̃ dixo con voz desmayada, y flaca : Si quiero: y lo mismo dixo don Fernando, y dandole el anillo, quedaró en indissoluble nudo ligados. Llegò el desposado a abraçar a su esposa, y ella poniendose la mano sobre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su madre. Resta aora dezir,qual quedê yo, viendo en el Si,que auia oydo,burladas mis esperanças,falsas las palabras, y promessas de Luscinda : impossibilitado de cobrar en algun tiempo, el bien que en aquel instante auia perdido. Quedê falto de consejo, desamparado,a mi parecer, de todo el cielo,hecho enemigo de la tierra q̃ me sustentaua, negãdome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentò de manera,q̃ todo ardia de rabia,y de zelos. Alborotaronse todos con el desmayo de Luscinda,y desabrochãdole su madre el pecho para q̃ le diesse el ayre, se descubriò en el vn papel cerrado, que don Fernando tomò luego,y se le puso a leer à la luz de vna delas hachas,y en

acaban-

acabando de leerle se sentò en vna silla, y se puso la mano en la mexilla, con muestras de hombre muy pensatiuo, sin acudir à los remedios que a su esposa se hazian, para que del desmayo boluiesse. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me auenturê a salir, ora fuesse visto, o no, con determinacion que si me viessen, de hazer vn desatino, tal, que todo el mundo viniera a entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso dõ Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi suerte, que para mayores males (si es possible que los aya) me deue tener guardado, ordenò, que en aquel punto me sobrasse el entendimiẽto, que despues acâ me ha faltado; y assi sin querer tomar vengança de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiẽto mio fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mi la pena que ellos merecian: y aun quiça con mas rigor del que con ellos se vsara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata, sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine a la de aquel donde auia dexado la mula: hize, que me la ensillasse, sin despedirme del subi en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, boluer el rostro a mirarla: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidaua a quexarme, sin respeto, o miedo de ser escuchado, ni conocido, soltê la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Luscinda, y de don Fernando, como si cõ ellas satisfiziera el agrauio que me auian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida: pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la auia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela a mi, y entregarla a aquel con quien mas liberal, y franca la fortuna se auia mostrado, y en mitad de la fuga

destas

destas maldiciones, y vituperios la desculpaua, diziendo (que no era mucho que vna donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre a obedecerlos, huuiesse querido condecender con su gusto pues le dauan por esposo a vn cauallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que a no querer recebirle se podia pensar, ô que no tenia juyzio, ò que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaua tan en perjuyzio de su buena opinion, y fama. Luego boluia diziendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no auia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar a dessear, si con razon midiessen su desseo, otro mejor que yo, para esposo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trãce forçoso, y vltimo, de dar la mano, dezir, q̃ va yo le auia dado la mia, q̃ yo viniera, y condecẽdiera cõ todo quãto ella acertara â fingir en este caso. Enfin me resolui, en q̃ poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y desseos de grandezas hizieron que se oluidasse de las palabras con que me auia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos desseos. Con estas vozes, y con esta inquietud caminé lo que quedaua de la noche, y di al amanecer en vna entrada destas sierras, por las quales caminê otros tres dias, sin senda, ni camino alguno, hasta que vine a parar a vnos prados, que no se a que mano destas montañas caen, y alli pregunté a vnos ganaderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas sierras. Dixeronme, que hàzia esta parte. Luego me encaminé a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio, y de la hambre se cayó mi mula muerta: o lo que yo mas creo, por desechar de si tan inutil carga como en mi lleuaua. Yo quedé a pie, rendido de la natura-

leza, traspassado de hãbre, sin tener, ni pensar buscar quiẽ me socorriesse. De aquella manera estuue no se que tiẽpo, tendido en el suelo, al cabo del qual me leuanté sin hambre, y hallé junto a mi à vnos cabreros, que sin duda deuieron ser los que mi necessidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me auian hallado, y como estaua diziendo tantos disparates, y desatinos, que daua indicios claros de auer perdido el juyzio: y yo he sentido en mi, despues acá, que no todas vezes le tengo cabal, sino tã desmedrado, y flaco, que hago mil locuras, rasgandome los vestidos, dando vozes por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nõbre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: y quando en mi me bueluo, me hallo tan cansado, y molido, que a penas puedo mouerme Mi mas comun habitacion es en el hueco de vn Alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros que andan por estas montañas, mouidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que acaso podrê passar, y hallarlo: y assi aunque entonces me falte el juyzio, la necessidad natural me da à conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desseo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran con juyzio, que yo salgo a los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. Desta manera passo mi miserable, y estrema vida hasta que el cielo sea seruido de conduzirle a su vltimo fin, ô de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Luscinda, y del agrauio de don Fernando, que si esto el haze sin quitarme la vida, yo boluerê a mejor discurso mis pẽsamiẽtos:

don-

donde no,no ay ſino rogarle,q̃ abſolutamẽte tenga miſericordia de mi alma, que yo no ſiento en mi valor, ni fuerças para ſacar el cuerpo deſta eſtrecheza en que por mi guſto he querido ponerle. Eſta es,ô ſeñores,la amarga hiſtora de mi deſgracia: dezidme ſi es tal que pueda celebrarſe con menos ſentimientos, que los que en mi aueys viſto, Y no os canſeys en perſuadirme, ni aconſejarme, lo que la razon os dixere que puede ſer bueno para mi remedio,porque hande aprouechar conmigo,lo que aprouecha la medicina recetada de famoſo Medico, al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero ſalud ſin Luſcinda: y pues ella guſta de ſer agena,ſiendo,ò deuiendo ſer mia,guſte yo de ſer de la deſuentura,pudiendo auer ſido de la buena dicha. Ellà quiſo con ſu mudança hazer eſtable mi perdicion: yo querrè con procurar perderme,hazer contenta ſu voluntad,y ſerà exemplo a los por venir, de que a mi ſolo faltò lo que a todos los deſdichados ſobra, àlos quales ſuele ſer conſuelo la impoſsibilidad de tenerle,y en mas cauſa de mayores ſentimientos,y males, porque aun pienſo que no ſe han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio a ſu larga platica,y tan deſdichada como amoroſa hiſtoria. Y al tiẽpo que el Cura ſe preuenia para dezirle algunas razones de conſuelo, le ſuſpendio vna voz que llegò a ſus oydos, que en laſtimados acentos oyeron que dezia, lo que ſe dirá en la quarta parte deſta narracion, que en eſte punto dio fin a la tercera el ſabio,y atentado hiſtoriador Cide Hamete Benengeli.

(:?:)

QVARTA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

Capitul. XXVIII. Que trata de la nueua, y agradable auentura que al Cura, y barbero ſucedio en la miſma ſierra.

ELICISSIMOS Yventuroſos fueron los tiempos donde ſe echò al mũdo el audaciſsimo cauallero don Quixote de la Mancha, pues por auer tenido tan honroſa, determinacion, como fue el querer reſucitar, y boluer al mundo, la ya perdida, y caſi muerta orden de la andante caualleria, gozamos aora en eſta nueſtra edad neceſsitada, de alegres entretenimientos, no ſolo de la dulçura de ſu verdadera hiſtoria, ſino de los cuẽtos, y epiſodios della, que en parte no ſon menos agradables, y artificioſos, y verdaderos, que la miſma hiſtoria, la qual proſiguiendo ſu raſtrillado, torcido, y haſpado hilo, cuenta, que aſsi como el Cura començô a preuenirſe para conſolar a Cardenio, lo impidio vna voz que llegô a ſus oydos, que con triſtes acentos dezia deſta manera.

Ay

Ay Dios, si serà posible que he ya hallado lugar que pueda seruir de escondida sepultura à la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si serà, si la soledad q̃ prometen estas sierras no me miente. Ay desdichada, y quan mas agradable compañia haràn estos riscos, y malezas a mi intencion, pues me darán lugar para que con quexas comunique mi desgracia al cielo, q̃ no la de ningun hõbre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quiẽ se pueda esperar consejo en las dudas, aliuio en las quexas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron, y percibieron el Cura, y los que con el estauan: y por parecerles, como ello era, que alli junto las dezian, se leuantaron a buscar el dueño, y no huuieron andado veynte passos, quando detras de vn peñasco vieron sentado al pie de vn fresno, a vn moço, vestido como labrador, el qual por tener inclinado el rostro, a causa de que se lauaua los pies en el arroyo que por alli corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni el estaua á otra cosa atento, que a lauarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido. Suspendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estauan hechos a pisar terrones, ni à andar tras el arado, y los bueyes, como mostraua el habito de su dueño: y assi viendo que no auian sido sentidos, el Cura que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agaçapassen, ô escondiessen detras de vnos pedaços de peña que alli auia, assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual traîa puesto vn capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con vna toalla blanca. Traia ansi mismo, vnos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas hasta